



49
24

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**EL PENSAMIENTO DE LOS "CIENTIFICOS" Y LA
POLITICA EXTERIOR DEL PORFIRIATO**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN RELACIONES
INTERNACIONALES
P R E S E N T A
REYNA TORRES MENDIVIL

MEXICO, D. F.

1991

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

EL PENSAMIENTO DE LOS "CIENTIFICOS" Y LA POLITICA EXTERIOR DEL PORFIRIATO

INTRODUCCION	I-VI
CAPITULO 1. EL CONTEXTO INTERNACIONAL DEL GOBIERNO DE DIAZ	1
1.1. El desarrollo del capitalismo europeo.	6
1.2. El desarrollo del capitalismo norteamericano	11
1.3. El desarrollo del capitalismo latinoamericano	17
1.4. Consideraciones generales acerca del desarrollo del capitalismo en el Siglo XIX en México	26
CAPITULO 2. EL POSITIVISMO COMO FILOSOFIA INTERPRETATIVA DE LA REALIDAD MEXICANA.	
2.1. Antecedentes.	32
2.2. Introduccion del positivismo europeo en México.	41
2.3. Origen y evolucion del Grupo Cientifico	52
CAPITULO 3. EL PROYECTO DEL GRUPO CIENTIFICO	64
3.1. La historia de México a través de las tres etapas (teológica, metafísica y positiva).	65
3.1.1. Etapa Teológica: de la Colonia a la Independencia	65
3.1.2. Etapa Metafísica: la anarquía	73
3.2. La Etapa Positiva: el Porfiriato	80
3.2.1. Relacion entre liberalismo y positivismo.	82
3.2.2. Los "Científicos" y las bases ideológicas del Porfiriato	89
3.2.2.1. El orden político social	99
3.2.2.2. Sustento jurídico	112
3.2.2.3. Política de conciliación	120
3.2.2.4. Jerarquización de la sociedad	125
3.2.2.5. Poder personal del dictador	130

3.2.3. El Progreso Económico	139
3.2.3.1. Privilegio económico	148
3.2.3.2. Infraestructura	152
3.2.3.3. Banca y sistema monetario	157
CAPITULO 4. LOS CIENTIFICOS Y LA POLITICA EXTERIOR DEL PORFIRIATO	161
4.1. Percepción de los positivistas de la realidad internacional	165
4.1.1. Imperialismo	169
4.1.2. Estados Unidos	171
4.1.3. Europa.	181
4.1.4. América Latina	190
4.2. El pensamiento de los Cientificos sobre la Política Exterior del Porfiriato	198
4.2.1. Relación entre la política interna y la política exterior	200
4.2.2. Relaciones económicas.	207
4.2.3. Relaciones diplomáticas.	224
CONCLUSIONES	247
BIBLIOGRAFIA	254

INTRODUCCION

El 28 de noviembre de 1876, Porfirio Díaz se proclama Presidente provisional de México para no abandonar el poder (salvo el cuatrienio 1880-1884) hasta el 26 de mayo de 1911, en que la revolución lo mandó al destierro.

El estudio del Porfiriato resulta interesante, ya sea por su significado histórico como el origen del descontento social que desembocaría en el movimiento revolucionario de 1910 o por ser, en buena medida, el periodo en el cual se redefinen las características de la estructura económica del país y la forma de inserción de México al sistema capitalista mundial.

A pesar de que se ha escrito mucho sobre el Porfiriato, no existe consenso en cuanto al mismo. Algunos autores se limitan a condenar a Porfirio Díaz por haber "entregado" el país al imperialismo norteamericano. La historia oficial, por su parte, evita el análisis objetivo e ignora prácticamente a este periodo, dándole importancia solamente como el origen de la Revolución Mexicana.

De cualquier forma, resulta ilógico tratar de dar o restar importancia a un periodo histórico haciendo juicios de valor, adjudicándole un carácter de bondad o maldad. La historia no es una cadena de verdades absolutas. Lo ocurrido en México durante el

Porfiriato fue el resultado de una combinación de factores que se conjugaron en un momento histórico determinado.

En primer lugar, las condiciones en las cuales se efectuó la desamortización de los bienes del clero durante la Reforma, condujeron a que gran parte de las tierras que estaban en manos de la Iglesia pasaran a ser propiedad de los terratenientes. El propósito de los liberales de formar una masa de pequeños propietarios que movilizaran la riqueza se vio frustrado cuando, debido a la precaria situación que atravesaba el país, las tierras hubieron de venderse a bajo precio y a aquellas personas que contaban con los recursos económicos para la compra de grandes extensiones. Ello condujo a que el capitalismo en México durante la etapa del Porfiriato se desarrollara por la vía denominada "oligárquica". Al amparo del positivismo y del supuesto de que el "orden y la paz" permitirían crear las condiciones para la modernización y el crecimiento económico del país, el Porfiriato tuvo dos grandes pilares: las haciendas y la inversión extranjera directa.

En segundo lugar, si bien es cierto que durante esta etapa se sentaron las bases de un proceso económico que agudizaría la dependencia de México hacia los Estados Unidos, la visión maniqueísta de la historia nos ha dado una versión del Porfiriato que no coincide puntualmente con la realidad. La relación de México con su vecino del norte durante este lapso fue en muchas ocasiones una relación conflictiva y no exenta de agresiones por parte de ese

país. La política de contrapeso hacia las inversiones norteamericanas que se tradujo en el intento por promover las inversiones europeas en México, condujo a que en diversos momentos la relación con los Estados Unidos fuera tensa y se llegara incluso a enfrentamientos como fueron los casos de Guatemala y Nicaragua, así como diversos problemas fronterizos.

En una gran parte de la bibliografía existente sobre el Porfiriato se hace hincapié en la importancia que tuvo el llamado grupo de los "científicos" sobre la administración de Porfirio Díaz. Muchas de las acciones que se realizaron en ese periodo son atribuidas precisamente a este grupo de intelectuales que tuvieron una fuerte presencia en las decisiones del régimen porfirista. Son de mencionarse, por su importancia, el trabajo de Leopoldo Zea en el cual se analiza la relación entre el pensamiento positivista y la política dictatorial y la obra de Daniel Cosío Villegas en la que se estudia exhaustivamente la política exterior del régimen de Porfirio Díaz. Sin embargo, pocos son los trabajos en los que se estudia el pensamiento de los positivistas mexicanos sobre la política exterior.

El objetivo de este trabajo es precisamente conocer y analizar el pensamiento de los científicos en materia de política exterior de México. Debo aclarar que no se pretende realizar un análisis de las relaciones internacionales del país durante el Porfiriato. Por esta razón no se abunda en los hechos históricos sino en la

durante el porfiriato México, a través justamente de esta inversión, se insertó al sistema capitalista mundial cuando éste entraba en su fase imperialista. Sin embargo, este hecho por sí solo no es suficiente para explicar la relación de México con el exterior durante este periodo. Parte también de la hipótesis de que ni Porfirio Díaz, ni los "científicos" fueron incondicionales a los deseos del capital y de las potencias extranjeras. Los científicos veían con recelo a los Estados Unidos. Ellos estaban conscientes del peligro que representaba nuestra vecindad con los norteamericanos y lo consideraban como un asunto de seguridad nacional. Ante la acelerada expansión económica norteamericana, se plantearon aceptar y aprovechar al capital estadounidense pero controlándolo. De ahí deriva la política de contrapeso a la inversión extranjera de origen norteamericano mediante el fomento a los capitales europeos.

Este trabajo se ha dividido en cuatro apartados. En el primero de ellos, se analizan, a grandes rasgos, las características fundamentales del desarrollo del sistema capitalista mundial en el Siglo XIX; esto nos pareció indispensable para poder ubicar las condiciones mundiales que rodearon al régimen de Díaz y que sin duda influyeron en el pensamiento de los positivistas mexicanos. En el segundo apartado, se presentan los planteamientos básicos del positivismo así como el origen del grupo de los "científicos"; esto también nos pareció imprescindible dado que partimos de la hipótesis de que el fundamento del proyecto impulsado por los positivistas y su concepción de la relación de México con el exterior se sustenta precisamente en el positivismo. En el tercer

capítulo, se analiza la forma en la que los postulados del positivismo fueron usados para interpretar la realidad mexicana y para sustentar a la dictadura de Porfirio Díaz. El último capítulo, trata el tema principal de este trabajo, esto es, el pensamiento de los científicos en materia de política exterior.

El trabajo que a continuación se presenta se ha basado tanto en fuentes secundarias como investigación en fuentes primarias. Se acudió al Archivo General de la Nación y el Archivo Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Se estudió con particular cuidado las obras de cuatro de los miembros más destacados del grupo de los científicos por la importancia de su obra escrita y por su participación directa en el régimen de Porfirio Díaz: Justo Sierra, Francisco Bulnes, Emilio Rabasa y José Yves Limantour.

En ocasiones, el análisis histórico es juzgado como una actividad improductiva y sin relevancia; de ninguna manera esto es cierto. No podemos saber lo que somos si no conocemos nuestra historia. Los cambios -ya sean avances o retrocesos- que pueda experimentar una nación, no se dan por decreto. Son el resultado de un proceso histórico previo; en otras palabras, no podemos entender nuestro presente si no conocemos y entendemos nuestro pasado. Es necesario aprender de los aciertos y errores del pasado porque "un pueblo que no conoce su historia, está condenado a repetirla".

introducción de la energía de vapor y el desarrollo de la industria y la minería, cambiaron notoriamente las relaciones económicas de la época. Sin embargo, todas estas transformaciones no se dieron únicamente en el ámbito económico; la esfera social, política y cultural se vieron también inmersas en estas nuevas circunstancias. Al mejorar las condiciones de vida de los países desarrollados se dio un notorio crecimiento de la población, la política se tuvo que adaptar a las necesidades del nuevo tipo de desarrollo económico y se dio un acelerado proceso de urbanización. Este proceso alcanza su culminación en la segunda mitad del siglo XXI en Francia, Alemania, Estados Unidos y principalmente en Inglaterra:

"A partir de mediados del siglo XIX se da un considerable impulso económico que se acelerará notablemente en la década de 1870. Hay varios elementos que confluyen para provocar este fenómeno. Por un lado, una mejor organización de la vida económica permite un manejo más ágil de mayores concentraciones de capitales en sociedades anónimas aptas para las grandes empresas de la época. El sistema bancario crece, se racionaliza y concentra, a medida que aumenta su radio de acción. Empresas navieras, compañías ferroviarias, establecimientos fabriles, son todas organizaciones de gran volumen que trascienden las posibilidades de la antigua fortuna privada. El desarrollo es creciente en la producción fabril y en la concentración de los grandes centros industriales. Los adelantos tecnológicos son ahora altamente favorables a la expansión ultramarina: navegación a vapor, perfeccionada con la introducción de los cascos metálicos y las hélices; líneas férreas, grandes puertos, depósitos suficientes para el almacenaje de los productos. Se gana en velocidad y en el menor costo del transporte por milla. Más que expansión hacia ultramar, pura y simplemente, lo que debería decirse es que crece el área de la economía capitalista y su influencia en las regiones periféricas." (2)

Esta nueva fase de desarrollo capitalista, fue determinada por ciertas condiciones específicas que propiciaron posteriormente, el

(tendencia descendiente de la tasa de ganancia y tendencia al subconsumo), hacen que se adopte una nueva forma de acumulación: la exportación de capital a las zonas menos desarrolladas. Ya no se trataba de conquistar grandes territorios en la forma colonial tradicional, sino de buscar mercados propicios para colocar sus productos y, sobre todo, para la exportación de capitales; asimismo, los países centrales buscaron fuentes de abastecimiento de alimentos y materias primas necesarias para satisfacer la creciente demanda de la población de sus países .

La exportación de capitales desempeñó un papel muy importante en las nuevas relaciones económicas internacionales. Se puede afirmar que aceleró el desarrollo económico de los países no industrializados (aunque como lo veremos más adelante, no fue en función de las necesidades de los países receptores de capital), y permitió que los grandes capitales de los países centrales encontraran una salida lucrativa, ya que no podían invertirse al interior de sus economías en condiciones de alta rentabilidad . La saturación de sus mercados, obligó al capital a buscar nuevos mercados en el exterior.

Los objetivos fundamentales que perseguían los inversionistas al exportar sus capitales eran dos: introducir a los países menos desarrollados en la nueva lógica capitalista, designándoles funciones de acuerdo con la nueva división internacional del trabajo, y asegurar sus capitales y ganancias a través de Estados fuertes y capaces de crear las condiciones internas ideales para la recepción de las inversiones extranjeras:

"La inversión de capitales se rigió, en su orientación, por varias pautas fundamentales. En primer término, se concedieron empréstitos para lograr la afirmación de una autoridad estatal, porque al capital le era fundamental asegurarse por este procedimiento el orden y mayores garantías para sus transacciones.

En segundo lugar, esas inversiones siguieron ciertos criterios correspondientes al sistema de la división internacional del trabajo: construcción de puertos y líneas férreas para favorecer la introducción de productos manufacturados y la exportación de materias primas; créditos al comercio para permitir un mayor número de operaciones y, dentro del mecanismo de la monoproducción, aplicación de innovaciones técnicas que arrojen mayores cantidades exportables." (5)

En este contexto, el ferrocarril adquirió una singular importancia, ya que abrió al comercio las zonas internas de los continentes; de este modo, si se contaba con un adecuado sistema portuario y una adecuada red ferroviaria se facilitaría enormemente el comercio, y se introducirían al sistema económico zonas anteriormente inaccesibles. Fue así que, se incrementó el flujo comercial y se ampliaron las rutas mercantiles.

En todo el mundo se generó una fuerte tendencia hacia la construcción de ferrocarriles; en los países más atrasados, esto se realizó, con tecnología y capital del exterior, lo cual no sólo generó una dependencia económica, sino también, provocó la intromisión en la política interna de los países receptores:

"...cuando una gran empresa industrial o un grupo de financieros construye, o financia, la construcción de un ferrocarril en un país económicamente atrasado, el pago de la inversión sólo puede hacerse a plazos que se extienden por un largo periodo de tiempo. En esas circunstancias quiénes proveen el capital físico, o el dinero gastado en construirlo, siguen teniendo un interés vital en el fin a que se aplica. Los capitalistas de los países inversionistas vienen así a afianzarse en los países deudores, y a considerar la existencia de gobiernos ordenados y solventes, en estos países, como uno de los

derechos de propiedad; por este camino llegan a demandar la ayuda de sus propios gobiernos si esos derechos se ven amenazados, o si la alteración del orden político en el país deudor trastorna sus expectativas de lucro. Además, los gobiernos de los mismos países desarrollados trabajan para extender sus imperios coloniales, tanto en busca de mercados para sus productos como para asegurar fuentes de abastecimiento de artículos alimenticios y de materias primas par su uso, e inclusive para evitar principalmente que sus rivales ocupen territorios que acaso desean tener bajo control y desarrollarlos en el futuro."(6)

Estas fueron, a grandes rasgos, las características fundamentales del imperialismo y sus efectos en los países no industrializados; sin embargo, dada, la diversidad en tiempo y desarrollo de las actividades económicas en Europa y Estados Unidos, es necesario analizar por separado las particularidades de este desarrollo en los países que más influencia tuvieron en América Latina, y particularmente en México, para poder saber en qué medida y en qué sentido fueron trascendentes para nuestra propia evolución económica.

1.1. EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EUROPEO

La influencia europea en Latinoamérica fue muy grande en el ámbito económico y también en el cultural, de ahí que sea importante conocer las condiciones del desarrollo capitalista en ese continente para saber hacia dónde y bajo que circunstancias su acción determinó el camino por el cual marchó la economía mexicana.

En el siglo XVIII se inició en Inglaterra una etapa de desarrollo industrial muy importante; se dio un gran impulso a la

6. G.D.H.Cole, Introducción a la Historia Económica 1750-1950, F.C.E. Mexico, 1957, p.108

actividad industrial y se comenzó a trabajar en grandes fábricas; se registró también un gran auge en la minería y en los transportes, y por lo mismo, en la actividad comercial; todo esto se dio como resultado de la aplicación de los inventos científico-tecnológicos en el proceso productivo, siendo, sin duda alguna, uno de los más importantes la máquina de vapor.

Para el siglo XIX, Inglaterra se encontraba, ya a la cabeza del desarrollo industrial; en sus fábricas se producían todo tipo de mercancías; se comenzaron a amasar cuantiosas fortunas y se registró también un auge en las actividades bancarias.

Mientras la industria inglesa inundaba los mercados europeos a mediados del siglo XIX, Alemania comenzaba un largo proceso de unificación que culminaría en 1871. Una vez que se alcanzó la unidad alemana, se registró un fuerte desarrollo industrial sobre todo en la minería. Así, el poderío industrial de Alemania se acrecentó debido en gran parte a que, con la anexión de Lorena, se consiguió tener yacimientos de hierro y carbón, unos muy cerca de los otros, por lo que se podían transportar fácilmente; además, las victorias obtenidas en el exterior bajo la dirección prusiana, influyeron en el ánimo de los alemanes, de tal suerte que se desarrolló un excelente sistema ferroviario y de canales que facilitaban el transporte, y permitieron a los capitalistas crear grandes industrias. Como consecuencia de todo esto, para finales del siglo XIX y principios del XX, Inglaterra encontró en Alemania un fuerte competidor, en lo que respecta a la industria y el comercio.

La situación de Francia era distinta. A causa de los constantes conflictos armados en el exterior, había perdido mucho dinero. Bajo el gobierno de Napoleón III se firmó en 1860 un tratado comercial con Inglaterra, por medio del cual se facilitaba la entrada de productos ingleses al mercado francés; como consecuencia, resultó francamente perjudicada la industria francesa. Durante éste periodo, la importancia de Francia en el ámbito internacional se debió más al desarrollo de sus ideas políticas que a su desarrollo industrial; en lo que respecta al primero, su influencia fue muy grande en todo el mundo, mientras que en el ámbito económico, se especializó en la exportación de bienes suntuarios.

Es evidente que el desarrollo científico y tecnológico está íntimamente ligado al desarrollo del imperialismo; a medida que se perfeccionaban los medios de comunicación y se alcanzaban regiones más apartadas, éstas caían en una situación de dependencia. Es lógico que siendo Europa -sobre todo la Gran Bretaña- la portadora de tal desarrollo, se colocara en una posición dominante respecto al resto del mundo. Amparada en las leyes del libre comercio, Europa invadió con sus productos todas las regiones del planeta a las que podía llegar gracias a la revolución en los transportes, lo cual acrecentaba aún más su dominio, ya que había puesto al servicio de sus intereses los logros alcanzados por la revolución industrial en el área productiva y en la de las comunicaciones.

La evolución en la industria metalúrgica fue básica en la expansión industrial; se puede afirmar que para la Gran Bretaña y Alemania fue una gran ventaja al contar con yacimientos de carbón y

de hierro dentro de su territorio; aparejada a la minería, la ingeniería se desarrolló, y una de las áreas en la que tuvo mayor impacto este desarrollo, fue en la construcción de los ferrocarriles.

El auge ferroviario rebasó las fronteras inglesas; una vez que las compañías constructoras saturaron el mercado de su país y se redujo la demanda, comenzaron a buscar construir ferrocarriles en el extranjero. Por lo que respecta a los países europeos, Inglaterra no tuvo gran problema para exportar su tecnología, pero habían muchos países en el resto del mundo que no contaban con el capital necesario para comprar tal tecnología y para realizar la costosa construcción de los ferrocarriles. Se dio entonces un nuevo fenómeno en las relaciones económicas internacionales de la época: los inversionistas ingleses, que ya para entonces habían acumulado grandes fortunas (por la misma ganancia de las exportaciones), comenzaron a exportar no sólo la tecnología necesaria para la construcción del nuevo medio de transporte, sino también el capital que requerían tales proyectos, en forma de préstamos:

"En este gran movimiento de inversión en ultramar Gran Bretaña, único país que disponía de un fuerte excedente de capitales para invertir, se colocó a la cabeza. El rápido crecimiento de la capacidad británica para exportar productos suministró los recursos necesarios, pero las exportaciones no podían desarrollarse hasta su máximo en un mundo que era mucho más pobre que Inglaterra, a menos que los capitalistas ingleses estuvieran dispuestos a prestar, a otros países, recursos para adquirir lo que ellos tenían para venderle y estuvieran dispuestos a recibir un pago diferido, con intereses por sus préstamos. Como hemos visto, estas operaciones de préstamos en ultramar estuvieron limitadas principalmente en sus primeras etapas a préstamos a gobiernos o a plantaciones, pero después del advenimiento de los ferrocarriles esa actividad se extendió a

proyectos industriales privados en una escala creciente."(7)

De esta forma, la expansión imperialista europea surgió como una necesidad; en la medida en que las aspiraciones económicas de las potencias industriales no se podían satisfacer ya al interior de sus países, fue necesario trasladar parte de las funciones económicas a otras regiones del planeta.

El fenómeno de la inversión de capital por parte de los países centrales en los países dependientes se había dado ya antes, pero en menor escala. Inglaterra fue pionera en invertir grandes capitales en el exterior; en un principio, relacionados con la construcción de ferrocarriles y, más tarde, estas inversiones se dieron en otros sectores. El interés de los ingleses por otorgar préstamos a los gobiernos de los países con menos recursos, no solo se relacionaba con la industria ferroviaria; al contar los demás países con más recursos, aumentaban su capacidad de compra, y podían incrementar así el volumen de sus importaciones, con lo cual se beneficiaban los productores ingleses.

En esta época se da una fuerte inversión de capital en los países menos desarrollados, especialmente de capital inglés. El destino de tales inversiones es muy significativo: en primer lugar se invertía en empresas ferroviarias, después se encuentran los préstamos hechos directamente a los gobiernos; y por último, se encontraban inversiones privadas en áreas muy específicas de la industria.

7. G.D.H.Cole, Introducción a la Historia Económica ... Op.Cit., p. 114

Se puede apreciar fácilmente que mientras algunos países europeos como Inglaterra, Alemania y Francia estaban ya en posición de proyectar sus economías al exterior, los países de menores recursos, precisaban apenas comenzar la construcción de la infraestructura en comunicaciones necesarias para integrar económicamente a toda su población. Entonces, las inversiones europeas en el exterior, no estaban orientadas a las actividades que pudieran beneficiar a los países receptores, sino que como ya se ha visto, fueron la respuesta a una necesidad económica interna de los países industrializados, colocándose, gracias a la nueva mecánica de las relaciones económicas internacionales, como principal portador de la lógica imperialista, y adjudicando a nuestros países funciones que a ellos convenía que desempeñáramos.

1.2. EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO NORTEAMERICANO

La importancia de los Estados Unidos en la historia de México, es indudable; el hecho mismo de compartir una frontera de cerca de tres mil kilómetros, ha permitido a nuestro vecino del norte influir económica y políticamente en México.

En la primera mitad del siglo XIX los Estados Unidos tenían ya la posibilidad de utilizar en su industria los descubrimientos de la Revolución Industrial; sin embargo, continuaban siendo un país agrícola. Después de la Independencia, la principal preocupación de los norteamericanos fue la consolidación de su sistema político y la colonización del Oeste; su industria era todavía escasa;

mientras exportaban materias primas y productos agrícolas en general, importaban productos manufacturados de Europa, sobre todo de la Gran Bretaña.

Para 1850 se había registrado ya un importante crecimiento en su actividad industrial, aunque la agricultura seguía siendo su principal actividad económica; la producción era suficiente para cubrir el mercado interno que se consolidaba rápidamente. Comenzaron a exportar productos semimanufacturados, pero el monto de estas exportaciones era muy pequeño en comparación con el de las materias primas (como el algodón) y los alimentos.

Los Estados Unidos practicaron en este periodo una política proteccionista en el comercio internacional; contaban con un amplio mercado interno para su cada vez más grande aparato industrial y con suficientes recursos naturales como para no verse en la necesidad de buscar en el exterior ni materias primas, ni salida a sus productos manufacturados.

Es necesario mencionar la importancia que tuvo el ferrocarril en la incorporación del Oeste a la economía del país y por consecuencia en la consolidación de un mercado nacional. Mientras esto favorecía un incremento de la actividad industrial y minera en el norte, la actividad agrícola seguía en aumento en el sur, dándose una serie de contradicciones que desembocarían más tarde en una guerra civil. En la medida en que la industria nortea fue saturando el mercado norteamericano, comenzó a existir un mayor interés por propiciar las exportaciones y promover el libre cambio; en cambio, los agricultores sureños pretendían seguir protegiendo su mercado. Esta fue una de las causas por las que se enfrentaron

dos formas diferentes de concebir el desarrollo económico norteamericano:

" Muchos temas que sugieren cambios se agolpan en la mente: Guerra de Secesión, Guerra Civil, el Sur contra el Norte, los esclavistas y los antiesclavistas; éstos son los enunciados comunes al tratarse de esa época; pero es preciso todavía enfrentarse a otros que pueden dar soluciones de mayor trascendencia, tales como el viejo contra el nuevo régimen, la economía agraria contra la economía industrial, la sociedad 'señorializante' contra la 'burguesa'; el campo, con la vieja concepción, contra la producción en gran escala. Todo esto, y posiblemente mucho más, está implícito en la secuela de la Guerra de Secesión; porque ese cambio dio las bases sociales que hicieron posible asentar en el país la nueva economía industrial, ahora sin trabas, y permitió que ésta se desarrollara con ritmo arrollador, en una sociedad que no ofrecía la menor resistencia, debido al ambiente de libertad intelectual que caracterizaría todo el lapso que tratamos. Afloran además, en esas circunstancias, los factores ideológicos típicos que habían dado la base a la colonización y población de los Estados Unidos: el sentido de productividad puritana, la libre competencia de las primeras colonias, el libre comercio que había caracterizado la actitud práctica de los norteamericanos y que ahora tomaría las nuevas tonalidades de la técnica. Los Estados Unidos sufrían la transformación que Inglaterra había pasado a principios de siglo, pero lo hacían favorecidos de las experiencias obtenidas por los ingleses y con la ventaja de que aplicaban lo ya comprobado, además de que podían contar con los recursos financieros de los países industriales europeos, cuyos capitales excedentes ayudaron al financiamiento de todo el proceso." (8)

La Guerra de Secesión fue una especie de parteaguas en la economía de los Estados Unidos; se dio un impulso a la industria dentro de una economía que evolucionaba rápidamente y, sobre todo, se conjuntaron una serie de factores que propiciaron este auge. Al terminar la Guerra Civil en 1865, la población había crecido considerablemente, los medios de transporte se perfeccionaban, se contaba con abundantes recursos naturales (hierro, oro, plata,

S. Carlos Bosch Garcia, La Base de la Política Exterior Estadounidense, UNAM, México, 1986, pp.45-46.

azufre, zinc, carbón y petróleo); existían las condiciones para tener una próspera agricultura y ganadería y finalmente, se creaban cada vez más fábricas que producían una gran cantidad de mercancías. Aunado a todo lo anterior se comienza a dar en los Estados Unidos el fenómeno de los grandes monopolios, en los que se conjuntaban enormes capitales.

Los Estados Unidos desde el momento mismo de su independencia practicaron una política de expansión territorial:

- En 1803 Jefferson compró en 15 millones de dólares la Louisiana al gobierno de Napoleón I.
- En 1819, después de muchos conflictos, España vendió a Estados Unidos en 5 millones de dólares la Florida.
- En 1948, el Tratado de Guadalupe Hidalgo obligó a México a ceder a los Estados Unidos los territorios de Texas, Nuevo México, Arizona y California .
- En 1867 los norteamericanos compran a Rusia el territorio de Alaska.
- En 1898 Hawái se incorpora a la Unión en forma de territorio.
- El primero de diciembre de 1898 se termina el conflicto entre España y Estados Unidos; por medio del Tratado de París, los norteamericanos reciben Puerto Rico, las Filipinas, la isla de Guam y reconocen la independencia de Cuba.
- En 1903 los estadounidenses fomentan la independencia de Panamá de Colombia para poder actuar libremente respecto a la construcción del canal.

Quando en Europa estaban en auge las nuevas tendencias imperialistas, basadas ya no en un dominio territorial sino económico, los Estados Unidos todavía no contaban con los instrumentos necesarios para llevar a cabo una política en este sentido. Para competir con Inglaterra y Alemania en este campo, recurrieron a la expansión territorial y, es evidente que esta política tuvo éxito.

Sin embargo, su economía seguía creciendo y era necesario ir introduciendo a su política exterior los mecanismos de dominio económico para no estar en desventaja frente a ellos; además crecía constantemente la necesidad de proyectarse económicamente -ya no sólo políticamente- en el exterior:

"La actitud práctica, la seguridad y la certeza de los movimientos serían características en la vida externa de los Estados Unidos, en muy breve tendrían éstos una sin par abundancia de recursos que necesitarían llevar fuera de sus propias fronteras para proyectarse primero en América Latina y después al resto del mundo, con el círculo construido por las materias primas y las manufacturas, a través del comercio. Poco a poco la política se iría amoldando a esos intereses y llegaría a constituir el respaldo de los mismos y la vigilancia de su desarrollo adecuado. En la misma forma, el ejército policía, cuyas ocupaciones iban a constituir en incursiones relativamente breves destinadas a condicionar situaciones, y la política terminaría tratando de garantizar el ambiente de paz necesario al buen comercio, al intercambio y al desarrollo de intereses de ese tipo, reprimiendo revoluciones y, sobre todo, asegurando la estabilidad política o, mejor dicho, la continuidad de los regímenes adecuados a posibles inversiones."(9)

La estrategia de expansión económica fue rápidamente adoptada por los norteamericanos quienes a partir del triunfo del norte en la Guerra de Secesión fueron capaces de encontrar nuevos mecanismos de dominio económico y aparejado a éste, político; tenían la firme

9. Carlos Bosch García. La Base de la Política..., Op.Cit., p.46

convicción de que podían intervenir en la política de los países latinoamericanos, amparándose en la política de protección de los bienes y ciudadanos norteamericanos que se encontraban fuera de su territorio. Con este pretexto, los Estados Unidos intervinieron en América Latina casi siempre que lo quisieron, porque aún cuando algún país se resistía encontraban la manera de cumplir sus objetivos incluso por la fuerza usando su ejército.

Para finales del siglo XIX los Estados Unidos intervenían abiertamente en otros países, y es que en esta época, el poderío económico estadounidense era ya muy grande:

"Dentro de los Estados Unidos estaban en función la ecuación nueva, que se había formado como resultado de la Guerra de Secesión combinada con la Revolución Industrial: la tierra con sus recursos naturales, el hombre con su potencialidad de trabajo, la técnica con la máquina en desenvolvimiento creciente, y el capital, primero; la gran finanza después, envolviendo el todo. Fuera de los Estados Unidos, en la política internacional, la nueva ecuación tampoco se basó en la tierra sino en el consorcio de las fuerzas americanas internas de que hablamos; al transponerse las fronteras, el comercio fue cada día mayor, a fin de combinar las materias primas de las demás naciones con las manufacturas norteamericanas; el capital de inversión directa, habiendo saturado el país, buscó colocación donde los créditos fueran más altos y la mano de obra más baja; la política internacional reparó las situaciones y favoreció el ambiente en que todo esto se iba a desarrollar, el ejército corrigió las situaciones en cuanto se desviaron del buen camino, y los grandes financieros, una veces directamente y otras a través del propio gobierno, fueron penetrando en todas las actividades. Así pues, la nueva ecuación en la política nacional fue formada por la producción, el comercio, la política, el ejército corrector y la gran finanza. Todo estuvo apoyado por una ideología liberal que garantizó la libertad de estos movimientos."(10)

De acuerdo con todo lo anterior, los norteamericanos encontraron un campo propicio para sus inversiones en países como

10. Ibid., p.47

México en donde la actividad económica era escasa, dónde casi no había infraestructura industrial ni en transportes; y compitieron con los europeos por mercados como el nuestro en el que podían vender sus mercancías y colocar sus capitales con facilidad.

1.3. EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO LATINOAMERICANO

Los efectos de la expansión del imperialismo son claramente observables en América Latina, ya que fue -al igual que Asia y Africa- objeto de las ambiciones de los países ricos. La necesidad de abrir nuevos mercados por parte de los Estados Unidos y Europa se vio en muchas ocasiones satisfecha en este continente. México no fue la excepción. Es necesario un análisis más profundo del papel de Latinoamérica en el contexto del imperialismo a nivel internacional para poder conocer las condiciones en que se desarrolló el gobierno de Porfirio Díaz.

El papel de los países latinoamericanos desde su independencia (y aún antes), fue siempre el de adaptarse a las necesidades de los países capitalistas ricos. En este sentido, se vieron involucrados en una corriente económica que los colocó en una situación de franca desventaja frente a los países imperialistas. (11)

Durante la época colonial las economías de los países latinoamericanos se desarrollaron en función de las necesidades de las metrópolis, que extraían el excedente económico para

11. Véase: Agustín Cueva, El Desarrollo del Capitalismo en América Latina, México, Siglo XXI, 1987

convertirlo en capital en sus países. Después de siglos de dominio colonial, español y portugués, América Latina pasa a formar parte de una nueva configuración del capitalismo internacional bajo el dominio de los países centrales, que encontraron un ámbito adecuado a sus necesidades de expansión en países económicamente débiles después de las guerras de independencia. Es indudable que la Gran Bretaña fue la primera y más hábil potencia que aprovechó esta situación:

" Es verdad que, a estas alturas de la historia, ni España ni Portugal estaban ya en condiciones de 'ayudarnos'; tres siglos de 'sacrificios' eran, por demás, suficientes. Pero también es verdad que si de algo no podemos quejarnos es de no haber recibido la inmediata 'ayuda' de otros centros metropolitanos, Gran Bretaña en particular. Este imperio nos brindó tempranamente su asistencia técnica y financiera y abrió de par en par las puertas de nuestro comercio, por la fuerza cuando fue menester. Sólo que lo hizo de acuerdo con su índole capitalista, sabiamente adaptada a las condiciones estructurales y hasta coyunturales de América Latina. La presencia de la primera potencia industrial del planeta en tierras latinoamericanas fue por eso no solamente una presencia comercial, más también especuladora y usuraria, encaminada a succionarnos excedente sin siquiera intervenir directamente en su generación."(12)

Cuando la intervención económica y diplomática no daba resultado, los países centrales no reparaban en utilizar tácticas más agresivas como la intervención armada; en este renglón la historia de México da muchas pruebas.

El impacto que sufrieron nuestros países al ser implantado el modo de producción capitalista fue muy grande, y aún más si tomamos en cuenta las contradicciones internas que provocaron. Sin embargo, este no fue un proceso interno, sino el resultado de una

revolución tecnológica y de una necesidad de expansión del capitalismo generadas en el exterior.

En este sentido, América Latina estaba en desventaja, ya que cuando apenas salía de un conflicto armado y trataba de edificar un estado nacional independiente, se vió inmersa en un fenómeno económico internacional que le resultaba desconocido: como consecuencia, la construcción de las superestructuras políticas, es decir, los estados nacionales, fueron el reflejo lógico de la introducción del modo de producción capitalista en sus estructuras económico-sociales:

"...la edificación de un estado nacional no se realiza jamás en el vacío, ni a partir de un maná que se llama 'madurez política', sino sobre la base de una estructura económico-social históricamente dada y dentro de un contexto internacional concreto, factores que no sólo determinan las modalidades históricas de cada entidad estatal más también la mayor o menor tortuosidad del camino que conduce a su constitución. No es lo mismo construir un estado sobre el cimiento relativamente firme del modo de producción capitalista implantado en toda la extensión de un cuerpo social, que edificarlo sobre la infractuosa topografía de estructuras precapitalistas que por su misma índole son incapaces de proporcionar el fundamento objetivo de cualquier unidad nacional, esto es, un mercado interior de amplia envergadura."(13)

En la medida en que los países latinoamericanos van logrando emanciparse de la metrópoli, se da un período lógico de anarquía, durante el cual se introduce el capitalismo; y en relación directa a las necesidades generadas por este proceso, se edifica el estado nacional. Durante este período llamado de anarquía se define la vía de desarrollo capitalista que imperará en cada país; dependiendo, claro está, del grado de desarrollo interno que en cada caso predominaba y de la intensidad y sentido de la intervención

13. Ibid, p.32

imperialista externa. Sin embargo, se observa un denominador común a todos nuestros países durante la fase anárquica, que no es sino la deformación de sus economías, haciéndolas cada vez más dependientes. Este periodo termina casi siempre con la definición jurídico-política del Estado-nación, una vez que el capitalismo se vuelve un modo de producción común a todo el país:

"La fase denominada de 'anarquía', que no es otra cosa que el tormentoso camino que nuestras formaciones sociales tienen que recorrer hasta constituir sus estados nacionales, corresponde en términos generales al desarrollo de una estructura que partiendo de una situación de equilibrio inestable de diversas formas productivas llega a una situación de predominio relativamente consolidado del modo de producción capitalista."(14)

El inicio de la fase imperialista del capitalismo a nivel internacional fue determinante en la historia de América Latina. En ese momento, los países industrializados cambian la forma de relacionarse con los países no industrializados; y se registra un auge comercial e industrial a nivel mundial, hechos que darán la pauta para una nueva división internacional de trabajo, de acuerdo con la cual países como los nuestros desempeñaron el papel de proveedores de insumos básicos para el sostenimiento de la población y la industria de los países desarrollados.:

"...este proceso [la implantación del capitalismo en América Latina] con carácter ya dinámico y masivo, se realiza, y no por casualidad, una vez que el capitalismo mundial entra en su fase imperialista, determinando un nuevo modo de vinculación entre los países metropolitanos y las áreas 'periféricas'. En efecto, desde el momento en que el capital ahora monopolístico, extiende sus tentáculos en toda la extensión del globo, que el propio desarrollo del capitalismo imperial requiere de una afluencia sin precedentes de materias primas y productos agropecuarios y que la segunda revolución industrial vuelve posible un

comercio en escala ampliada al revolucionar los medios de transporte aún en la 'periferia' desde ese momento es natural que tiendan a romperse los límites de los viejos modos de producción en América Latina, y se desencadene un proceso de acumulación originaria encaminado a implantar el predominio omnimodo del capital, ya no bajo las formas antidiluvianas del capital comercial y usurario sino como modo específico de producción."(15)

Las necesidades del imperialismo eran muy claras y sus acciones se enfocaron a las áreas que les resultaban importantes; en ningún momento se pretendió atender las necesidades particulares de la población latinoamericana, ni tampoco fortalecer sus economías; por el contrario, se buscó crear las condiciones de infraestructura que permitieran el desplazamiento hacia América Latina de parte del aparato económico del imperialismo, creando como lo dice Agustín Cueva, economías "complementarias" del capitalismo industrial:

"Aquí no se trataba de 'fabricar fabricantes' y acelerar de ese modo el desarrollo industrial, sino de construir una economía primario-exportadora 'complementaria' del capitalismo industrial de las metrópolis.

Por eso, el proceso de desarrollo capitalista de América Latina va acompañado no sólo de un notable incremento de las inversiones extranjeras, sino también de un significativo cambio en la orientación de las mismas" (...) las inversiones en ferrocarriles se incrementan, (...) las dedicadas al sector financiero se elevan..."(16)

Al analizar los sectores en los que el capital extranjero invirtió, se aprecia una marcada tendencia -que Cueva llama "hacia afuera"- por desarrollar el sector exportador, es decir, en la mayoría de los casos se monopolizaron los servicios públicos como la electricidad, los bancos, se adjudicaron el control de los transportes marítimos y sobre todo terrestres como el ferrocarril,

15. Ibid, pp.66-67

16. Ibid, pp.67-68

y se explotaron la agricultura y la minería, dándoles un carácter eminentemente exportador a estas actividades.

Si se desarrollaron los ferrocarriles (los medios de comunicación en general) y los servicios públicos, fue para facilitar una infraestructura adecuada para la plena realización de las nuevas actividades comerciales; lo mismo sucedió con la banca que resultó necesaria en estas circunstancias. Si hubo un auge en la minería y la agricultura fue para abastecer a las industrias y alimentar a la población de países como la Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos.

En el caso particular de la construcción de redes ferroviarias, se puede decir que se atendieron dos necesidades al mismo tiempo; por una parte, los empresarios ferrocarrileros habían agotado el mercado de sus países y vieron un campo fértil para sus inversiones en América Latina y, por otra parte, gracias a este medio de transporte se facilitó enormemente el comercio y quedaron integradas a las actividades económicas importantes regiones antes inaccesibles.

En el campo predominó al antiguo sistema latifundista primario exportador y de monocultivo, orientado a la exportación, y mientras -como muestra evidente de una economía deformada- se descuidó el consumo interno. Los productos agrícolas latinoamericanos abastecían el amplio mercado europeo y norteamericano, siempre y cuando no compitieran con la producción de las potencias, signo claro del intercambio desigual predominante en el comercio internacional de la época.

reflejada en el incremento de sus actividades comerciales con América Latina; asimismo se registró un importante flujo de capital orientado a la minería.

Los norteamericanos consideraron siempre a Latinoamérica como una zona de influencia natural, de tal suerte que una vez despertadas sus ambiciones imperialistas después de la Guerra de Secesión, compitieron prácticamente en todas las áreas con los europeos; así es que América Latina además de sufrir los estragos de la acción económica europea, tuvo que sobrevivir a las pretensiones de los Estados Unidos, siendo muchas veces una especie de "campo de batalla" y "manzana de la discordia" de acuerdo a los intereses de las potencias europeas y de los norteamericanos.

América Latina sufrió los efectos de la expansión imperialista en muchos sentidos, efectos que desde cualquier punto de vista fueron negativos. No se puede decir que la introducción de la tecnología ya sea en el campo, en los transportes o en la industria haya sido perjudicial por sí misma, sino por la orientación que se le dio:

"Ahora bien, esta presencia del capital imperialista en nuestro desarrollo implica por lo menos tres efectos negativos. El primero y más obvio consiste en la desnacionalización de la economía latinoamericana, con todas las derivaciones incluso políticas, que ello supone. El segundo radica en el hecho de que tales inversiones constituyen un elemento más de deformación del aparato productivo local, puesto que se ubican, como es natural, en puntos estratégicos para el desarrollo de las economías metropolitanas y no en los que más interesarían para un desarrollo relativamente cohesionado de los países 'anfitriones'. Y tercero, en que tales

inversiones son el vehículo más expedito para la succion del excedente económico."(18)

Al hablar de los efectos de la introducción del capitalismo en América Latina, es necesario analizarlos como una consecuencia lógica de la orientación económica que se dio en la época.

"El estado débil e inestable de la fase denominada de 'anarquía' corresponde a una situación de atomización y dispersión del poder político propia de un contexto esencialmente precapitalista. El estado 'liberal-oligárquico' de la fase siguiente es, a su vez, la expresión superestructural del proceso de implantación del capitalismo como modo de producción dominante en las entidades sociales latinoamericanas.

Una primera constatación que se impone a este respecto es la de la estricta correspondencia entre el carácter no democrático de dicho proceso y el carácter, también no democrático, que asume el Estado en este período."(19)

El Estado oligárquico se impone como una necesidad emanada de toda una serie de deformaciones en la infraestructura económica. Para dar seguridad y continuidad al proceso de implantación del capitalismo, era necesaria una organización jurídico-política que cumpliera con las funciones adjudicadas por el capital imperial, erigiéndose así Estados autoritarios que respaldaran y dieran la seguridad necesaria a las inversiones extranjeras. Los Estados oligárquicos latinoamericanos se avocaron -como tarea principal- a la defensa del "orden", premisa indispensable para alcanzar el tan anhelado "progreso":

"En tales circunstancias el poder de los 'junkers'(20) locales, la burguesía 'compradora' y el capital monopólico podía presentar una fachada a veces civil y en otras francamente militar, en ocasiones mostrar incluso un rostro 'parlamentario' como el de Chile y hasta

18. Agustín Cueva, Op.Cit. p.98

19. Ibid. p.127.

20. "junkers" es el término utilizado por Lenin en: Imperialismo fase superior del Capitalismo para denominar a la clase social que en el porfiriato equivaldría a los terratenientes.

proclamarse formalmente liberal, como correspondía a las relaciones de intercambio, sobre todo internacionales, que los sustentaban. Mas en el fondo no podía instituirse de otro modo que a través de una superestructura política cerrada y absolutista, notoriamente ubicada por encima y contra el grueso de la sociedad civil. Por eso, la cadena dialéctica de represión y manipulación implícita en todo proceso de dominación burguesa, estaba en este caso desbalanceada en favor del primer término; el estado 'oligárquico' era el estado del 'orden y el progreso', que no del 'consenso' y la 'conciliación' de intereses." (21)

Justamente este es uno de los aspectos más interesantes en el análisis del Porfiriato como forma de gobierno. Al conocer las condiciones en que la dictadura porfirista se establece en México por más de treinta años, podremos entender el por qué de tal permanencia, sobre todo si se le estudia como reflejo superestructural de las circunstancias económicas internacionales, por lo cual, el proyecto seguido por Porfirio Díaz responde necesariamente al contexto internacional en el que se desarrolló.

1.4. CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DEL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN EL SIGLO XIX EN MEXICO

Después de conocer las características del desarrollo del capitalismo en Europa y Estados Unidos, y de saber de qué modo se reflejaron éstas en América Latina, se puede hacer un análisis de la forma en que el contexto internacional influyó en el desarrollo del capitalismo en México de finales del siglo XIX. (22)

21. Ibid, p. 142

22. Véase:

- Raymond Vernon, El Dilema del Desarrollo Económico de México, Edit. Diana, México, 1967, pp.47 a 75.

- Ciro Cardoso (Coordinador), México en el Siglo XIX (1821-1910), Edit. Nueva Imagen, México 1989, pp.275-464

La economía mexicana durante el porfiriato respondió a las necesidades de la evolución del capitalismo a escala mundial. Como se señaló anteriormente, la concentración de capitales, la sobreproducción y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en los países industrializados, los obligó a buscar mercados en el exterior para lograr la reproducción del capital. En este contexto, la acción externa generó en México una evolución económica orientada a satisfacer los requerimientos del imperialismo, creando una economía volcada "hacia afuera".

La forma de vinculación de México con el capitalismo extranjero se dio por medio de la inversión extranjera directa e indirecta. La primera se otorgó al gobierno de Díaz con el fin de consolidar un Estado fuerte que diera seguridad a la acción económica de las potencias industriales; y, la segunda, se dio como resultado de la necesidad de nuevos mercados, es decir, las pautas que guiaron la orientación del capital fueron dictadas desde afuera.

Porfirio Díaz buscaba el progreso, lo cual exigía un incremento en las actividades económicas y, en efecto, México logra un progreso económico en distintos campos. Se introdujeron las redes ferroviarias; se crearon nuevas industrias y se explotó la minería con mayor intensidad que nunca, dándole importancia ya no sólo a la extracción de metales preciosos, sino también a los que tenían aplicaciones industriales; en el campo se fomentó el cultivo de frutas, henequén, tabaco, algodón y azúcar. Todo esto con una

tendencia a acrecentar el comercio exterior. El desarrollo de estas actividades no benefició a las industrias nacionales (que eran muy escasas), ni fue destinado al mercado interno, sino que por el contrario todo estuvo orientado a las exportaciones.

El sistema ferroviario cubrió las rutas que interesaban a los inversionistas ingleses y norteamericanos: primero las ciudades de mayor población y actividad económica, y después las que cubrían las rutas de las minas y las plantaciones hacia la frontera con Estados Unidos y hacia los puertos.

La nueva división internacional del trabajo colocó a México como proveedor de materias primas, de forma tal que la actividad minera cambió y aunada a la extracción de los metales tradicionales como la plata, se comenzó a extraer otro tipo de minerales como el cobre, plomo, zinc, grafito y antimonio, que eran exportados y utilizados en las industrias norteamericanas y europeas. En este periodo se comenzó también a dar relevancia a la extracción de combustible como el carbón y petróleo, actividades siempre en manos extranjeras.

En lo que respecta a la agricultura, los países industrializados demandaban productos específicos a cuyo cultivo se dio mucha importancia, por ejemplo el henequén, que fue durante todo el porfiriato la exportación agrícola más importante. También fue para México un renglón notable el de la explotación de las resinas como el hule, el caucho y el chicle, y aparejado a ésta la de los recursos forestales. Otro cultivo de particular importancia fue el café, porque las grandes plantaciones de éste producto en el sur del país, estaban en manos de extranjeros, lo mismo que las de

tabaco. En general los norteamericanos y los ingleses tenían el control de la producción y comercialización de algunos de los productos agrícolas, forestales y ganaderos (en el Bajío y en Norte de la República la agricultura la controlaban los terratenientes nacionales), siendo la más grande excepción el henequén que estaba en su totalidad controlado por mexicanos.

El desarrollo industrial de México anterior al porfiriato fue muy escaso; la industria de la transformación no fue de considerable importancia sino hasta después de 1880. Grandes capitales nacionales y extranjeros se orientaron hacia esta actividad e importaron los costosos bienes de capital necesarios para el establecimiento de fábricas. Con el auge de los ferrocarriles y la minería, fue necesario crear una industria siderúrgica capaz de suministrar los insumos y refacciones para los transportes y la industria extractiva. Además de la siderurgia las áreas industriales más importantes en el porfiriato fueron, por su trascendencia en el comercio exterior, la textil, azucarera, tabacalera y alcohólica. A pesar de que el capital mexicano intervino en esta actividad económica, una vez más, fue el capital extranjero el que promovió principalmente su desarrollo y obtuvo del mismo grandes ganancias.

Las instituciones bancarias comenzaron a establecerse en México desde mediados del siglo XIX, pero como el auge industrial y comercial generaba cada vez más actividades financieras, el establecimiento de nuevos bancos fue inminente. El gobierno tenía el control de algunos bancos de capital nacional pero también había bancos europeos y norteamericanos.

Después de la crisis económica, social y política anterior al periodo de Porfirio Díaz, parecía casi imposible lograr que el país entrara en una etapa de paz, orden y progreso: sin embargo, Díaz, de acuerdo a su concepción ideológica así lo hizo, aún por la fuerza, estableciendo un Estado fuerte.

Es claro que la deformación de la economía mexicana, originada por la acción imperialista, se manifestó en casi todas las actividades económicas. El resultado final fue, en todo caso, uno solo: la creación de una economía dependiente:

"El crecimiento económico del porfiriato (...) fue indudable. Pero es preciso preguntar: crecimiento, ¿para qué? ¿para quién? En efecto, el balance final es difícil de hacer. Si el avance de las fuerzas productivas, la modernización del país en muchos aspectos, el surgimiento de una clase obrera, son factores indudablemente positivos que preparan el futuro, tampoco cabe duda acerca del carácter desequilibrado del crecimiento porfirista. Este se asentó en una explotación despiadada de la mayoría absoluta de la población mexicana, apoyada en brutal represión, en favor de la felicidad de un puñado de privilegiados y del capital extranjero."(23)

El Porfiriismo es y ha sido siempre criticado en muchos sentidos. Se dice que al permitir la entrada del capital extranjero se "entregó" nuestro país a las potencias imperialistas. Parece dudoso que el objetivo, cuando menos de manera explícita, de Porfirio Díaz fuera éste. Para él y su grupo era imprescindible insertar a México al sistema capitalista internacional; para ellos, en un país empobrecido en extremo, la inversión extranjera era la única forma de lograr el progreso.

23. Ciro Cardoso (Coordinador), México en el Siglo XIX 1821-1910, Op.Cit., p.276

Ya hemos visto cómo el desarrollo del capitalismo internacional influyó desde el exterior en el desenvolvimiento del gobierno de Díaz. Ahora habrá que ver cómo la filosofía positivista influyó al interior y cuál fue el resultado de esta doble acción en el proyecto porfirista y de acuerdo a este, qué tipo de política exterior se ejecutó.

CAPITULO 2

EL POSITIVISMO COMO FILOSOFIA INTERPRETATIVA DE LA REALIDAD
MEXICANA

2.1. ANTECEDENTES

El ser humano ha tratado siempre de dar explicación a los hechos en los que se ve involucrado. Ha buscado interpretar la historia y encontrar las leyes que la rigen; en su afán por conseguirlo crea teorías que engloban en una forma de pensamiento el análisis del proceder humano, de tal suerte que a cada etapa de la historia corresponde una explicación filosófica específica, por medio de la cual se pretende encontrar la interpretación adecuada a la realidad imperante en ese determinado periodo. De ninguna manera se puede pretender que esta interpretación sea única; por el contrario, la forma de percibir la historia difiere con relación a la posición del filósofo o historiador en el contexto del grupo social al que pertenece. Es decir, para un acontecimiento histórico concreto, se pueden encontrar diferentes explicaciones de acuerdo con la perspectiva desde la cual es analizado.

En este sentido, resulta lógico que la filosofía en ocasiones se convierta en un instrumento para justificar un orden social determinado o para combatirlo, dependiendo en la mayoría de los

casos de la clase social a la que pertenece el (ó los) creadores de tal o cual filosofía, y de si esta clase detenta o no el poder (24)

A pesar de ésto, es común que se pretenda dar a la filosofía un carácter válido como verdad universal. Esto será posible en tanto se trate de una filosofía dinámica que contemple la posibilidad de cambio; si por el contrario, lo verdadero y lo válido es sólo lo circunstancial, será imposible dotarla de continuidad y permanencia.

Tomando en cuenta lo anterior, será más fácil entender el papel de la filosofía positivista (25) como una forma de interpretación de la realidad y, la importancia que para México tuvo como sustento ideológico del Porfiriato.

En el siglo XVIII se prepararon las condiciones necesarias para que a mediados del siglo XIX el capitalismo alcanzara su máximo apogeo. La Revolución Francesa significó la anulación de la

24. Véase, Leopoldo Zea, El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; William Ratt, El positivismo durante el porfiriato, México, Secretaría de Educación Pública; Arnaldo Córdova, La ideología de la Revolución Mexicana, México, Ediciones ERA, 1985

25. Al respecto Leopoldo Zea hace referencia a "Ideología y Utopía" de Karl Mannheim en El Positivismo en México, p.40:

"Karl Mannheim sostiene la tesis, a la que me adhiero, de que toda ideología es expresión de una determinada clase social, la cual justifica los intereses que le son propios por medio de una doctrina o teoría que es a la que Mannheim llama Ideología. Cada clase o grupo social determinado tiene una serie de ideas, un conjunto doctrinal, que es expresión de sus intereses. Hay así una ideología propia de una casta sacerdotal, una casta militar o una casta desheredada. Hay una ideología burguesa y una ideología proletaria. Cada uno de esos grupos sociales justificará por medio del conjunto de sus ideas, el derecho a tomarlo. Max Scheler ha mostrado como una clase en el poder tiende a una filosofía de carácter dinámico. Los primeros justifican así su continua permanencia en el poder, los segundos su derecho a tener este poder".

monarquía absolutista y la implantación de la República, que quedó interrumpida por el imperio napoleónico (1799-1814). Los treinta años siguientes a la derrota de Napoleón, Europa vivió una situación de paz general, pero la Revolución de 1848 rompió con esta situación, y surgió una burguesía nacionalista muy fuerte que pugó por la creación de un Estado mejor organizado que diera cabida en él a la participación de la nueva clase económicamente poderosa. Surge así el positivismo como la ideología de una clase social que había alcanzado un estado satisfactorio y que por ello rechazaba todo tipo de modificaciones profundas.

En el siglo XIX Augusto Comte sienta las bases del Positivismo, toma el pensamiento de Saint-Simon y se convierte así en el servidor de los intereses de la burguesía. En la época de Comte, las condiciones políticas, económicas e ideológicas hicieron necesaria una nueva filosofía para justificar el poder en manos de la nueva clase dominante.

Después de la Revolución Francesa, la clase burguesa había triunfado sobre el poder que se encontraba detentado por la aristocracia y el clero. Antes, el sustento ideológico-filosófico que había justificado el cambio y desembocado en la Revolución, fue la Ilustración, pero aún existían grupos que seguían demandando cambios, agitaban a la sociedad retomando los conceptos de libertad, igualdad, justicia y fraternidad.

Resultaba entonces necesario invalidar la filosofía de la Ilustración, ya que el poder alcanzado por la burguesía se veía amenazado. Para lograr esto, era necesario crear una filosofía

contrarrevolucionaria que pugnara por un nuevo orden sin caer en el antiguo sistema que había sido destruido por la Revolución.

Se buscaba una filosofía que sustentara la necesidad de establecer un "orden", el cual no podía ser estático, pero tampoco debía conducir a una dinámica sin orden; tenía que encontrarse una filosofía dentro de la cual se pudieran coordinar y conjuntar dos conceptos que en determinado momento podrían parecer contradictorios: Orden y Progreso.

Aunque al principio, el positivismo tuvo connotaciones morales, éticas y religiosas, sobre todo cuando se habla de una "religión de la humanidad", del amor místico hacia ella y de la relevancia de la inteligencia del "Ser Supremo", Comte basó su nueva filosofía de la historia en la preponderancia del factor intelectual sobre el religioso y el metafísico. El filósofo positivista debía trabajar por y para la humanidad.

La filosofía positivista descansa sobre ciertos principios básicos como son los conceptos de política como física social y el progreso del conocimiento a través de la ley de las tres etapas. Comte busco equiparar la sociología y la política con las disciplinas tradicionales como la biología o las matemáticas, otorgándoles así a las primeras un carácter científico.

Es indudable que "la ley de los tres estados" es el planteamiento esencial de la filosofía positivista. Comte sostiene que el conocimiento necesariamente pasa por tres periodos, mismos que sucesivamente -aunque diferentes- comprenden el desarrollo de la humanidad. Estas tres etapas son; la Teología, en la que el hombre encuentra en deidades imaginarias la explicación a los

fenómenos que lo rodean, la Metafísica, en la cual se sustituye a los dioses por fuerzas impersonales y abstractas, siendo esta una etapa de transición en la que se critica el orden anterior; y finalmente la etapa Positivista o Científica, en la que se busca interpretar los fenómenos naturales y sociales por medio de leyes científicas y ya no adjudicándolos a entes superiores basados en fetiches y supersticiones. La inteligencia humana se inicia en la primera etapa y encuentra su punto definitivo y culminante en la última:

"Por la naturaleza misma del espíritu humano, cada rama de nuestros conocimientos está obligada en su marcha a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos; el estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto; por último, el estado científico o positivo.

En el primero, las ideas sobrenaturales sirven para ligar el pequeño número de observaciones aisladas de que entonces se compone la ciencia. En otros términos, los hechos observados son explicados, es decir, vistos a priori, según hechos inventados. Este estado es necesariamente el de toda ciencia en mantillas. Por imperfecto que sea, es el único modo de unión posible en esta época. Por consiguiente, proporciona el único instrumento por medio del cual se puede razonar sobre los hechos, sosteniendo la actividad del espíritu que tiene necesidad, por encima de todo, de un punto de reunión cualquiera. En una palabra, es indispensable para poder ir más lejos.

El segundo estado tiene por único destino el servir de medio de transición del primero al tercero. Su carácter es híbrido: liga los hechos según ideas que no son ya en absoluto sobrenaturales por entero. En una palabra, estas ideas son abstracciones personificadas, en las que el espíritu puede ver a su voluntad o el nombre místico de una causa sobrenatural, o la enunciación abstracta de una simple serie de fenómenos, según esté más cerca del estado teológico o del científico. Este estado metafísico supone que los hechos cada vez más numerosos han sido aproximados al mismo tiempo de acuerdo con las analogías más extendidas.

El tercer estado es el modo definitivo de una ciencia cualquiera. Los dos primeros no estaban destinados más que a prepararlo gradualmente. Los hechos

están ligados de acuerdo con ideas o leyes generales de un orden enteramente positivo, sugeridos o confirmados por los hechos mismos, y que con frecuencia no son sino simples hechos lo bastante generales como para convertirse en principios. Se procura reducirlas siempre al menor número posible, pero sin instituir ninguna hipótesis que no sea de una naturaleza comprobable algún día por la observación, y no considerándolas en todos los casos más que como un medio de expresión general de los fenómenos. (26)

En esta ley Comte sintetiza la historia de la humanidad a través de los tres periodos que marcan la evolución de la inteligencia reflejada en la filosofía y la política. A pesar del carácter dinámico que imprime Comte a su filosofía, menciona cuatro elementos que deben permanecer estáticos -indispensables para conservar el orden-, al margen del progreso: la religión, la propiedad, la familia y el lenguaje; estos elementos evolucionan y se perfeccionan a través de los 3 estados, subordinando de este modo el progreso con relación al orden; entonces había que restablecer el orden católico-feudal ahora al servicio de una nueva clase social. (27)

Para Augusto Comte la sociología como ciencia comprende dos puntos fundamentales que engloban la esencia de su pensamiento; la teoría de la estática o del orden social que comprende el estudio de los aspectos que deben ser permanentes en toda sociedad; y la teoría de la dinámica o progreso que es el estudio del movimiento de la humanidad a través de la historia. La premisa básica de ésta filosofía, que fue aceptada por todos sus seguidores, es: libertad, orden y progreso. Cuando Comte habla de libertad, retoma uno de los ideales de la Ilustración; el orden es la parte estática de una

26. Augusto Comte, Primeros Ensayos Fondo de Cultura Económica, México, 1941, pp. 107-108.

27. Leopoldo Zea, Op. Cit., pp.43-44

sociedad, que engloba los valores que nunca deben perderse, y el progreso es la parte dinámica de las sociedades en constante evolución.

La nueva estructura social positivista debía estar basada en la ciencia, al convertir la política en física social. Comte da una nueva clasificación de las ciencias, en la cual, las ciencias teóricas abstractas forman una jerarquía interrelacionada hacia abajo y hacia arriba; la base de éste orden son las matemáticas, que sería la ciencia más abstracta; sigue entonces la astronomía, la física, la química, la biología, y en el punto más alto la sociología que sería la ciencia más compleja y concreta.

Las ciencias pueden ser teóricas o prácticas; en las primeras se incluyen las descriptivas que tratan los fenómenos menos concretos y las abstractas que tratan de descubrir las leyes bajo las cuales se rigen los fenómenos naturales; las segundas son las ciencias aplicadas. Con la intención de dar a la política un carácter científico clasificó las ciencias en esta forma; si la política no había sido antes considerada como ciencia, era porque no se habían dado las circunstancias:

"Es fácil explicarse al mismo tiempo por qué la política no ha podido convertirse antes en una ciencia positiva y por qué está llamada a ello en la actualidad.

Dos condiciones fundamentales, distintas aunque inseparables eran indispensables para ello.

En primer lugar, era menester que todas las ciencias particulares se hubieran hecho sucesivamente positivas, porque el conjunto no podría ser positivo en tanto que todos los elementos no lo fueran. Esta condición esta hoy cumplida.

Las ciencias han llegado a ser positivas una tras otra en el orden en que era natural que se operase esta revolución. Este orden es el grado de complicación mayor o menor de sus fenómenos, o, en otros términos, de su relación más o menos íntima con el hombre. Así, primero

los fenómenos astronómicos, por ser los más simples, y a continuación sucesivamente los físicos, los químicos y los fisiológicos, han sido conducidos a teorías positivas; estos últimos en una época muy reciente. La misma reforma no podía efectuarse sino en último lugar para los fenómenos políticos que son los más complicados, puesto que dependen de todos los demás. Pero evidentemente es tan necesario que se efectúe ahora, como imposible ha sido que llegara antes.

En segundo lugar, hacia falta que el sistema social preparatorio en el cual la acción sobre la naturaleza no era sino el fin indirecto de la sociedad, hubiera llegado a su época última.

En efecto, por una parte, la teoría no pudo establecerse hasta entonces porque hubiera estado demasiado por delante de la práctica(...). Por otra parte no hubiera tenido antes una base experimental suficiente."(28)

Leopoldo Zea señala que Comte justificó a su clase en un nuevo orden social que elaboró sustituyendo los planteamientos del antiguo orden teológico por planteamientos positivos, es decir, cambió la religión cristiana por la religión de la humanidad, la idea de libertad sin límites por la de una libertad en función del orden, y la de igualdad por la de jerarquía social:

"Apoyado en las ciencias positivas, Comte estableció el ideal de un nuevo orden social en el cual los intereses de su clase quedarán justificados. El modelo para este nuevo orden lo fue el antiguo orden teológico. Trató de sustituir la iglesia católica por una nueva iglesia, la religión cristiana por la religión de la humanidad, el santoral católico por el santoral positivo. A la idea revolucionaria de una libertad sin límites opuso la idea de una libertad ordenada, de una libertad que sólo sirviese al orden. A la idea de la igualdad opuso la idea de una jerarquía social. Ningún hombre es igual a otro: todos los hombres tienen un determinado puesto social. Este puesto social no podía estar determinado a la manera como lo hacía el antiguo orden, es decir, por la gracia de Dios o de la sangre, sino por el trabajo. El trabajo: ésa era la categoría que no quiso reconocer el orden antiguo basado en la divinidad o en la aristocracia de la sangre."(29)

28. Augusto Comte, Op.Cit., pp.110-111

29. Leopoldo Zea, Op.Cit., p. 45

Cuando Comte hablaba de la necesidad de establecer un orden jerárquico, da la pauta para justificar un orden social en el que una nueva clase dominará a las demás pretendiendo avalar que esto no constituía una injusticia, ya que siempre sería en aras del beneficio de la sociedad en su conjunto. En realidad, la tendencia del positivismo era claramente sectorial y discriminatoria, porque en última instancia sería la burguesía la que se beneficiaría de este orden:

"En este nuevo orden todos los hombres reconocerían lo justo de su puesto en la sociedad, porque este puesto dependería de las capacidades de cada uno; pero esto no implicaría un desacuerdo social, sino simplemente el reconocimiento de que todas las clases son necesarias, de que todos tienen unas determinadas obligaciones que cumplir. Comte considera que es necesario que haya en la sociedad hombres que dirijan y trabajadores que obedezcan. Superiores e inferiores deben estar subordinados a la sociedad. La sociedad debe estar por encima de los intereses de los individuos. En ella los filósofos y los sabios bien preparados deberán dirigirla dentro del orden más estricto, conduciéndola hacia el progreso más alto." (30)

Según el filósofo francés, la conducción de los seres humanos hacia la etapa positiva, debía estar a cargo de los "sabios", ya que siendo éste un trabajo de naturaleza teórica, sólo ellos tenían las características necesarias para hacerlo. Los "sabios" -que formaron un "cuerpo científico"- deberían hacer de la teoría una profesión y, ésta debería estar al servicio de la nueva sociedad. En esta forma, en la construcción del nuevo sistema, el poder sería repartido entre los más aptos para ejercerlo.

"Así, son los sabios los que tienen que emprender la primera serie de trabajos, y los industriales más

importantes los que tienen que organizar el sistema administrativo, según las bases que habrá establecido aquella. Tal es la sencilla marcha indicada por la naturaleza de las cosas, que enseña que las clases mismas que son los elementos de los poderes de un nuevo sistema y deben colocarse algún día a su cabeza, pueden por sí solas constituirlo, porque son capaces de comprender perfectamente el espíritu y son las únicas que están empujadas en ese sentido por el combinado impulso de sus hábitos y de sus intereses."(31)

En el esquema de Comte, el gobierno de los "sabios" es más moral que práctico; ellos son los únicos que tienen la capacidad y la autoridad teórica para dirigir a la sociedad, excluyendo, claro está, a todas las demás clases sociales, excepto a la económicamente dominante, que, como ya se mencionó, tendrá en sus manos la parte práctica (Administrativa) del gobierno positivo.

En su momento, el positivismo de Comte significó un gran avance en el desarrollo de las ciencias sociales. Por su importancia y novedad, trascendió en otros países europeos y americanos, en donde fue acogido con gran entusiasmo, y llegó a influir enormemente en la vida intelectual, política y económica. Este es el caso de México.

2.2. INTRODUCCION DEL POSITIVISMO EUROPEO EN MEXICO

A pesar de que el positivismo surge en Europa -de acuerdo con las circunstancias que ahí imperaban y con los fines específicos que ya se mencionaron- esta filosofía traspasa las fronteras del viejo continente y llega a América, desempeñando, particularmente

31. Augusto Comte, Op.Cit., p. 102

en México, un papel significativo como la filosofía que predominó durante gran parte del siglo XIX y la primera década del siglo XX.

Podemos encontrar que entre el positivismo de Comte y el positivismo mexicano hubo diferencias considerables porque la realidad que pretendían interpretar no era exactamente la misma, aunque, en ambos casos, se buscó justificar la permanencia en el poder de un grupo social determinado.

En Europa, el positivismo fue la expresión de la burguesía, en México fue la expresión de la clase oligárquica surgida después de la Reforma y que dominaría la política y la economía mexicana durante el Porfiriato.

Es necesario conocer cuales eran las circunstancias internas que privaban en México cuando fue introducido el positivismo europeo, para poder comprender por qué tuvo tanto éxito entre los intelectuales de la época.

El 19 de junio de 1867, en el Cerro de las Campanas fue fusilado Maximiliano de Habsburgo, y con él murió la amenaza europea de establecer en México una monarquía bajo su control; se puede afirmar, tal como se le atribuye al mismo Juárez, que: "mas que un hombre, murió una idea". Al lograrse la victoria definitiva de los republicanos contra los imperialistas, se llevaron a cabo las elecciones para el periodo 1867-1871 en las que Juárez fue electo Presidente.

En los primeros años de la República triunfante, había que enfrentar una serie de problemas que se manifestaban en todos los órdenes: era necesario afianzar el sistema republicano como forma de gobierno; terminar con los constantes levantamientos armados

restando poder al ejército; reducir la importancia del catolicismo, como una de las causas del atraso; e iniciar el desarrollo económico del país introduciendo el modo de producción capitalista. En pocas palabras, todo estaba por rehacer, todo estaba por reconstruir.

Para lograr esto, Juárez consideró que una de las acciones más importantes que debían llevarse a cabo, era la reorganización de la educación pública; para ello, fue solicitada la colaboración de Gabino Barreda, quien creó la Escuela Nacional Preparatoria.

Fue precisamente Gabino Barreda quien introdujo la filosofía positivista en México, con un programa bien concebido. Barreda y otros discípulos directos de Comte fueron quienes educaron a los que más tarde formarían el "Grupo Científico":

"El primer impacto oficial del positivismo en México fue propiciado por el gobierno de Juárez, quien nombró una comisión compuesta por políticos, liberales y científicos distinguidos para reorganizar la educación. Al lado de Barreda, quien actuaba como presidente, colaboraron Francisco Díaz Covarrubias, Ignacio Alvarado, Eulalio Ortega y Pedro Contreras Elizalde. Este último había sido miembro de la Sociedad Positivista de Francia desde 1848; había mantenido relaciones con Comte y con Laffite, y fue quien introdujo a Barreda en los círculos positivistas. Barreda, por su parte, durante su estancia en París (1847-1851) había participado en las conferencias del Palais Royale y se había convertido al positivismo. El resultado de la comisión nombrada por Juárez fue la Ley Orgánica de la Instrucción Pública, de diciembre de 1876."(32)

32. William D. Ratt, El Positivismo durante el Porfiriato, Secretaría de Educación Pública, México, 1975, pp.14-15

33. Ibid, pp.12-15.

¿Por qué el positivismo tuvo tanto arraigo entre los intelectuales y los políticos mexicanos de la época?. Sobre esto William D. Ratt da cuatro posibles causas (33):

1. Al igual que en la Francia de Comte, en México comenzaba a darse importancia al pensamiento científico al interior de un ambiente de desorden.
2. Era necesario controlar a la Iglesia católica cuyo pensamiento no iba de acuerdo con la nueva tendencia científica progresista, por lo que era necesario educar a los mexicanos en la "Religión de la humanidad" de Comte.
3. El desarrollo anglo-americano aparecía a la luz de los propagadores del positivismo con el claro matiz pragmático del darwinismo social y de la sociología de Comte.
4. La filosofía francesa fue en parte difundida como consecuencia de la estancia de algunos intelectuales y hombres de ciencia en México durante la intervención europea. Además, durante el gobierno de Porfirio Díaz, la principal influencia cultural fue la francesa.

Aún más fuerte que las razones anteriores, el positivismo tuvo éxito por la situación de desorden generalizado en la que se encontraba la nación. La prioridad sería alcanzar el progreso por el camino de la paz y, en este sentido, la filosofía de Comte fue la justificación teórica ideal para un gobierno que buscaba dar sentido a su estancia en el poder.

"Uno de los motivos del éxito del positivismo como doctrina nacional, ha sido la situación caótica en que se encontraba el país. El partido liberal transformado en gobierno necesitaba de un nuevo orden, de un orden basado en principios ideológicos que no fueran ya los del partido conservador vencido. Era menester un orden que satisficiera los intereses de la clase vencedora. Pero hubo algo más: el positivismo tuvo éxito como doctrina al servicio de esta clase, por que los miembros de ella estaban predispuestos ideológicamente hacia él. Sin esta predisposición ideológica de la clase o grupo vencedor el positivismo no hubiera pasado de ser una filosofía del conocimiento exclusivo de un señor llamado Gabino Barreda." (34)

Al desempeñar Gabino Barreda un papel tan importante al inicio de la conformación del pensamiento positivista mexicano, el conocimiento de sus ideas principales adquiere una lógica relevancia.

El filósofo mexicano, con base en el pensamiento de Comte, trata de explicar el periodo histórico que le tocó vivir. Como lo dice Leopoldo Zea, es evidente que las circunstancias que rodearon al positivismo de Comte eran distintas a las circunstancias en las surge el positivismo mexicano (35). Esta filosofía además de justificar una situación específica, sirvió para imponer a la sociedad la idea de establecer un nuevo orden, haciéndolo lógico y necesario.

Barreda, en su "Oración Cívica", plantea que la clase dominante surgida de la Reforma era la fuerza progresista, y junto con los intelectuales y políticos liberales, constituían los sectores que debían llevar al país hacia el camino del desarrollo económico (parte dinámica de la sociedad). Pero existían otros sectores, el clero y la milicia, que estaban en contra y constituían las fuerzas de retroceso (parte estática de la sociedad):

"Dos formas del orden se enfrentaron en los campos de México: el orden estático, el de las fuerzas negativas del progreso, y el orden dinámico, el de las fuerzas positivas, las del progreso. El orden estático se oponía

35. Leopoldo Zea, Op. cit., p.47. Gabino Barreda y Justo Sierra la llaman "Burguesía", aunque no puede caracterizarsele como tal, puesto que el modo de producción capitalista apenas estaba siendo introducido en la economía mexicana; por lo tanto esta "burguesía" era el germen de lo que posteriormente sería la clase oligárquica.

a todo progreso, se oponía a la emancipación mental. Estos dos tipos de orden estaban representados, de una parte, por 'el clero y el ejército como restos del pasado régimen, y de otra por las inteligencias emancipadas e impacientes por acelerar el porvenir.'" (36)

Las fuerzas progresistas se enfrentaron con las conservadoras. Para justificar ésto, se sirvieron del jacobinismo de la Revolución Francesa. Una vez lograda la derrota definitiva del clero y la milicia después de la intervención extranjera, el sector dinámico de la sociedad se enfrentó con los liberales; éstos, seguían sustentando esta ideología que, para los primeros, ya no era eficaz, y como su objetivo primordial era el orden, ya no podía justificar su razón de ser en una teoría combativa como la liberal. Por eso es el positivismo de Comte el que cubre la necesidad de encontrar un fundamento teórico para esta nueva clase en el poder.

Al igual que Comte distingue en el pasado de la sociedad europea tres etapas distintas, los positivistas mexicanos distinguen en la historia de nuestro país estos tres periodos:

1. Etapa Teológica. Esta corresponde en México al periodo en el cual el poder lo sustentan el clero y la clase militar, y abarca desde la Independencia hasta principios del Siglo XIX.
2. Etapa Metafísica. Es en la cual se da la lucha entre liberales y conservadores y se le considera como un periodo de transición.
3. Etapa Positiva. Comienza con el triunfo de la Reforma, una vez que se liquidan las fuerzas conservadoras.

Para Gabino Barrera, después del caos existente durante el periodo en el que los liberales derrotan a los conservadores, era necesario establecer un nuevo orden. No se trataba ya del orden

teológico ni del metafísico, sino de un orden positivo, que buscara el progreso; era necesario liquidar definitivamente todas las fuerzas que se opusieran a este nuevo orden.

De esta manera, la clase oligárquica en formación tomó del positivismo los conceptos que respondían a sus intereses como clase dominante, y desechó todo aquello que fuera contrario a los mismos. Parece ser que :

"La burguesía mexicana para lograr el orden tuvo que combinar sus intereses con los de otras clases. El orden establecido tuvo que irse transformando en un orden en el cual los encontrados intereses de otras clases tuviesen cabida. El positivismo trató de ayudar en esa coordinación de intereses, en este orden; pero llegó un momento en el cual la idea que sobre el orden se tenía en tal doctrina era hostil a los intereses de las clases con las cuales la burguesía mexicana trataba de llegar a un acuerdo. Llegó un momento en el cual el orden basado en la doctrina positiva no era el orden que la realidad pedía; las ideas de orden del positivismo se convertían en ideas de desorden, perdiendo así a su justificación como doctrina del orden social. Fue éste el momento en que las ideas perdieron su relación con las circunstancias y se transformaron en una utopía." (37)

Leopoldo Zea, identifica el momento de la introducción del positivismo en México, encabezado por Gabino Barreda, como el período en el que se buscan coordinar los intereses de las distintas clases sociales; mientras que el período de auge del "Grupo Científico", es el momento en el cual se deforma esta primera intención y termina por hacerse del positivismo original sólo una utopía.

En el ámbito político, el Partido Liberal triunfante (cuyo sustento ideológico durante la fase combativa lo había dado José

37. Ibid., p.15

Maria Luis Mora) era el que, según Barreda, debía transformar el fundamento teórico al adoptar la filosofía positivista de Comte.

"El partido progresista, constituido por los liberales victoriosos de la Reforma, podría seguir la prédica de Comte haciendo que cesara la anarquía por la unión de todos los intelectos bajo la enseñanza universal de la ciencia. Los liberales victoriosos encarnaban el espíritu positivo; la libertad, dogma básico del liberalismo, se definía como la completa libertad de discusión y de palabra. El clero y el ejército encarnaban el espíritu negativo y la anarquía. El orador identificaba, pues, al liberalismo con el positivismo." (38)

Sobre este mismo aspecto Leopoldo Zea dice:

"El partido liberal, al constituirse en Estado, en gobierno, tuvo que establecer las bases para un orden social duradero. El orden no podía ser encargado a los grupos que habían sido desplazados: el clero y el militarismo, ni aun a los nuevos militares, que en el fondo seguían siendo tan ambiciosos como los vencidos. De aquí que se pensase en un grupo social, en una clase que ofreciese garantías de orden. Esta clase fue la que hemos llamado burguesía" (39)

Barreda consideraba que al triunfar la Reforma había triunfado el espíritu positivo y que el mismo Mora en su pensamiento, daba la justificación para la posterior adopción del positivismo. En la "Oración Cívica" se planteaba la historia de México como el camino hacia la independencia científica, religiosa y política, lo cual, se había logrado con el triunfo de la República con Juárez;

"El positivismo justificaba a la revolución mexicana [Guerra de Tres Años], y daba las bases para establecer un orden de acuerdo con los ideales de ella. El postulado de la misma: libertad de conciencia quedaba resumido por Barreda en una fórmula positivista: 'emancipación

38. William D. Ratt, Op.Cit., p. 16.

39. Leopoldo Zea, Op.Cit., p.65.

científica, emancipación religiosa, emancipación política', las cuales sólo eran posibles mediante una emancipación mental, es decir, mediante la decadencia de las doctrinas antiguas y su substitución por otras. Las doctrinas antiguas eran en este caso las sostenidas por el clero católico; las doctrinas que habían de sustituirlas serían las positivas. Estas serían las doctrinas conforme a las cuales se educaría a los mexicanos. Por medio de ellas se eliminaría el desorden provocado por una clase que no quería reconocer que su misión había terminado. Los hombres educados en esta doctrina tomarían el poder e implantaría el nuevo orden en todos los campos."(40)

Gabino Barreda cambia la premisa contiana "Amor, Orden y Progreso" por "Libertad, Orden y Progreso": la libertad como medio, el orden como base y el progreso como fin. El ideal de "Libertad" era introducido al positivismo mexicano como una forma de incorporar a la nueva ideología el pensamiento liberal, aunque como se verá en el Capítulo III, el positivismo porfirista cambia el sentido de este concepto.

Para lograr que el nacionalismo y el positivismo fueran vistos por la gente como conceptos inseparables, Barreda simbolizó el lema del positivismo mexicano en los colores de la bandera. El lema "libertad, orden y progreso" encontraría así una forma de representación en la tradición histórica mexicana.

El positivismo, en cierta forma, permitió que en el porfiriato se diera continuidad al proyecto liberal de Juárez y por ésto, Barreda pensaba que el Estado era el aliado ideal de la ciencia; esto queda claramente expresado en su "Oración Cívica", pronunciada el 16 de septiembre de 1867:

40. Ibid., p.66

"En la marcha de la civilización mexicana, Barreda consideraba al Estado como aliado de la ciencia. El partido liberal había emancipado a México científica, religiosa y políticamente cuando derrotó a Maximiliano. El Estado era un instrumento de reforma, con las Leyes de Reforma había separado la política de la religión, haciendo que México diera 'el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar en el camino de la civilización y el progreso moral'. Libre ya el Estado, tendría que mostrar su habilidad para regir en el orden temporal, que era para Barreda el campo de la educación."(41)

Por esta razón, para Gabino Barreda resultaba tan importante la educación. En su programa de reorganización del sistema educativo (punto medular de su trabajo), incluye a grandes rasgos los siguientes puntos (42)

1. Se debían incluir todas las ciencias positivas, la enseñanza debía ir de las ciencias más generales y concretas a las más abstractas y complejas, es decir, había que estudiar entre otras materias: las matemáticas, las ciencias naturales (cosmografía, física, geografía, química, botánica y zoología) para finalmente llegar a la lógica, que sería enseñada por medio de la experiencia.
2. Intercalados con las materias anteriores, se debería enseñar francés, inglés, alemán y latín, porque así se podía conocer el pensamiento de los sabios en su lengua original, además de que, por medio del aprendizaje de otros idiomas, se estrecharían las relaciones con otros pueblos. El latín era útil para el estudio del Derecho y la Medicina. Por otra

41. Ratt, Op.Cit., p.15

42. Leopoldo Zea, Op.Cit., pp.122-147

parte, el español era igualmente importante y debía ser incluido en el plan de estudios.

3. Como el fin último que se perseguía al formar intelectualmente a los jóvenes era el "bienestar social", por medio de la educación se debía uniformar el criterio de los estudiantes; era necesario mostrarles una sola verdad en todos sus aspectos. Si se dejaba la interpretación de la realidad al criterio individual, se perdía el objetivo esencial de la educación.

4. En concordancia con el punto anterior, era indispensable que la educación fuera obligatoria para todos; sólo de esta manera se podía terminar con la anarquía.

5. Se promovería la creencia en las teorías científicas, por ser éstas las únicas verdaderas, en contra de las teológicas y metafísicas, es decir, clericales y jacobinas; ambas resultaban peligrosas para el orden, porque dejaban al criterio individual las interpretaciones, lo que sólo podía perpetuar el estado anárquico:

"La filosofía positiva es la única que podía hacer posible el orden, porque los supuestos en que se apoyaba no podían provocar el desorden, ya que estaban al alcance de cualquier hombre que deseara comprobar la verdad, al alcance de todos los mexicanos; era la única que estaba capacitada para ofrecer a éstos un fondo común de verdades por medio del cual fuese posible el orden social y el bienestar de todos los mexicanos."(43)

La Escuela Nacional Preparatoria, creada por un positivista, era un ejemplo a seguir en todo el país y de acuerdo con sus

43. Ibid., p.133

planes, debían estar los de los demás niveles educativos. Barreda ambiciosamente pretendía la reorganización social de México bajo un programa que buscara el progreso. Sin embargo, estos planes no se llevaron a cabo plenamente, porque después de la muerte del filósofo mexicano, se perdió el entusiasmo y no se contaba con los recursos suficientes. Cuando Díaz sube al poder, ya había fracasado el programa de Gabino Barreda.

Sin embargo, el positivismo ya había echado raíces en los jóvenes que habían sido formados bajo el programa educativo de Barreda. Tal vez sus ideas originales no se llevarían a cabo tal como él las pensó; pero sin duda alguna, la educación positivista repercutió en el desenvolvimiento posterior de la política y la economía mexicanas, y quienes fueron artífices de este proyecto positivista (reformado y aplicado a las nuevas circunstancias) serían reconocidos durante el Porfiriato como "Grupo Científico".

2.3. ORIGEN Y EVOLUCION DEL GRUPO CIENTIFICO.

Es innegable que para Gabino Barreda la educación constituía el instrumento ideal para transmitir los conocimientos positivistas. Es así que durante el período de auge de la Escuela Nacional Preparatoria se formaron en ella los intelectuales que iban a dar posteriormente el sustento ideológico a la dictadura de Porfirio Díaz; ellos plasmaron en los hechos, los objetivos e ideales de la filosofía positivista: Libertad, Orden y Progreso. Esto fue posible porque un número considerable de positivistas formaban parte de la administración pública del Porfiriato:

"La educación sería el instrumento por medio del cual se formaría una nueva clase dirigente, capaz de establecer el orden. Al mismo tiempo, por medio de esta educación, se arrancarían las conciencias de los mexicanos de manos del clero. La educación había estado hasta entonces en las manos de las clases conservadoras. Estas la habían dado una estructura por medio de la cual se justificaban y favorecían los intereses de las mismas. Ahora que el poder pasaba a manos de la burguesía liberal mexicana, ésta trataría de organizar la educación en una forma que favoreciese los suyos."(44)

Si el positivismo debía servir a una clase social determinada y, si los mismos postulados de esta filosofía proclamaban la superioridad de esta clase y la necesidad de que fuera ella la que dirigiera al país, es lógico que los artifices de la política y la economía porfirista salieran de este grupo social. Comte decía que la conducción teórica de un país debería estar a cargo de los sabios, mientras que la administración debía estar a cargo de la clase económicamente dominante; por ello no es extraño que, de acuerdo con este postulado, en el México de finales del siglo XIX y principios del XX, el poder estuviera en manos de la élite intelectual científica y de la oligarquía propia de la época.

"Los positivistas que obtendrán éxito dentro de dicha clase, serán precisamente aquellos que subordinarán su ideología a los intereses materiales de la clase a que pertenecen. Los positivistas que alcanzarán los mejores puestos en el Porfiriato serán los que se servirán de la filosofía positivista como instrumento al servicio del poder material; serán éstos los que harán del positivismo un arma política en su sentido puramente material."(45)

44. Leopoldo Zea, El Positivismo en México, México, F.C.E., 1984, p.65

45. Ibid., p.147.

A pesar de la muerte de Barreda (1881), entre la juventud intelectual mexicana se consolidó la idea de que había que dar fin definitivamente a la etapa de anarquía que había prevalecido en el país, e iniciar sin tardanza la construcción del Estado del Orden y el Progreso. El liberalismo había terminado su misión:

"En efecto, la obra de Barreda, aunque estrictamente educativa, tuvo resultados de un amplio carácter social. Los hombres formados en su escuela invadieron todos los campos: el administrativo, el político, el educativo, el económico, etc. Barreda dio las bases ideológicas sobre las cuales se apoyó la triunfante burguesía mexicana. El ideal de ésta fue el de un estado al servicio de sus intereses, ahora bien, para que tal idea se realizase, era menester que los hombres del gobierno tuviesen la misma idea, es decir, era menester que tanto en la administración pública como en la política estuviesen hombres de su misma ideología. Era imposible la tesis de Mora de un estado que no sirviese a determinados cuerpos sociales, pues siempre estaría el estado en manos de un determinado cuerpo social. La burguesía mexicana, que mientras no tuvo el poder se había opuesto a que el estado sirviese a determinados cuerpos, se iría apoderando del mismo y poniéndolo a su servicio." (46)

Gabino Barreda ejerció gran influencia en el círculo intelectual y político mexicano. En una primera etapa lo hizo en el ámbito académico, y después, sus discípulos, lo harían en el político. Se observa claramente la importancia de Barreda en la educación de los positivistas del porfirismo, si se considera quiénes fueron alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y quiénes, de alguna u otra forma, estuvieron influenciados por su pensamiento. José Fuentes Mares (47) da la siguiente lista:

46. *Ibid*, pp.179-180

47. José Fuentes Mares, en su libro "Prólogo" a Estudios de Gabino Barreda, UNAM, México, 1941, pp. X-XXII

A. Estudiaron directamente bajo la dirección de Barrera:

José Yves Limantour	Miguel Covarrubias
Pedro Vigil	Manuel Flores
Luis E. Ruiz	Alberto Escobar
Porfirio Parra	Demetrio Molinar
Miguel Macedo	Manuel Vázquez Tagle

B. Indirectamente influenciados por Barrera (profesores y estudiantes):

Francisco Covarrubias	Manuel Más Contreras
José Díaz Covarrubias	Juan Sánchez Azcona
Carlos Díaz Dufoo	Samuel García
Jacinto Pallares	Francisco Pimentel
Justo Sierra	Eduardo Garay
Francisco Bulnes	Atenodoro Monroy
Pablo Macedo	Protasio Tagle
Agustín Aragón	

En 1884, en concordancia con la política de conciliación de Díaz, Manuel Romero Rubio prominente exlerdista, pasa a formar parte del gobierno del dictador como Secretario de Gobernación; con el tiempo llegó a ser uno de los hombres claves en la política nacional junto con Rosendo Finada, Subsecretario de Gobernación. En este tiempo, los jóvenes alumnos de Barrera buscaban la forma de aplicar sus conocimientos en el ámbito gubernamental; era necesario que el sistema político los absorbiera, ya que por su ideología podían muy útiles a las ambiciones políticas de Porfirio Díaz:

"Para 1888, Romero Rubio y Pineda se habían rodeado de un pequeño grupo de jóvenes ansiosos por ingresar a la política. Entre éstos estaban José Yves Limantour, Pablo Miguel Macedo, Joaquín Casasús, Francisco Bulnes y Rafael Reyes Spindola. En 1892, después del manifiesto de la Unión Liberal, a este grupo de jóvenes dirigentes, influyentes en el régimen de Díaz, se les dio el nombre de "los científicos". A la muerte de Romero Rubio, en 1895, Limantour surgió como cabeza de los científicos, y al caer la facción revista, en 1904, la camarilla de los científicos, con Miguel Macedo como secretario de Gobernación y Limantour como secretario de Hacienda, quedó afirmada con las figuras más influyentes en el gobierno de Díaz."(48)

El verdadero origen de lo que después sería llamado "Grupo Científico" se dio en 1892 con la aparición del Manifiesto de la Unión Liberal, aunque ya antes habían mostrado sus miembros la afinidad de su pensamiento. El periódico La Libertad (en donde eran expuestos los postulados básicos de la filosofía positivista) comenzó a apoyar a los jóvenes que en él escribían para candidatos a la Cámara de Diputados. En 1880, Justo Sierra, Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Francisco Bulnes y Jorge Hameken Mejía eran ya diputados. Así, los que más tarde serían los ideólogos de la dictadura comenzaban a formarse en la práctica pública.

Cuando Pedro González publica su Manifiesto en La Libertad, se da el primer paso de lo que después sería conocida como "La Escuela Científica y Política de México"; se sientan las bases del Grupo Científico. En un principio buscaban manifestarse a través de una tribuna periodística que agrupara a todos los positivistas de la época. Surge así una especie de "Escuela Científica", cuyos miembros querían dar a conocer sus análisis desde la perspectiva

positivista sobre la realidad nacional de los primeros años del porfirismo.

En 1892, Porfirio Díaz, buscando terminar con algunos brotes populares que pugnaban por el sufragio libre, permitió la celebración de la Convención Nacional del Partido Unión Liberal, en donde "supuestamente" se harían propuestas políticas, intentando dar con ello una imagen más "democrática":

"El Partido Unión Liberal fue la primera organización política de México que estableció centros afiliados en toda la República para que el partido fuese en realidad un partido nacional. A nivel local se efectuaban para definir principios del partido y nombrar candidatos. De estas convenciones locales salieron los delegados a la Primera Convención Nacional Liberal, que se llevó a cabo en la Ciudad de México el mes de abril de 1892, y en la que estuvieron representados dos bandos liberales: los de la vieja guardia, como Zamacona, Escobedo y Rocha, que le dieron lustre por el prestigio de su nombre, y el bando joven, que se consideraba más progresista que los viejos liberales, al que pertenecían Pineda, Justo Sierra y José Yves Limantour. En esta ocasión pronunció Sierra su famoso discurso, en el que dijo "...el pueblo tiene hambre y sed de justicia." De hecho, fue Justo Sierra el personaje más importante de la Convención, pues a él se debió el Manifiesto de la Unión Liberal, que se dio a conocer públicamente cuando terminó la reunión."(49)

En el Manifiesto de la Unión Liberal elaborado por Justo Sierra (50) se analiza la historia de México a la luz de la teoría orgánica de la evolución de las ciencias, a la cual se considera como una vía para reordenar al país y llevarlo hacia el progreso; se hace hincapié en el desarrollo económico; se señala que México

49. *Ibid.*, p. 115.

50. Justo Sierra nació en Campeche en 1848. Era descendiente de españoles. El ambiente en el que creció Sierra favoreció su formación; desde niño participó en los asuntos políticos y su casa fue el centro de reunión de los intelectuales más destacados de Campeche.

debe evolucionar hacia la democracia por las vías constitucionales y se propone la independencia del poder judicial al partir de la inamovilidad de los magistrados. Se puede decir que aquí se da el hecho que sería fundamental para la conformación del "Grupo Científico", dado que los que serían considerados después miembros de este grupo político se adhieren a las propuestas del Manifiesto, a pesar de que la Unión Liberal no tenía un carácter eminentemente positivista:

"No se conoce con exactitud el origen del término 'científico' como designación de este grupo político. Basándose en la autoridad de Carlos Díaz Dufco, amigo personal y biógrafo de Limantour, los historiadores creen que el nombre de Partido Científico a la importancia que se dio a la ciencia en el Manifiesto de la Unión Liberal. Sin embargo, el término no puede aplicarse lógicamente a muchas de las facciones que participaron en la Convención, ni siquiera a las diversas inclinaciones políticas de los once firmantes del Manifiesto. Con el término de 'científicos' se llegó a designar al grupo de consejeros y funcionarios del gobierno que rodeaba a Limantour atacaron a su grupo desde las páginas de El Fin de Siglo, con el mote de 'pandilla científica.'"(51)

El "Grupo Científico" no era un partido político; en realidad, era una especie de "camarilla política" que actuaba sin un carácter oficial. Formaban parte en este grupo personas que por su influencia ideológica en la política tenían cierta afinidad. Mas bien, el "Grupo Científico" se caracterizó porque los que se decía que pertenecían a él, de una u otra forma, fueron los que dieron el sustento ideológico al gobierno de Porfirio Díaz, ya sea como consejeros o como participantes activos en la política:

"De hecho los Científicos no formaron un partido político. Como dice Manuel Calero, el Partido Científico

51. ibid., pp. 116-117

nación muerto. Lo que le siguió no fue sino una agrupación puesta al servicio de Díaz, sin la libertad política que pretendía tener al fundarse. 'Los hechos demuestran -dice López Portillo. que los antiguos convencionalistas prescindieron, al menos por lo pronto, de sus primitivas y altas tendencias y se conformaron con ser personajes influyentes en la administración pública, a reserva, quizás, de insistir nuevamente en sus reclamaciones más tarde, cuando la ocasión para ello se brindase.' El grupo quedó desintegrado; algunos de los principales firmantes del manifiesto se dedicaron a otro género de actividades fuera de la política, como Sierra que se entregó a la educación y al estudio; los hermanos Macedo y Casasús, a acrecentar ganancias en sus bufetes; otros a los negocios bancarios o industriales, y otros a las intrigas políticas, como Pineda." (52)

Sobre esto, Limantour (53) confirma lo que dice Zea; nunca fue el grupo científico un partido político:

"El desengaño sufrido por los promovedores de 'La Unión Liberal' trajo consecuencias imprevistas. La más importante de ellas fue que en lugar de formarse el gran partido liberal, fuerte y permanente, tan deseado por el grupo iniciador, nació, como de la nada, una agrupación singular sin forma ni organización alguna, y sin más lazos de unión que los ideales de aquel centro político y el propósito de irlos realizando dentro de los límites que les fijara su firme adhesión al Gobierno del general Díaz."(54)

52. Leopoldo Zea, Op.Cit., p. 427.

53. Limantour fue uno de los funcionarios más jóvenes del gobierno de Díaz. Mexicano por nacimiento, descendiente directo de franceses nació en 1854. Por su origen social, tuvo la oportunidad de acceder a una formación académica de excelencia. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria en donde recibió la influencia de la educación positivista ya que fue alumno directo de Gabino Barreda. Se titula en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y posteriormente se inclina por los estudios económicos. Fue catedrático en la Escuela Superior de Comercio. Fue redactor y propietario de "El Foro" y a partir de 1877 ingresa al sector público para desempeñar cargos siempre relacionados con el área económica. Sin duda alguna, fue el artífice de la política económica de la dictadura; llegó a ganarse la confianza de Porfirio Díaz y cuando estalla la Revolución parte al exilio con él. Muere en 1935 en París.

54. José Yves Limantour, Apuntes sobre mi vida Pública, México, Edit. Porrúa, 1965, p. 21

No hay un consenso entre los historiadores sobre quiénes eran las personas que integraban el grupo científico debido, a que su participación se hacía de acuerdo con diversos intereses y circunstancias:

"Aunque hay 36 individuos que se dice eran científicos, únicamente 9 de ellos incluyendo por supuesto a Limantour, se citan con frecuencia como miembros de la camarilla, basándose en esto, el grupo central de los científicos estaría integrado por José Yves Limantour, Pablo Macedo, Miguel Macedo, Francisco Bulnes, Justo Sierra, Enrique Creel, Manuel Flores, Joaquín Casasús y Ramón Corral.

Con frecuencia se describe a los científicos como jóvenes intelectuales de clase media, y esta descripción se aplica a los 9 jóvenes antes mencionados. Todos eran hombres relativamente jóvenes, críellos que empezaban a sobresalir en la política mexicana. El más viejo era Manuel Flores, pues tenía ya 50 años cuando firmo el Manifiesto de la Unión Liberal en 1892, y el más joven Joaquín Casasús que entonces tenía 34 años. Todos, excepto Corral, podrían llamarse intelectuales y, excepto Creel, Corral y Casasús habían pasado por la Escuela Nacional Preparatoria, ya como profesores en la Escuela Nacional de Ingeniería y Creel era conocido por sus estudios científicos. Se puede decir que este grupo medular de los científicos era, en general, joven, intelectual, muy versado en la educación científica de su tiempo y antireyista en política."(55)

Entre los mismos integrantes del Grupo Científico se observan discrepancias en cuanto a quiénes eran o no científicos. Por ejemplo, Limantour se desliga siempre del grupo ; señala que, en efecto, participó en la Unión Liberal, pero que en realidad los científicos como grupo nunca tuvieron tanta trascendencia en el gobierno como se les atribuye, sobre todo, porque Díaz no confiaba mucho en ellos. Por otra parte, hace hincapié en el hecho de que él

nunca se valió de su posición en el gabinete para ayudar a los miembros de este grupo.

Francisco Bulnes (56) en sus escritos busca demostrar que el Grupo Científico no fue un grupo de ladrones; y, también se excluye de él, tal vez buscando mostrar objetividad al tratar de eximir a los científicos de las múltiples acusaciones que se les hicieron:

"Si los 'científicos' que se enriquecieron, hicieron su fortuna como miembros de la dichosa cuadrilla de abogados de predilección del gobierno, hay que decir, que no habiendo contratos leoninos durante los 17 años de la gestión financiera del señor Limantour, más que los raros ordenados expresamente por el general Díaz para sus amigos irresistibles que, en su gran mayoría eran extranjeros, no se puede hacer a los acusados 'científicos' el cargo de ladrones. Tampoco todas las concesiones con que favoreció el general Díaz a sus amigos íntimos, fueron leoninas". (57)

Es así que, no se puede afirmar a ciencia cierta quiénes formaban parte del Grupo Científico como parte activa y con plena conciencia de serlo porque ni siquiera los que se dice fueron los científicos más prominentes se aceptan como tales. William Ratt propone cinco criterios para catalogarlos (58):

56. Francisco Bulnes nació en 1847, cuando México perdía gran parte de su territorio. Seguramente provenía de una familia con recursos económicos porque su formación académica así lo demuestra. Estudió en colegios religiosos. Cuando Gabino Barrera fundó la Escuela Nacional Preparatoria, Bulnes estudiaba ingeniería por lo que recibe la influencia del positivismo. A pesar de haber estudiado ingeniería, se inclina por la política, la crítica histórica y el periodismo. Siendo muy joven (1874) viaja a Japón con una comisión de carácter científico; visita los Estados Unidos, Cuba, China, Egipto y Roma, lo cual le permitió tener una visión más amplia del mundo en que vivía. Fue diputado y senador durante el régimen de Porfirio Díaz. Falleció en la ciudad de México el 22 de septiembre de 1924.

57. Bulnes Francisco, El Verdadero Díaz y la Revolución, México, Edit. del Valle, 1979, pp. 168-169.

58. Ratt, Op.Cit. p. 140

1. Se consideran científicos a los que firmaron el Manifiesto de la Unión Liberal de 1892.
2. A los anti-reyistas.
3. Criollos con ideas de superioridad de la raza blanca.
4. Los seguidores de Comte.
5. Los socios y allegados a Limantour.

Lo que está fuera de duda es que el Grupo Científico nació bajo el visto bueno de Porfirio Díaz, y se desarrolló en la medida en que él lo permitió. Por su origen y por sus ideas, además de que muchos de ellos participaban en los negocios de la época, puede decirse que formaron parte de la oligarquía porfirista y que gozaron de todos los beneficios que esto implicaba. Aunque hay que mencionar que al igual que los inversionistas extranjeros (como se verá en el próximo capítulo) no tuvieron nunca en sus manos el control del país; influían en él pero en última instancia era el dictador quien decidía:

"La burguesía mexicana educada por Barrera logró el orden y con ello la paz, asimilándose a todos los grupos de mexicanos que antes eran contendientes; logró establecer un orden político y social en el cual cabían aparentemente los intereses de todos los mexicanos, pero los intereses no ideológicos, sino estrictamente los materiales. La burguesía mexicana logró establecer un gobierno en el cual pareció que cabían todos los mexicanos. Esta burguesía tomó conciencia de su ser - dice nuevamente Sierra- comprendió a dónde debía ir y por qué camino llegar a ser dueña de sí misma, el día en que se sintió gobernada por un carácter que lo nivelaría todo para llegar a un resultado: la paz. Ejército, clero, reliquias reaccionarias; liberales, reformistas, sociólogos, jacobinos, y, bajo el aspecto social capitalistas y obreros, tanto en el orden intelectual como en el económico, formaron el núcleo de un partido que, como era natural, como sucederá siempre, tomó por común denominador un nombre, una personalidad: Porfirio

Díaz'. Este fue el nuevo orden social cuyas bases ideológicas fundó Gabino Barreda."(59)

59. Leopoldo Zea, Op.Cit., p. 188

CAPITULO 3

EL PROYECTO DEL GRUPO CIENTIFICO.

La adaptación de la filosofía positivista a la realidad mexicana que hicieron los intelectuales de la época, dio por resultado una particular interpretación de la evolución política, social y económica de nuestro país. Los positivistas formados intelectualmente en esta teoría, y que recibieron la influencia directa e indirecta de Gabino Barreda, percibieron y analizaron su entorno con base en los patrones filosóficos de la teoría en la que habían sido educados.

Es así que en este trabajo surge la necesidad de saber qué pensaban los científicos sobre la época colonial, la independencia, la lucha entre liberales y conservadores; saber cómo definían la democracia, el progreso, el orden, la libertad; saber también su opinión sobre la Constitución de 1857, el liberalismo etc.; ya que todas estas fueron las ideas bajo las cuales se configuró el proyecto del porfiriato y, por supuesto de ello se desprende la visión que el "Grupo Científico" tenía de las relaciones exteriores de México. La idea del "orden y el progreso" fue el sustento que dio lógica al proyecto del porfiriato, al hacer de estos dos conceptos el principal objetivo de la política del dictador; sin embargo, las bases de esta concepción positivista se habían establecido ya bajo los preceptos liberales, hecho que contribuyó a hacer del porfiriato el primer régimen que contó con un programa

politico y económico bien definido y, lo que es aún más importante, que pudo ser llevado a la práctica:

"El Porfirismo, como ha sido señalado con justicia, produjo el primer gobierno en México con una estrategia dirigida a lograr el desarrollo económico, y desde el comienzo de dicha estrategia se centró en crear las condiciones para atraer al capital extranjero y fortalecer por todos los medios a disposición del Estado, incluidos los de carácter represivo, a los propietarios mexicanos."(60)

La centralización del poder en el Ejecutivo, la política de conciliación, la jerarquización de la sociedad, la creación de una infraestructura económica, la atracción de capitales extranjeros, fueron los objetivos primordiales de la estrategia porfirista, que bien podría resumirse en el célebre lema positivista: el "orden" como base y el "progreso" como fin.

3.1. LA HISTORIA DE MEXICO A TRAVES DE LAS TRES ETAPAS (TEOLOGICA, METAFISICA Y POSITIVA)

3.1.1. Etapa teológica; De la Colonia a la Independencia.

Sierra y Bulnes veían a la Colonia como una época de tiranía y explotación, durante la cual el país fue, prácticamente saqueado por España que resultó la única beneficiada:

60. Arnaldo Córdova, La Ideología de la Revolución Mexicana, México, Ediciones Era, 1985, p. 42

61. Justo Sierra, Introducción Histórica -Legal a un Ensayo sobre la Colonización, en Obras Completas, Tomo IV, p. 351

62. Francisco Bulnes, La Retracción del Cura Hidalgo, en Páginas Escogidas, UNAM, México, 1968, p. 144

"En mucho disculpa el tiempo a España, sin embargo; ¿qué fueron por esa época la colonización portuguesa, la inglesa, la holandesa y la francesa? Inmensas empresas de monopolio y tiranía. Si España acordó el privilegio del comercio de América a los mercaderes de un sólo puerto, las otras potencias instituyeron compañías privilegiadas para la explotación de las posesiones ultramarinas

¡ Y qué explotación! La de los portugueses, alimentada por el terror; la de los holandeses, por la astucia primero y por la crueldad después, y la de los ingleses por la idea de destruir la raza poseedora del suelo. Mientras los holandeses prohibían el cultivo de ciertas plantas en algunas de sus colonias, España estimulaba (durante algunos años por lo menos) el cultivo de muchas cuyo abandono deploramos todavía." (61)

De forma mucho más energética Francisco Bulnes hace un balance de las desventajas y beneficios de la Colonia para España y para América:

"¿ Prestó a la humanidad algún servicio la conquista? Los españoles introdujeron en América los toros, asnos, cerdos, carneros, caballos, mulas, animales indispensables para la civilización de un pueblo; introdujeron el trigo, el uso del fierro; pero introdujeron a numerosas hordas de voraces y lujuriosos frailes, introdujeron el uso del aguardiente, extendieron el uso de la esclavitud para toda la raza india, introdujeron las leyes embrutecedoras de Indias, introdujeron toda su ignorancia cargada de milagro, su idioma cargado solo de desprecios para el vencido, su religión cargada de odio contra el progreso, su patriotismo cargado de horror contra la verdad y en vez de emplear los millones de brazos en construir obras importantes de irrigación semejantes a las que los árabes construyeron en España, expoliaron el trabajo de millones de indios haciéndoles construir millares de iglesias y conventos.

Los tesoros de América le sirvieron a España para levantar ejércitos y oponerse enérgicamente al triunfo completo del protestantismo en Europa. Si existen el Papado y naciones católicas en 1899, es debido únicamente a las minas de plata de México y el Perú. Sin ellas, la revolución religiosa planteada en Inglaterra, agrandada en Alemania, extendida en el Norte y en Francia y en la Confederación suiza, habría salvado al mundo europeo que

tendia a civilizarse, de tres siglos de monarquias absolutas que no existian ni podian existir antes de la conquista de América."(62)

Bulnes concluye diciendo que "Europa debe todas sus desgracias a la plata de América" y que "la América debió haber sido descubierta después de consumada la libertad de Europa y por una nación bastante inteligente para no pensar en reacciones."

Sin embargo, Bulnes relaciona también a la época colonial con la necesidad de evolución que toda sociedad tiene vinculándola, con la etapa posterior que atravesó el país y que fue calificada de "anarquía". La independencia fue la consecuencia lógica de la evolución de la sociedad colonial; ésta generó anarquía y, finalmente, la anarquía tendría que generar progreso:

"El gobierno colonial en la América Latina correspondía al período asiático de las castas, ya abolido en Europa desde las conquistas de la potencia romana. Forzosamente las colonias españolas de América tenían que evolucionar y no podían salir del período asiático de castas sin que viniera la anarquía que sabe destruir en proporción de la solidez de lo que debe ser destruido, y contra esa anarquía tiene que aparecer oportunamente la dictadura encargada de reconstruir.

Los numerosos mexicanos que consideraron la independencia como un azote, porque había lanzado al pueblo a la anarquía, incurrieron en el grave error de querer sujetar el progreso de los pueblos a su pequeño progreso personal. La anarquía sirve para destrozarse y el progreso es destrozador y reconstructor, luego la anarquía puede ser factor de progreso."(63)

El mayor daño que había hecho la colonización a México, era el no haber permitido el desarrollo económico; ni la libertad, ni la

democracia eran tan importantes como el progreso, que estaba íntimamente ligado al bienestar material de las personas por ser consecuencia del mismo:

"...el gobierno colonial no era tiránico en cuanto a comprimir derechos civiles, no era tiránico en cuanto a aplastar con exageradas contribuciones, no era tiránico hasta perseguir los vicios no obstante que las leyes lo ordenaban; no era tiránico en cuanto a imponer ardiente culto a una aristocracia arrogante, fastuosa y prostituidas; no era tiránico en cuanto a imponer trabajos públicos sin retribución, pero había impuesto la peor de las tiranías, la economía en el sentido de que el Estado no podía hacer lo necesario para el desarrollo económico del país, sino que una vez cubierto un miserable presupuesto, todo el sobrante debía ser enviado a España. Un pueblo que no puede realizar economías en manos de su gobierno y que necesita hacerlo porque los nativos del país tenían horror a las virtudes del ahorro y de la prevision, ese pueblo está condenado a ser esclavo de su propia miseria aun cuando el gobierno le abandonara todas las libertades.

Los derechos son teóricos e inservibles si falta el de progresar y sólo es posible el progreso que tiene por base el bienestar material."(64)

Según los positivistas, no fue en sí el deseo de libertad lo que impulsó a la población a luchar por su independencia; las clases sociales de la nueva España no estaban preparadas para pelear por obtener "derechos teóricos". Los motivos que las impulsaron fueron distintos:

"El germen de la idea de emancipación no podía ser fecundo sino en muy escasa parte de la población de México: en aquella bastante instruida para leer libros europeos y para pensar sobre lo que leían. Fuera de los criollos y de algunos mestizos, el pueblo de la Nueva España no podía tener idea alguna de la emancipación ni aspiración a la autonomía, cuyas ventajas le eran desconocidas y que no despertaba ni su entusiasmo ni su codicia. La masa de indios, que componía cerca de la mitad de la población, ni se daba cuenta de su dependencia de un monarca extranjero, para repugnarla, ni

conservaba tradiciones vivas de una independencia que había perdido hacia trescientos años, para amarla; su anestesia para el sentimiento de la nacionalidad era absoluta; no era de que desdieran la libertad, era que la ignoraban. En cuanto a los mestizos, guardaban en su mayor parte una situación muy semejante a la de los indios, y eran ellos y los indios los que debía dar el contingente de sangre para una lucha contra el poder español. Era, pues, inútil fundar la rebelión en ideas de independencia, ni en teorías trascendentales ni en sentimientos de patriotismo y de autonomía, por más que esas teorías, ideas y sentimientos movieran a los caudillos para iniciar la insurrección; era imposible imitar el ejemplo de las colonias inglesas ni hacer una revolución que pudiera parecerse a la que ellas hicieron."(65)

En este aspecto el cura Hidalgo desempeñó un papel fundamental: él y los demás héroes de la independencia pertenecían a esa pequeña parte de la población que tenía acceso a la literatura europea. Al principio, en realidad no buscaban la independencia total, sino la participación política que no tenían a causa del cerrado sistema virreinal. Querían emanciparse de ese poder absoluto y poder participar en el destino de la Nueva España. Estas ideas se fueron radicalizando poco a poco hasta que la solución no pudo ser otra más que la independencia total del dominio español. Si estos eran los motivos de los caudillos, ¿cuáles fueron los de las clases oprimidas y analfabetas?. Por una parte, buscaban mejorar su situación de miseria, pero probablemente lo más importante fueron los sentimientos fanáticos y xenófobos que se despertaron en ellos:

"... El hambre es la que más agita a los intelectuales, la que los hace revolucionarios. Afortunadamente para México, siendo país inmenso, de pequeña población agrícola diseminada, no se prestaba al apostolado del

65. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, México, Edit. Porrúa, 1972, p. 30

pauperismo intelectual, y el analfabetismo hacia imposible las inoculaciones socialistas por la prensa. El cura Hidalgo agitó a las masas, no con la idea de su independencia pues adoraba al Rey Fernando VII, sino con el grito de 'Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines'. Agitó los pasiones extremadamente convulsionantes: el fanatismo y el odio al extranjero cruel, de implacable codicia."(66)

Para Sierra y Bulnes se combatía a una clase social; la española, y llegó un momento en que fue necesario enfrentar también a la iglesia; era indispensable destruir a la clase superior que detentaba el poder colonial para poder reorganizar a la sociedad en su composición propiamente social y en el orden político. La consecuencia lógica de esta revolución fue la anarquía.

Es claro que, para los científicos, con la independencia termina un periodo fundamental en la historia de México: La Etapa Teológica. Fue a partir de ese momento que -desde su perspectiva- se empieza a formar lo que verdaderamente será la nación mexicana, fruto de la mezcla de dos razas; desde entonces el país tuvo que enfrentarse a una vida autónoma en la que no tenía experiencia. Por primera vez en la historia estaba en manos de los mexicanos la responsabilidad de su futuro:

"Un capítulo de 300 años de historia española quedó cerrado el 27 de septiembre de 1821; comenzaba la historia propia de un grupo nacido de la sangre y el alma de España, en un medio sui generis físico y social; ambos influyeron sobre la evolución de ese grupo; el primero, por el simple hecho de obligarlo a adaptarse a condiciones biológicas bastante, si no absolutamente, distintas de la ambiencia peninsular, y el otro, el social, la familia terrigena, transformándolo por la

66. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución, Editorial del Valle de México, México, 1979, p. 14

compenetración étnica lenta, pero segura, de que provino la familia mexicana.." (67)

El advenimiento de nuestro país a la vida independiente, estuvo marcado por el sello personal del principal caudillo de ese movimiento. Para todos los científicos Hidalgo representa algo especial en la historia de México. Así por ejemplo, Rabasa lo considera el líder por excelencia de la primera revolución social de nuestro país, y fue justamente él, quien le dio éste carácter (68). Francisco Bulnes justifica a Hidalgo por haber sido el iniciador del movimiento revolucionario que llevaría al país a la anarquía, porque de la anarquía partió el progreso (69). Justo Sierra coincidía con Emilio Rabasa. Efectivamente, Hidalgo introdujo el aspecto social a la lucha por la emancipación y aún más, se erigió en el "padre" de la Nación, al ser el que dio el primer paso en el proceso de su formación:

"El sentimiento patriótico se condensaba en esta fórmula; la Nueva España para los mexicanos, o americanos, como decían nuestros abuelos; pero para llegar allí era preciso arrebatársela a los españoles; era necesaria la lucha, y una lucha probablemente desesperada. Esta idea perfectamente justa, entró bien en el cerebro de Allende y sus coadjutores. Hidalgo, a quien el soldado quería confiar el primer papel en la acción, por el inmenso prestigio que le daba sobre las multitudes su carácter sacerdotal, porque en él la idea de la independencia tenía un sello superior, eminentemente social, pues equivalía a la emancipación del indio, declarándolo mayor de edad y abriéndole con el trabajo industrial no ejercido por tolerancia sino por derecho, el camino de la libertad (el cura Hidalgo era el más celoso y notable industrial del país); Hidalgo, decimos, dio todo su

67. Justo Sierra, La Evolución Política del Pueblo Mexicano.. Obras Completas, Tomo XII, México, 1984, pp. 168-169

68. Emilio Rabasa, El periodo de Formación en la Evolución Histórica de México, México, Editorial Porrúa, 1972, Capítulo I

69. Francisco Bulnes, La Retracción del Cura Hidalgo..., op.cit.

inmenso valor moral a la obra común presagiando que pagarían su intento con su vida; él dio el ejemplo. Desde el momento en que Hidalgo tomó parte en la conspiración de Querétaro, lo dominó todo con su voluntad y su conciencia; su conducta como jefe de la insurrección, digna a veces de justísima censura humana, se la dictaron las circunstancias; su propósito se lo dictó el amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue, pues quien la engendró; él es su padre, es nuestro padre." (76)

Nuestro país iniciaba así un largo proceso de reacomodo de las fuerzas sociales y políticas, que no podía estar caracterizado más que por la anarquía, no había nada que pudiera servir como antecedente del que pudieran servirse los nuevos gobernantes. Tarea difícil sin duda alguna, pero que en su realización sirvió de manera notable para el futuro advenimiento de la era positiva.

"Los mexicanos se quedaron solos, formando un pueblo autóctono, con la responsabilidad de sus propios destinos, cuando no conocían más gobierno que el ejercido por mandato en nombre de un mandante invisible y lejano que nunca tomó cuerpo de realidad, sin más instrucción cívica que la que le diera el bando del virrey marqués de Croix, según el cual 'habían nacido para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno'. Ningún ejercicio en el 'self government', ninguna fuerza tradicional en que ampararse, ni siquiera un despotismo a que someterse; los campos empobrecidos por la desconfianza, las riquezas rebajadas por la confiscación, el trabajo sin atractivo y la anarquía aprendida en el ejercicio de la rebelión. Con esos elementos había que hacer el gobierno y la felicidad del pueblo redimido. (...) Con la realización de la independencia había concluido la primera etapa y comenzaba la segunda, mucho más difícil y que habría de consumir más tiempo y mayor esfuerzo; porque aquella era sólo un hecho que se consumaba con la fuerza sobre causas exteriores, y la otra debía obrar una transformación en el cuerpo mismo del pueblo, por modificaciones sucesivas que sólo se ganan lenta y penosamente. Era preciso eliminar los elementos que en la vida misma de la

contrario, el mismo término "anarquía" refleja la tortuosidad de este período en el que se conforman y se enfrentan dos ideologías: la liberal y la conservadora, cada una con un proyecto propio:

"...la transición entre el gobierno colonial y el gobierno propio había sido tan brusca, tan poco preparada por los hábitos políticos y sociales, había removido tanto elemento de desorden y anarquía, había creado tantas energías ficticias sublevando a cada paso tal tumulto de descontentos y encendiendo tantos odios, que debían pasar años y años antes que el temblor de tierra cesase y la República adquiriese asiento por medio de la transformación radical de su modo de ser económico."(74)

A pesar del desorden que prevaleció durante el período de la anarquía, fue necesario dotar de legitimación jurídica a los regímenes posteriores a la Independencia. Por ello, fue inminente la redacción de una Constitución en la que se plasmara el proyecto que guiaría el destino del país. Sin embargo, esto no se logró. Si la anarquía era la situación dominante, era lógico que se reflejara en el ámbito jurídico. La lucha entre las facciones opuestas se dio también en el Congreso:

"En los veinticinco años que corren de 1822 en adelante, la nación mexicana tuvo siete Congresos Constituyentes que produjeron como obra, un Acta Constitutiva, tres Constituciones y una Acta de Reformas, y como consecuencias dos golpes de Estado, varios cuartelazos en nombre de la soberanía popular, muchos planes revolucionarios, multitud de asonadas e infinidad de protestas, peticiones, manifiestos, declaraciones y de cuanto el ingenio descontentadizo ha podido inventar para mover al desorden y encender los ánimos. Y a esta porfía de la revuelta y el desprestigio de las leyes, en que los gobiernos solían ser más activos que la soldadesca y las funciones, y en que el pueblo no era sino materia disponible, llevaron aquellos el contingente más poderoso para aniquilar la fe de la nación, con la disolución violenta de dos Congresos legítimos y la consagración

74. Justo Sierra, La Evolución Política... Op.Cit., p. 194.

"Así fue como en un pueblo sin educación política ninguna se estableció el sistema de gobierno más complicado de todos y que requiere más delicada comprensión de los principios que lo informan. El Acta y la Constitución de 1824 llegaron al punto más alto al que podían aspirar los pueblos como institución política, estableciendo la división y separación de los poderes públicos, la organización del Legislativo y el Judicial como entidades fuertes y autónomas y la independencia de los Estados limitada por el interés superior nacional. Lejos de revelar la ignorancia que escritores de la época atribuyeron a sus autores, demuestran que éstos eran conocedores no superficiales de las teorías democráticas y federalistas, y que fuese cual fuese su opinión personal obedecieron de buena fe al mandato imperativo de las provincias declaradas contra el centralismo, pues hay en los preceptos de ambas leyes celoso empeño de asegurar la libertad interior de los estados como una garantía contra las usurpaciones del poder central." (77)

Los científicos caracterizaron la anarquía como un periodo de lucha entre dos proyectos de nación con ideologías distintas. Si bien el objetivo final de ambas era el bienestar del país, sus estrategias para alcanzarlo eran distintas. Pensaban, que los conservadores buscaban un régimen centralista, eran procatólicos, y que la religión era el elemento más fuerte de unión entre los mexicanos razón por la que el Estado debía fortalecerla. Los liberales pugaban por el establecimiento de una república federal, eran antihispánicos y buscaban el desarrollo por medio de la implantación del capitalismo, veían con simpatía a la iglesia protestante.

La ideología positivista heredó mucho del liberalismo, y es por esto que los científicos simpatizaban en ciertos aspectos con su proyecto. Esto es lógico porque la República Restaurada y el

77. Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, Op.Cit., p.7

Porfiriatos son el resultado del triunfo del pensamiento jacobino de los liberales.

El liberalismo, de acuerdo con la visión positivista era el símbolo del avance y el pensamiento conservador el del retroceso. La segunda era una posición reaccionaria que buscando el orden pretendía la restauración del régimen colonial; la primera pugnaba por la libertad que, si bien no podía desembocar en otra cosa más que en la anarquía, era el único paso posible para alcanzar la paz definitiva y el progreso. (78)

Uno de los más notables representantes de la "tendencia al retroceso" fue Lucas Alamán:

"El ministro de Relaciones, Alamán que con tanta parcialidad a veces, y a veces con superior instinto político y siempre en noble estilo había de ser luego el historiador (...), había desempeñado un papel importante en el grupo americano en las Cortes de Madrid; allí llevó la voz de los partidarios de la independencia, y luego, en su patria, capaz de desear el restablecimiento del poder colonial, pero convencido de la imposibilidad de esta tentativa, se propuso poner sus bastos conocimientos y su notable inteligencia al servicio de un propósito que podía formularse así: 'lo que a México conviene es volver al sistema español, ya que no a la dependencia de España, y no separarse de él sino en lo que estrictamente necesario y lentamente'. Este sofisma de observación provenía de la comparación entre las angustias y las obscuridades siniestras de lo presente, con la paz, la quietud y la resignación de los tiempos anteriores a la independencia. Con menos prejuicios y más perspectiva histórica los hombres que como Alamán pensaban habrían comprendido que en la calma y en la inmovilidad mecánica de los tiempos coloniales estaba el germen de las borrascas deshechas que vinieron después. En su primer ministerio, Alamán era un federalista sumamente moderado y tenía plena razón; los sucesos posteriores lo convirtieron en el organizador del partido conservador, entonces incoherente todavía." (79)

78. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica, ..., Op.Cit., p. 26.

79. Justo Sierra, La Evolución Política del ..., Op.Cit., p. 186

Justo Sierra al igual que Rabasa, veía en los conservadores como Alamán, una amenaza al progreso; sin embargo, esto era hasta cierto punto justificable porque al pugnar por la vuelta al orden colonial solo buscaban el restablecimiento de la paz que se había perdido a raíz de la independencia. Para Sierra, tanto el liberalismo como la ideología conservadora carecían de ciertos elementos que eran indispensables para que en ese momento pudieran haber sido adoptados por un régimen gubernamental estable; a los primeros les faltó la noción del orden y a los segundos la del progreso:

"No ha habido en nuestro país liberales ni conservadores, sino solamente revolucionarios y reaccionarios. Esto se refiere a los partidos, no a los hombres. Al partido revolucionario le ha faltado, para ser liberal, el conocimiento de que la libertad, considerada como un derecho, no puede realizarse fuera del desarrollo moral de un pueblo, que es el orden; y a los reaccionarios les ha faltado, para ser conservadores, hasta el instinto del progreso característico de nuestra época, y fuera del cual el orden es sólo la inmovilidad y la muerte. En buena parte no ha sido esto culpa de ellos, y es absurdo pedir a un país, que ha nacido y crecido en condiciones tan impropias para la vida social, lo que pueblos mejor dotados piden hoy, no siempre con buen éxito a una larga experiencia y a la difusión de la instrucción científica."(80)

El triunfo ocasional del centralismo, dice Sierra, era parte de las dificultades en el camino hacia el orden "solo comparables a los que la naturaleza ha colocado en el camino de nuestro progreso material y moral"; el federalismo evolucionaba,

80. Justo Sierra, Liberales y Conservadores, en Obras Completas, Tomo IV, UNAM, México, 1984, P.145

crecía y tomaba su forma definitiva "preparaba su resurrección inevitable y definitiva en lo porvenir"; el federalismo había surgido en un momento en el que no era posible su implantación definitiva: "nació en circunstancias transitorias, convertidas por las resistencias al trabajo de emancipación social, en condiciones necesarias de nuestra existencia política." (81)

El llamado periodo de la "anarquía" en nuestro país termina con el triunfo definitivo de los liberales sobre los conservadores después de la guerra de Tres Años, de la cual salen victoriosos los federalistas y, después de que Juárez resiste y pone fin al último intento conservador por obtener el poder: el imperio de Maximiliano.

Esta etapa de desorden y desunión a pesar de que los positivistas llegan a considerarla necesaria, fue, para ellos, altamente costosa: se perdieron hombres en las luchas, recursos económicos, energía, y lo que fue más grave, se perdió gran parte de lo que era nuestro territorio. Solo entonces se manifestó un gran deseo por alcanzar la unidad nacional sin la cual el país seguiría siendo vulnerable a los amagos del exterior.

Se puede decir que, según las teorías positivistas, la función más importante de los liberales, en el periodo previo al positivo, fue el destruir definitivamente las fuerzas del retroceso, es decir, el clero y la milicia:

"Para los positivistas el periodo de la anarquía se justificaba, en verdad, como una etapa necesaria en la vida de un pueblo joven como el de México; pero negaban también que ese periodo hubiese significado un verdadero progreso para México. Confiados en la aceptación de los

hechos y desdénosos de las teorías, para ellos el progreso debía ser real y no de palabra; los liberales decimonónicos habían cumplido su misión única y exclusivamente al destruir a las fuerzas del retroceso, el clero y la casta militar, después de eso no resultaban ser mas que idealistas incapaces de emprender la gran obra de la construcción material del país. La libertad y las instituciones jurídicas creadas por la Constitución de 1857 eran una obra falsa e inútil para un pueblo cuyo problema fundamental no son las bellas democráticas, sino la inseguridad y la falta de fe en el futuro. Mas es en este punto donde surge la duda acerca de que si los positivistas consideraron como 'necesaria' la época de la anarquía solo para justificar también como 'necesario' el régimen porfirista; no se concibe como puede ser necesario un periodo que sólo calamidades ha traído al país; esto es, no se comprende, de acuerdo con el naturalismo pragmático de los positivistas mexicanos, por qué el porfirismo ó una dictadura semejante no se dio antes de 1877. La respuesta parece ser sencilla en extremo: una dictadura fuerte y esclarecida era posible sólo hasta que la nación conociera los horrores de la anarquía; nació dividida, por los efectos de una guerra de independencia devastadora, y el proceso de unificación no podía ser por lo mismo, cuestión de un día ni de dos...."(82)

3.2. LA ETAPA POSITIVA: EL PORFIRIATO.

Benito Juárez, después del triunfo liberal en la Guerra de Tres Años, entró a la capital de la República en enero de 1861. Juárez tenía enfrente una labor aun más complicada que la dirección de la guerra: tenía que organizar la victoria. Cuando el grupo liberal en el poder organizaba la política y la economía de la República, el último conjuro de los conservadores se llevaría a cabo. Como último recurso, los vencidos en la Guerra de Reforma cometieron el error de buscar ayuda en el extranjero, pero una vez

82. Arnaldo Córdova. La Ideología de la Revolución Mexicana, Op.Cit., p. 50

más, la tenacidad juarista fue más fuerte que las intenciones imperialistas de los conservadores y las ambiciones de los europeos. Francisco Bulnes dice al respecto:

"Los conservadores, los liberales moderados y aun los progresistas, mexicanos, gestionaron o aceptaron la Intervención francesa, buscando en ella una dictadura nacional. Y una vez fracasado el imperio, políticos serios y patriotas creyeron que México sólo podía alcanzar la paz al elevado precio de su nacionalidad."(83)

En efecto, Bulnes estaba seguro de que tarde o temprano tendría que establecerse una dictadura, un poder absoluto que diera orden y unidad a la Nación; pero consideraba imperdonable el intento por establecer una dictadura extranjera, exponiendo nuestra nacionalidad.

Los científicos consideraban que con el fin del Imperio terminaba el periodo de la anarquía y se iniciaba la etapa positiva. Con la República Restaurada comenzaba el periodo de nuestra historia en el que -ya sin los problemas originados por las fuerzas reaccionarias-, se desarrollaría la Nación material y moralmente, es decir, económica y políticamente:

"Con el imperio, con la guerra que oficialmente fue llamada 'guerra de la segunda independencia', concluye el gran periodo de la revolución mexicana, en realidad iniciado en 1810, pero renovado definitivamente en 1857. En la gran fase postrera de esta brega de más de medio siglo, México había perdido en los campos de batalla y por las consecuencias de la guerra, más seguramente de trescientos mil almas, pero había adquirido un alma, la unidad nacional; en todas partes se había luchado, si se hubiera podido pulverizar la sangre vertida, todo el ámbito del país, palmo por palmo, habría quedado cubierto por un recio de sangre; habría sido fecunda. Destrozando

furiosa un trono, apaleando perennemente de la fuerza al derecho, hiriendo mortalmente el poder militar de Francia y el imperio de Napoleón III, encarnando en Juárez la resistencia intransigente y tenaz a toda la ingerencia en nuestra soberanía, no solo en forma de intervención europea, sino de alianza americana, México había salvado su independencia, conquistada la plena conciencia de si misma y avasallado a la historia."(84)

La larga lucha entre facciones que se dio desde 1810 hasta 1867, fue la característica esencial del periodo que con el gobierno de Juárez terminaba. Como ya se ha dicho, a partir de este momento se sientan las bases ideológicas, políticas, económicas, sociales y jurídicas de la dictadura, por lo que fue considerado por los intelectuales del positivismo como el inicio de la etapa científica "...la facción atrae a la dictadura con precisión astronómica"(85). Y efectivamente, el tipo de gobierno dominante terminó siendo la dictadura.

3.2.1. Relación entre el Liberalismo y el Positivismo

El porfirismo se sustentó ideológicamente en el positivismo, que había heredado puntos sustanciales de la filosofía liberal(86). Las bases materiales que fueron utilizadas por el dictador y sus colaboradores para edificar el aparato gubernamental, fueron construidas por Juárez y Lerdo de Tejada. Hay una clara tendencia que liga al liberalismo con el positivismo. Desde el punto de vista

84. Justo Sierra, La Evolución Política,... Op.Cit., p.58

85. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz,... Op.Cit., p. 19

86. Ver: Leopoldo Zea, El positivismo en México, México, F.C.E., 1984, pp. 253-262

ideológico hay cierta continuidad entre el pensamiento liberal y el científico, que es aun más clara cuando se observa la relación entre el proyecto de cada uno.

Tanto el liberalismo como el positivismo pugnaban por la introducción del sistema capitalista a la economía nacional. Para ambos era necesario crear una infraestructura en comunicaciones y servicios que respaldara la entrada de capitales extranjeros. En el ámbito político en los dos casos era necesario el orden y pretendían centralizar el poder en el ejecutivo.

A pesar de estas similitudes en el pensamiento de los liberales y de los positivistas, existían diferencias muy grandes entre ambos proyectos: el liberalismo planteaba a la pequeña propiedad privada como la forma ideal de distribución de la tierra (87), mientras que el positivismo afirmaba que las grandes concentraciones de tierra eran el tipo de propiedad que más convenía al país. Otra gran diferencia fue que el programa Juarista debía llevarse a cabo dentro del marco constitucional y, por el contrario, el Porfirismo siempre se apartó de la ley:

87. Ver: Carmen Sáez Pueyo, De la República Liberal a la Dictadura, México y su Historia, Tomo XIII, Editorial UTEHA, México, 1984, pp. 1030-1031. La autora plantea que la idea de la pequeña propiedad privada era de Melchor Ocampo: "Ocampo argumentaba que la democracia política que tanto la revolución francesa como el liberalismo en México pretendían establecer solo se alcanzaría distribuyendo la riqueza social. La participación política debía apoyarse en la participación económica". Por el contrario, Lerdo de Tejada planteaba como necesario el mantenimiento de la gran propiedad en el campo. Finalmente la propuesta de Melchor Ocampo no se realizó nunca. "El gobierno liberal no podía enajenarse el apoyo de los caciques locales que se convirtieron en la garantía de su triunfo. Además de haberse distribuido la tierra en pequeños propietarios se hubiese apoyado una economía de autoconsumo", lo cual era contrario a las intenciones liberales de crear un mercado nacional.

"La política juarista sería aplicada once años más tarde por Porfirio Díaz. Pero la gran diferencia entre el proyecto juarista y los logros porfiristas es que Juárez quería que la unidad nacional se llevase a cabo dentro del marco constitucional, para hacerla permanente. Porfirio Díaz por su parte logró la unidad nacional al margen de la Carta Magna y a través de alianzas personales donde él era el centro. De esta manera se convirtió en el hombre indispensable para mantener el equilibrio político alcanzado. Esto fortaleció poderosamente a su persona pero se convirtió en la fragilidad de un sistema que dependía de la vida de un hombre. (88)

El Porfirismo al basar su política en un hombre y no en la ley, condicionó su propia existencia a este hecho. Los científicos opinaron en un principio que el respeto a la ley debía ser indispensable para el sostenimiento de cualquier régimen; parecían estar declaradamente en contra del autoritarismo de Díaz (aunque para la segunda presidencia del dictador, ya habían "entendido" que la democracia era imposible en un pueblo como el mexicano (89). La paz solo sería duradera si se fundaba en el respeto a la ley:

"Al cabo de medio siglo de dolorosas experiencias, nos parece que la hora presente no volverá a repetirse en nuestra historia. Presentimos que si los esfuerzos de los hombres de paz y de trabajo no son bastantes en un breve periodo para hacer triunfar la voluntad del país sobre los apetitos de anarquía, para desviar, en una palabra, el curso de nuestra vida política, y hacerle tomar el cauce no sólo del derecho, que acaba por traducirse en protestas perturbadoras, sino del deber, cuya fórmula política más alta es la inviolabilidad de la ley, nos precipitaremos en una pendiente en la que, así como hemos dejado la riqueza nacional dejaremos sembrada y moribunda la nacionalidad misma." (90)

88. Carmen Sáez, Op.Cit., p.1015

89. Este tema será tratado con mayor profundidad en el apartado sobre la democracia en este mismo capítulo.

90. Justo Sierra, Emilio Castelar y el Programa de la Libertad. Obras Completas. Tomo IV, Op.Cit., pp. 141-142.

El Porfirismo no empezó de cero a guiar los pasos de la nación hacia "la paz" y "el progreso". Emilio Rabasa dice que fueron dos los factores que allanaron el camino al dictador: por un lado, Juárez había preparado el sistema y, la Intervención francesa, preparó el campo para un gobierno de unidad nacional, "de suerte que para crear la dictadura sólida, larga y fecunda de Díaz, concurrieron oportunamente la situación hecha y el hombre necesario para aprovecharla." (91).

El porfiriato retomó algunos de los conceptos del programa Juarista a los que les dio continuidad, claro está, siempre matizados por la dictadura y otros, como el de la noción de propiedad, fueron deshechados definitivamente. (92)

En el ámbito político, el liberalismo planteó los siguientes puntos:

1. Era necesario restar poder a los militares, para resolver parte del problema económico, porque el ejército recibía el 70% de la renta pública, y porque representaban un serio peligro para un gobierno civil como el de Juárez (93)
2. En la convocatoria para elecciones generales publicada por el gobierno juarista el 18 de agosto de 1867, se proponen una serie de reformas a la Constitución de 57, entre las cuales se destacan las tendientes a centralizar el poder; el establecimiento del derecho de veto por parte del Ejecutivo a las iniciativas del Legislativo; y la creación de la Cámara de

91. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p. 147

92. Ver Carmen Sáez, Op.Cit.

93. Ibid, p. 1019

Senadores, por medio de la cual el Ejecutivo tendría un mayor control sobre los gobiernos estatales. (94)

3. En la misma convocatoria, se proponía una política de conciliación hacia la Iglesia, hacia los conservadores y hacia las distintas facciones que conformaban el grupo liberal. Con esto se buscaba la unidad nacional, y la paz; porque al conciliar el gobierno con todos los grupos de poder existentes, garantizaba el orden, y unía en un solo proyecto nacional a las diferentes tendencias políticas. (95)

En lo que al proyecto económico se refiere, el liberalismo buscaba realizar los siguientes objetivos (96)

1. En general, se planteaba una libertad en todos los ámbitos de la economía.
2. Respecto a la propiedad de la tierra, la idea inicial era establecer la pequeña propiedad, aunque por cuestiones políticas, ésto fue irrealizable.
3. Para lograr la unidad nacional, los liberales pensaban que era indispensable integrar al país geográficamente y lograr crear un auténtico mercado nacional. Esto sólo sería posible mediante la construcción de grandes redes ferroviarias y de otros medios de comunicación.
4. Para lograr el objetivo anterior, se tenía que recurrir al capital extranjero (en el país no se disponía de recursos

94. Ibid., pp. 1021-1026

95. Ibid., pp. 1026-1028

96. Ibid., pp. 1030-1032

suficientes). Parte importante del programa económico del liberalismo fue obtener préstamos y atraer inversiones del extranjero.

Al entender de los positivistas, el proyecto liberal nunca se llevó plenamente a cabo ya que, no era posible hacerlo bajo la estricta observancia de una Constitución que limitaba los poderes del Ejecutivo y, menos aún, en un sistema de libertades que no correspondía a un pueblo incapaz de ejercerlas:

"Los porfiristas estimaban que el mérito esencial de la dictadura había consistido en imponer el orden en el país, después de más de medio siglo de anarquía y de dispersión de los elementos sociales, que habían amenazado con barrer de la faz del mundo a la nacionalidad mexicana. Los liberales habían cumplido su misión histórica al abatir, mediante las luchas prolongadas y cruentas a los elementos sociales conservadores y retardatarios que se oponían al progreso de la nación. Pero, si bien es cierto que el liberalismo demostró ser eficaz para la destrucción de sus enemigos, no fue capaz, en cambio, de construir, de edificar una nueva organización política y social que asegurara la realización de los principios de libertad y de igualdad en que los liberales se inspiraban. La Constitución de 1857, que encarnaba el programa liberal, por una desgraciada e irracional oposición a ultranza al principio de autoridad, había amenazado al país con dejarlo sin gobierno al limitar los poderes del Ejecutivo, ampliando, más allá de toda conveniencia práctica, los poderes del Legislativo. En el fondo, los liberales nunca llegaron a comprender que el país era un país atrasado, cuyo atraso no parecía ser remediado con un sistema de libertades para las que el pueblo no estaba preparado, ni cultural ni materialmente; la sociedad mexicana estaba deshecha por las continuas guerras civiles y todos sus elementos tendían a la dispersión; un gobierno fuerte que sometiera esos elementos disolventes mediante la violencia si se hacía preciso, era una necesidad insoslayable, de la que dependía la existencia misma de la nación." (97)

Ideológicamente, el porfirismo contó con una clase intelectual, formada en la República Restaurada, y que parecía estar hecha "a la medida" de sus intereses:

"Ahora bien, el porfirismo no sólo encontró, ya listas para ser aprovechadas, las condiciones políticas, sociales y económicas sobre las que se levantaría el nuevo régimen, sino además, una intelectualidad nutrida y eficiente que desde hacía tiempo venía postulando ideas y valores acerca de la sociedad mexicana que coincidían por entero con los propósitos políticos del porfirismo. Esa intelectualidad había venido trabajando, en gran medida al margen del gobierno, sin que careciera de las tribunas y los foros adecuados para hacer oír su voz en todo México; estaba formada por hombres de una gran cultura, con disciplina en el estudio y en el trabajo, diestros en el arte de escribir y de hablar, pero sobre todo, ansiosos de participar en el poder del Estado y de poner a prueba la eficacia de sus ideas y de su conocimiento. Esos hombres quedan para la posteridad como el grupo de intelectuales denominados positivistas mexicanos, que cuentan entre sus filas con algunas de las más destacadas y brillantes figuras de la intelligentsia mexicana de todos los tiempos (...). Con una filosofía traída de afuera y ambientada aquí magistralmente, el positivismo europeo (Comte y luego de Spencer y Mill), ellos se empeñaron en demostrar que la historia de México había sido un caos del que surgían la exigencia del orden social; que el motor de la vida social era la evolución indefectible hacia el progreso, y que en un pueblo atrasado como el nuestro no había otra salida para procurar el progreso que la institución de un gobierno fuerte de tal manera, el porfirismo se presentaba como el punto culminante de la historia de México, como una necesidad dictada por la naturaleza misma de las cosas. Ellos prepararon ideológicamente el advenimiento de la dictadura y luego le formaron su propia conciencia, la conciencia de su misión ante la historia."(98)

3.2.2. Los "Científicos" y Las Bases Ideológicas del Porfiriato.

No cabe duda que los dos planteamientos fundamentales del proyecto del porfiriato fueron el orden y el progreso. El primero en el ámbito político y , el segundo, en el económico; uno era parte esencial del otro. Ambos fueron objetivos primordiales del gobierno de Díaz, y está por demás decir que se cumplieron cabalmente. A pesar de que se alcanzó el orden y el progreso, el proyecto nacional del porfiriato contenía las contradicciones que, en 1910, provocaron la caída de Díaz. Básicamente se pueden resumir así: orden basado en un solo hombre: el dictador; y, progreso para unos cuantos; la oligarquía. La política mexicana durante casi treinta años giró alrededor de un hombre, y la economía alrededor de una clase; se creó así, un sistema que durante todo este tiempo constituyó la fuerza del gobierno y paradójicamente, también su debilidad.

En este contexto cobra importancia el grupo científico (99), porque los hombres que lo integraban dieron el sustento ideológico al gobierno de Porfirio Díaz. Los intelectuales positivistas del porfiriato pugnaban por el orden y promovían el progreso; en este sentido justificaron la dictadura en todos los órdenes, hasta hacerla necesaria desde el punto de vista jurídico. Vieron con buenos ojos la concentración de poder en manos de Díaz y la jerarquización de una sociedad en la que la máxima ley sería la del más fuerte. El progreso que promovían los científicos se basaba en el desarrollo de una infraestructura en comunicaciones y servicios

99 Ver Capítulo II

que complementara a la inversión extranjera, inversión que se adentraría en todas las actividades económicas: minería, industria etc.; y, se basaba también en el apoyo a los terratenientes nacionales en el ámbito agrícola. El proyecto económico podía resumirse en una consigna: el privilegio para la clase económicamente poderosa.

Los científicos, de primera intención consideraban válidas a la democracia y la libertad, pero tenían la seguridad de que estos ideales eran imposibles sin paz y progreso. Rabasa afirmaba: "...si bien es cierto que las libertades públicas son el único fundamento estable de los pueblos, también lo es que los pueblos no solo viven de libertades, sino que necesitan para la vida el pan, y antes que tener luchas nuevas para el desenvolvimiento, necesitan el pan que da vigor para las luchas" (100).

El concepto "libertad"(101) era considerado por los científicos como un derecho al que no se podía renunciar, pero creían que el país no estaba en condiciones para ejercerlo. La libertad se oponía al orden; era necesario elegir uno de los dos y se optó por el orden, con la convicción de que mediante éste, algún día se alcanzaría la libertad. Rabasa sostenía al respecto:

"El pueblo había obedecido a una ley psicológica, y no se diferenciaba con ello de cualquier otro: 'no había dejado de amar la libertad, sino que comprendiendo que no podía tener a la vez la libertad y la seguridad, prefería tener uno de estos bienes a o tener ninguno'. Sabía también que, aunque es más noble el amor a la libertad que el amor a la seguridad', hay situaciones en los pueblos en que 'todo lo que se hace por la seguridad se hace por el progreso', y que el progreso material e intelectual

100. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit. p.101

101. Ver Leopoldo Zea, El Positivismo en México, Op.Cit., pp 109-113

prepara para el régimen libre y acerca a los pueblos al ejercicio de sus derechos. (102).

Justo Sierra subordinaba también la libertad al orden. Se enfrentaban dos conceptos de diferente índole, uno liberal y otro conservador; el primero no podía comprenderse sin el segundo, la libertad sólo se podía alcanzar en el orden:

"Declaramos, en consecuencia, no comprender la libertad, si no es realizada dentro del orden, y somos por eso conservadores; ni el orden, si no es el impulso normal hacia el progreso, y somos, por tanto liberales."(103)

La libertad se alcanzaría sólo cuando las condiciones del país fueran propicias para ello. Lo primero era el orden, ya después vendría la libertad, aunque no en el mismo sentido que la del liberalismo. Esta sería tal como señala Arnaldo Córdova, una "libertad positiva":

"Para nuestros positivistas, la libertad, como la facultad de hacer lo que se quisiera, tenía otro significado; los comtianos mexicanos concebían la libertad como una necesidad del pasado, que había jugado ya su papel, no cabe duda de que para ellos había dejado de ser la primera necesidad del país, mientras que el orden pasaba a sustituirla totalmente. En todo caso, no sería ya la vieja idea de libertad la que reclamara la primacía política y social, sino otro tipo de libertad positiva, la que ocuparía su lugar. Para los spencerianos, la libertad, incluso como la facultad de hacer lo que se quisiera, seguía siendo el ideal por antonomasia, pero un ideal que llegaría a alcanzarse cuando las circunstancias lo permitiesen."(104)

102. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica..., Op.Cit., pp.147-148

103. Justo Sierra, Liberales-Conservadores, en Obras Completas, Tomo IV, Op.Cit., p.146

104. Arnaldo Córdova, Op.Cit., p. 56

La "libertad positiva" no tenía la misma connotación que la abstracta; tenía que ser diferente porque la segunda era una traba para alcanzar el progreso y la igualdad en el futuro. El término libertad también estaba relacionado con la jerarquización de la sociedad, ya que sería ejercida únicamente por aquellos que tuvieran la capacidad para hacerlo:

"Si la verdadera libertad no consistiera en dejar hacer a quienes en realidad pueden hacer, sino en lo que dogmáticamente define el derecho como libertad abstracta, esa libertad se convertiría, en el fondo, en un lastre para los elementos superiores de la sociedad. La igualdad jurídica no hace más que anunciar la verdadera igualdad; pero ésta no llegará jamás si por su intermedio se rebaja a los elementos superiores a la condición de los inferiores. Ellos, los superiores, son en todo caso los verdaderos promotores de la igualdad real del mañana, pues sin su obra, que tiene la virtud de arrastrar a los inferiores y colocarlos a la altura de los superiores, no sólo esa igualdad futura no se dará nunca, sino que incluso el país arriesga su propia disolución y muerte. No hay contradicción entre la libertad jurídica y la libertad de los poderosos; la libertad jurídica es el principio de la segunda, el principio en un doble sentido: uno, en cuanto avala toda actividad libremente querida, y otro, en cuanto a partir de ella comienza a darse la libertad real. La libertad real cobra cuerpo en una ausencia de libertad política que no deja de inquietar a muchos porfiristas, como hemos visto, y en la presencia y validez objetiva de una libertad social, que es, justamente, la libertad de los elementos superiores, su 'dejar hacer', sin traba alguna, el libre juego de las leyes que rigen al organismo social a través de sus elementos más avanzados."(105)

Por lo que se refiere a la democracia ésta era considerada por los científicos como una forma de gobierno irrealizable en esa época. Bulnes decía: "La democracia la hace no cualquier pueblo, sino los pueblos que tienen dotes para mandar y hacerse obedecer al

instante que dictan una orden" México no reunía esas características:

"Para que la dictadura pudiera tener larga vida, era preciso que la justicia tuviese siquiera medio pulmón para respirar. Los científicos humildemente se conformaban con la dictadura, siempre que ésta se ocupara de fundar para los mexicanos, un sistema rociado constantemente por alguna libertad. Sabían que la democracia era imposible pero sabían también que entre la dictadura y la democracia había un inmenso teclado de notas bajas y agudas de donde tomar el recitado de algunos derechos para el pueblo mexicano." (106)

Bulnes sostenía que la democracia real -no la de teoría-, era en realidad "un equilibrio entre amos bastante hábiles para no dejarse amarrar por el más águila" (107), es decir, una especie de "dictadura de muchos". No valía la pena que los pueblos lucharan por un régimen así; si la dictadura cubría satisfactoriamente con las necesidades que ellos mismos habían planteado, e incluso permitía algunas libertades, ¿por qué tendría el pueblo de México que luchar por una democracia?; no era necesario hacerlo, bastaba con una dictadura "benévola" como la de Porfirio Díaz. Una auténtica democracia no podía establecerse en pueblos analfabetas, en donde la libertad significaba su propia destrucción. Era mejor conformarse con la dictadura; había dictaduras (como la de Díaz, según Bulnes) que podían ser más democráticas, que las mismas democracias.

Al entender de los científicos, México no era un país apto para ejercer su soberanía, y su historia era prueba de ello. Ellos

106. Archivo Francisco Bulnes, Gobierno de Porfirio Díaz, Archivo General de la Nación, Caja 8, exp. 4

107. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz, Op.Cit., p. 24

consideraban que, después de vivir trescientos años bajo el yugo del dominio español, era imposible pretender que ejerciera su soberanía libremente en el marco de un gobierno democrático. El periodo de anarquía no había servido para preparar al país para la libertad, sólo fue la manifestación de un periodo de lucha por el poder entre tiranos:

"Los científicos, no creían en la aptitud del pueblo para la democracia en virtud de la historia de sumisión. No era cierto que el pueblo mexicano había sido sesenta años revolucionario y levantisco. La anarquía no era su obra; en México, como en toda la América Latina, no se dan más que dos casos fundamentales políticos, contenidos en un mismo ejercicio: el de la tiranía, o hay un tirano y entonces reina la dictadura, o hay muchos del pueblo y entonces todos ellos pretenden ser el único tirano y la anarquía ellos la determina, pero en ambos casos el pueblo mexicano, se había comportado como triste víctima de muchos tiranos o de uno solo. Ahora bien, un pueblo nacido en la sumisión, vivido secularmente en la sumisión, levantado en armas en 1810 un momento contra la sumisión y vuelto a caer durante sesenta años bajo las atrocidades de sus tiranos, no podía servir para democrata y quien lo dijera tenía que ser un loco, un idiota o un desvergonzado." (108)

Al igual que Bulnes, Sierra consideraba que en la circunstancia que vivía nuestro país, ya finalizado el periodo de la anarquía, el establecimiento de un sistema democrático no era factible, y mucho menos conveniente. Un gobierno de "ciencia y razón" era mejor que uno de "ideales":

"No somos enemigos de la democracia; no es por cierto nuestro ideal de gobierno; preferiremos siempre el de la ciencia, el de la razón, el de los hombres que componen el elemento espiritual de un país, en contraposición del de las multitudes, que el de la fuerza, que es el número, que es la materia; pero nada había más peligroso que creer posible en nuestra época y en nuestro continente otro gobierno que el que es, partiendo de un centro de

sufragio efectivo, se acercase sin cesar al sufragio universal. Sucede con la democracia lo que con el voto de las mayorías, medio que le sirve para realizarse en la esfera de la ley; será bueno o malo, pero no hay otro posible cuando se trata de tomar una decisión en los cuerpos deliberantes. Nosotros, en consecuencia, nos colocamos en este punto de vista: México es una nación que debe ser gobernada más democráticamente cada día; para acercarse constantemente a este fin, es preciso tener el valor de hacer una amputación; es preciso que en vez de un sufragio universal, que sólo está escrito, adoptemos un sufragio restringido; así de una mentira pasaremos a una verdad relativa; se eliminará no todo pretexto, pero sí mucha posibilidad de cometer fraudes y de suponer votos, y tendríamos un núcleo democrático real y efectivo, en vez de una masa flotante y vaga en donde se reclutan lo mismo el ejército del bandolerismo que los ridículos comparsas de la comedia electoral" (109)

La democracia, igual que la libertad, eran para Sierra dos valores que debían alcanzarse con el tiempo. Pero para alcanzar este objetivo, era necesario sacrificar las aspiraciones de una democracia por sufragio universal; lo más conveniente para México era un sufragio restringido (a los que fueran capaces de votar, es decir, los que supieran leer y escribir), para pasar así de la mentira a la verdad relativa.

Para los positivistas, el máximo valor era el progreso; el orden era la base y el fin primordial era el progreso, sólo por medio de éste un pueblo podía evolucionar:

Es indudable que la idea rectora de la ideología porfirista es la idea del progreso. Esta idea está en la base de la concepción económica, de la política, y de la moral impuestas por el régimen del general Díaz. En un principio más identificada con la filosofía de Comte, se veía en esta idea la realización paulatina y necesaria un nuevo espíritu, el positivo, del que forma parte, como se a visto, también el liberalismo mexicano y que, a través de la educación de los principios de la ciencia, llevaría a un orden social en el que las mentes estarían plenamente unificadas y uniformadas. Barreda y sus

primeros discípulos veían, preciosamente en la educación el medio para el establecimiento de un poder que, por encima de la reglamentación material de los hombres, debía organizar una especie de sociedad ideal en la que el acuerdo de las opiniones se fundara en su comprobación científica. La sociedad positiva como se le llama, era y seguiría siendo un ideal que el futuro decidiría y para cuya edificación sería determinante, no tanto la acción compulsiva del Estado, como la difusión planificada de la educación científica."(110)

La forma ideal de evolución pacífica era la que se hacía por medio del progreso, material y moral:

"Si por revolución se entiende solamente la transformación de una sociedad menos adelantada en otra más adelantada, eso es, más bien, el progreso, frecuentemente combatido hasta en su esencia misma por las revoluciones. Nosotros considerando a la sociedad como un organismo, pues que de órganos se compone, llamamos a su transformación normal, evolución, y a la anormal, a la que la violencia intenta realizar, a la que es una enfermedad del organismo social, la llamamos revolución."(111)

El programa económico del porfiriato tenía como objetivo primordial el progreso y las acciones que proponía buscaban llevar a la nación por ese camino.

A diferencia del liberalismo para el cual el máximo valor social era la libertad, para los positivistas era el orden (112) Estos últimos pensaban que el pueblo mexicano estaba cansado del desorden propio de la anarquía, su anhelo más grande era la Paz, el orden que terminara con la violencia; querían una paz duradera y

110. Arnaldo Córdova, Op.Cit., p. 53

111. Justo Sierra, La teoría de las revoluciones, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p.134

112. Arnaldo Córdova, Op.Cit., p.47

Porfirio Díaz se las dio. El orden era básico porque era la primera condición para que un gobierno fuera permanente:

"El gobierno es una entidad creada por la sociedad para encomendarle las funciones de su actividad colectiva, con el fin superior de mantener su organismo. Para la vida permanente del organismo, la primera condición es el orden, cuya estabilidad es el objetivo principal del Gobierno; y como la suma de autoridad depositada en éste ha sido siempre una amenaza de presión sobre la misma sociedad que lo erige, los pueblos han buscado los medios que mejor garanticen el funcionamiento uniforme y moderado de aquella entidad, de modo que sea fuerte para llenar sus fines, pero importante para ir contra ellos. Este ha sido el problema de las Constituciones, que cada pueblo ha tratado de resolver según las necesidades que revela su experiencia, y que quizá ninguno ha resuelto hoy de manera satisfactoria."(113)

Al interior, la paz era una forma de dar estabilidad al gobierno, era una forma de garantizar la seguridad y la continuidad del progreso. Al exterior, la paz era un asunto de seguridad nacional:

"En todos los países son malas las revoluciones, aún cuando alguna vez sean inevitables, como las enfermedades; pero para ciertos pueblos estas crisis toman por circunstancias especiales un carácter de gravedad extraordinaria; una de las causas de esta agravación es, llamémosla así, externa. Una nación colocada en la vecindad de otra que pueda considerarse como enemiga, está obligada a retenerse, a vivir en paz y a progresar, o se ve en riesgo de perderse.(114)

El orden fue la base del proyecto político porfirista porque gran parte de sus planteamientos estaban encaminados hacia este objetivo. El progreso moral y material era inevitable e

113. Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, Op.Cit., pp. 186-187

114. Justo Sierra, Un aspecto de la situación, Tomo IV, en Obras Completas, Op.Cit., p. 131

imprescindible; en esa lógica, había que comenzar por el principio, y éste era, para los científicos, la paz:

"México no podía simultáneamente afrontar los embates del movimiento progresivo en su política y hacer su ya indispensable evolución económica; para que los pueblos pudieran trabajar, y crear con los productos del trabajo los elementos necesarios a su progreso, era forzoso que hicieran alto en el camino, que descansaran en la paz, que hicieran acopio de fuerzas; después podrían seguir adelante. ¿Fue ésta la concepción del general Díaz y basó sobre ella el programa de su gobierno, con las responsabilidades del hombre de conciencia fuerte? Sin excluir la parte que tomó en su conducta el afán de conservar el poder, que era en él una pasión irrefrenable e ilimitada, su obra le da derecho a una respuesta afirmativa; y si el programa se da por premeditado y como producto de una concepción clarividente del estado y las necesidades del país, hay que reconocer mucho de superior y de genial en ello; porque lo que es fácil descubrir por el análisis de los hechos pasados, es arduo y obscuro cuando hay que extraerlo del presente, y sólo un gran carácter arriesga sobre ello la suerte del porvenir."(115)

Con el gobierno de Díaz se consolidaba la etapa que para los positivistas sería sin duda la más gloriosa en la evolución mexicana; la positiva. Tal vez porque en este periodo influyeron y se vieron reflejadas sus ideas en el programa gubernamental; tal vez porque el gobierno justificó sus acciones con el pensamiento positivista; lo cierto es que de alguna u otra forma los científicos fueron elementos activos en el porfiriato, ya sea en la política, en la economía o en la prensa. Algunas veces promoviendo los ideales de su filosofía, otras llevándolos a la práctica; en ocasiones atacando y en otras alabando al dictador, pero finalmente

integrando el grupo de la "intelligentsia" que daría coherencia y sustento ideológico a la dictadura.

3.2.2.1. El orden político y social.

El primero de diciembre de 1884 Porfirio Díaz asume la presidencia por segunda vez, para no abandonarla sino hasta 1911. Al iniciarse este periodo, Díaz entra fortalecido, con un proyecto político y económico mejor delineado, y con el poder suficiente para llevarlo a la práctica. Durante el gobierno de Manuel González se habían sentado ya las bases de la dictadura (116). Se había iniciado el tan anhelado progreso económico con el gobierno de Lerdo de Tejada y continuado por Manuel González. Díaz tendría como objetivo incrementarlo, asegurarlo y consolidarlo. Jurídicamente se había abierto la posibilidad de la reelección. En pocas palabras, las condiciones estaban dadas: con un poco de suerte y con un mucho de habilidad política, Porfirio Díaz sólo tenía que aprovecharlas:

"Porfirio Díaz era en 1884 'el hombre de la hora', no tanto en el sentido de la oportunidad como en el de las cualidades requeridas para la obra de trabajo que reclamaba el interés nacional, hasta entonces absorbido por las evoluciones del pueblo en formación y las luchas de codicias." (117)

Para los positivistas, la dictadura se presentaba como la única forma de gobernar a un pueblo hasta ese momento ingobernable.

116. Carmen Saez, Op.Cit., pp. 1084-1109

117. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p.110

Porfirio Díaz basó su programa político en la realidad: tomó del pasado lo que le servía y del presente lo que le convenía. El gobernar con la realidad era más que desdeñar el idealismo, era aceptar una necesidad. Para decirlo con las palabras de los científicos: México no era un país apto para gobernarse de otra manera. El gobierno porfirista no buscó una evolución política hacia la democracia y la libertad; las condiciones no eran propicias para ello. La lógica obligaba a la constitución de un gobierno fuerte, que diera unidad y garantizara estabilidad; el gobierno no podía ser otro más que la dictadura:

"Ni todo lo viejo ni todo lo nuevo", ni astillas podridas del pasado, ni momias ruines de falsos héroes o pontifices (...). Se revoluciona, se destruye, se desmorona con la política de los idealismos, se reconstruye, se crea, se gobierna con la política de la realidad, aun cuando tenga por lógica el absurdo contra dogmas y principios apostólicos". (118)

Porfirio Díaz fue dictador en el sentido estricto de la palabra, como lo dice Bulnes; sin haber leído nunca a Maquiavelo pensaba como él (119), y en este sentido gobernó con astucia, de tal suerte que, en la política se erigió como el centro alrededor del cual giraban todas las personas. Gobernó con los "grandes" buscando al mismo tiempo eliminarlos; nunca abiertamente, siempre encubriendo sus intereses para ponerlos por encima de los de los demás:

"Napoleón I definió: 'La dictadura o el cesarismo, es la ambición de uno contra la ambición de todos'. Es

118. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución Mexicana, Op.Cit., p.10

119. Ibid, p. 31

una lucha a toda trampa, a toda indecencia, a toda impiedad, a todo crimen. Con toda clase de armas; la intriga, la perfidia, la cobardía, la traición, la suciedad.

La palabra 'todos' que se encuentra en la definición de Napoleón, es tautológica y significa los 'Grandes' de Maquiavelo, 'los Príncipes' de Luis XI.

En México, después de la independencia, los fuertes han sido los caciques, los generales, los licenciados."(120)

El dictador concilió, enemistó, intrigó y traicionó siempre que lo consideró "necesario", y lo hizo con tal audacia y con tanto éxito, que llegó a ser más que Don Porfirio, "Don Pérfido". Tuvo siempre en sus manos el manejo de la nación y controló perfectamente lo que Enrique Krause llama "las doce riendas" (121), es decir, los gabinetes y los gobernadores, el Poder Legislativo y Judicial, el ejército, la Iglesia, los intelectuales etc.; todas las fuerzas políticas que podían haber representado una amenaza para el presidente, se desarrollaron siempre bajo su mirada.

A pesar de la rigidez de la dictadura, para los científicos ésta era una "dictadura benévola"; no fue una tiranía despótica y sangrienta como podía pensarse (lo fue cuando no había otro camino, pero en una proporción tan insignificante, que no logró empañar su obra); el porfiriato fue fácilmente tolerado por todos, sin necesidad de hacer uso de una represión exagerada:

"La dictadura benévola podía desenvolverse entonces en medio del asentimiento general, formado de respeto y de admiración, de temor y desconfianza, de sugestión transmitida, hasta de costumbre aceptada y aún de preocupación contagiosa. El régimen del general Díaz era transitorio por personal, para realizar el absurdo de un gobierno sin partidos, lo fundó sobre un programa sin

120. Ibid., p.29

121. Enrique Krause, Porfirio Díaz, Biografía del Poder, México, Edit. F.C.E., 1987, pp. 33-54

principios; logró borrar pronto la revolución y estuvo a punto de borrar los credos, y por no ser obra de partido, la suya se desenvolvió como amplia y notablemente nacional. Durante los veintiséis años de su segunda administración, México vivió bajo la dictadura más fácil, más benévola y más fecunda de que haya ejemplo en la historia del Continente americano."(122).

Desde el punto de vista de los científicos, no podía condenarse a Díaz por haber sido un dictador; en primer lugar, era el tipo de gobierno que correspondía a una nación como la nuestra; y, en segundo, su desmedido "amor" por la silla presidencial era humanamente lógico; en una sociedad donde los fuertes viven gracias a los débiles su existencia estaba justificada:

"Todos los enemigos de la Dictadura, la han juzgado desde lo alto de una montaña de imbecilidad. Se la reprueba que no hayan funcionado Cámaras Legislativas verdaderamente independientes, que no haya fulgurado un Poder Judicial justiciero, que no se haya respetado el sufragio popular, infalible y universal, que no se haya satisfecho la libertad de la prensa y del libelo, que los Estados no hallan conservado íntegra su soberanía, y, sobre todo, que el general Díaz se halla 'reelegido' siete veces, y mostrado un apego al poder; de ostión al agua salada. En una palabra, se le acusa de lo que no pretendió ser, de lo que la nación no quiso que fuera, de lo que la opinión pública, escéptica en materia de democracia, no le haya pedido verbenas demagógicas. Se le acusa de no haber sido Presidente Constitucional de una República imposible, que ni siquiera existía en la imaginación de los republicanos, porque nunca habían entendido la república, ni la libertad, ni la democracia...

...Deturperar y condenar al general Díaz por haber ejecutado lo imposible: ser Presidente democrata en un país de esclavos, sobrepasa a lo permitido en la estupidez.(...). Todos los naturalistas que han estudiado el Cosmos, ven que el rayo se ha hecho para herir y no para recibir palizas, que los peces grandes viven gracias a que se comen a los chicos, que todos los hombres que aprenden a leer y escribir quieren mandar y todos los que mandan quieren que perpetuamente se les obedezca."(123)

122. Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura. Op.Cit. p. 109.

123. Francisco Bulnes, El verdadero Díaz y la Revolución. Op.Cit., pp. 23-24

"necesitaba" una dictadura, porque en el México de ese tiempo no se podía establecer una democracia.

En primer lugar, para los científicos, a la llegada de Díaz al poder se hacía indispensable establecer el "orden" para terminar definitivamente con el periodo de anarquía que solo había engendrado desunión y desorganización; en segundo lugar, los científicos pensaban que los males del país y la anarquía en sí eran el resultado del atraso económico, de una pobreza generalizada a la que había que poner fin:

"El atraso del país, idea a la que correspondía una concepción del desarrollo material en términos de simple crecimiento o acumulación de bienes, constituía para los porfiristas un valor ideológico que justificaba la dictadura. Para ellos el único gobierno liberal del que podía decirse que realmente había gobernado, el de Juárez después de la Intervención Francesa, no había tenido más remedio que anular en los hechos la Constitución de 1857 e imponerse por la fuerza a una sociedad desorganizada, sin que, por lo demás, pudiera lograrlo por entero. El atraso del país, por lo tanto, se traducía en un desorden permanente que había que liquidar, instaurando, sin medios términos, una dictadura de hierro. Pero ¿qué era lo que hacía del pueblo mexicano un pueblo anárquico y autodisolvente? No cabía la menor duda; la causa radicaba en la pobreza generalizada que prohibía ignorancia e instintos sociales suicidas. Hacía falta desarrollar la riqueza social. Solo que la riqueza social era poca y se encontraba en pocas manos. Expropiarla había equivalido al asesinato de la nación, se pensaba, lo más cuerdo era hacer que quienes la poseyeran gozasen de la protección y la seguridad indispensables para que ellos mismos pudieran desarrollarla. Así de fácil resultó justificar e imponer el privilegio de los propietarios, y la dictadura se aplicó a la tarea con una coherencia extraordinaria. Los elementos perturbadores fueron aniquilados o integrados al sistema dictatorial. (125)

aplaudieron cada una de sus acciones; dio paz y seguridad a la nación, y procuró el progreso económico; estas eran sus principales funciones y las cumplió. Por eso fue ampliamente justificado su régimen, y los ideólogos porfiristas así lo sentían:

"Las obligaciones de un buen dictador, son; dar paz sólida al país, capaz de tranquilizar las conciencias gravemente estropeadas por la anarquía; dar seguridad a todo el pueblo contra las empresas de los malhechores del orden común; hacer justicia de Califa; dotar a la nación de una buena administración pública; procurar un progreso económico que determine el bienestar material en la sociedad, particularmente en las clases populares."(128).

Para los positivistas, una dictadura benévola no podía ser juzgada con los mismos parámetros con los que se juzgaría a una dictadura común y corriente; era necesario entender que ésta era una forma de gobierno científicamente justificada. El país estaba en peligro de desaparecer como tal, la situación era realmente grave, no era el momento de luchar por falsos idealismos que solo prolongarían por más tiempo la anarquía. El destino de la nación entera estaba en juego; Díaz con un sentido auténticamente patriota, respondió como tuvo que hacerlo ante estas circunstancias, y los científicos creían que ni ellos ni nadie, estaban en condiciones de enjuiciar al dictador por ser tal, ni tampoco por su proceder:

"El general Díaz no puede ser culpable de haber desempeñado en México, un cargo que exigía fisiológicamente el organismo nacional. Responder a una noble y legítima necesidad de vida o muerte para un pueblo, sacrificándose, si es posible, hasta cometer actos de bandido, no puede ser de ninguna manera agravio sangriento y diabólico para ese pueblo. Si el sacrificio

por la patria ha llegado hasta entregar el honor, todos menos la patria tienen el derecho de condenar al patriota loco o santo."(129)

"Los pueblos tienen los gobiernos que merecen" aseguraban los científicos, y México merecía la dictadura. Díaz no podía ser juzgado severamente por el hecho de ser un dictador ya que no llegó a serlo únicamente por su voluntad. El pueblo entero y, sobre todo las circunstancias, así lo determinaron:

"La imbecilidad se muestra en creer posible que la forma de gobierno de un país, dependa de la voluntad de un hombre. La forma de gobierno depende exclusiva e indeclinablemente de la forma del pueblo. Largo tiempo lleva) la sabiduría de las naciones de haber anunciado la gran verdad de aspecto eterno: 'Los pueblos tienen los gobiernos que merecen'. Careciendo México de clase gobernante, por ser proletaria la más ilustrada y la única de acción, su ley política es muy conocida y es la que inexorablemente ha regido a Perú, Venezuela, Ecuador, Colombia, Centro América; pasar de la dictadura a la anarquía causada por las facciones, y pasar de las facciones a la dictadura. De donde se deducía ya en 1880, que el único gobierno orgánico en México era el dictatorial."(130)

Justo Sierra opinaba también que el tipo de gobierno que se establecía en un país, correspondía al tipo de pueblo al que gobernaría:

"Esta máxima, de simple buen sentido; los pueblos tienen los gobiernos que se merecen, es hoy una verdad científica; cualquiera que sea su forma, cualesquiera que sean las circunstancias que determinen inmediatamente el advenimiento de un poder, ya provenga de la revolución o de la ley, ya sea una dictadura o un parlamento constitucional, ora desempeñe el gobierno un hombre de bien, ora un malvado, la diferencia no estará más que en la superficie; en el fondo todo gobierno tendrá que conformarse con el medio social que lo soporta y lo nutre, tendrá que amoldarse al cauce hecho por el tiempo,

129. Ibid. p.26

130. Ibid. pp.23-24

por los hábitos y por las necesidades en que todo pueblo corre del pasado al porvenir; en suma, un gobierno es en su parte más sustancial un efecto, un resultado, no una causa. Por eso los pueblos tienen los gobiernos que pueden tener." (131)

Para finalizar, basta con mencionar uno de los ejemplos más claros de la forma, el entusiasmo y los argumentos con los que los científicos justificaban a la dictadura. Francisco Bulnes en 1903 habla, en su calidad de Diputado, ante los representantes de los Estados de la República para proponer y justificar la sexta reelección de Díaz. Para él no podía ser más evidente el hecho de que los hombres de esta época deseaban la dictadura, ya que más que ser una voluntad humana, era el resultado de una ley científica:

"Es muy difícil sostener una sexta reelección ante un criterio institucional democrático. El argumento de los jacobinos es: jamás un pueblo democrata ha votado una sexta reelección; pero si se prueba que la sexta reelección es necesaria para el bien del país, hay que deducir serena y tranquilamente que todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático. El argumento de la reelección no debe buscarse en la eminencia de instituciones que aún no podemos practicar y que estamos obligados a venerar como santas reliquias de espíritus incendiados de excelsos liberales. Los argumentos de la reelección deben buscarse en el terreno de las conveniencias, sin miedo, sin vacilaciones, con lealtad, con vigorosa justificación." (132)

Bulnes continúa más adelante:

"Yo creo que la reelección debe ser más que una cuestión de gratitud para un esforzado guerrero y colosal estadista. Yo creo que la reelección debe ser más que una brillante cuestión de presente, que debe ser algo de nacional, y sólo es nacional lo que tiene porvenir. Yo creo que el porfirismo y el mexicanismo no son antagónicos, que hay que armonizarlos. Y para ello es

131. Justo Sierra, Reorganización de la República en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p. 18

132. Francisco Bulnes, Discurso para justificar la sexta reelección del general Díaz, en Páginas Escogidas, Op.Cit p.99

preciso que la riqueza de que se nos habla no se convierta en indigencia por la brusca náusea de la anarquía; es preciso que los kilómetros de vías férreas no sean arrancados por las crispadas garras de la guerra civil; es preciso que los hilos telegraficos no vuelvan a anunciar al mundo nuestra barbarie, nuestra laxitud, nuestra impotencia; es preciso mostrar que la sumisión actual no es la de ciervos saboreando los deleites, sino el recogimiento disciplinario de verdaderos patriotas; es preciso que de esta paz no salga sangre, que de esta quietud no surjan patibulos, que de este crédito no se desprendan huestes extranjeras, únicas e invencibles, que nos arranquen la nacionalidad; es preciso, sobre todo, que ese sentimiento de la nación por el general Díaz, tan grande, tan noble, tan leal, no se transforme más tarde en el aleteo de una desesperación tenebrosa, en decepciones y resentimientos. Si la obra del general Díaz debe perecer con él, no hay que recomendar la reelección, hay que recomendar el silencio como una escena siniestra; hay que recomendar el dolor como un espectáculo de muerte; hay que proveerse de escepticismo y resignación, para ver y saber que el destino de la patria está hecho ya, que es la ruina inevitable, la conquista sin defensa, la desaparición en la fosa común de los viles y de los esclavos:" (133)

Pero no era eso lo que acarrearía la dictadura, su existencia casi "sublime" quedaria con mayor razón justificada en el futuro -y al respecto coincidían por completo los demás miembros del grupo científico-. Bulnes pronuncia un discurso que parece casi profético, sobre todo cuando pregunta: "¿sabéis, señores, lo que verdaderamente quiere este país? Pues bien, quiere que el sucesor del general Díaz se llame... ¡ La ley!". Como afirma después, cualquier ley "con tal que no sea la más hermosa, sino la positiva, la verdadera, la que nos convenga" (134) No podía existir una mejor justificación para la dictadura que ésta; había sido necesaria por las circunstancias del pasado, había sido deseada y avalada por las

133. Ibid, pp.102-103

134. Ibid, p.110

muchos se hicieron propietarios y se convirtieron en sostenedores del orden público. (136)

Siendo la paz una de las principales consignas del positivismo, era inminente el apoyo que los intelectuales del grupo científico dieron a toda acción encaminada a concretar esta obra: aún la represión era válida si el fin supremo de la paz estaba en juego.

Los científicos participaron activamente en la obra política del Porfiriato, y se les permitió también participar de la riqueza que a partir de ella se generaba, de tal suerte que su compromiso con la política oficial llegó a ser tan grande que sus intereses eran los de la dictadura. Fueron parte de la clase dominante en todos los sentidos, por tener el poder intelectual e incluso por tener poder económico:

"El porfirismo abrió a estos intelectuales el acceso a los puestos, les facilitó las condiciones para que se enriquecieran y los unció de tal manera a la política oficial que, de la coincidencia ideológica con el nuevo gobierno, pasaron, rápida e imperceptiblemente, al compromiso respecto de los intereses en que éste se fincaba. El dictador no les permitió jamás que se inmiscuyeran en las decisiones últimas, que sólo a él correspondía tomar, pero en cambio los convirtió en asesores eficaces cuya misión consistía en iluminar, 'con los datos de la ciencia', el camino que conducía a tales decisiones. Al mismo tiempo la riqueza permitió a los intelectuales porfiristas ascender en la escala social hasta los más altos niveles, fundiéndose, de tal suerte, con la propia clase dominante. Y todo ello sin que en ningún momento dejaran de ser auténticos productores de ideología, serían el último ejemplo de intelectuales si se exceptúa a los tecnócratas mexicanos de los últimos tiempos, que parecen repetir en mucho el ejemplo de los positivistas que, a la vez, actúan políticamente, se

136. Justo Sierra, Descripción de los Cuadros, en Obras Completas, Tomo IX, Op.Cit., pp.503-504

funden en la clase dominante y siguen siendo verdaderos ideólogos." (137)

Los miembros del grupo científico al defender la filosofía positivista, y lo que para ellos eran los intereses nacionales, defendían a la oligarquía, a la dictadura, a Díaz, a su política y a ellos mismos. Es por eso que, para decirlo en palabras de Arnaldo Córdova, "...lo que importa en definitiva es desentrañar el significado que para la realidad social encerraban las concepciones de los ideólogos porfiristas." (138)

3.2.2.2. Sustento Jurídico

La Constitución de 1857 no significó un obstáculo para Díaz, a pesar de que fue la bandera de los tuxtepecanos. En el ejercicio del poder, el dictador nunca obedeció la ley, por el contrario, se sirvió de ella, la modificó y la ignoró según su conveniencia. A simple vista parecía que el Ejecutivo ejercía el poder en adecuada observancia de las leyes, pero la realidad fue otra; era una dictadura disfrazada de democracia.

El juarismo quiso gobernar con la ley pero finalmente tuvo que hacerlo sin ella:

"Juárez murió en julio con el poder formidable de las facultades extraordinarias con que gobernó siempre; los breves períodos en que por excepción no las tuvo, contó con la ley de estado de sitio que, cuando no estaba

137. Arnaldo Cordova, La Ideología de la Revolución Mexicana.
Op.Cit., pp.45-46
138. Ibid., p.63

en ejercicio actual, se alzaba como un amago sobre los gobernantes. Con la constitución no gobernó nunca. (139)

¿Era sólo por que le parecía más cómoda la dictadura?. De ningún modo; era resultado de su convicción de que con la ley del 57, el Ejecutivo quedaba a merced del Congreso y de los gobernadores. Cumplió la obra reformista iniciada por la constitución y bajo el programa de los liberales del 57; pero de la organización que aquélla estableciera tenía tan mala opinión como el caudillo de Ayutla. (140)

Rabasa sostenía que era imposible que la Constitución del 57 se cumpliera, porque si así se hacía, se ponía en peligro la estabilidad del gobierno "siendo incompatibles la existencia del Gobierno y la observancia de la Constitución, la ley superior permaneció y la Constitución fue subordinada a la necesidad suprema de existir." (141). Un gobierno no puede ser estable mientras su existencia no corresponda con la ley.

Sobre este punto, los científicos coinciden. ¿Cómo se podía gobernar a un país con una constitución que no reflejaba en nada su situación y que no respondía a sus necesidades?, la respuesta es simple: solo al margen de ella; y eso fue justamente lo que hicieron Juárez y Porfirio Díaz:

"Entre el absurdo de suponer que basta una Constitución para hacer un pueblo, y el extremo de afirmar que la influencia de las leyes es nula para organizarlo, hay un medio que es el justo: la ley es uno de los elementos que

139. Véase Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, México, Editorial Porrúa, 1982

140. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México. Op.Cit., p.102

141. Ibid., p.67

contribuyen poderosamente no sólo a la organización, sino al mejoramiento de las sociedades, con tal de que se funde en las condiciones del estado social y en vez de contrariarlas las utilice y casi las obedezca. El progreso moral es una modificación del alma de un pueblo, y esta alma no sufre modificaciones súbitas, sino sólo las paulatinas; una ley que viola este principio queda sin aplicación, es absolutamente nula." (142)

Bulnes coincidía con Rabasa al afirmar que la Constitución del 57 respondía a una circunstancia específica de nuestra historia. Consagraban una serie de derechos individuales que el pueblo no podía ni sabía cómo ejercer, además de que iban en contra del sentimiento de unidad nacional que debía prevalecer en ese momento:

"La Constitución de 57, es hija de una época cruel individualista; en consecuencia su alma es fría, antisocial, injusta, y su aliento de egoísmo, fétido. La divinización de los derechos individuales, está ya satanizada por el dolor creciente que ha causado en la humanidad miserable. El principio proclamado a gritos hoy, ha sido el sostenido por la tradición, la historia y la ciencia. Sobre los derechos individuales están los de la especie humana, y sin vacilar, aquellas han sido y serán sacrificadas cuando así lo requiera la existencia o el progreso de la humanidad. Actualmente, la Constitución de 57 es un trabajo de manicomio." (143)

¿Que había que hacer con una Constitución así?, nada. Bulnes señala que no valía la pena hacer algo al respecto, la solución era hacerla a un lado y gobernar de acuerdo con la realidad y no de acuerdo con las "ilusiones" de una asamblea:

"Hemos hablado 100 años, de que nuestra felicidad depende de una asamblea que se denomina Congreso Constituyente que nos fabrique una Constitución política, procreada en una borrachera de ilusiones y de llamados principios políticos pasados de moda. Esas constituciones, no

142. Emilio Rabasa, Op.Cit., p.66

143. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución Mexicana, Op.Cit., p.76.

merecen el gasto de una gota de sangre, ni el menor dolor de muelas nacional:" (144)

Sin la euforia de Bulnes, Sierra comparte la misma opinión; para él, la Constitución no era perfecta, pero mientras fuera el único sostén legal del orden gubernamental, era necesario respetarla. Sólo después de un proceso lento y doloroso era posible transformarla junto con la sociedad hasta hacerlas compatibles:

"Cuando de la Constitución hablamos, cuando para ella pedimos respeto y acatamiento, cuando consignamos esto como el primero de nuestros deberes políticos, no pretendemos que se acepten los principios constitucionales como artículos de fe, no creemos que son ellos una obra perfecta, no. En nuestro sentido, la Constitución de 57 es una generosa utopía liberal, pero destinada, por la prodigiosa dosis de lirismo político que encierra: sucede con ella lo mismo que ha sucedido con todas las leyes hechas para transformar las costumbres, que van penetrando por entre las masas sociales provocando conflictos y luchas incesantes, y unas veces sufre la sociedad, otras se menoscaba la ley, hasta que, cuando el trabajo definitivo de amalgamación se ha verificado, resultan, transformadas ya, la sociedad y la Constitución." (145)

Para los científicos era evidente que la Constitución de 1857, además de contener una serie de contradicciones como ser federalista y haber omitido la Cámara de Senadores o ser parlamentaria y establecer el voto indirecto, limitaba los poderes del Ejecutivo, cuando lo que hacía falta al país era justamente lo contrario:

"A un país como éste le hacía falta un gobierno con un Ejecutivo fuerte que, sin limitación alguna y con

144. Ibid., p.11

145. Justo Sierra, Reservas en Obras Completas, Tomo IV, Op.Cit., p.143

todas las posibilidades que le proporcionara su acción vigorosa y enérgica, impusiera la paz contra la violencia interior, sometiera descontentos, se ganara el respeto exterior y, fundado en una ley que lo respaldase, aprendiera, él en primer lugar, a observarla y hacerla cumplir. Lejos de ello, la Constitución de 57 nos da un modelo de gobierno en el que el Ejecutivo se encuentra manifestado por todos y a merced de un Legislativo con facultades no solo para legislar, sino también para someter a su revisión y dominio hasta los actos más insignificantes de la Administración." (146)

Los científicos coincidían al afirmar que era necesario que el país fuese gobernado por un Ejecutivo fuerte para que, en pocas palabras, garantizara el establecimiento del capitalismo. El camino le fue allanado al porfirismo por los gobiernos liberales; la Constitución de 1857 fue reformada por ellos en este sentido, es decir, se estableció la Cámara de Senadores y al Ejecutivo se le dieron facultades tan importantes como el derecho de veto. Esto hizo más fácil a Díaz el ser dictador dentro de un sistema legal:

"El General Díaz se cuidó de cubrir sus extraordinarios poderes con la observancia simulada de las leyes que no se adaptaban a semejantes poderes. En este sentido, y sobre todo en relación con la Constitución de 57, los gobiernos de Juárez y de Lerdo le habían abierto ya el camino, baste recordar la reinstauración del Senado, como contrapeso interno equilibrador del Legislativo, que Juárez propuso y que Lerdo logró.

El sistema de privilegio, como régimen en el cual el poder político se emplea directamente para proteger y promover el capitalismo, se asentó así en nuestro país con la dictadura misma" (147)

El problema del Ejecutivo fuerte estaba hasta cierto punto resuelto -aunque a Díaz no le bastó ese poder y se tomó todo tipo de atribuciones extraconstitucionales para incrementarlo-, pero surgía otro igualmente grave. El lema de los tuxtepecanos contra

146. Arnaldo Córdova, Op.Cit., p.61

147. Ibid., p.17

Lerdo de Tejada había sido la "no reelección", el estricto apego a la ley: entonces, ¿cómo podía Díaz reelegirse?. La respuesta: modificar dicha ley. En un principio el problema fue resuelto cuando Manuel González asume la presidencia. En mayo de 1878 se había reformado la Constitución prohibiendo la reelección para el periodo inmediato siguiente, lo que significaba que después del gobierno de González, Díaz bien podía asumir nuevamente la presidencia (de hecho éste había sido el trato entre ambos, se habían comprometido a alternarse el poder), y así lo hizo. Después de liquidar políticamente a su compadre, Porfirio Díaz ocupó la silla presidencial otra vez, y en octubre de 1887 se reformó nuevamente la Constitución para permitir la reelección para un solo periodo siguiente. Así, poco a poco se hizo legal la dictadura: primero un periodo, después otro y otro, hasta 1911. Los científicos aunque parecían no estar de acuerdo con estos métodos, los aceptaban:

"Para impedir la perpetuidad en el poder se ha ideado la no reelección del Presidente de la República, que es más bien un modo de tranquilizar a los pueblos entreteniéndolos con una esperanza. No hay para qué recurrir a remedios artificiales cuando hay siempre medios naturales para evitar el mal; pero sobre todo, si la perpetuidad es solo una consecuencia de la dictadura, y consecuencia forzosa, es inútil querer estorbar los efectos si se dejan vivas y fecundas las causas. El poder fuerte no admite trabas y tiene que romperlas por una necesidad de su propia esencia; si la prohibición no permite, se elude, y si no, se rompe." (148)

Díaz, ya sea por ambición, o como argumentaban los positivistas, por necesidad, gobernó en la mayoría de los casos al

margen de la Constitución. Los miembros del grupo científico pensaban que ésto era perfectamente válido; pensaban que era imposible gobernar con leyes que habían sido creadas basándose en teorías idealistas copiadas del extranjero y no en la realidad nacional; incluso podía considerarse como meritorio el haber logrado tan difícil tarea. Por ejemplo, Bulnes decía: "...el gran mérito de la legislación dictatorial fue, que procuró hacer leyes para los hombres y no inventar hombres para las leyes abstractas o de otros países", (149); la realidad no se podía cambiar por decreto, si los constituyentes del 57 hubieran sido más objetivos, tal vez no hubiese sido necesaria la dictadura:

"Así se formó la Constitución mexicana, y medio siglo de historia nos demuestra que no acertaron sus autores con una organización política adecuada a nuestras condiciones peculiares. No es esto suponer que pudieran dar con una que por maravillosa adopción hubiera curado todos los males de un pueblo naciente, sin educación cívica, pobre, derramado en una extensión territorial inmensa, formado de porciones inconexas y poblados escasamente por dos razas de alma distintas, imposibles de llegar a la unidad indispensable para construir un conjunto homogéneo; pero si es afirmar que si todas estas circunstancias y otras muchas del sujeto de la obra se hubiesen estudiado y tenido en cuenta para hacerla, en vez de los principios abstractos y mentirosos de la ciencia pura, los 50 años corridos no habrían acercado ya al gobierno institucional, y habrían ido formándose paralelamente, por una parte el tipo de gobierno nacional derivado de la Constitución y de las condiciones propias del país, y por otra, las costumbres políticas de la sociedad que, en su esfuerzo de adaptación a las leyes, completan y fijan las instituciones reales." (150)

149. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución. Op.Cit., p.94

150. Emilio Rabasa, Op.Cit., pp. 65-66

Pero este no era el caso: la Constitución estaba ahí, y los intelectuales positivistas creían que no era la adecuada para gobernar a la nación en ese momento. La única solución posible era aparentar legalidad; si la Constitución era un obstáculo para el orden y el progreso había que hacerla a un lado y seguir adelante. Tal vez se podría alcanzar una verdadera legalidad en el futuro:

"La dictadura del general Díaz se caracterizó por la dedicación exclusiva y constante de toda su fuerza en favor del país; por una benevolencia superior que ahorraba los medios de fuerza; por la moralidad administrativa llevada hasta donde es posible en todos los órganos del gobierno; por la honradez del gobernante y la sencillez y limpieza de la vida privada del hombre; pero sobre todo, por el respeto a las formas legales que guardó siempre y que sirvió para mantener vivo en el pueblo el sentimiento de que sus leyes, si no eran cumplidas, eran respetables y estaban en pie para recobrar su imperio en época no lejana." (151)

Justo Sierra no compartía esta opinión; él defendió la observancia de la ley, aunque era claro que no estaba de acuerdo con ella en muchos aspectos como el de las garantías individuales; pero pensaba que lo mejor era reformar la Constitución para que evolucionara dentro de los límites que ella misma marcara, conservando sus lineamientos generales, modificando los artículos que fuese necesario modificar para que se adaptara a las necesidades del país asegurando así la única forma de dar estabilidad política a un grupo: el cumplimiento cabal de la ley.

(152)

151. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p. 147

152. Véase Justo Sierra, Serie artículos agrupados bajo el título Programa Crítico de Reformas a la Constitución, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, pp.141-214

3.2.2.3. Política de Conciliación.

La política de conciliación fue una de las principales banderas de la política porfirista, porque mediante la conciliación se calmaron los ánimos entre las facciones que se disputaban el poder, se unieron las diferentes tendencias políticas bajo la dirección del dictador. La facultad de Díaz de ejercer a su voluntad la política de conciliación, se derivaba directamente de la enorme concentración de poder que gozaba; él era el símbolo de la unidad nacional, y como tal tenía que actuar, concertando intereses para unificarlos en uno sólo: el de la nación, que a fin de cuentas siempre era el suyo.

Si una de las bases del proyecto porfirista era el orden, hubiese sido imperdonable que Díaz permitiera la continuación de los enfrentamientos entre los diversos grupos de poder. Una dictadura "benévola" no podía ser rencorosa; Porfirio Díaz, acogió en su gobierno a los representantes de las diversas corrientes políticas (incluso dando la espalda a los tuxtepecanos). La primera administración de Díaz es la muestra más clara de la voluntad conciliadora del presidente, dando por resultado el fortalecimiento del Ejecutivo:

"Durante su primera administración Porfirio Díaz centró su actividad en fortalecer al Ejecutivo federal integrando, tanto en su gabinete como en el poder legislativo y judicial, a personas capaces provenientes de otras facciones ajenas a la tuxtepecana. La sustitución de los vencedores por los vencidos fortaleció

a Diaz en la medida en que las exigencias de los primeros se convirtieron en obediencia y agradecimiento de los segundos." (153)

En su primera administración, el caudillo tuxtepecano demostró su "buena voluntad" hacia los lerdistas, los iglesistas, imperialistas, hacia la Iglesia, etc.;

"La política de conciliación fue delineada el 16 de enero de 1877 en una circular del secretario de Gobernación Protasio Tagle. En ella el gobierno negaba los insistentes rumores respecto a una posible nulificación de las Leyes de Reforma, pero aclaraba que la aplicación de dichas leyes no iniciaría una política de intolerancia y de persecución sino una etapa de concordia entre los mexicanos." (154)

Diaz sabia que entre los tuxtepecanos no habian elementos suficientes para formar una administración con la experiencia que se requería en ese momento de reorganización política(155);entonces la política de conciliación respondió a una doble necesidad; dar fin al periodo de anarquía, y aprovechar la experiencia política de los grupos vencidos.

La política de conciliación tuvo también una connotación económica; los liberales se habian enfrentado a grupos de poder económico y era indispensable contar con su apoyo para que la dictadura fuera estable y duradera; además, si el proyecto económico se basaba en el privilegio de la oligarquía, había que comenzar a demostrarlo:

153. Carmen Saez, Op.Cit., p.106B

154. Ibid., p.1069

155. Ibid., pp.1069-1070

"Proponer la dictadura como la forma específica que habría de cobrar el gobierno fuerte no bastaba. La memoria traía a la mente el ejemplo de Santa Anna que, siendo un dictador, constituía en su época la primera fuente de anarquía y desorden. Era necesaria una dictadura, pero una dictadura 'honrada', que al mismo tiempo que tuviera a disposición un poder limitado, supiera utilizar ese poder en bien de quienes más necesitaban de él, esto es, los propietarios. El dictador se avino a la exigencia: una primera prueba comenzó a darla cuando buscó por todos los medios a su alcance conciliar a todos los elementos vencidos en las contiendas anteriores por los liberales con el Gobierno nacido en 1876; por lo demás, no se necesitaba mucha perspicacia política para adivinar que ninguna gobierno por vastos que fueran los poderes que se arrogara, podría sostenerse por tiempo indefinido si no contaba con el apoyo de quienes detentaban la riqueza." (156)

Los científicos, particularmente Francisco Bulnes (157) (los demás lo hacen de forma indirecta) pensaba que la conciliación representó para el porfirismo uno de los episodios más brillantes de la política, era una manifestación de la "honradez" y la "benevolencia" del dictador. No podía haber otro ejemplo más claro de que dentro de un gobierno dictatorial podía haber justicia; ante todo estaba el interés de la nación, y éste exigía que se eliminara cualquier indicio de rencor o venganza en la política:

"La política de conciliación, expresa el acto más elevado de justicia conocido en la historia de México. Caracteriza a las facciones el vil manejo del exclusivismo que no es cuestión de añorar a los principios y sus beneficios, en favor de una masonería de medianías intrigantes, que no pueden resistir competencia con personalidades eminentes, y buscan a fuerza de procedimientos odiosos, deshacerse de rivales, declarándolos fuera de la ley de las naciones, de las

156. Arnaldo Córdova, Op.Cit., p.17

157. Francisco Bulnes es el único miembro del grupo científico que analiza la política de conciliación en El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., pp. 90-94

leyes de la humanidad y aún de las leyes de la biología." (158)

La benevolencia de la dictadura fue tan grande a los ojos de los científicos que supo reconocer algún valor en cada una de las facciones a las que acogió: la prensa por la capacidad intelectual de los hombre que la integraban; el clero por el poder económico y su capacidad de influencia sobre la población; los Imperialistas por su incondicional arrepentimiento; y la oligarquía por su riqueza. Díaz sabía que tenía que atender a los intereses de todos estos grupos de poder; para gobernar necesitaba conciliar los intereses de cada uno de ellos y, por supuesto, con los suyos:

"La prensa era libre para los vencidos, gracias a que en la facción liberal se hallaban a su cabeza, hombres verdaderamente eminentes, que veían con repugnancia la ruina del llamado gran partido liberal. El clero, era el único poder social capaz de dar dinero para una revolución, y lo había dado para la de Tuxtepec. Existía multitud de jefes y oficiales del Imperio, desesperados por los chupones del hambre en sus entrañas o por la implacabilidad de la persecución facciosa, siempre dispuestos a tomar parte en cualquier revuelta, como lo hicieron en el de Tuxtepec. Politicamente, los católicos se habían colocado en un puesto inexpugnable, no aspiraban a la reacción sino a la efectividad de democracia, a la veneración de la ley a todos los beneficios de la libertad; y como el gobierno de Don Benito Juárez no había establecido la democracia no veneraba la ley, ni sus partidarios entendían de libertad, los católicos reforzaban con su prensa la agresión de los elementos antigobiernistas, y gozaban con los espectáculos de sangre, desorden, fracasos, miserias e inmoralidad, propios de una facción dividida, entre los in y los out, entre los que medio comían del presupuesto y los que pedían su tajada patriótica, especialmente los hombres de armas que las tenían empeñadas, habiéndose comido ya los respectivos boletos. El general Díaz, en su vida de revolucionario, reconoció la fuerza material y moral del clero, la fuerza social de la clase rica, la consistencia política de los católicos, y advirtió que el

que durante años lo habían insultado, sólo hizo la guerra cruel y perfida, a los 'Grandes', siempre que éstos no quisieran descender y revolverse con la masa de los ciudadanos, o mejor dicho, de los hijos de aquel gobierno paternal a quienes debían dárselos todos los goces, con tal de que permanecieran insignificantes." (161)

3.2.2.4. Jerarquización de la Sociedad

Uno de los planteamientos básicos del positivismo comtiano era la existencia, dentro de toda sociedad, de seres superiores, que debían tener el control sobre los inferiores. Era la ley del más fuerte, los únicos que podían gobernar y recibir el beneficio del poder eran los superiores, los fuertes, los más aptos; porque sólo ellos tenían la capacidad de hacerlo. Los empresarios y los intelectuales debían integrar ese grupo privilegiado, unos manejando la economía y otros la política.

Al entender de los científicos, las leyes naturales eran las que determinaban el orden social, y por naturaleza son los más aptos los que sobreviven. La sociedad porfirista sería el reflejo de la naturaleza humana desigual; los "más aptos"; son en este período histórico los poseedores de la riqueza y los poseedores del conocimiento, es decir, la oligarquía y ellos, los intelectuales positivistas:

"Los escritores positivistas, prepararon ideológicamente el advenimiento de la dictadura, bajo las consignas comtianas de 'orden y progreso'. facilitaron la labor de aquella, al proporcionarle una justificación histórica y filosófica de carácter naturalista, de acuerdo con la cual lo que se hacía, no sólo respondía a

necesidades inmediatas de la sociedad, sino que lo imponía la propia naturaleza por encima de lo que los hombres pensarán o desearán. En la naturaleza los seres son desiguales por necesidad y los más aptos en la lucha por la vida se imponen indefectiblemente a los más débiles. Del mismo modo, en la sociedad los más aptos son llamados a triunfar sobre los más débiles, con una particularidad de que los más aptos son precisamente los poseedores de la riqueza; la capacidad y aún la responsabilidad social se miden por la riqueza misma, aquí del que dependen sin lugar a duda la buena marcha de la sociedad, aquí que junto con los medios materiales detenta la educación y la capacidad mental suficiente para entender los problemas de la sociedad en su conjunto y, por supuesto, para gobernarla, es también el que realmente respeta a la sociedad, al pueblo, es la 'verdadera sociedad' y el 'pueblo verdadero'. Las demás clases sociales son sólo una turba inocente que, como a los animales, hay que someter mediante la violencia, si es que no alcanza a convencerse de que es necesario aceptar el predominio de quienes poseen la riqueza, el más alto de los intereses sociales y la cultura, la capacidad para dirigir." (162)

El grupo social de los más fuertes estaba integrado por los terratenientes, industriales, comerciantes, banqueros nacionales y por todos los extranjeros que participaban en nuestra economía (163). La particularidad del grupo científico es que también formaba parte del sector de los "más aptos"; los intelectuales tenían el poder del conocimiento, de la ciencia; pero solo los intelectuales positivistas. Los demás integraban el otro grupo social de los débiles, es decir, los trabajadores, campesinos etc, a los que su falta de aptitud colocaba en esta desfavorable situación.

La clase gobernante debía poseer dos características: capacidad intelectual y capacidad económica; un orden como este no era el resultado de la voluntad de los hombres, era el reflejo de

162. Arnaldo Córdova, Op.Cit., pp.18-19

163. Ibid, p.18

la acción de las leyes naturales en la sociedad, era un orden necesario para que México evolucionara política y económicamente. Fue esta clase el motor del progreso, y por esta razón debían facilitárseles las condiciones para su desenvolvimiento. Todos los demás eran excluidos no por "maldad" sino por necesidad, por lógica; no era posible pensar que el destino de la nación estuviese en manos de gente ignorante e incapaz de incidir en la economía, porque no tenía ni los recursos ni la cultura necesaria:

"En lo que respecta a la posición que ocupaban las personas según su grado de instrucción, es notorio cómo se combina política y naturaleza para justificar una 'necesidad', que pasa por incontestable y que se refiere a las relaciones políticas en las cuales el privilegio vuelve a prevalecer. La razón que se aduce no es ahora la posición económica; se afirma que la política deben hacerla solo las personas cultas, aquellas que cuando menos tiene la preparación suficiente para entender el verdadero significado de la acción política. Como hemos señalado, los porfiristas no se interesaban en demostrar que la cultura acompañase a la riqueza, pero de cualquier manera, hombres realistas por excelencia, sabían que son muy contados los casos en que no se dan juntas. De ello también hicieron una ley natural de la política. (164)

La ideología del grupo científico, fue entonces una ideología de privilegio; que buscaba justificar una jerarquización de la sociedad a favor de la oligarquía y los intelectuales positivistas. Este tipo de jerarquía social no era la consecuencia de un deseo de desigualdad, sino de una necesidad que no se podía cambiar. Esta noción de privilegio sostuvo a la dictadura por un largo período y al mismo tiempo engendró su propia destrucción. Para los científicos en ese momento no había otra opción:

"Lo hemos dicho, se trata de una ideología de privilegio, pero al mismo tiempo una ideología que hace confluir todos los elementos de la vida social en la demostración, no de la existencia de ese privilegio, sino de la necesidad del mismo para la construcción del país y de su historia futura. Cada hecho de la vida real de la nación, hasta el sentido común de los hombres, deviene por arte del pensamiento uno de los tantos principios fundadores de la nueva ideología, un axioma que, al estilo del darwinismo social demuestra sin lugar a dudas la preponderancia de los más fuertes y la necesidad, no querida pero real, de las desigualdades sociales. Es más, se declara solemnemente que nadie desea desigualdades, ni siquiera aquellos que por obra de la naturaleza o de la suerte son hoy superiores; que lo que todo el mundo desea, incluso los poderosos, es que un día reine la igualdad y la libertad de quienes lleguen efectivamente a ser iguales y libres. Mientras tanto, deben prevalecer la desigualdad y el dominio de los poderosos, porque constituyen los únicos elementos reales que en el futuro harán la igualdad. Las luchas por la libertad y por la igualdad sólo ficticias no hacen sino retrasar el proceso, ir contra la naturaleza de las cosas e imponer sacrificios interminables al país." (165)

Además de que la jerarquización de la sociedad (en el sentido ya mencionado) era, para los científicos, una necesidad, no podía decirse que fuera parte de una política perversa de la dictadura. Según los positivistas debía adoptarse una actitud paternalista hacia las clases débiles:

"Tres caminos hay que seguir cuando el ochenta por ciento de un pueblo es de abyectos, como lo demuestra la importancia de reacción de millones de hombres contra débiles minorías que los explotan y desprecian. El primer camino era emplear una explotación despiadada por las clases directoras, 'acomodada y desacomodada', hasta alcanzar el exterminio de la clase campesina. El otro camino indicado era una explotación que permitiese vivir mal, pero indefinidamente, a las víctimas, y el tercer camino era sujetar a ese ochenta por ciento de bestias humanas a un régimen de tutela humanitario, civilizador, que las levantase si era posible a la categoría de

ciudadanos, o que permaneciesen como menores de edad con el bienestar proporcionado por las virtudes de la clase gobernante." (166)

Por otra parte, según Bulnes, ese sector de los más aptos no pudo nunca dar rienda suelta a sus ambiciones porque el dictador no se los permitió; él pensaba que de hacerlo se hubiera arruinado el país:

"Una dictadura orgánica, es una banda compuesta por los más aptos para dominar, según el molde de actitudes que marca la época, banda más o menos disciplinada con terror y corrupción por una mano de hierro. La banda, tiene por objeto supremo el robo público, y su organización dictatorial le impide consumarlo hasta arruinar al país. Corresponde al dictador estable, contenerse a sí mismo, contener a la banda que habla mucho de patriotismo, por lo mismo que casi ninguno tiene. Los provechos de la explotación racional del pueblo, deben repartirse entre los miembros de la banda, en proporción de sus servicios, no al país, sino a la misma banda, y de la potencia de cada miembro para causarle mal si se le disgusta. Como ya lo dijo bastantes veces, es el gobierno de los amigos por los amigos y para los amigos; pero los amigos deben satisfacer la ley histórica: el gobierno por los más aptos y para los más aptos." (167)

Habia entre el grupo científico la creencia de que parte de la debilidad de la mayoría de la población era de origen racial. (168), ese gran grupo social de los no aptos eran en su mayoría indígenas y mestizos (aunque estos últimos podían llegar a formar

166. Francisco Bulnes, El Discurso del Doctor Vasconcelos en Texas, en Páginas Escogidas, Op.Cit., p. 66

167. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., p. 352

168. Sobre este punto ver: Justo Sierra, México social y político en Obras Completas, Tomo IX, Op.Cit., pp. 125-131, y Francisco Bulnes, El porvenir de las Naciones Hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y de los Estados Unidos., Imprenta de Mariano Nava, México, 1899.

parte de la clase superior, baste como ejemplo el propio Díaz, de hecho Sierra pensaba que los mestizos serían los mexicanos que llevarían al país al progreso (169). Al respecto, Justo Sierra, siempre más sereno en sus apreciaciones, pensaba que el orden social desigual prevaleciente en la época era el producto de la naturaleza humana desigual, pero creía que esta naturaleza evolucionaba, y este orden no era permanente:

"...que el sistema industrial presente es un producto de la naturaleza humana actual, porque nosotros creemos en la modificación lenta, pero indefinida de la naturaleza humana, y ese sistema no ha de progresar sino en relación directa de dicha naturaleza, y no más aprisa." (170)

3.2.2.5. Poder Personal del Dictador

Todos los miembros del grupo científico coinciden al afirmar que Díaz tuvo en sus manos la mayor concentración de poder que jamás había tenido otro gobernante, y lo ejerció durante casi treinta años aparentemente sin mayores problemas. Para ellos, el "éxito" del porfiriato se debió, sin duda, al programa político y económico que se siguió, pero no se puede negar la enorme influencia que tuvo la persona del dictador en ese éxito. Porfirio Díaz poseía las cualidades necesarias para llevar a cabo el proyecto nacional, era lo suficientemente inteligente, hábil y ambicioso como para poder mantenerse en el poder por tanto tiempo y

169. Justo Sierra, México Social y Político, Op.Cit., pp.125-170

170. Justo Sierra, Preocupaciones de las Clases Obreras, en Obras Completas, tomo IV, Op.Cit., p.310

llegó a erigirse en el centro de toda actividad. El era el mediador, el simbolo de la paz y el progreso mismo:

"El porfirismo, como lo ha apuntado don Emilio Rabasa, es un régimen en el que la dictadura personal se cubre con el respeto de las formas legales y se combina con el empleo enérgico de la fuerza. En efecto, el general Díaz no impuso simplemente su autoridad y ejerció ilimitadamente su poder personal, sino que cuando lo juzgaba necesario para la práctica de su política personal, lo hizo amparado siempre en la observancia de las leyes y con el menor menoscabo de las mismas. Es evidente que el dictador poseía una capacidad extraordinaria para conjugar en su acción el manejo de los hombres, de las circunstancias y de las formas constitucionales. El general Díaz supo, además, incorporar a su poder absoluto el mito de cualidades que, más que poseer, eran cultivadas en la opinión pública, amaestrada para ese fin por todo tipo de colaboradores, desde los simples técnicos y administradores, del Estado hasta los más brillantes exponentes de la intelectualidad de ese tiempo. La imagen del estadista infalible superó las dimensiones del hombre real, y don Porfirio entró en la leyenda desde temprana hora con las capacidades, reales o inventadas, en los que cada grupo social cifraba la mejor garantía para sus intereses. El mito del dictador infalible y poderoso devino de inmediato el mortero en el cual se hizo realidad la conciliación de las clases, de los vencedores y de los vencidos en el período que fue entonces llamado de la anarquía por antonomasia y que abarca toda la historia independiente de México d 1810 a 1877. El autócrata pertenecía a todos y a ninguno en especial: el mismo era el estado, con ninguno se identificaba y la administración de su poder a todos beneficiaba. Con él comenzaba una nueva era, que ponía término a más de medio siglo de anarquía, de inseguridad social. Hasta los últimos días del porfirismo la imagen del general Díaz como gobernante sabio, infalible y poderoso se mantuvo casi inmutable. Fue el elemento central de la ideología del porfirismo, su punto de partida y su punto de llegada, el punto en el que se cierra y se repite el mismo círculo de ideas: paz, orden, progreso, seguridad, prosperidad, estabilidad." (171)

Los científicos comprendían la labor del dictador, alababan cada uno de sus aciertos, lo defendían, lo justificaban basándose

en la filosofía positivista. Pero sabían que la dictadura porfirista no era eterna, no debía serlo porque el futuro del país no podía depender únicamente de un hombre, al fin y al cabo mortal. Sabían que ésto hacía vulnerables el orden y el progreso alcanzados; ellos como todos los demás se preguntaban: ¿y después de Díaz... qué? (172). Esta preocupación se la hicieron saber al presidente, trataron de hacerle entender que era necesario asegurar la continuidad de la evolución, y en este sentido, se buscaron muchas soluciones, como la creación de la vicepresidencia, para que el ejecutivo pudiera preparar a su sucesor; incluso se habló también de la creación de instituciones que garantizaran el carácter civil de los futuros gobiernos.

Pero Díaz no hizo caso a estas advertencias. Estaba tan acostumbrado al poder, que le era imposible dejarlo, la presidencia era ya parte de su persona; ni el mismo Limantour, tan allegado a él, pudo convencerlo de que el sistema que lo sostenía en el

 172. Sobre esto Emilio Rabasa dice en La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p.125.: "Así conquistó el general Díaz a la nación entera. Cuando la tolerancia y la benevolencia hicieron esa conquista, todo acto de fuerza o de rigor eran innecesarios para someter a las gentes y gobernar sin trabas. Cada clase social tenía un motivo de adhesión; pero como si esto no bastara, había hecho también la conquista individual de un número enorme de unidades que trataban con él y de él sólo dependían; pero todo esto era tan personal, que mientras todo se relacionaba con él, la cohesión entre las clases, los grupos, las unidades, era nula. En lugar de una idea había un hombre como lazo común de los hombres y de los pueblos. No había en los actos del general Díaz uno sólo que revelara previsión del porvenir político de México. Los mexicanos, llenos de inquietud ante la incertidumbre de la suerte futura, formularon la pregunta: "Después de Díaz ¿qué?", y la pregunta se repudió después en las naciones extranjeras. Como en la nación no había política y la política es el medio de acción de los pueblos, y sólo en ella se forman los hombres y los partidos, se pensó, dentro y fuera, que el general Díaz debía formar un sucesor, como si fueran transmitibles por testamento las condiciones de fuerza personal del dictador y la aquiescencia pasiva de los gobernantes."

gobierno, había envejecido tanto como él. "Era necesario cambiar para que las cosas pudieran seguir iguales"; podría decirse que este era el sentir de los positivistas:

"El general Díaz, en tales condiciones, era mucho más gobernante que el estadista es obsesión espontánea y que no se tiene sin el conocimiento del pasado. Lo que sabía era dominar el presente, conquistarlo, subyugarlo con mucha más habilidad que violencia, trabajar sobre él en obras de organización y construcción nacionales; y por eso fue un gran gobernante, el más grande, sin duda, de la América Latina, y por eso fue uno de los hombres más prominentes de su siglo." (173)

El héroe tuxtepecano, hasta su renuncia en 1911, controló perfectamente a todos los individuos que lo rodeaban, basándose en la política de conciliación y en la política de "pan y palo"; aprovechó para su beneficio el enorme poder que la había sido dado al Ejecutivo.

"La tranquilidad interior, el crédito iniciándose en el exterior, el trabajo rindiendo beneficios, la seguridad en todas partes, derramaban un bienestar desconocido; y de aquí nacían la adhesión y la admiración por el hombre que hacía esos bienes, y el deseo de que siguiera en el mando que le servía para hacerlos. La supremacía de la voluntad del Presidente, que se hacía reelegir por propia y exclusiva determinación, que hacía por autoridad todas las elecciones federales y las de los gobernadores, y que se imponía en toda la vida política hasta en detalles de menor cuantía, lastimaba el sentimiento democrático, que en los pueblos latinos de América vive en constante vigilia y forma un punto delicado del amor propio nacional.

Esto inspiraba un resentimiento tanto más hondo, cuando que ya nadie ponía en duda que el Presidente no abandonaría nunca el poder. Hay que convenir, sin embargo, en que prevalecía la influencia de los

beneficios del gobierno, con una mezcla de afecto al hombre y de admiración al gobernante." (174)

Desde la llegada de Díaz a la presidencia, parecía saber cómo debía gobernar. De acuerdo con los positivistas, el pueblo mexicano era un pueblo de ignorantes "ingobernables" a los que había que tratar con una actitud paternalista, y el presidente coincidía con ellos. Díaz conocía cuáles eran las debilidades de los mexicanos, y supo aprovecharlas para su beneficio:

"Oí emitir al general Díaz, en la casa del licenciado Hammeken y Mejía, las siguientes ideas, cuando aun no había sido reelecto Presidente por la primera vez: 'Los mexicanos están contentos con comer desordenadamente antojitos, levantarse tarde, ser empleados públicos con padrinos de influencia, asistir a su trabajo sin puntualidad, enfermarse con frecuencia y obtener licencias con goce de sueldo, no faltar a las corridas de toros, divertirse sin cesar, tener la decoración de las instituciones mejor que las instituciones sin decoración, casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto, gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer 'posadas' y fiestas onomásticas. Los padres de familia que tienen muchos hijos, son los más fieles servidores del gobierno, por su miedo a la miseria; a eso es a lo que tienen miedo los mexicanos de las clases directivas, a la miseria, no al servilismo, no a la tiranía; a la falta de pan, de casa y de vestido, y a la dura necesidad de no comer o sacrificar su pereza.' Tal fue el fundamento de su famosa política que denominó de 'Pan y Palo'."(175)

El general tuxtepecano estaba conciente de los problemas que aquejaban a la nación cuando tomó el poder; él los interpretó a su manera, y a su manera buscó darles solución, tratando de conservar, a toda costa, su posición privilegiada.

174. *Ibid.*, p.111

175. Francisco Bulnes, *El Verdadero Díaz y la Revolución*, Op.Cit ., p.39

La política de conciliación doto de un poder mayor al dictador, quien, como mediador, supo conectar y al mismo tiempo dividir y vencer:

"Una lucha franca del Supremo Caudillo contra los Altos Barones de la Revolución, provistos de ejércitos propios, y diciéndoles como al Mariscal de Sajonia en la batalla de Fontenoy: 'A vous, Messieurs les Anglais', es labor de galopin político. Esa clase de partidas de uno contra muchos, sólo se juega con perfidia, con perfidia maquiavelica, con perfidia zapoteca. Recordemos con unción que en México la opinión pública llamaba al general Díaz, 'Don Perfidio', con lo que basta para probar que el pueblo llegó a descubrir la condición fundamental del oficio de domesticar hombres brutos o embrutecerse." (178)

Díaz supo dominar a todos, e incluso a los científicos; aunque siempre les tuvo desconfianza, sabía que sólo incorporándolos al gobierno los podía controlar. (179) El Dictador supo rodearse de hombres inteligentes que le sirvieran para sus propósitos, pero nunca dejó que esa inteligencia sobrepasara su habilidad:

"'Ese gallo quiere maíz', solía decir Porfirio cuando escuchaba a los intelectuales, y de inmediato les arrojaba una curul. Con ese método incorporó a varias generaciones de intelectuales. Aunque los utilizaba para la elaboración de códigos y discursos, los tachaba de 'discolos' y expertos en hacer 'profundismo'." (180)

178. Ibid., p.30

179. Sobre esto Bulnes dice en El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., p. 170: "Procuraba atraerse a los hombres de gran talento, porque los temía, y en consecuencia le eran antipáticos, y los colocaba en puestos secundarios o terciarios, detrás de una nulidad, para que la opinión pública no se fijara en ellos. Su sistema era dar a los intelectuales un curul con freno, haciéndolos suplentes de un diputado propietario militar, mas un sueldo de profesores y alguna otra comisión, para que vivieran regularmente, sin obtener por la fortuna su independencia."

180. Enrique Krause, Porfirio Díaz, Op.Cit., p.51

Bulnes da un ejemplo claro de ésta política hacia los intelectuales, cuando habla de la reacción del dictador a propósito de un conato de revuelta en 1893. Los científicos reaccionaban de tal manera, que no quedó al presente otro remedio que acogerlos en su gobierno:

"Los científicos, entendieron en 1893, que México siendo un país que no puede llegar a rico sin el poderoso auxilio de grandes capitales extranjeros, si una revolución derrocaba al general Díaz, derrocaba también el provenir serio de México, fundado en el desarrollo de su progreso material y por lo mismo que el general Díaz se mostraba decidido a desenvolver ese progreso en todas sus fuerzas políticas apoyando el pensamiento financiero y moralizador de Limantour, era verdaderamente criminal, intentar el movimiento revolucionario en nombre de una democracia imposible, de principios abstractos y para el servicio de pretendientes a empleados públicos. Cuando el general Díaz tuvo conocimiento de las notables palabras, pronunciadas en la Cámara de Diputados por el licenciado don Justo Sierra: 'Este pueblo tiene hambre y sed de justicia', el general Díaz, no pudo ocultar su disgusto y entonces dijo refiriéndose a los científicos 'Esos lo que tienen es hambre y sed de ministerios' (...) Porfirio Díaz habría comprendido que el hambre y sed de justicia, habría hecho perder la cabeza a los científicos y hubieran intentado con grandes probabilidades de éxito, obtener las Secretarías de Estado de la mano nerviosa y sangrienta de la revolución." (181)

Al hablar de Porfirio Díaz como máximo conciliador, como símbolo del orden, Justo Sierra lo nombra fundador de la religión política de la paz. Par él como para los demás científicos, el general Díaz había conjuntado en su persona los elementos necesarios para gobernar con éxito al país; inspiraba fe e inspiraba temor, y gracias a ésto, pudo concretar el sueño de la

181. Archivo Francisco Bulnes, Gobierno de Porfirio Díaz, Archivo General de la Nación, Caja 8, Exp. 4

paz, erigiéndose en la política, al mismo nivel que un líder religioso:

"Complicar en esa obra [la paz], que parecía irrealizable en sueño, todos los intereses superiores e inferiores, era el camino para lograrla; el caudillo creía que para eso era preciso que se tuviera fe en él y que se le temiera. La fe y el temor, han sido el fundamento de todas las religiones, tenían que ser los resortes de la política nueva. Sin desperdiciar, un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá ha marchado durante veinticinco años el presidente Díaz; ha fundado la religión política de la paz." (182)

Para los científicos, la forma de gobernar de Díaz le había ganado la admiración y respeto del pueblo, por haber dado a México los dos bienes máximos a los que podía aspirar: la paz y el progreso.

"El sentimiento general respecto a la persona del general Díaz es, por complejo, difícil de explicar y de todos modos imposible de reducir a una afirmación o negación absoluta. Fuera de México casi resulta incomprensible. Hasta Madero, cuando en su libro lo ataca, lo elogia altísimamente. Su obra, toda por la nación, sus virtudes privadas inmutables, su invariable superioridad sobre las pasiones e intereses corrientes, lo rodearon siempre de un respeto que no lo abandonó ni en el ostracismo. El pueblo de la nación no aplaudió su caída, y el último representante de ese pueblo para despedirlo, el de Veracruz, le hizo una ovación franca y calurosa cuando salía sin poder, sin pompa, sin esperanza para playas extranjeras." (183)

182. Justo Sierra, La Evolución Política de México, Op.Cit., p. 386

183. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p.185

3.2.3. El Progreso Económico.

La parte económica del proyecto nacional del porfiriato estaba basada en el progreso; tal parece que al inicio de la dictadura todo estaba por hacerse en el ámbito económico. El objetivo primordial del gobierno era sentar las bases que se requerían para que México se insertara al sistema capitalista en expansión.

Después del desorden del periodo de la "anarquía" era indispensable buscar, además del orden, el progreso; y, en este sentido, se orientó la obra administrativa del gobierno de Díaz. Estaba claro que sólo el crecimiento económico podía acabar con la miseria, el hambre y la ignorancia que privaban en todo el país en esa época; pero la orientación que se dio a este crecimiento, y que los científicos justificaron, se basó en una política de privilegio que a la larga sólo benefició a un reducido sector de la población.

No se puede criticar a la dictadura por haber buscado el progreso, por haber promovido el desarrollo industrial, minero y agrícola, por haber fomentado el desarrollo de las comunicaciones; esto a primera vista parecería haber sido una labor necesaria y acorde con las necesidades de la época. El hecho es que éste progreso sólo alcanzó a unos cuantos; en el programa económico no se incluyeron como beneficiarios a los obreros, a los campesinos ni a nadie que no entrara dentro del grupo de los "más aptos", es decir, el progreso económico durante la dictadura fue impulsado por los "más fuertes" y para beneficiar únicamente a los "más fuertes". Esta era una "ley natural" y ni los científicos ni Díaz podían ir en contra de la "naturaleza".

No cabe duda que el artifice del proyecto económico del porfirismo fue José Yves Limantour, uno de los científicos más destacados justamente por su incidencia en la esfera administrativa, ya que ocupó el ministerio de Hacienda desde 1893 hasta 1911. A pesar de que con insistencia niega haber pertenecido al grupo científico, es evidente que su formación positivista se vio reflejada en su desempeño en este cargo.

El positivismo comtiano, como se vio en el capítulo II, sirvió para justificar la permanencia en el poder de la oligarquía. El privilegio del capital fue el sustento de la política económica. Para poder insertarse en la esfera del capitalismo internacional, había que dejar a la riqueza actuar por sí misma, multiplicarse, siendo la función primordial del gobierno, facilitar esta acción, dotarla de los medios y crear el ambiente adecuado para su desarrollo, es decir, acabar con todos los elementos que le fueran adversos:

"La función de la dictadura en el régimen de privilegio consistió no solamente en abrir nuevas posibilidades de empresa para los sectores que integraban la clase dominante, sino también en someter a las demás clases sociales al servicio de los privilegios, en la mayoría de los casos, con sacrificio ostensible de sus propios intereses (...) y usando la violencia ilimitada cuando alguno de los sectores sociales sometidos pretendía oponerse al sistema de privilegio..." (184)

Los positivistas que integraron el grupo científico, sabían que como consecuencia premeditada de la labor pacificadora debía seguir el desarrollo económico, el desarrollo de la industria, de

las comunicaciones, sólo así se daría coherencia política y económica a una nación desintegrada, sólo así se alcanzaría la unidad nacional:

"El general Díaz, soldado con temperamento de organizador, hace dos revoluciones para establecer la paz. Impone el orden que garantiza el trabajo a que aspiraban los pueblos cansados de revueltas, favorece el desarrollo de la riqueza pública, comunica los extremos del país, pone en movimiento las fuerzas productivas y realiza la obra, ya necesaria y suprema, de la unidad nacional" (185)

La necesidad de alcanzar la unidad nacional no era el producto de mentes idealistas, era una cuestión de supervivencia. El futuro de México como nación independiente estaba asegurado en la medida en que se alcanzaran el orden y el progreso; era mucho lo que hacía falta, y sólo el gobierno de Díaz podía hacerlo:

"Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el desideratum social; se trataba de que la República (gracias principalmente a la acción del gobierno, porque nuestra educación, nuestro carácter, nuestro estado social así lo exigían) pasase de la era militar a la industrial; y pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía a nuestro lado y que cada vez se aproximaba más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendería a absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles." (186)

El objetivo era claro: capital, trabajo, medios de comunicación para movilizar la riqueza. Pero cómo lograr ésto en un

 185. Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, Op.Cit., p. 112
 186. Justo Sierra, La Evolución Política del Pueblo Mexicano, Op.Cit., p.364

país prácticamente en ruinas; se necesitaba dinero, y el que había era muy poco; por mucho que los inversionistas nacionales confiaran en el gobierno, no era suficiente: Se tenía que atraer la riqueza del extranjero, y esta no era una labor sencilla:

"La obra gubernamental era, empero, irrealizable y sin finanzas, y la creación de ellas parecía más irrealizable, aún, por la dificultad tremenda de la reorganización del país y nuestra falta absoluta de crédito en el exterior, producida no sólo por la inmensa desconfianza y el invencible recelo con que se veía nuestra tentativa de fundar un verdadero gobierno, indiscutido en sus principios, consentido en sus medios y nacionalmente aceptado en sus fines (cosa que puede decirse, era insólita en nuestra historia), sino por la entera y la legítima actitud que habíamos tomado frente a nuestros acreedores extranjeros, considerando unos créditos como nulos de origen y otros sujetos a revisión y a pactos nuevos. La considerable merma de la riqueza pública, consecuencia de once o doce años de guerra no interrumpida; la imposibilidad de definir sin estadística, ni incipiente siquiera, el asiento del impuesto; la seguridad de encontrar obstáculos en dondequiera que se intentara reintegrar a la Federación en el aprovechamiento de sus recursos legales, retenidos por las administraciones locales, que necesitaban vivir y que, en realidad administraban la bancarrota y capitulaban con la anarquía, autorizaban todos los pronósticos pesimistas y mostraban el punto negro que pronto se convertiría en el final desastre de nuestra nacionalidad; nuestro pueblo, que como decía por entonces un preclaro poeta mexicano, 'mandar no sabe, obedecer no quiere', iba fatalmente a la impotencia y a la absorción norteamericana." (187)

Sin embargo, las condiciones estaban dadas: la labor del gobierno de Porfirio Díaz en el ámbito político alcanzaba una paz y una confianza cada vez más fuertes, y esta labor de progreso moral debía estar acompañada por el progreso material. En sus primeros periodos presidenciales, Díaz había ya trabajado para

alcanzar el desarrollo económico, pero no fue sino hasta que José Yves Limantour tuvo en sus manos las riendas del programa económico, que se llegó a un periodo de progreso. Este científico dotó a toda actividad económica de un lógica positivista; durante su ministerio se avanzó rápidamente en este aspecto. México creció en todos los ámbitos y su imagen, junto con la del dictador, se engrandeció al exterior y llegó un momento en que, tal vez por primera vez, los mexicanos confiaban en su gobierno y en el futuro de su país; lo que permitió al Ejecutivo reelegirse muchas veces, aunque no en una "continuación indefinida", porque tarde o temprano se tenía que acabar con este régimen de privilegio:

"La paz era un hecho, pero hacerla duradera, ponerle cimientos incommovibles en los intereses, en las necesidades, en la conciencia del país, identificar su consolidación con el instinto mismo de la conservación de nuestra propia nacionalidad y librarlo, no de crisis ni de accidentes, porque eso no era posible en lo humano, pero si de levantamientos armados, de revoluciones militares o populares, a eso dedicó su energía inmensa el presidente Díaz.

Empezó por organizar las finanzas, y fue tal la confianza inspirada por el hombre, que a pesar de que fue necesario suspender en buena parte los pagos de la deuda, todo el mundo acató esta medida. Luego el comercio sintió que había acabado la época en que el gobierno y él se consideraban enemigos, y tendió a coadyuvar a la consolidación de nuestro crédito.

Pero cuando la obra financiera del gobierno entró en un terreno verdaderamente científico y normal, fue cuando se encargó de la cartera de Hacienda al abogado don José Yves Limantour. El resultado ha sido inmenso prestigio personal del presidente que aumenta día por día en el exterior y el interior; jamás se han hecho de ningún jefe de Estado los elogios que del general Díaz han hecho los representantes de las grandes potencias en México y las colonias extranjeras en masa. Y el país lo ha reelecto periódicamente, sin que nadie ponga en duda la realidad de este sufragio porque, con excepciones que pueden llamarse individuales, todos los mexicanos asienten a la continuación indefinida en el poder de 'Don Porfirio', como le llama el pueblo, porque en nadie tienen la

confianza que en él, para asegurar el bienestar general."
(188)

Dentro de la concepción positivista, la labor de Limantour fue impecable, en pocas palabras brillante, y en eso coinciden los demás científicos (189) Limantour fue el primer ministro que entregó cuentas superavitarias en la hacienda pública, se incrementaron los servicios públicos, las comunicaciones, la industria; México se insertaba con éxito al capitalismo, se vivía la época de mayor bienestar, la época del progreso, la etapa positiva:

"Puede decirse que desde hace veinte años, no ha pasado uno solo sin que las rentas publicas hayan aumentado, sin que una gran obra material de salubridad pública, de creación de puertos, de ensanche de vías de comunicación, de canalización de ríos, de creación de institutos de educación, de establecimiento de grandes oficinas fabriles, se haya llevado a cabo, y en el fondo de todo esto aparece, como la condición primordial, el crédito, el prestigio del presidente, la confianza en él, del pueblo de México y del mundo; resulta una situación especial única en nuestra historia y quizás en la historia contemporánea; un árbitro de los destinos de un pueblo, en acuerdo perpetuo con ese pueblo." (190)

El lema de "poca política y mucha administración" fue el lema del programa económico. Díaz se encargó de que la política fuera poca y Limantour de que la administración fuera mucha; ambos hicieron del gobierno porfirista, la dictadura tan aclamada por todos; uno aseguró la paz, el otro trabajó en el progreso. El

188. Justo Sierra, Descripción de los Cuadros, en Obras Completas, Tomo IX, Op.Cit., p.505

189. Bulnes se contradice al respecto, algunas veces alaba al Ministro de Hacienda y otras lo critica aun refiriéndose a un mismo hecho.

190. Ibid. p.505-506

presidente sabia que su Ministro de Hacienda era el hombre indicado para promover el crecimiento; bajo su poder personal cobijó todas sus iniciativas, y apoyó todas sus acciones:

"Laborando sobre un plan completo, preconcepción de financiero estadista, abarcaba en él [Limantour], desde los métodos de contabilidad y la organización de las oficinas inferiores, hasta las combinaciones más complejas del crédito exterior, calculadas sobre los recursos del presente, por seguridad, y sobre el desarrollo de la riqueza pública, por audaz previsión. La economía y la moralidad fueron desde el primer día bases de su administración fiscal, llevadas a extremos de rigidez que llegaron a ser objeto de censura. El Presidente lo aprobó, lo sostuvo y acabó por seguirlo, conquistado por la confianza que le inspiraron el buen éxito y la buena fe de su Ministro, y los dos hombres, unidos por el propósito común de realizar una tarea difícil y trascendente, trabajaron de consumo, el uno haciendo sentir en el interior y en el exterior la firmeza y vitalidad de su gobierno, y el otro revelando a propios y extraños, que la nación, ya sería honrada en sus compromisos, llevaba en su desarrollo rápido y seguro la garantía de una absoluta solvencia. El general Díaz había hecho la paz augusta y estática; Limantour iba a darle elementos para hacerla activa y fecunda." (191)

El primer objetivo de Limantour al ocupar el ministerio de Hacienda, fue equilibrar el presupuesto gubernamental (192); la segunda tarea que se imponía era arreglar el problema de la Deuda Pública. Para recobrar la confianza y recuperar la posibilidad de contraer nuevos empréstitos, indispensables para financiar el desarrollo industrial de comunicaciones y de servicios, había que recuperar el crédito público:

191. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p.117

192. José Yves Limantour, Apuntes Sobre mi Vida Pública, Op.Cit., pp. 35-36

"Como elemento necesario de todo plan de reorganización y para dar mayor firmeza y precisión a los presupuestos, era de todo punto indispensable abordar sin tardanza el intrincado problema del arreglo de la Deuda Pública. Por extraño que parezca, pensar en llevar de frente un trabajo de esta importancia, cuya solución trae naturalmente consigo un fuerte aumento de gastos, y esto cuando se vive de recursos insuficientes y aleatorios, y se dejan de pagar adeudos considerables, lo mismo los corrientes que los atrasados, no hay temeridad en la empresa, ni falta de lógica, sino al contrario. Meditando bien las cosas, no se puede menos que convenir en que para salir de una situación hacendaria casi desesperada no hay otro medio que el de procurar inspirar confianza de que se hará, con entera buena fe, todo lo que humanamente fuese posible para distribuir con equidad las cargas del Erario entre los contribuyentes y los acreedores de la Nación, sin cegar las fuentes de la riqueza pública. Pagar íntegramente a estos últimos, nadie, ni ellos mismos lo creyeron practicable, pero llamando a todos a composición, suprimiendo el agio y las preferencias indebidas, poniendo orden en la recaudación de los ingresos y en los gastos de la Administración a fin de poder aplicar los sobrantes o parte de ellos al servicio de toda la Deuda, y tomando otras medidas conducentes, se acumularían muchas probabilidades de obtener la aprobación y el concurso de todo, o de casi todo el mundo, creando así poco a poco la confianza general en la gestión de los intereses nacionales, base esencial del Crédito Público." (193)

Un tercer objetivo fue esencial al inicio de la labor hacendaria de Limantour; "acabar con la corrupción", moralizar la actividad administrativa para terminar definitivamente con los vicios propios de la anarquía y el desorden propios del periodo anterior.

"El programa de realización inmediata comprendía también un tercer elemento esencial. No hubiera bastado, para levantar la situación económica, los esfuerzos enormes que requerían, por una parte, la ingrata labor de aumentar en muy fuerte proporción los impuestos reduciendo al propio tiempo los gastos al mínimo posible, y por la otra, la no menos desagradable empresa de desenmarañar y poner en vía de pago nuestra interminable

deuda nacional, si no se cuidaba por parejo de moralizar el personal y los procedimientos administrativos, obrando con justicia, la resolución y el tacto necesarios para ir formando un cuerpo escogido de empleados de Hacienda, perseguir el fraude, y destruir las corruptelas que nos dejaron a profusión tres cuartos de siglo de revoluciones, bancarrota y desordenes de todo género. No cabe duda alguna; el buen éxito de la campaña emprendida para la conquista del crédito dependía en buena parte de la depuración del personal y de la remoción de las prácticas viciosas." (194)

Ya que se habían alcanzado las primeras metas de organización hacendaria, dándole así logica a la labor administrativa gubernamental, fue que se inicio el periodo de desarrollo económico. Se iniciaba la tarea de facilitar el libre desenvolvimiento de la riqueza:

"Vencidas las primeras dificultades de la obra de reparación que se emprendió desde mediados de 1892, y hallándose ya a fines de 1895 completamente realizada la nivelación de los presupuestos y sumamente adelantado el arreglo de la deuda publica, se entró al periodo en que debían tomarse las providencias y disposiciones de la riqueza nacional, siendo desde luego las más urgentes las reformas a la Ordenanza y Arancel de Aduanas y la abolición de las alcabalas." (195)

A partir de este momento México "sube al tren del progreso". El gobierno toma una serie de medidas para concretar este proceso, como la reorganización del sistema bancario y monetario, un nuevo sistema aduanal, y otras tantas que facilitarían el desarrollo industrial, minero y agrícola, lo mismo que la construcción de ferrocarriles, vías de comunicación en general y servicios indispensables para alcanzar el gran objetivo del progreso

194. Ibid. pp.38-39

195. Ibid, p.54

económico. Si bien el orden se alcanzó por la acción de la política interna, el progreso dependió en gran medida de la política exterior. Como ya se vio en el Capítulo I, la penetración de capitales extranjeros fue una de las principales características de la economía porfirista; por estar tan estrechamente relacionada la economía con la política internacional del gobierno de Díaz, será tratada con profundidad en el último capítulo. En este apartado se describirían los puntos básicos del proyecto económico, que, según los científicos, junto con el orden político social, logró el "milagro de la transfiguración nacional":

"Con el orden, con el trabajo, con la tranquilidad, con la riqueza y el bienestar adquiridos que habían transformado materialmente al país, se había obrado el milagro de la transfiguración nacional:" (196)

3.2.3.1. Privilegio Económico

En una sociedad que estaba dividida en seres superiores y seres inferiores, es lógico que los primeros, que poseían la riqueza y el conocimiento, gozaran de toda clase de privilegios. El gobierno de Díaz se encargó de preparar las condiciones para que la clase de los más aptos pudieran actuar con facilidad, y multiplicar su riqueza en un ambiente propicio como la dictadura. Si la jerarquización de la sociedad no era más que el reflejo de una sociedad desigual, la noción de privilegio no era sino el resultado

196. Emilio Rabasa, Op.Cit, p.141

de esto. El privilegio era una necesidad, por eso el gobierno debía adoptarlo como una nueva forma de relación entre él y la clase económicamente poderosa, e imponerlo al resto de la sociedad; de no haberlo hecho así, se hubiera ido en contra de las leyes naturales:

"Se comprende que el verdadero motivo de esta nueva ideología del autoritarismo era de carácter eminentemente práctico. La idea del desarrollo de México, enmarcada en una concepción de la historia de corte naturalista y fatalista, en el fondo, no sólo perseguía la justificación (para todos los tiempos) de la dictadura, sino sobre todo la justificación de una nueva forma de privilegio; al postularse el privilegio como una necesidad natural, de hecho toda oposición a la dictadura o toda negación del privilegio podrían ser mostradas como verdaderas locuras o como traiciones sectarias a la necesidad de las cosas." (197).

Se da una nueva forma de relación entre el gobierno y la clase con poder económico; de acuerdo con el capitalismo, el papel del Estado era dejar que la economía se desarrollara libremente, sólo tenía que facilitar los medios para que así lo hiciera; pero, al contrario de como se hacía antes, el gobierno de Díaz exigiría que el desarrollo de la sociedad, para que pudiera entrar como organismo completo al mundo de la civilización moderna. En este contexto, la noción de propiedad (198) juega un papel muy importante, porque era el símbolo de la riqueza; el porfirismo la protegió, le dio seguridad. Se trató a los propietarios como seres privilegiados respecto a los que no lo eran, siempre y cuando pusieran en movimiento su riqueza para generar más, y así, esta clase impulsaría al resto de la sociedad hacia el progreso:

197. Arnaldo Córdova, Op.Cit., p.58

198. Ver: Justo Sierra, 1876, La Revolución Económica, en Obras Completas, Tomo IV, Op.Cit., pp.342-344

"Por lo que toca específicamente a la posición económica y a su categoría central, la propiedad, los ideólogos del porfirismo parecen enfrentar un doble problema que hace oscilar sus opiniones entre términos antinómicos; La propiedad debía dejarse al libre juego de las leyes económicas, sin interferencias ni de la política ni del Estado en especial, sin embargo, concebían la propiedad como un elemento indispensable para la transformación, primero material y luego política, del país. El Estado debía impedir por todos los medios a su alcance que la propiedad fuera presa de los disturbios políticos y de la anarquía; en pocas palabras, debía impedir que a la propiedad se le pusiera en peligro por los únicos interesados en atacarla, es decir, los no propietarios. Sin embargo, no podían dejar de ver en ella un elemento que, al formar parte del organismo social, tiene también una función social y debe contribuir al desarrollo de la sociedad. Pero ¿de que manera podía la propiedad contribuir al desarrollo social? Simplemente produciendo, creando la riqueza material que es indispensable para que la sociedad devenga en organismo vigoroso y digno del respeto que debe merecer en el concierto de las naciones civilizadas. Pero esto no basta; se trata tan sólo de un mero enunciado general. Lo importante es que en la producción misma de México se muestre ya como una nación moderna, y en la producción venza y supere su pasado miserable, anárquico y delincuente. El Estado autoritario proporcionó el marco de disciplina y seguridad preciso para que los elementos productivos desarrollen esa función. Basta únicamente que el trabajo y el deseo de la riqueza hagan su parte." (199)

Los sectores que integraban a la clase privilegiada eran diversos y pueden agruparse por actividades, por ejemplo latifundistas, industriales, banqueros, comerciantes, etc., Pero existían dos grandes grupos en la actividad económica mexicana; los capitalistas nacionales y los extranjeros. Los recursos nacionales, según lo consideraban los científicos no eran suficientes para desarrollar la riqueza; por eso fue necesario traer los capitales

del exterior. (200) y precisamente los inversionistas extranjeros fueron una parte importante de la clase privilegiada. Llegaron a adaptarse perfectamente al sistema político y económico porfirista y estuvieron tan agradecidos como los demás, porque el dictador le había dado al país la tranquilidad necesaria para que los capitalistas formaran parte del próspero y renovado México :

" Los intereses extranjeros encontraron en el general Díaz una atención asidua y constante, sin la cual habría sido imposible (supuestos los antecedentes del país desordenado) la afluencia de capitales que llevó a México todas sus grandes obras de progreso y transformación. Los extranjeros de todas las nacionalidades, que aumentaban poco a poco en número, y que no solían llegar como aventureros, sino como hombres de trabajo y muchas veces de capital, comenzaron por sentirse tranquilos, después vivieron satisfechos, y acabaron por mostrarse adictos al gobernante benévolo que conquistaba voluntades. " (201)

En el México del porfiriato ocurre un fenómeno curioso como consecuencia de la jerarquización de la sociedad, y del privilegio de las clases altas que se deriva de la primera; la aristocratización del gobierno (202) y de la clase que detentaba el poder económico. En general, para los científicos, la noción de sociedad de privilegio no era criticable, era la consecuencia de la

200. Sobre esto Arnaldo Córdova dice Op.Cit p.17: "La idea del atraso material del país dio lugar a un fenómeno más, que se volvió típico del régimen porfirista, aunque no exclusivo: la penetración económica de las potencias imperialistas. La riqueza, en efecto, como cuna de bienes, simbolizaba el desarrollo; pero era poca y por sí sola jamás habría superado el estancamiento material del país. Había que traerla de afuera y ayudarla a 'ambientarse' en México, protegiéndola, como se había decidido proteger a lo que aquí había. Luego se pudo ver que los inversionistas extranjeros fueron quienes mejor aprovecharon el régimen de privilegio del porfirismo".

201. Emilio Rabasa, Op.Cit., p.123

202. Ver: Francisco Bulnes, La Aristocratización del gobierno, Páginas Escogidas, Op.Cit., pp.149-153

necesidad de desarrollo; para que nuestro país progresara, se tenía que favorecer por lógica a los propietarios, los positivistas creían que en ese momento ellos eran los únicos aptos para tomar en sus manos las riendas de la política y la economía nacional. A fin de cuentas, el privilegio y la aristocratización terminaron por aumentar la admiración a Díaz y la adhesión a su gobierno, y esto era bueno porque el compromiso entre ambos fue muy grande:

"Con ese privilegio económico de casi exención de contribuciones; con las garantías de seguridad absoluta en todo el país para las personas, la propiedad, los cultos, el trabajo, la vida social y privada; con cierto afecto, color de reacción, mostrando al catolicismo; con la cooperación del elemento oficial en las fiestas aristocráticas, las clases ricas mexicanas adoraron al 'Príncipe' correcto, serio, afable, distinguido, dueño de modales de autócrata descendiente de los Hohenzollern o de los Romanoff. Esa aristocracia mexicana de abolengo, siempre le fue fiel en los tiempos de grandeza, siempre le fue adicta y respetuosa en los tiempos de adversidad, y ha sido noble, leal y decente, arrodillándose ante su tumba, calentándola con las preces de su fe en la misericordia de Dios, especial para los conductores de pueblos desgraciados." (203)

3.2.3.2. Infraestructura

Una de las principales tareas del gobierno de Porfirio Díaz, fue promover la construcción de la infraestructura indispensable para que se pudieran desarrollar las distintas actividades económicas. Era necesario construir los medios de comunicación que pudieran transportar los productos agrícolas e industriales en el

203. Francisco Bulnes. El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., p.44

país y hacia el exterior. Hacían falta servicios, obras públicas como electricidad, drenaje etc., y el gobierno del dictador atendió estos requerimientos con eficacia para que los capitales pudieran trabajar, movilizarse y generar progreso.

Los positivistas destacan a los medios de comunicación como símbolo de desarrollo, hacen especial hincapié en los ferrocarriles por considerarlos como uno de los grandes triunfos del porfiriato. Por ejemplo, Justo Sierra al describir los elementos que caracterizan a una nación civilizada, menciona cuatro que son indispensables: la educación, las comunicaciones, la investigación científica y la cultura; sólo el país que contara con estos puntos, podía ser considerado como civilizado. Si México quería elevarse al nivel de las demás naciones en progreso, debía trabajar en estas cuatro tareas:

"Los pueblos más civilizados son aquellos en que:
1°. Hay más escuelas y más niños que en ellas se eduquen para que, cuando sean hombres, puedan proporcionarse mayor y mejor trabajo, contribuyendo así al mejoramiento o progreso de la sociedad en que viven; 2°, en que haya más ferrocarriles y telégrafos que lleven personas y mercancías, los unos, y palabras los otros, con una rapidez, comodidad y baratura, que antes ni se soñaba, entre un lugar y otro; así, a medida que los hombres y las ciudades y los pueblos se han comunicado más frecuentemente y más pacíficamente entre ellos, el progreso ha sido mayor. Otras circunstancias distinguen además a los países civilizados, como, por ejemplo, el número de sabios que en ellos han aumentado el bienestar, transformando la industria, es decir, inventando maquinarias, descubriendo motores para ponerlas en actividad (como el vapor y la electricidad), encontrando sustancias que hagan más productivo el trabajo y más fácil de lo que antes era, etc. Los literatos, los artistas, también contribuyen a civilizar; Ellos, dando forma al pensamiento, hacen pensar; ellos decoran la vida

con objetos bellos o la endulzan con la poesia, con la música, etc." (204)

Emilio Rabasa resalta la labor del Ministro de Hacienda para reorganizar las finanzas públicas, y para contratar préstamos del extranjero que, entre otras cosas, sirvieron para concluir los compromisos por la construcción de ferrocarriles y aumentar las vías férreas, y para mejorar los telégrafos y el correo:

"Las dos grandes líneas férreas del Norte estaban concluidas; se trabajaba la del Ferrocarril del Sur, la Interoceánica de Tehuantepec y otras que ocupaban muchos millares de brazos. El capital extranjero estaba llegando al país, tanto para estas obras como para otras muchas empresas, y se derramaba en muchas regiones, haciendo sentir en todas su influencia sobre la vida común. En 1899 había ya más de 8,000 kilómetros de vía herrada, cuando doce años antes no llegaba a 800; los ferrocarriles no eran ya un sueño: el país tenía confianza en sus fuerzas. Los telégrafos alcanzaban por entonces una extensión que no podemos precisar, pero excedía de 20,000 kilómetros. El correo había regularizado sus servicios y multiplicado sus oficinas: México había entrado en la Convención Postal Universal y cumplía los compromisos que su participación le imponía." (205)

En lo que respecta a las obras públicas, durante el gobierno de Díaz se realizó una de las obras más necesarias: el drenaje. La capital de un país moderno, como se pretendía que fuese México, debería tener un eficiente sistema de desagüe:

"La ciudad de México vio realizada la obra fundamental de su grandeza futura, intentada en vano desde la época colonial, que la liberaría de las inundaciones y haría posible el drenaje y la salubridad. El desagüe al Valle en que la capital se asienta rodeada

204. Justo Sierra, Noción de la Historia, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IX, p.293.

205. Emilio Rabasa, Op.Cit., pp.108-109

de montañas (la obra maestra de la ingeniería nacional, que arrojó las aguas fuera del Valle, por la perforación de la sierra), se inauguró en 1899, y la ciudad hizo su transformación rápida, guardó su bello aspecto en la parte antigua, y se extendió al Occidente en amplia área cubierta de residencias de elegancia moderna y llenas de arte. Las obras de saneamiento y provisión de aguas, a costa de muchos millones, dieron a la ciudad condiciones superiores de habitación, y el pavimento de asfalto embelleció a muchas de sus calles y prometía cubrirlas todas." (206)

Además de lo anterior, México debía tener el aspecto de un país civilizado; los grandes edificios públicos que se construyeron en la época, constituyeron también un símbolo del progreso. Baste mencionar las obras que se construyeron solamente para conmemorar el centenario de la Independencia. Las grandes fiestas, y las grandes obras, harían a nuestro país comparable, en este aspecto, con las más progresistas naciones europeas:

"Soberbios edificios públicos, ostentación del arte arquitectónico más elegante, se erigieron; la casa de Correos, el palacio de la Secretaría de Comunicaciones, el Palacio Municipal, lucirían en las mejores capitales europeas; el Teatro Nacional (aún no concluido) podría parecerse con los más bellos de Europa; el Palacio del Poder Legislativo, es tan bello como adecuado, y el gran edificio que para substituirlo comenzó a construirse iba a ser el monumento más grandioso de la ciudad. El Hospital General y la Penitenciaría no tienen rivales en el Continente, por su acomodación y condiciones especiales; el Manicomio, las escuelas normales para varones y para mujeres, el Hospicio de niños, son modelos en su género, y construcciones de gran costo." (207)

Sin duda alguna, para los científicos como Emilio Rabasa, México estaba cambiando, y cambiando para bien, porque había entrado al círculo de los países "modernos":

206. Ibid, p.39

207. Ibid, p.39

"Los edificios para escuelas públicas se construyeron en rumbos diversos de la ciudad, con todas las exigencias de la enseñanza moderna. El Instituto Geológico y el Instituto Médico, eran a la vez hermosos edificios e instituciones de gran valor científico. El gobierno hizo en los Estados gran número de construcciones para los servicios federales, entre otros, la Aduana y la Dirección de Faros en Veracruz; y los gobiernos locales, animados por el ejemplo, entraron en una porfía de mejoras materiales de todo género, construyendo palacios para los poderes públicos, edificios para escuelas primarias y profesionales, parques y calzadas, haciendo la pavimentación de las capitales, su provisión de agua y drenaje. La renovación se extendía por toda la República; Monterrey, Guadalajara, Puebla, Veracruz, Mérida y otras ciudades se transformaron en pocos años, y aun surgieron ciudades nuevas como por conjuro; Torreón y Tampico." (208)

En este aspecto, el de la construcción de la infraestructura económica, el porfirismo da la impresión de haber cumplido cabalmente con su misión; sin embargo, esta labor fue mucho más compleja de lo que parece, sobre todo en lo tocante a los ferrocarriles. La fiebre ferrocarrilera no se da por casualidad, fue el reflejo de un fenómeno que se estaba dando a nivel internacional, que "coincidía" con los intereses del gobierno de Porfirio Díaz (Capítulo I), y es por estar este hecho tan estrechamente ligado a las relaciones de México con el exterior, que será tratado en el próximo capítulo.

Es innegable que toda esta obra fue un motivo más para justificar a la dictadura. Los científicos sabían que bajo este gobierno se realizaron grandes obras, con las que años atrás ni siquiera se habían soñado; y eso, aunado a la obra de paz, era

suficiente para tener la certeza de que el dictador habia modificado ventajosamente la naci6n:

"La obra extraordinaria del gobierno federal, que se presentaba a los ojos y modificaba tan profunda y ventajosamente a la naci6n, habia costado una cantidad de millones que habrian tenido por quimérica aun los mäs soñadores, treinta años antes. La deuda nacional exterior e interior, sin embargo, sólo sumaba \$438,000,000. bien poco para la potencia productiva del país, que en sus ingresos crecientes de año en año llegaban ya a \$111,000,0000, y cuyas reservas acumuladas excedian de \$70,000,0000, disponibles para cualquier emergencia."
(209)

3.2.3.3. Banca y Sistema Monetario

En palabras de José Y. Limantour, el sistema bancario, al iniciar su ministerio, era un desastre; fue necesario darle sentido y uniformidad para que se rigiera bajo un mismo criterio. En este periodo se da un gran auge en la actividad bancaria, como consecuencia de la actividad económica, por lo que se crean nuevos bancos con capitales nacionales y principalmente extranjeros. Por todo esto, se hacia inminente una reorganización bajo las riendas del gobierno:

"La reorganización de los Bancos se impuso en seguida con el derecho de emitir billetes que se habia otorgado a diversos establecimientos, sin plan de conjunto y sin uniformidad en las concesiones; se puede decir que existia en la materia una verdadera anarquía que era urgente corregir." (210)

209. Ibid, p.140

210. José Yves Limantour, Op.Cit., p.57

La reorganización de la que habla el Ministro de Hacienda comenzó por la creación de la Ley de Bancos, en la cual se declaraba la total independencia de estas instituciones, para actuar libremente sin ninguna influencia política; y también el respeto a la pluralidad, dado los diversos orígenes de los concesionarios. Limantour hace la aclaración sobre las medidas que se tomaron para corregir los abusos cometidos por los accionistas de algunos Bancos, de lo que se deduce que a pesar de que el gobierno dio libertad de acción a los banqueros, según él, nunca se les permitió que se le salieran de los márgenes establecidos por la Secretaría de Hacienda. En resumen, los lineamientos que regían a la Banca eran los siguientes:

"Diganse algunas palabras sobre los principios fundamentales de la ley de Bancos, entre los cuales descuella la absoluta independencia de toda ingerencia del Gobierno y de toda influencia política en el manejo de los negocios. La pluralidad de los bancos fue el resultado necesario del respeto a las concesiones ya existentes. La idea primitiva fue la de establecer Bancos regionales que cubriesen las necesidades de aquellas partes del país cuyas operaciones en general se movían dentro de ciertos límites territoriales; pero las exigencias de los Gobernadores de los Estados que querían tener todo un Banco en su respectiva jurisdicción, dieron lugar a que se cambiara de programa, a reserva de favorecer, como en efecto se hizo después, la fusión de unos Bancos con otros, a fin de concentrar paulatinamente los establecimientos de emisión, y si se creyese algún día conveniente de llegar hasta la creación de un Banco único, pero siempre independiente del Estado." (211)

Otro de los retos que tuvo que resolver Limantour, fue el de la moneda. El valor de la moneda había sido sumamente inestable, y eso favorecía los abusos del comercio y obstaculizaba el

desarrollo industrial; por esta razón, dar solución a este problema, se volvió prioritario. El primer paso fue la realización de un estudio minucioso para poder, posteriormente, tomar las medidas adecuadas:

"Como afectaba todos los ramos de la actividad humana en el terreno económico, la solución debía buscarse, previo un estudio minucioso y una información abundante; y así se hizo solicitando al efecto la cooperación de cuantas colectividades y personas eran capaces de llevar un contingente de provecho. La Secretaria de Hacienda, al fijar las bases que le sirvieron de norma para tomar las providencias relativas, prefirió atenerse a los resultados obtenidos por la experiencia en otras partes del mundo, sin descuidar en manera alguna las peculiaridades de nuestra condición económica, y sin adoptar sistema alguno que, por su absoluta novedad, o por ser de aplicación complicada, pudiese constituir un ensayo peligroso de consecuencias tal vez irreparables." (212)

Para que la moneda mexicana fuera estable, era necesario fijar los tipos de cambio con las monedas de otros países:

"Quien dice estabilidad en el valor de la moneda dice también fijeza en los tipos de cambio con las naciones de patrón unico de oro, o de moneda enteramente sana; y dependiendo en gran parte de esa fijeza en los cambios de la balanza económica, era de todo punto indispensable, especialmente para un país como México en que está sujeta dicha balanza a muy fuertes sacudimientos que rompen su equilibrio, que la Secretaria de Hacienda asumiese la delicada tarea de evitar o amortiguar, por los medios legales que estaban al alcance del Gobierno, los malos efectos de los expresados sacudimientos sobre los cambios extranjeros, acudiendo para ello al concurso de los establecimientos de crédito y de cuantas buenas voluntades eran capaces de ejercer influencia sobre el volumen de capitales que se desalojaban, bien sea saliendo del país, o lo que fue más frecuente, entrando a él para invertirse en negocios lucrativos. La creación de

la Comisión de Cambios de Moneda fue también de suma utilidad." (213)

Finalmente, Limantour destaca la labor realizada por la Secretaría de Hacienda respecto a la estabilidad del tipo de cambio, porque es notable que se hubiese mantenido por tanto tiempo, a pesar de la crisis internacional de 1907; gracias a la acertada intervención del gobierno, siguió sosteniéndose el valor de la moneda mexicana en el mercado exterior:

"En casi diez años que permaneció inmutable el tipo de cambio extranjero, desde el día en que se puso en vigor la reforma monetaria, hasta el periodo agudo de la Revolución, puede decirse que sólo en una ocasión tuvo el Gobierno que intervenir de manera marcada para sostener el valor de nuestra moneda en los mercados del exterior, y fue directamente la crisis mundial de 1907. En opinión de no pocos peritos extranjeros la manera con que salió México de esa difícil prueba fue acertada y airosa."
(214)

A grandes rasgos, éste fue el programa económico del porfiriato. El desarrollo de la industria, el comercio, la agricultura y la minería iban a estar determinados casi en su totalidad, por los inversionistas extranjeros; por lo tanto, este tema será tratado en el apartado sobre relaciones económicas con el exterior del próximo capítulo.

213. Ibid, pp.58-59

214. Ibid, p.59

CAPITULO 4

LOS CIENTIFICOS Y LA POLITICA EXTERIOR DEL PORFIRIATO

A partir del conocimiento de la realidad internacional en la que se desarrolló el gobierno de Porfirio Díaz y del proyecto que lo guió, es posible saber en que sentido orientó la política exterior.

En el capítulo I, se vio cómo el capitalismo se encontraba en su fase superior, es decir, imperialista. En esta época el dominio ejercido por los países desarrollados pasó del período de expansión territorial al de expansión económica y, en estas circunstancias, fue que la inserción de México al sistema capitalista internacional presentó modalidades diferentes a las que hasta entonces había tenido.

En el capítulo anterior se analizó el pensamiento del grupo científico sobre el proyecto nacional económico, político y social de acuerdo con el cual gobernó Porfirio Díaz. Se habla de proyecto nacional en la medida en que el porfiriato fue el primer régimen que tuvo un programa a seguir llevado cabalmente a la práctica y que se basó en una filosofía específica que fue el positivismo; sin embargo, no se le puede considerar nacional porque como se ha visto, era cien por ciento excluyente.

Los miembros del grupo científico basándose en su percepción de la realidad internacional y en su concepción de proyecto nacional analizan en algunas de sus obras a la política exterior del porfiriato. En la mayoría de los casos aprueban la política del

dictador y apoyan en la prensa y en sus discursos las acciones tomadas por los diversos ministros de Relaciones, entre los cuales destaca Ignacio Mariscal por haber ocupado este cargo de 1891 hasta 1910.

La importancia de la política exterior en este periodo es muy grande porque fue el instrumento mediante el cual se realizó uno de los dos planteamientos fundamentales del proyecto de los científicos. En México según la visión de los positivistas, no existía el capital suficiente para poder iniciar el progreso económico. Para ellos, era indispensable recurrir al capital extranjero por todos los medios posibles: los empréstitos de gobierno a gobierno, las concesiones para la construcción de infraestructura y la inversión directa en la industria, la minería, etc.

A la llegada de Díaz al poder, las relaciones de México con los Estados Unidos y con Europa no podían ser peores. En los Estados Unidos existía desconfianza en la estabilidad política del país pues las constantes guerras, sobre todo la guerra civil que prácticamente acababa de terminar, habían acarreado inseguridad, deterioro económico y político. El resentimiento europeo había encontrado una razón más en la muerte de Maximiliano para desconfiar de cualquier gobierno que pudiera surgir después de este acontecimiento. Aunado a lo anterior las deudas mexicanas contraídas con bancos norteamericanos y europeos no se habían podido cubrir porque la situación económica no lo hacía posible.

El primer paso del dictador y de su gobierno fue tratar de recuperar la confianza de las potencias extranjeras para que sus

capitales fluyeran hacia nuestro país con la seguridad de que las ganancias serian grandes y de que no habria ningún obstáculo para su reproducción. En este sentido, el orden fue la base en la que se sustentó el progreso; habia que garantizar a los inversionistas extranjeros que la paz era un hecho, que los disturbios y los levantamientos eran ya cosa del pasado y que no habia ningún otro país en el que pudieran confiar más que en México. Por lo tanto la primera acción tomada por la Secretaria de Relaciones Exteriores fue la de promover en el exterior la imagen de un país que se encontraba en paz y que gozaba de estabilidad.

Los positivistas del porfiriato tenían la certeza de que el progreso mexicano debía basarse en el capital extranjero, sin ver en esto una traición a la patria. Simplemente era una necesidad que se imponia y a la que habia que atender.

Durante el porfiriato y hasta nuestros días, esta concepción de los científicos sobre el desarrollo material del país ha sido muy criticada. Se les acusa de haber entregado a México al imperialismo extranjero. Se ha señalado en diversos estudios que se le abrió la puerta de la nación indiscriminadamente a todo el que trajera capital sin exigir a cambio ningún beneficio para la población.

Más adelante se analizará este punto con más detalle ya que, a pesar de que efectivamente durante el Porfiriato, la inversión extranjera se convierte en uno de los pilares básicos del Porfiriato, es necesario ubicar en sus justos términos la forma en que se concebía el papel que debía cumplir la inversión extranjera y, sobre todo, la percepción acerca de la necesidad de promover el

su fortaleza. En esta idea se ubica la importancia del conocimiento de la percepción del grupo científico de la realidad internacional.

Saber cómo veían los científicos a los Estados Unidos es fundamental por dos razones; nuestra vecindad geográfica y el monto de su participación en la economía nacional. Por otra parte Europa representó en este tiempo una forma de contrarrestar el peso de la influencia norteamericana; los ideólogos del porfiriato tenían la certeza de que el poder de nuestro vecino del norte era muy grande y crecería cada vez más haciéndose necesaria la búsqueda de una diversificación en el origen de las inversiones extranjeras. Finalmente América Latina era considerada como una región con la que por naturaleza México debía identificarse; las relaciones con "nuestros hermanos" no pasaron de ser diplomáticas, aunque no por esto dejaron de ser importantes.

A partir de lo anterior los filósofos positivistas estuvieron en condiciones de opinar sobre lo que debería ser nuestra relación con el exterior. Establecieron una correlación directa entre la política interna y la política externa, fundamento en el cual se basarían las acciones diplomáticas y económicas.

4.1. PERCEPCION DE LOS POSITIVISTAS DE LA REALIDAD INTERNACIONAL.

Justo Sierra es el miembro del grupo científico (216) que analiza con mas claridad los acontecimientos internacionales de la

216. Francisco Bulnes también toca con frecuencia este tema, analiza los acontecimientos que se suscitan en otros países, no con

época; por lo tanto su pensamiento predominará en esta parte del trabajo.

En general los científicos tienen una idea más o menos clara del periodo histórico que les tocó vivir. Sabían que los métodos de dominación de las potencias extranjeras estaban cambiando. La preocupación por la posibilidad de una agresión militar era cada día más remota (por lo menos durante el gobierno de Díaz se redujo considerablemente el riesgo de una confrontación armada, aunque después volviera a surgir); lo que había que controlar era la intervención económica y la desmedida ambición del capital extranjero.

Los intelectuales porfiristas afirman con frecuencia que el liberalismo había triunfado en todo el "mundo civilizado"; pensaban que tarde o temprano el capitalismo terminaría por extenderse hacia todos los países. Hombres cultos, conocían las diversas corrientes filosóficas, políticas y económicas que surgían en otras partes, principalmente en Europa; leían, analizaban y criticaban las obras de los intelectuales de la época, se adherían en ocasiones a algunas formas de pensamiento y desdeñaban tajantemente otras. Este fue el caso de la filosofía marxista; si el positivismo comtiano respondía a la necesidad de justificar el poder en manos de la burguesía, cómo podían estar de acuerdo con una filosofía que buscaba un orden en el que el poder debía estar en manos de las clases populares:

la profundidad de Justo Sierra, y casi siempre para hacer referencias a algún acontecimiento al interior del país.

"Con ese armamento conservador, el mundo ya constituido en sociedades, se ha defendido diez mil años, contra los apetitos, ilusiones y odios del proletariado. El triunfo del liberalismo, apenas si tiene un siglo, y ya el mundo esta en crisis de parecer con toda su civilización; y las clases populares, quejándose de los horrores de la libertad se encuentran proximos a aniquilar a las clases superiores, bastante idiotas para haberse desarmado, y armado a las inmensas, cuyo ideal debia ser destruir lo grande, aplanar lo alto, afejar lo bello, enmugrecer lo luminoso y perseguir la libertad, hasta no hacer del hombre una abeja criminal al borde de su fosa, que deberá ser la de toda la humanidad." (217).

Sobre este mismo tema, Justo Sierra coincide con Bulnes en su desdén hacia el socialismo, y opina lo mismo sobre el absolutismo. Piensa que sólo el liberalismo refleja la evolución "normal" de la humanidad:

"No es dudosa la respuesta. El socialismo es una desviación del sentido moral causado por la pobreza y por el sufrimiento; el absolutismo es también otra desviación del sentido moral causada por la ignorancia. Ambos sistemas indican el estado enfermizo en diversas fracciones de nuestra especie. Las ideas liberales provienen del desarrollo normal y espontáneo de la conciencia humana. (218)

Ademas de tener una notable capacidad de análisis de las circunstancias que prevalecían en el mundo, Sierra se destaca por su capacidad de prever los acontecimientos que se derivarían de tales circunstancias. Al hablar del liberalismo y de los nuevos mecanismos que éste adquiría, afirma que orillaría a una lucha por el poder que iba a terminar con las alianzas que se estaban

217. Francisco Bulnes, El Verdadero Diaz y la Revolución, Op.Cit., p.80

218. Justo Sierra, Europa en 1873, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p.372

formando en Europa en ese tiempo, desencadenando finalmente una guerra, la Primera Guerra Mundial:

"Pero un liberalismo nuevo se dibuja en el horizonte y, o muchos nos equivocamos, o este disputará el poder al unionismo actual después de la guerra, cuando después de la victoria final se haga la liquidación y resulte más doloroso, más costoso y más inseguro el triunfo [que] muchas derrotas juntas" (219)

Este miembro del grupo científico, dada su formación positivista, afirma que la paz es uno de los bienes supremos a los que debe aspirar la humanidad, pero consideraba que las guerras eran necesarias en ocasiones para que, por selección natural, se eliminaran los elementos retardatarios de todo proceso de civilización. Sin embargo, creía que la paz y la guerra no habían sido las mismas a lo largo de la historia del hombre; para él, el temor general que se deriva de una paz armada, puede ser el fundamento de la paz entre "pueblos civilizados":

"Por supuesto, no soy tan poco profesor de historia que niegue la nobleza suprema de la guerra, en ciertos momentos, ni sus inmensos servicios para realizar la selección, la civilización; no. Pero se que, resto y denuncia del origen animal de la horda humana, pasó de ser una necesidad, a ser un estado permanente y luego un estado intermitente y después un temor general. Sé que todo avance humano ha sido una lucha; pero sé que desde la lucha por comerse los unos a los otros hasta la lucha por conservar la paz interior en las naciones, la guerra si no se ha transformado en paz normal, si se ha transformado en paz armada y la paz armada es por razones económicas el preámbulo de la paz entre pueblos civilizados. (220)

219. Justo Sierra, El Exterior, Obras Completas, Op.Cit., Tomo VII, p.284

220. Ibid, p.105

4.1.1. IMPERIALISMO

México sufrió desde su independencia todo tipo de agresiones por parte de las potencias colonialistas. Primero España se negaba a aceptar que había perdido una de sus más importantes colonias; después los norteamericanos buscaron por todos los medios extender su territorio a costa del nuestro (y lo lograron aún por medio de las armas); finalmente, algunos gobiernos europeos, sobre todo el de Napoleón III de Francia, quisieron imponer un gobierno imperial encabezado por Maximiliano, intento que la inteligencia y tenacidad juarista hizo fracasar.

En la segunda mitad del siglo XIX se gestaba en el mundo una nueva forma de dominio capitalista basado en la influencia económica. Los ideólogos del porfiriato estaban concientes de este fenómeno. Justo Sierra, basándose en opiniones emitidas por un grupo de pensadores ingleses de ese tiempo, sabe que el imperialismo económico llegaría a predominar en gran parte del mundo:

"Pero los liberales imperialistas, en qué se distinguen de los otros? Rosebery [integrante de un nuevo grupo de pensadores ingleses] ha encontrado la fórmula: imperialismo pacífico; no somos imperialistas de la conquista, de la anexión indefinida por la guerra, no queremos un aislamiento soberbio en medio del océano de odio del mundo (...), lo que deseamos, añadiría, es formar de Inglaterra y la inmensa masa colonial que posee, un cuerpo compacto, una federación compuesta de Estados en diversos grados de autonomía, que vayan ascendiendo hasta la libertad completa sin romper los lazos federales. Difícil es el caso, ya lo vimos en otra ocasión, por la contraposición completa de intereses; pero un imperio político económico, liberal,

parlamentario, es un ideal más realizabile que el "imperio militar" con que algunos sueñan (221).

El colonialismo tradicional era ya anacrónico; para Sierra, era un error imperdonable que los países poderosos pretendieran seguir dominando a otros pueblos civilizados haciendo uso de la fuerza. Para Sierra el imperialismo económico no era una agresión contra los países menos desarrollados en la medida en que las potencias, buscando satisfacer un interés impostergable de sus economías, se asimilaran al grupo sometido. Esta asimilación se daría por la acción de los capitales externos en las economías de los pueblos receptores:

"Un pueblo que quiere mantener sobre otro pueblo civilizado, es decir, y llamarnos así a los que tienen la plena conciencia de sí mismos, una dominación exclusivamente fundada sobre la fuerza, se equivoca indefectiblemente; es preciso que trate de asimilarse al grupo sometido, si quiere fundar una obra duradera, y no hay asimilación en donde un profundo interés no la impulsa." (222)

Según este científico, el imperialismo derivaría en una "aspérrima competencia" en la que las potencias de la civilización, es decir, Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania principalmente, lucharía por asegurar "mercados obligatorios para sus industrias pluriónicas y sus comercios". De lo anterior se deduce que los países dominados se convertirían en campos de batalla "pacíficos", en objetos de las ambiciones de las economías fuertes; pero esta lucha que no sería librada con las armas, no permanecería así por mucho tiempo; derivaría en la violencia, hasta

221. Ibid, p.285

222. Ibid, p.384

que no quedaran perfectamente repartidas las zonas de influencia de las potencias por lo que "...de todo ello", pronosticaba Sierra "surgirá un primer cuarto de siglo XX preñado de amenazas" (223).

Se daría, en este sentido, un nuevo fenómeno internacional. Los países con poder económico se unirían para explotar y dominar a los que no lo tenían, creando un "imperio sindicado universal" bajo la batuta de los Estados Unidos:

"El gran fenómeno internacional del siglo XX no va a ser una federación entre las naciones, eso será en el siglo XXV, sino un sindicato entre las naciones fuertes para explotar a las que no lo son. Este trust lo van a iniciar los Estados Unidos; va a ser el imperio sindicado universal" (224)

4.1.2. ESTADOS UNIDOS

Los Estados Unidos y todo lo que ocurra en su interior, ha sido siempre de gran importancia para México, dada la frontera que ambos países comparten; de tal suerte que casi todo acontecimiento que se de en el país vecino repercute de alguna u otra forma en nuestro país. Históricamente, la relación México-Estados Unidos ha estado caracterizada por el conflicto constante, -a pesar de que siempre se ha tratado de afirmar lo contrario-; ha sido una lucha entre las ambiciones norteamericanas y la voluntad de independencia mexicana aunque ello en ocasiones sea más un discurso ideológico que una realidad. El porfiriato no fue la excepción; aunque se pretendía una "amistad" permanente, el conflicto con los

223. Ibid, p.15

224. Ibid, p.277

norteamericanos estuvo presente a lo largo de toda la dictadura. Porfirio Díaz no entregó nuestro país al imperio del norte; por el contrario, él y los positivistas estaban conscientes del peligro que significaban los Estados Unidos, y buscaron por varios medios contrarrestar su poder (apoyo a los inversionistas nacionales y la diversificación del origen de las inversiones extranjeras), además de que en ningún momento el gobierno norteamericano recibió el apoyo y la aprobación incondicional a sus actos, por parte del gobierno mexicano:

"Para ellos, los ideólogos porfiristas, la gran pesadilla de la historia nacional vuelve a ser la agresiva y voraz política expansionista de los Estados Unidos; primero es el peligro de una invasión que pueden provocar los desórdenes fronterizos a que dan lugar incursiones de bandidos y de indios salvajes, y que aviva la prensa adicta a los círculos sureños derrotados en la Guerra de Secesión; luego, la aproximación económica norteamericana, llevada sobre las ruedas de los ferrocarriles que se abren paso hacia la frontera, y que amenaza con hacer de México una extensión del desarrollo económico del suroeste de los Estados Unidos, y en fin, la penetración intensiva del capital norteamericano en el país." (225)

Efectivamente, México corría un riesgo muy grande al permitir la penetración intensiva del capital norteamericano, y los positivistas estaban conscientes de ello; pero era un riesgo que se tenía que correr. Se ha visto que los ideólogos del porfiriato no concebían otra forma de crecimiento más que la impulsada por el capital extranjero y, precisamente el progreso material haría al país lo suficientemente fuerte para resistir los ataques (no precisamente militares) del extranjero. México, según los

225. Arnaldo Córdova, Op.Cit , pp.79-80

científicos, no perdería su independencia si el dictador conservaba el poder, si se favorecía la competencia de las potencias extranjeras. En nuestro país, bajo el juego del libre mercado y si se educaba a los mexicanos para que en el futuro "rescataran" al país de la dependencia hacia el extranjero:

"Los porfiristas no conciben otra forma de resistencia al extranjero que el crecimiento material del país, al que, piensan ellos, coadyuvará la misma inversión que provenga del exterior. Para esto, es necesario, en primer lugar, mantener el gobierno personal; en segundo lugar, favorecer la competencia entre las mismas naciones capitalistas, a fin de que ninguna logre un predominio absoluto sobre la economía mexicana, y entre ellas, en la libre lucha del mercado, se equilibren y permitan así un considerable margen de acción al gobierno personal; y, en tercer lugar, una educación nueva en los mexicanos, aprovechando la presencia extranjera y la expansión del mercado nacional, que los convierta en hombres nuevos, interesados en los negocios y en la riqueza, hombres de empresa, hombres modernos, capitalistas. Este tipo de nuevo mexicano sabrá un día rescatar al país por medio de su trabajo y de su iniciativa" (226)

Los científicos vieron siempre con recelo a los norteamericanos. Se puede decir que no confiaban en ellos, sabían de sus intenciones y trataban de encontrar la "solución" favorable para México. Por ejemplo, Justo Sierra señala constantemente que México será blanco de las ambiciones de los Estados Unidos mientras su progreso material no lo fortalezca definitivamente:

"Por causas históricas, económicas y mercantiles, que sería fuera de propósito referir, estamos, mientras no lleguemos a ser fuertes por la población, por la industria y por la paz, destinados a ser el blanco, no sólo de los delirios de codicia de algunas legiones de piratas que viven en el seno de la unión americana, sino

del deseo de la gran mayoría de los que verían en el ensanche del territorio americano del sur un acrecentamiento colosal de riqueza, y por consiguiente de población, y por ende de influencia política en los futuros destinos de la República que soñaron primero explotar y que osaron luego dividir" (227)

Una clara muestra del desagrado, e incluso desprecio, con el que los científicos veían a los norteamericanos, es la opinión emitida por Emilio Rabasa sobre nuestros vecinos cuando critica su ignorancia y su poco interés por todo lo que no sean ellos mismos:

"En los Estados Unidos la ignorancia es general para todo lo que está fuera de la Unión americana. Conocedores de su propio país, pero sólo de su país, los norteamericanos no tienen ojo para compararlo y medirlo, y encerrados en la admiración de todo lo suyo, seguros de su perfección y de su infinita superioridad, condenan o desprecian todo lo que no es igual a ellos mismos. En su literatura diaria de magazine ilustrado, en su cinematógrafo, en los cuentos de los niños, el sudamericano es el tipo del desorden, de la brutalidad, de la mala fe y de la cobardía; el héroe es siempre un norteamericano que vence a la traición y al número con una hazaña de libro de caballería y pone en fuga a cien mestizos. Así, sin intención, torpemente, se hace en los Estados Unidos la propaganda del odio y del desprecio a los pueblos latinos, por medios tan eficaces que parecerían escogidos adrede."(228)

México no se escapaba de los insultos derivados de la ignorancia de los estadounidenses; nuestro país era parte de los países "inferiores" que se encontraban abajo del río Bravo. Si esta era la opinión emitida por un científico, ¿cómo podría pensarse que servía incondicionalmente a los intereses norteamericanos? No

227. Justo Sierra, Una Guerra de Frontera, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p.387

228. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., pp. 275-276

parece ser así; se puede percibir con claridad el gran resentimiento que se tenía hacia los Estados Unidos:

"La mejor parte de esto se dedica a los mexicanos, que, por vecinos, parecen más aceptables; pero como el Bravo abajo todo es uno para los proveedores de espectáculos y uno para los espectadores, el sentimiento de desdén o de repugnancia y el concepto de inferioridad se extienden a todos los países del Sur, y la idea de que deben ser sometidos por vía de educación, por el gran pueblo americano, llega a ser virtud de que se envanecen los hijos de los Estados Unidos:"(229)

Los científicos estaban conscientes de la importancia que tenía para México la evolución norteamericana. Las razones eran muchas; geográficas, económicas, políticas, etc.; el hecho es que no podía escaparse a la influencia del vecino del norte:

"Todo cuanto se refiere a las diferentes fases que va presentando la transformación de la democracia americana, inmenso trust organizado para las batallas internacionales del comercio y la industria, en un imperio conquistador y colonizador, tiene para nosotros los mexicanos gravísima importancia. No hay para que explicar esto, es verdad?" (230)

Los científicos admiraban el progreso estadounidense, querían imitarlo y consideraban que un país progresista en lo industrial, en lo agrícola, en el comercio, convenía a México como vecino. Pero un vecino que no cediera a las ambiciones de los grupos más conservadores de ese país:

"Lo que deseamos de veras los mexicanos en todo esto, es que nuestros primos [Estados Unidos] no tengan ni la oportunidad ni la necesidad de convertirse en

229. Ibid. p.276

230. Justo Sierra, El Exterior, Op.Cit., p.9

potencia guerrera; agricultores, comerciantes, industriales, estos son los vecinos que nos convienen, no los rough riders de Mr. Roosevelt." (231)

Por otra parte, en su afán por explicar las causas que hacían de México un país tan diferente respecto a los Estados Unidos, y como estas diferencias hacían tan difícil la convivencia, entre ambos países, Emilio Rabasa consideraba que el proceso de formación del Estado norteamericano fue mucho más fácil de recorrer que el de los pueblos latinoamericanos. El primero se alcanza en la realidad, y a partir de ella trata de llegar al concepto de Estado, mientras que los segundos tratan de plasmar en la realidad la vieja concepción del estado.

"El cuerpo político norteamericano se formó y subsiste por la acción de fuerzas moleculares; el de los pueblos latinos, en general, por una fuerza de presión que tiende a reunir las moléculas dispersas. Nuestros pueblos, por historia, por herencia y por educación, descansan en la vieja concepción del Estado y se derivan de esta acción abstracta que no corresponde a ninguna entidad real; en tanto que el americano, que partió de la realidad del individuo y de su rudo derecho para constituir el township, el bourg, el condado, no ha llegado, después de siglos de progreso institucional, al concepto de Estado, ni es probable que a él llegue, porque alcanzó el concepto real de la nación, que bastó para explicar todos los fenómenos políticos y para fundar todos los deberes del individuo para con el conjunto de los pueblos que liga un Gobierno." (232)

Rabasa a pesar de criticar constantemente a los Estados Unidos, reconoce el mérito de su acelerado progreso y comparándolo nuevamente con México, hace referencia a las constituciones de ambos países: la de los Estados Unidos estaba basada en la realidad

231. Ibid, p.20

232. Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, Op.Cit., p. 83

y por lo tanto el país evoluciona teniendo como marco su ley, mientras que la mexicana no reflejaba la realidad; pretendía cambiarla a través de la ley, lo cual para él era imposible; por lo tanto, el país tuvo que evolucionar al margen de la Constitución:

"La obra estaba lejos de la perfección, pero era noble. Si la porción activa de nuestro pueblo hubiese sido como el americano, tan enérgico para sostener sus derechos, como sobrio para mantenerse dentro de sus leyes, las deficiencias se habrían llenado y los defectos corregidos el solo proceso de las necesidades públicas, que obran evoluciones incontrastables, como morosas leyes naturales modifican el mundo y transforman los planetas. El pueblo americano ha consumado la completa evolución de su Gobierno dentro de su misma Constitución escrita, rígida e inmóvil, en tanto que nosotros no hemos podido modificar el sistema real que nos cabe, a pesar de todas las Constituciones inventadas para cambiarlo. Todo lo hemos esperado de la ley escrita y la ley escrita ha demostrado su incurable impotencia." (233)

Otro de los temas recurrentes en los escritos de los científicos es la doctrina Monroe, a la que consideran estrechamente relacionada al imperialismo norteamericano. Para ellos, se aparenta defender los intereses de América Latina, cuando en realidad los Estados Unidos defienden los suyos. En un principio esta doctrina fue bien recibida por los intelectuales mexicanos; sin embargo, a medida que pasó el tiempo y la supuesta defensa de la independencia americana comenzó a significar intervención, no dudaron en manifestar el desagrado que les causaba esta política. Al principio cuando el presidente Monroe dio a conocer la doctrina que lleva su nombre, las intenciones parecían buenas, señala Sierra:

"Los Estados Unidos, al mismo tiempo que Inglaterra y de un modo más explícito, habían recibido a nuestros plenipotenciarios y reconocido nuestra independencia; España y la Santa Alianza para reconquistarnos, el presidente Monroe en diciembre de 1823, había formulado en un célebre mensaje la declaración conocida con el nombre de doctrina Monroe, la que podía resumirse así: Para el gobierno de los Estados Unidos es un principio conforme a sus derechos e intereses, que la América continental no puede ser considerada como dominio propio para la colonización por una nación europea; toda tentativa europea con objeto de obtener la sumisión de alguno de los pueblos americanos que han realizado su independencia, o ejercer alguna acción sobre sus destinos, será considerada como una manifestación de hostilidad a los Estados Unidos".(234)

Sin embargo, esa "hostilidad" de la que los norteamericanos querían defender a toda América, pasó a ser parte de su política y encontraron en ella una muy buena justificación a sus actos intervencionistas. Para Justo Sierra, la interpretación "ideal" y definitiva que debía dársele era la siguiente:

"Dar a la doctrina Monroe (...) la extensión que debe tener, para convertirla en la doctrina magna del continente eterno, y en lugar de limitarla a la independencia de los americanos, respecto de los europeos, ampliarla a la independencia en términos absolutos: los pueblos americanos pactan la mutua garantía de su independencia; la independencia de las naciones es inviolable." (235)

Cuando las exigencias de los Estados Unidos se manifestaron más abiertamente, y pretendían ser las únicas que podían disponer de la riqueza y los hombres de Latinoamérica, las protestas de los científicos fueron enérgicas. Pensaban que no era posible acceder a

234. Justo Sierra, La Evolución Política del Pueblo Mexicano, Op.Cit., pp.190-191

235. Justo Sierra, El Exterior, Op.Cit., p.394

las exigencias de la potencia del norte, era francamente absurdo que pensarán que sólo ellos tenían derecho a invertir en México y tener la exclusividad de su mercado. El gobierno de Porfirio Díaz tenía todo el derecho de elegir a los países que más convinieran a la nación, para que sus capitales entraran a nuestra economía:

"Si esta doctrina no sólo quiere decir que las naciones europeas no deben tener una intervención en los asuntos políticos de las americanas, sino que las grandes obras que hay que ejecutar en los países de más acá del Bravo no pueden hacerse sin el beneplácito, mejor dicho, no pueden hacerse sino por los americanos, no podemos asentir a ella. Los americanos del norte nos tratan con este motivo como si en realidad no existiéramos o como si se nos pudiera suprimir de golpe.

También tenemos intereses, y si para desarrollar nuestra prosperidad necesitamos de obras inmensas en desproporción absoluta con la potencia de nuestros capitales, nadie nos impedirá sacar estas obras al mejor postor, y si las compañías europeas nos ofrecen condiciones más ventajosas que las americanas, darles nuestras concesiones. Lo que de los países hermanos tiene el derecho de exigir el pueblo de los Estados Unidos es que no se les ponga a los europeos, que se les abran las puertas de las empresas en los territorios hispanoamericanos y hasta que en igualdad de condiciones se les prefiera. Pero no más." (236)

Sierra reconoce que en parte, gracias a la doctrina Monroe, nuestro país se liberó de la intervención francesa, pero esto no daba derecho a los Estados Unidos para atentar en contra de la independencia mexicana. Las inversiones norteamericanas serían bien recibidas, pero no podían pedir que fueran las únicas. Este positivista defiende la soberanía nacional y el derecho de los mexicanos para elegir su destino:

236. Justo Sierra, *El Istmo de Panamá y la Doctrina Monroe*, en *Obras Completas*, Op.Cit., Tomo IV, p.396

"Así es que protestamos contra todas las declaraciones de la prensa americana que tienden a alejar los intereses europeos del suelo hispanoamericano, por otros medios que los de la lucha fecunda y noble del comercio y de la industria ofrecen, y porque no hemos aplicado nuestro dominio sobre nuestro suelo, porque tenemos una voluntad soberana en nuestras cosas interiores y porque nosotros entendemos que la fórmula más ingenua de la doctrina Monroe y que no nos excluye, es esta: América para los yankees."(237)

Sobre la amenaza de conquista por parte de los norteamericanos hacia nuestro país, Francisco Bulnes opina que ésta es totalmente falsa. La ambición de conquista de los Estados Unidos era muy clara, para los gobiernos de aquél país, esto hubiese significado mayor riqueza y mayor poder, pero para la población era otra cosa. Los obreros del país vecino se opondrían firmemente a cualquier tipo de anexión; trabajadores de otros países, acostumbrados a ganar poco y a trabajar mucho, serían una amenaza para ellos. Por lo tanto, México no estaba tan expuesto, como se pensaba, a una conquista:

"Mientras mayor población tenga México, siempre que los salarios, aun cuando lleguen a ser altos para México, sean inferiores a los de los Estados Unidos, el pueblo norteamericano que en aquellas tierras es el único que manda, verá como el más terrible de los azotes, abrir por la anexión su agricultura, su industria y hasta los empleados de la clase media, nada menos que a trece millones de mexicanos acostumbrados a poco ganar y a poco consumir. El pueblo americano aceptará la conquista siempre que haya mar de por medio y tratará de anexarse a México cuando ya no tenga el privilegio de que la familia de un obrero americano goce de mejor situación que la familia de un empleado de la clase media en las naciones latinas.

Por otra parte el día en que el jornal se eleve en México, querrá decir que México está rico, poblado y fuerte y entonces se le quitará eternamente el carácter

de fácil a la conquista y de posible a la conservación"
(238)

Como se ha podido ver en este apartado, los científicos observaban a los Estados Unidos con recelo, con resentimiento; admiraban la gran obra de su progreso político y material y veían en ellos un ejemplo; pero por esta misma razón los consideraban una amenaza para nuestra independencia. Mientras México siguiera siendo un país pobre, no tendría la posibilidad de defender su soberanía; por eso era tan necesario promover el progreso y en materia de política exterior fomentar la "amistad" de otras naciones.

4.1.3. EUROPA

Para los dos ideólogos del grupo científico, Justo Sierra y Francisco Bulnes, la importancia del conocimiento y análisis de las cuestiones europeas es clara. Justo Sierra lo dice así: "Grandes lecciones podemos sacar del estudio de lo que pasa en otros pueblos bajo nuestro punto de vista" (239). En su visión Europa era trascendente para México por muchas razones; entre las más importantes estaba la necesidad de buscar otras fuentes de capital distintas a la norteamericana, para impedir que el país cayera bajo su dominio absoluto; además, Europa y particularmente Francia, fue el modelo en el que se inspiró la ideología y la cultura del porfiriato. Aunadas a las anteriores, Justo Sierra

238. Francisco Bulnes, México y los Estados Unidos, en Páginas Escogidas, Op.Cit., pp.27-28

239. Justo Sierra, Europa 1873, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p.367

menciona otras razones por las que era necesario conocer los acontecimientos que se suscitaban:

"Desde el momento en que sonó la hora de nuestra mayor edad, no podemos dejar a los extranjeros el privilegio de juzgarnos, declarándonos incapaces de exponer a nuestros conciudadanos las múltiples cuestiones que en la sociedad europea se suceden en tropel, no tan sólo porque las distancias se acortan asombrosamente y nos aproximamos cada día a las otras naciones; no tan sólo porque estamos llamados a hacer en un porvenir no muy remoto el papel de intermediarios mercantiles en el mundo; sino también por el vivísimo interés que presenta una sociedad en la que la lenta infiltración del liberalismo americano, va causando la desagregación y la muerte de sistemas seculares o de teorías nuevas, levantadas todas sobre ficciones ingeniosas o sobre necesidades del tiempo, pasadas ya para siempre. No creemos nosotros en la caducidad definitiva de las razas; las condiciones de vida de las sociedades modernas son radicalmente distintas de las que caracterizaban a los pueblos antiguos; y si no hemos perdido los germenés disolventes que acarreaban la decrepitud y la ruina de grandes porciones de la familia humana, si tenemos en nuestro modo de ser los elementos suficientes para combatir el desarrollo de esas simientes mortales."(240)

Una razón más para relacionar el desarrollo histórico europeo con el mexicano era según Sierra, la posibilidad de atraer inmigrantes de ese continente hacia nuestro país. Las conferencias sobre la paz realizadas en Europa, y en las cuales se pugnaba por el desarme, podían significar para México la llegada de hombres y capitales :

"A nosotros nos vendría de molde el desarme; mientras más completo sea, mejor. Un millón de hombres sin trabajo en Europa significan un millón de emigrantes, y México captaría un buen hilo de esa corriente en favor de nuestra industria y nuestra agricultura. Y el alivio gigantesco que resultaría a los contribuyentes con sólo la suspensión en los armamentos, dejaría libres grandes

capitales que buscarían inversiones en los países nuevos. México haría venir una parte de esos capitales en rieles, en palacios de fierro, en turbinas, en arados:" (241)

Particularmente Francisco Bulnes y Justo Sierra, hablan de la "raza europea" como una raza superior de los hombres trabajadores, industrioses y con los conocimientos y la experiencia suficiente para multiplicar la riqueza. Ese era el tipo de hombres que, para los científicos, necesita México los cuales podrían unirse con los nacionales en la búsqueda del progreso; incluso llegan a considerar que se debía procurar la mezcla de la raza indígena con la europea para no descender de la civilización hacia peldaños inferiores. Se puede decir que el positivismo fue una filosofía racista, desde el momento en que se habla de seres superiores e inferiores, y de sociedades en las que sobreviven los más fuertes. Como nuestra raza era "inferior" había que procurar la mezcla con una raza "superior" y la más adecuada para esto era la europea; por eso Justo Sierra dice que el mestizo sería un hombre que guiaría los pasos de la nación hacia la paz y el progreso definitivos. La inmigración europea se convertía así en una cuestión extremadamente necesaria:

"Nos falta devolver la vida a la tierra, la madre de las razas fuertes que han sabido fecundarla, por medio de la irrigación; nos falta, por este medio con más seguridad que por otro alguno, atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento de nuestros grupos indígenas, si no queremos pasar del medio de civilización, en que nuestra nacionalidad ha creado, a otro medio inferior, lo que no sería una evolución, sino una regresión. Nos falta por producir un cambio completo en la mentalidad del indígena por medio de la escuela educativa. Esta, desde el punto de vista mexicano, es la obra suprema que se

241. Justo Sierra, *El Exterior*, Op.Cit, p.21

presenta a un tiempo con caracteres de urgente e ingente. Obra magna y rápida porque o ella, o la muerte." (242)

La evolución política, económica y social europea, resultaba de mucho interés para los intelectuales del porfiriato. Desde aquel entonces parecía inminente la unificación de los países europeos, y creían que tarde o temprano este proceso se tendría que iniciar y culminar. Las naciones que integraban ese continente tenían un pasado histórico que representaba un lazo de unión muy fuerte, habían compartido ambiciones y fracasos; a pesar de que parecía haber entre ellas diferencias irreconciliables, los factores que las unían tenían un peso mucho mayor. Aun cuando muchos afirmaban que "Europa no existe":

"Algunos pesimistas niegan la existencia de Europa como entidad capaz de un designio común, a pesar de la unidad de su civilización y del tamaño de sus empresas exteriores. Geográficamente es bien insignificante ¿no es cierto? No es más que un apéndice occidental de Asia; sino que en ese apéndice de arremolinó y se afirmó, tras una sangrienta selección operada por los siglos, una porción de la humanidad que en las orillas del Mediterráneo encendió un faro, cuya luz deshizo la tiniebla del espíritu. Atenas; para tomar conciencia de sí misma la humanidad, comprimida entre el Mediterráneo y el Atlántico, entró por grupos sucesivos dentro de la irradiación de aquel lumínar incomparable. De todo esto viene lo que se llama Europa; ambicionó gobernar el mundo; pero para ello no basta la fuerza mental, es necesaria la del sentimiento, la del corazón a esa necesidad respondió el cristianismo, ese otro faro se encendió más alto, en el cielo, anhelo iluminar más, iluminar al mundo; empieza todavía. Pero esto, me diréis, es una Europa moral, discutible por cierto, y una Europa geográfica que indiscutiblemente es casi nada; pero una Europa política dónde está?" (243)

242. Justo Sierra, La Evolución Política del Pueblo Mexicano, Op.Cit., p.398

243. Justo Sierra, El Exterior, Op.Cit. p.370

El último elemento que habría de unificar definitivamente a Europa era la política, y este aspecto era, sin duda, el más difícil de solucionar. Sierra basa su análisis sobre la unidad europea en la teoría elaborada por el profesor soviético Novicow, quien sostenía que Europa había marchado irremediamente hacia la unidad a través de su tormentosa historia. En un primer momento, Roma consolidó la unificación espiritual y el Imperio Romano fue el vehículo y el agente de la unidad; después, en el siglo XIII se da un periodo llamado teocrático en el que se logra una unificación intelectual y religiosa, llegando a su apogeo cuando se adopta una misma lengua oficial, una misma religión y hasta una misma ciencia; posteriormente viene una etapa de consolidación de las nacionalidades que perdurará por mucho tiempo hasta que finalmente éstas se disuelvan para formar una sola Europa, moral y políticamente unida. (244)

Este camino hacia la unidad no era de ninguna manera fácil. Sierra se pregunta cómo deshacer las diferencias que se habían gestado a lo largo de la historia. La respuesta es sencilla, aunque no fácil de realizar. Sólo el tiempo y la voluntad lo lograrían. Este filósofo positivista decía que lo que realmente dividía a Europa era la injusticia que hacía que unos pueblos dominaran a otros; éste era el problema que se tendría que resolver, hasta que no se hicieran a un lado los intereses y las ambiciones nacionales, hasta que las potencias de Europa dejaran de someter a los países menos fuertes del mismo continente, no se concretaría esta obra:

"...la tendencia a sobreponer al derecho la fuerza, es desconsoladoramente clara. Admiro, pues, a los profesores que esperan para no muy lejos la realización, no ya de un concierto, sino de una federación entre las naciones cultas, entre las europeas cuando menos. El eminente profesor ruso Nevicow lo piensa así y su libro La Federación de Europa tiende a demostrarlo.

Tanto más notable es esto, cuanto que ya se habían familiarizado los publicistas con el famoso apotegma; "Europa no existe", Europa como entidad política es capaz de la conciencia superior de su unidad, es un mito, lo que divide a Europa, lo que la hace incapaz de federarse y de reconocer una autoridad arbitral colocada por encima de todo y de todos, es el cúmulo de injusticias permanentes que someten por la fuerza unos grupos a otros. ¿Cómo deshacer esto que es obra de la historia y de los siglos?"(245)

Los acontecimientos que se suscitaban en 1897 eran dignos de análisis. España, agobiada por la pérdida de sus últimas colonias sufría una crisis en todos los ámbitos, y ésta se hacía más aguda por las guerras sostenidas contra otros países. A propósito de la independencia de Cuba, Justo Sierra comenta:

"Ese es el cargo a los conservadores, el de imprevisión queda, principalmente, sobre los hombros de los gobiernos liberales, que no creyeron en la guerra, que no supieron apercibirse a ella, que no supieron evitarla, que entraron a ella vencidos, que parecían espantados con la idea de pues bien, ya está, todo esto concluyó, porque todos y nadie tienen la culpa porque la culpa está en la historia de España, porque con su población y sus costumbres de guerra y aventura, España no podía tener ni siquiera un pequeño imperio colonial sin agotarse, y, el imperio más grande la historia tenía que devorar a quien lo había creado. Bien pues, sáquense de esa historia cuantas lecciones contenga, piénsese en ellas; hagamos todos con ellas una base para serias y dolorosas meditaciones. Pero ahora, a vivir activa, económica y laboriosamente. España aún puede recobrar por el trabajo la fuerza perdida. (246)

Además, qué tan grave podía ser perder las colonias en América cuando se estaba dando una nueva forma de dominio por medio de la

245. Ibid, p.385

246. Ibid, p.11

intervención económica. Los negocios españoles en Latinoamérica parecían ser prósperos:

"España explotadora de sus frutos, de su capacidad agrícola multiplicada por la ciencia industrial de nuestros días, de sus minas, de sus facultades artísticas, es la España del porvenir. Y a mediados del siglo XX, a juzgar por lo que en América vemos, los españoles habrán recuperado individualmente la posesión de los territorios coloniales, hoy perdidos colectiva o nacionalmente. ¿No es cierto que computada en pesos, la propiedad territorial de los españoles en México, verbí gratia, vale más que la que tenían en vísperas de la Independencia?... Es para todos evidente que, al estallar la guerra con los Estados Unidos, el pensamiento de derriere la tete de los hombres públicos en España era este: necesitamos perder las colonias; para los politiqueros y los burócratas son una mina, es cierto, mas para la nación constituyen una pérdida seca, una bancarrota irreparable, un déficit en progresión ascendente. Es preciso perder las colonias. Y no porque este raciocinio sea cartaginés, deja de ser justo; perdámoslas, pues, con honor; perdámoslas de modo que no resulte una tragedia..." (247)

Francia era admirada por los dos ideólogos del grupo científico sobre todo por su historia y sus pensadores. Aún cuando habian existido varios conflictos entre México y esta nación, fue considerado como fuente de inspiración y conocimientos:

"Y porqué, ¿ porqué seguimos siendo fieles a esa Francia que habia vestido de luto a las madres mexicanas y apagado sus hogares? Por dos grandes cosas, por dos magnos sentimientos; porque sentiamos hondamente que Francia habia sido infiel a si misma; y porque a ella debiamos lo mejor de nuestro espiritu, y el espiritu es inmortal." (248)

247. Ibid, p.23

248. Justo Sierra, Francia en México, en Obras Completas, Op.Cit, Tomo V, p.254

Sobre este mismo punto Bulnes dice con exageración:

"Francia tiene la potencia de saber hablar y hasta sus taberneros poseen movimiento de tribunos. Cuando Francia habla enloquece a las naciones latinas, las crispa, las eriza desde su tradición hasta su porvenir, les impone el tétanos para enroscarse como caracoles en utopias o para erguirse como lenguas de fuego que sobresalen de misteriosos cráteres. Las ideas francesas son para los países latinos un zodiaco de dioses sin venganzas y sin infiernos, todos ellos ternura, gracia, sensibilidad, elocuencia y grandeza." (249)

La Revolución Francesa era una especie de parteaguas que abrió al mundo las puertas del siglo XX. Este importante hecho era suficiente para que tanto Sierra como Bulnes consideraran a éste país un ejemplo por su lucha democrática, por su patriotismo y su afán por alcanzar la libertad. Tal vez en parte se deba a esto el hecho de que se tratara de imitar a esta nación en lo superficial, ya que en lo fundamental no era posible, porque la dictadura porfirista no tenía nada que ver con la lucha política francesa por instituirse en un país libre y democrático:

"Hablamos de la Francia. La admirable Revolución con que abrió para el mundo las puertas del siglo XIX, encerraba tan profunda y espontánea fuerza vital, que en un solo día, al pie de la incansable guillotina, entre el humo de la batalla perpetua en que tuvo que disputar su vida a todas las reacciones, que en forma de ejércitos extranjeros o de conspiradores íntimos le disputaron palmo a palmo su asiento definitivo en el tiempo y el espacio, transformó tan profundamente el organismo, el alma misma del mundo nuevo, que, en su esencia, ya la Revolución no desaparecerá jamás. Gracias a esta

circunstancia, la Francia vive aún para el porvenir."
(250)

Inglaterra era la potencia fuerte que competía con los Estados Unidos por obtener poder económico mediante la explotación de los países débiles. Justo Sierra y Francisco Bulnes analizan el acontecer de éste país siempre con reserva; era una alternativa para México por ser el segundo gran inversionista en nuestro país. Igualmente ambicioso que los norteamericanos, pero con la ventaja de que nos separaba de ellos un enorme océano.

Al referirse a Alemania, Justo Sierra hace notar el peligro que su ambición sin medida podía representar para todo el continente europeo. La economía alemana era cada vez más fuerte y progresaba rápidamente. En México se dejó sentir su afán colonialista; durante el porfiriato sus inversiones fueron de considerable importancia (nunca de monto superior a las norteamericanas e inglesas); sin embargo, su principal interés expansionista se concentraba en Europa y ésto terminó por contribuir al rompimiento del equilibrio del orden continental;

"El equilibrio está roto, como tiene que suceder con todo lo que es ficticio; una teoría alemana, puesta en práctica brutalmente con un millón de bayonetas, ha venido a echar por tierra las sabias Constituciones de los Metternich y los Talleyrand. Esta teoría, la de la reconstitución de las razas, la teoría de las nacionalidades se impone hoy y pasará también. Su momentáneo triunfo decide sin embargo del modo de ser de la sociedad política en Europa. Los países democráticos se agitan intensamente, se descomponen bajo la enorme presión de una utopía que tiene a su servicio el primer ejército del mundo. El país libre por excelencia, la Inglaterra, sufre un tiempo con esta especie de falta de aire y con la lenta pero no contenable expansión de los

germenes democráticos que fomentan en su seno. En el centro de la Europa se ha abierto una vorágine; es el Imperio Alemán como un pulmón enorme que necesitara para respirar de todo el aire respirable del continente; esta potencia neumática, que intenta hacer el vacío y la muerte en su derredor, acabará por la plétora." (251)

Tal vez el futuro de Europa era la unificación, pero en ese momento la crisis política era evidente, y Sierra pensaba que seguramente terminaría por originar una guerra. La lucha política estaba caracterizada por la ambición y las fracciones. Se tendría que recorrer un largo y arduo camino de violencia y conflicto antes de llegar a hacer de los países europeos una sola voluntad y un sólo destino. Una cosa era clara: Europa se transformaba radicalmente:

"Las crisis políticas se suceden en todas partes, y ve poco el que crea que no revelan éstas sino las intrigas de las facciones o la avidez de los ambiciosos. Entran sin duda estos dos elementos en la composición de los acontecimientos; pero hombres y partidos se hacen en todo esto, y sin comprenderlo quizá, instrumentos de una fuerza latente que los impulsa, de una gran corriente social que va minando los últimos estribos del orden antiguo, y que acabará con la transformación radical del Viejo Mundo." (252)

4.1.4. AMERICA LATINA

Justo Sierra veía en América Latina una región con la que México se podía identificar. Históricamente nuestro pasado era similar, además de tener el mismo idioma y religión; estos elementos parecían suficientes para unir a la parte latina del

251. Justo Sierra, El Mundo a vista de Pájaro, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p.382
252. Ibid, pp.379-380

continente. Sin embargo, con frecuencia era criticada la política y la economía de los países latinoamericanos, y se les comparaba con México en sentido negativo, es decir, por ser "compañeros de desgracia". Francisco Bulnes veía con desdén a los pueblos hispanos de América, por estar integrados en su mayoría, por razas inferiores, sin cultura y porque sus clases "superiores civilizadas" parecían incapaces de llevar a sus países hacia el orden y el progreso. Francisco Bulnes decía que "lo único que hay verdaderamente maravilloso en la América Latina son las mentiras" (253); parecía que esta parte del continente construía su historia sin cimientos, no había en sus hombres la fuerza necesaria para cimentar el futuro de pueblos civilizados. Bulnes dice: "en la América Latina, la mayoría de las naciones contienen masas salvajes, masas bárbaras, masas semibárbaras y clases superiores civilizadas." (254)

La conquista española había originado una especie de incapacidad en sus excolonias para avanzar, aún después de la independencia. No podían llegar a desenvolverse de forma espontánea:

"En los pueblos de América, que no tienen un desenvolvimiento espontáneo, sino que fueron influidos por otros de historia más adelantada y se vieron sujetos a una forma de gobierno anómala no producto de su propia evolución, el movimiento de avance sufrió perturbaciones que aún persisten, después de haberlos hecho romper la marcha regular de los pueblos tipos de Europa." (255)

253. Francisco Bulnes, Pensamientos, en Páginas Escogidas, Op.Cit., p.162

254. Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., p. 75

255. Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, Op.Cit., p.133

Aún más, la colonización de nuestros pueblos los había hecho indiferentes, tímidos y expuesto al autoritarismo militar:

"Una paz absoluta de tres siglos, desfibró a todo un pueblo y lo dejó exento de virilidad (...). Las campañas de independencia, dotaron de virilidad a los que habían tomado parte en ellos, y esa minoría de enérgicos se encontró, por ley biológica, soberana de sus compatriotas tímidos y estupefactos ante lo que no conocía; la heroicidad falsa o verdadera. Un país donde los valientes dominan, es un semi-cementerio social. (...) Para que la clase de los valientes hubiera podido imponerse al país a perpetuidad, como clase gobernante, debió haber sido propietaria y de alma feudal. Un tumulto de valientes, es idéntico en sus efectos políticos de anarquía a un tumulto de cobardes. Sólo lo organizado es fuerte y un ejército proletario y plebeyo muy poco resistente a la desorganización. Es cierto que en la mayor parte de la América Latina, no precisamente los valientes, sino los militares, aun cuando hayan sido algunos de ellos cobardes, su sable ha sido el título irreprochable para que desempeñen el envidiado cargo presidencial. Pero no es siempre lo mismo ser presidente que ser gobierno; hay presidentes gobernantes que son dictadores, son todos súbditos, y los presidentes que son dictadores, son todos súbditos de una o varias fracciones." (256)

Esto sucedía porque según Bulnes los pueblos latinos cuando quedan libres son "como un canario fuera de la jaula"; irremediablemente "se vuelve a meter en ella buscando el alpiste y pidiendo cualquier yugo consolador y balsámico para su miedo de marchar, oír, pensar, hablar, trabajar libremente" (257). Lo cierto es que a raíz de las independencias se había iniciado un largo período de anarquía, que no llevaba a estos pueblos hacia la libertad:

256. Francisco Bulnes, Op.Cit, pp.13-14

257. Francisco Bulnes, Pesamientos, en Páginas Escogidas, Op.Cit., p.162

"Aun no sale Sudamérica del periodo anárquico, resultado del sistema español, que fue todo lo contrario de una preparación a la libertad y de las tremendas dificultades del problema económico, dos premisas que han hecho de la política o arte de vivir del presupuesto, la sólo industria nacional explotable por los grupos oligárquicos que se disputan el poder. Las noticias que de nuestros hermanos latinos tenemos, desconsuela y comprimen el corazón, pero nos vemos, vemos nuestra suerte actual, nuestras esperanzas, nuestro pasado, y nos desesperamos:" (258)

Para salir de esta depresión política y económica, originada también por falta de preparación en estas áreas, se necesitaba un enorme convencimiento de que el futuro de la región podía ser brillante. A pesar de todo, la marcha era lenta pero segura. Finalmente todos los países latinoamericanos, con trabajo y esfuerzo, llegarían a subirse al "carro de la civilización":

"Las repúblicas latinoamericanas, hermanas nuestras, van saliendo difícilmente del estado de equilibrio inestable que nuestra falta de preparación en la práctica de las instituciones libres nos colocó en el periodo subsecuente a la lucha de emancipación. Visto en su aspecto inferior todo ello, parece responder a estos móviles; deseo de los hispanoamericanos de gozar de las rentas públicas (empleos, contratos, granjerías) sin la terrible competencia de los peninsulares; después disputa de la presea entre los criollos que disponían del ejército y el clero, y los mestizos, que carecían de privilegios, tanto en el orden social como en el político. Victoria de éstos; empeño de los vencedores en enganchar "el carro" de la patria en el tren express de la civilización: colisiones, descarrilamientos, siniestros, retardos, (...) más, en suma, marcha el tren... (259)

258. Justo Sierra, El Exterior, Op.Cit., p.218

259. Ibid, p.139

Si América Latina, tenía como única verdad la mentira -como lo decía Bulnes-, ésto no era por maldad, por una corrupción innata en sus pueblos: pensar que así era, sería una injusticia según Justo Sierra. Las dificultades eran muchas y muy grandes y ésta era la razón por la que la situación se hacía más grave, no por la incapacidad racial. Cómo se podía pedir a nuestros países que recorrieran en un mínimo de tiempo lo que a Europa le había llevado siglos:

"Pero no todo lo que en el orden ideal es bueno, en el orden real es práctico, y de aquí tantos contrasentidos, tantas incompatibilidades entre las teorías y lo posible, tanta mentira escrita, tanta falta de libertad en los hechos, tantas ideas muertas, tantas necesidades vivas y tamañas dificultades para ajustar y empalmar todo esto y para que todas estas antinomias y luchas se sumen en un poco de progreso y de vida. Cuando por todo ello se censura a los latinos de América, cuando se les quiere escatimar el tiempo para resolver definitivamente problemas que en otras partes se han resuelto a medias en siglos y siglos de civilización y orden, y se quiere atribuir todo esto a imposibilidades radicales de la raza para llegar a donde aspiran, se comete una suprema injusticia. Lo que no quiere decir que no sintamos un movimiento de impaciencia." (260)

Otros de los aspectos interesantes que trata Justo Sierra en sus escritos, es el referente a la unidad latinoamericana. Si bien consideraba que en Europa una futura unificación era inminente, en América latina no era así; aunque habían muchos elementos de unión, no se menciona la posibilidad de una "federación latina". Algunos pretendían que España fuera el centro de una posible unidad latina, pero este país no tenía las cualidades que requería esta labor.

"Pero si el anglosajonismo busca el modo de hacer efectiva una asociación inmensa fuera de América, algunos creen poder contraponerle una federación latina. A pesar de las muestras de mutua y cordial y debida simpatía entra España y las repúblicas sudamericanas, esta plataforma no podrá ser un hecho en largos años. Para ser España el núcleo de un imperio latino, en el sentido bueno de la palabra (imperio sin vasallos), necesitaría volver a ser, y esto le va siendo muy difícil." (261)

El proceso de unificación latina, si es que se daba algún día, sería por una transformación profunda de las leyes naturales. Después de todo, los latinoamericanos se encontraban en aquél entonces trabajando por la constitución de un supremo tribunal de arbitrajes, y Europa se encontraba aún muy lejos de formar una federación:

"... el fenómeno de la federación futura se deberá a la realización de indecibles leyes de la naturaleza, y que las leyes biológicas y hasta las mecánicas, están conjuradas en esta obra lenta y segura de solidaridad y sociabilidad. Otros biólogos sostendrán que la lucha y la selección son la ley verdadera, y que si una federación parece vislumbrarse en el horizonte, ésta es la federación del miedo mutuo... Los americanos somos más felices que los europeos; estamos más cerca, no de formar una federación, pero si una liga de paz intercontinental firmada por la constitución de un supremo tribunal de arbitraje."(262)

Se habían dado grandes pasos en favor del entendimiento hispano; los Congresos Panamericanos eran una muestra de ello. En México se celebró uno de estos congresos en 1900 y sus objetivos fueron los siguientes:

261. Ibid, p.285

262. Ibid, p.387

"Blood is thicker than water", han dicho los anglosajones que creen que la voz de la sangre los llama a la unión y a la alianza, a pesar del océano que los divide; la sangre pesa más que el agua, dicen los iberoamericanos que promueven con incansable actividad la reunión de un congreso que tienda a apretar los aflojados lazos entre los latinos de ambos mundos. No pueden ser más interesantes los capítulos del programa de debates de esa reunión; las relaciones económicas y sociales de España con Portugal y con las naciones hispanoamericanas, estudio de los medios a propósito para formar una gran corriente de opinión capaz de obligar a los gobiernos de esos Estados a concluir una alianza estrecha y a recurrir al arbitraje en todas las diferencias que pueden surgir entre ellas, medios de extender las relaciones entre los pueblos iberoamericanos; estudio de los tratados que haya que concluir o modificar para llegar a la solución de los problemas económicos; organización en América y en España de exposiciones permanentes hispanoamericanas de productos de toda especie en que el consumidor y el productor puedan entenderse directamente; fundación en Madrid de una academia de ciencias y artes y establecimiento de otras análogas en América; creación en España de un banco hispanoamericano, con sucursales en Portugal y en los Estados hispanoamericanos." (263)

Las relaciones entre las naciones hispanoamericanas no pasaron del nivel de la buena voluntad; en ese momento lo único que unía a México con el resto de Latinoamérica era la sangre, pero no había ningún tipo de interés material que uniera a estos países, y seguramente por eso no se trabajó realmente sobre la unificación. Sierra consideraba que los elementos externos que impulsarían nuestro desarrollo económico no estaban en el sur del país, sino al norte y del otro lado del Atlántico. Todo quedó en palabras y buenas intenciones; escasamente se mencionan objetivos concretos para realizar la unidad:

"Darse cuenta de esta solidaridad histórica, demostrar con sólo el hecho de hablar y de entenderse

que, si no hay una raza latina (ese es un absurdo científico), si hay una comunión latina, buscar al través de lo que nos diferencia y separa, lo que nos liga y nos une, para consolidarlo y reforzarlo; ver, bajo el aspecto de la educación, tanto como bajo el económico y el mercantil, el problema; desechar los proyectos y alianzas internacionales que nos quitarían toda libertad de acción y nos darían el aspecto de una confederación armada para otro combate que el del trabajo y del progreso, tales serían el propósito y la labor de una reunión del género de la que deseáramos ver realizada hoy o mañana, en Madrid o en México o en París. La preferiríamos aquí, quisiéramos que fuese preparada lentamente y convocada para 1910, en el centenario de nuestra independencia. No viviríamos muchos, qué importa nuestra vida de un día al lado de la eterna vida de la patria? "(264)

Lo que debía hacerse en la parte latina de nuestro continente era trabajar en la conservación de su autonomía; no permitir que costumbres ajenas a nuestra cultura nos dominaran como consecuencia de la penetración económica. En este sentido, los lazos de unión entre nuestros pueblos debían fortalecerse:

"La América Latina debe conservar no sólo su autonomía política, sino la autonomía de su civilización y de sus costumbres, que aspira a corregir de sus excesos, pero que acepta y guarda como buenas y como parte integrante de su personalidad íntima. Con su tendencia al idealismo, su sentido del arte, su extensión del amor en el hogar, en la patria y en la gran familia dentro y fuera del Continente, tiene su lugar propio y su destino en el mundo. Ni ella ni el mundo tendrían nada que ganar con la difusión del espíritu anglosajón (que ya abarca dos quintos de la tierra), envuelto en sus frías costumbres, sobre pueblos al sur del trópico. La influencia política de la Unión americana los despojaría de la dominación completa y definitiva." (265)

264. Ibid, p.348

265. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., pp. 277-278

México compartía el riesgo de ser absorbido por los Estados Unidos con el resto de las naciones de América Latina. Rabasa menciona la importancia que tendría la unidad de los hispanos frente a la amenaza norteamericana, solo en esto podían encontrar fuerza:

"México, por su posición geográfica, tiene el puesto de peligro y es motivo inmediato de fricciones y querellas; pero la causa es común a todos los pueblos latinos de América; los riesgos de México amenazan al Continente y su suerte será la suerte de la raza latina en América, roto el principio de autonomía para la nación vecina, los Estados Unidos no pueden respetarlo en ninguna, y roto quedará hasta el Cabo de Hornos; la Creación y la Historia encadenaron a las naciones latinas del Nuevo Mundo; más aun, las encajaron en una armadura rígida que podría darles fuerza de unidad, pero que, rota en un punto, producirá la catástrofe de todas." (266)

4.2. EL PENSAMIENTO DE LOS CIENTIFICOS SOBRE LA POLITICA EXTERIOR DEL PORFIRIATO

Uno de los aspectos más interesantes de la política de la dictadura de Porfirio Díaz, fue sin duda la política exterior. Esta era considerada como un instrumento para alcanzar el progreso, una forma de mostrar independencia frente a las potencias imperialistas y de expresar solidaridad a nuestros vecinos latinoamericanos.

En el ámbito internacional, Porfirio Díaz quiso también dividir y vencer. Sabía que mientras las potencias se disputaban el mercado mexicano, nuestro país sería el más beneficiado; no admitiría el dominio de ningún país, porque unos a otros se lo

impedirían mutuamente sin que el gobierno mexicano tuviera que intervenir; además, la competencia propiciaba mayores inversiones para México.

Es innegable que uno de los aspectos que con mayor vehemencia se ha criticado de la administración del general Díaz, es la forma en que se relacionó económicamente con las potencias imperialistas. En efecto, la entrada de capitales a nuestro país respondió a una necesidad externa, pero que coincidía con la tarea de progreso material que se había propuesto Porfirio Díaz.

Justo Sierra, consideró que el dictador era muy hábil y que supo aprovechar a favor de México, la circunstancia que se vivía a nivel internacional. Si los inversionistas de los países capitalistas desarrollados necesitaban forzosamente sacar su dinero a otros países menos desarrollados, y México necesitaba urgentemente capitales para iniciar su progreso económico, porqué no debía haber aceptado Don Porfirio la inversión extranjera:

"La obra innegable de la administración actual por severamente que se juzgue, no consiste en haber hecho el cambio, que acaso un conjunto de fenómenos exteriores hacían forzoso y fatal, sino en haberlo aprovechado admirablemente y haberlo facilitado concienzudamente. En esta obra nada ha sido más fecundo para el país -y la historia lo consignará en bronce- que la íntima colaboración de los inquebrantables propósitos del presidente y de las convicciones y aptitudes singulares del que en la gestión de la finanzas mexicanas representa los anhelos por aplicar a la administración de los procedimientos de la ciencia." (267)

Por otra parte, las relaciones diplomáticas con el exterior, no han sido nunca de mucho interés para los críticos de la dictadura, probablemente porque en ellas se ve cómo el gobierno hacia de sus relaciones diplomáticas una forma de desafiar el poder de las potencias, especialmente, Estados Unidos. La administración porfirista apoyó en repetidas ocasiones a los adversarios de los norteamericanos, y tomó otra serie de medidas que, como se verá más adelante, sabían de antemano que disgustarían al país vecino.

Es interesante ver cómo se da una correlación directa entre el proyecto del porfiriato a nivel interno y la política exterior; la segunda fue la vía para concretar el primero. El orden, la conciliación y la sociedad jerárquica fueron elementos que formaron parte esencial del proyecto político del dictador y además de buscar incrementar con ellos su poder frente a los nacionales y los extranjeros, pretendía facilitar la entrada de inversiones al país.

Estos tres elementos: la relación entre la política interna y la política externa, las relaciones económicas con las potencias imperialistas, y las relaciones diplomáticas con todos los países "civilizados" del mundo serán la materia de análisis en este último apartado.

4.2.1 RELACION ENTRE LA POLITICA INTERNA Y LA POLITICA EXTERIOR.

Justo Sierra considera que el elemento exterior es una parte importantísima de la evolución social mexicana porque ha influido de manera determinante en su progreso. Para el México asimiló y

aprovechó lo que le llegó del extranjero, dando por resultado un México más fuerte, capaz desde ese momento en adelante de decidir su futuro, de encaminar sus pasos hacia el progreso constante y definitivo. Para Sierra, el desarrollo alcanzado no era suficiente, aunque no dejaba de ser grande en comparación con el de las etapas anteriores; aún comparándolo con el progreso de los Estados Unidos, el de nuestro país era considerable. Sierra veía como punto de referencia a los norteamericanos y se podía ver que el progreso mexicano ya no era insignificante:

"Existe, lo repetimos, una evolución social mexicana; nuestro progreso, compuesto de elementos exteriores revela al análisis, una reacción del elemento social sobre esos elementos para asimilárselos, para aprovecharlos en desenvolvimiento e intensidad de vida. Así nuestra personalidad nacional, al ponerse en relación directa con el mundo, se ha fortificado, ha crecido. Esa evolución es incipiente sin duda: en comparación de nuestro estado anterior al último tercio del pasado siglo, el camino recorrido es inmenso; y aún en comparación del camino recorrido en el mismo lapso por nuestros vecinos, y ese debe ser virilmente nuestro punto de mira y referencia perpetua, sin ilusiones, que serían mortales, pero son desalientos, que serían cobardes, nuestro progreso ha dejado de ser insignificante." (268)

Se ha visto ya la enorme importancia que dan los científicos a la paz, que constituyó un elemento esencial en la vida internacional mexicana. Sierra dice que la paz fue lo que dio personalidad internacional al país. La paz había dado al capital extranjero seguridad y, por lo tanto, había colaborado en la labor del progreso. Para lograrla fue indispensable la presencia de un hombre con voluntad, con capacidad de unificar los intereses de las

clases poderosas; el mérito de haber sido este hombre, dice Sierra, correspondió al general Díaz:

"No había resultado de aquella honda y sangrienta conmoción más que una situación nueva; pero esta situación nueva era una transformación; era el advenimiento normal del capital extranjero a la explotación de las riquezas amortizadas del país; y era esta no huelga decirlo aquí, en última de las tres grandes desamortizaciones de nuestra historia; la de la Independencia, que dio vida a nuestra personalidad nacional; la de la Reforma, que dio vida a nuestra personalidad social, y la de la paz, que dio vida a nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total, para realizar las últimas que dio todo su valor a las anteriores, hubimos de necesitar, lo repetimos siempre, como todos los pueblos en horas de las crisis supremas, como los pueblos de Cromwell y Napoleón, es cierto, pero también como los pueblos de Washington y Lincoln y de Bismarck, de Cavour y de Juárez, un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmutase en impulso normal; ese hombre fue el presidente Díaz." (269)

La obra de la paz no sólo había dado presencia a México en el círculo de las naciones progresistas, sino que, como consecuencia de ella, se había transformado notablemente el país al interior. La situación que se vivía en el Porfiriato era casi nueva, nunca había existido un orden tan constante desde la independencia y lo mejor de todo era que aparejado a la paz se experimentaba el progreso; progreso que permitió más tarde el desarrollo de una industria nacional. Esto era, según Justo Sierra una muestra clara de que el país "evolucionaba":

"Pero si comparamos la situación de México precisamente en el instante en que se abrió el paréntesis de su evolución política y el momento actual, habrá que convenir, y en esto nos anticipamos con firme seguridad

al fallo de nuestros postreros, en que la transformación ha sido sorprendente. Sólo para los que hemos presenciado los sucesos y hemos sido testigos del cambio, tiene esto todo su valor: las páginas del gran libro que hoy cerramos lo demuestran copiosamente: eran un ensueño, -al que los más optimistas asignaban un siglo para pasar a la realidad-, una paz de diez a veinte años; la muestra lleva largo un cuarto de siglo; era un ensueño cubrir al país con un sistema ferroviario que uniera los puertos y el centro con el interior y lo ligara con el mundo que sirviera de surco infinito de fierro en donde arrojado como simiente el capital extraño, produjese mieses óptimas de riqueza propia; era un ensueño la aparición de una industria nacional en condiciones de crecimiento rápido, y todo se mueve, y todo está en marcha y México; su evolución social se ha escrito para demostrarlo así, y queda demostrado." (270)

Emilio Rabasa afirmaba, en forma por demás optimista, y hasta ingenua que la sociedad internacional se transformaba haciendo que existiera una "solidaridad humana" cada vez mayor. Como consecuencia de esta solidaridad, México había sido aceptado como miembro digno de esta sociedad de países. Las comunicaciones nos habían acercado al resto del mundo (aunque algunos pueblos consideraban aún que la raza mexicana no estaba capacitada para la independencia). La única forma de hacer ver al mundo que a México podía considerársele un país respetable era en cumplimiento de la ley, el fortalecimiento del gobierno institucional y el orden interior:

"Mientras tanto, las condiciones de la vida internacional han cambiado en el mundo al influjo del acercamiento de todos los pueblos y del cosmopolitismo de todos los países, la solidaridad humana progresa día con día, y cada nación tiene ya una responsabilidad de su conducta ante los pueblos civilizados, que son espectadores constantes de sus actos. Ya no nos aíslan, como antaño, los mares y los desiertos; nuestras conmociones se sienten, molestas y dañosas, en los países

de cultura occidental; y ellos, que no han de entrar en el estudio minucioso y delicado de las causas que las producen, llegan a la conclusión, cada día más firme, de nuestra incapacidad de raza para la vida autónoma. La única manera de hacernos respetables por el cumplimiento de nuestras leyes, por el afianzamiento del Gobierno institucional, por el establecimiento inmutable del orden y de la paz interior. Esta es la obra que reclama imperiosamente el verdadero patriotismo." (271)

Otro elemento de gran trascendencia que relacionaba a la política interna con la externa, era la unidad nacional. Justo Sierra afirma con insistencia que nuestro país correría peligro de desaparecer, mientras no se lograra la unificación. La historia de México hizo ver a los liberales primero, y después a los positivistas, que la unidad nacional era una necesidad impostergable. La pérdida de Texas fue el ejemplo más palpable de que si no se trabajaba en la unificación del país, éste sería siempre vulnerable a las ambiciones del exterior:

"La unidad nacional, a la que se oponía la gran extensión del territorio, las malas vías de comunicación, el atraso intelectual, la falta de Prensa, la pobreza del comercio, se palpó en la guerra del 47, a la que no concurrieron todos los Estados. No hay que decir cuándo comenzó a iniciarse la unidad, porque ésta se forma en la vida común que afecta con sus malas y buenas fortunas a todos los pueblos que integran una nación; es decir, se forma con la historia; de suerte que los comienzos de nuestra unidad están aún antes de la guerra de independencia. Sin embargo, lo que sí puede decirse son los motivos que principalmente la han servido y apresurado; una idea, la de la Reforma, que se propagó en todo el país y dio una causa común para la guerra de intervención, en que cada Estado contribuyó a la defensa nacional y peleó también en su propio territorio; un gobierno, el del general Díaz, que por su larga duración por la época de prosperidad mundial que aprovechó por la energía uniforme de su acción que mantuvo la quietud de sus pueblos, hizo sentir en todos los Estados, con el desarrollo de la riqueza las ventajas de la solidaridad

nacional, sin la que habrían sido imposibles las obras de mejoramiento que se mostraron por todas partes." (272)

El proceso de unificación nacional se había dado a lo largo de la historia, pero no se había logrado completarlo, sino hasta que la necesidad imperiosa de defender al país de la potencia del norte, aceleró este proceso y se continuó a lo largo del gobierno de Díaz hasta lograr terminarlo. El logro de la unidad nacional estaba estrechamente relacionado con el progreso económico; uno dependía del otro.

Justo Sierra consideraba que para que nuestra nación pudiera defenderse del exterior, era necesaria una centralización de la autoridad, era necesario un elemento que unificara a la población que, para ellos sería el dictador:

"Así vista la cuestión, es natural pedir para un pueblo por sus elementos heterogéneos y aislados está en pésimas condiciones de vida, la vigorización de un centro que sirva para aumentar la fuerza de cohesión, porque de lo contrario la incoherencia se pronunciará cada día más y el organismo no se integrará y esta sociedad será un aborto. Precisamente porque necesitamos tener muy robustos órganos de defensa exterior, es por lo que necesitamos fortificar y consolidar el centro de autoridad; ¿cómo puede explicarse una defensa exterior suficiente sin un cuerpo bien y vigorosamente organizado y unificado? La historia está ahí para demostrarnos que todo pueblo que ha vivido bajo la presión de un amago exterior, necesita una fuerte concentración de la autoridad social." (273)

México tenía como vecina a la nación que se perfilaba como la más poderosa del mundo. Ante este hecho, el único elemento que

272. Ibid, p.244

273. Justo Sierra, Positivismo Político, en Obras Completas, Tomo IV, Op.Cit., p.239

podría servir como defensa, era la unidad. Si no se trabajaba por alcanzarla, México corría el riesgo de desaparecer como nación independiente:

"Y México, al lado de una nación absorbente, y prodigiosamente fuerte, ¿cómo se arma? ¿en dónde esta su defensa? Dios lo sabe. Trabajemos pues, en este gran negocio de la union política, porque es nuestro interés; porque ya las revoluciones no valen la pena ni para los hambrientos, ni para los explotadores de carne humana. Nos dijeron al nacer a la vida independiente que éramos un país riquísimo; con este prestigio empezamos a vivir de nuestro crédito; pero llegaron las discordias civiles y matamos la gallina de los huevos de oro. Hoy, todo lo tenemos que rehacer a fuerza de energia viril, a fuerza de trabajo. Si no sacudimos nuestra apatía, vamos a desaparecer; y esta desaparición será consignada en la historia como un episodio de gran drama de la selección natural." (274)

La unidad nacional debía darse en dos planos: en el político implicaba la centralización del poder en el Ejecutivo; en el económico, implicaba el progreso. El progreso era necesario en todos los órdenes; el logro de la unidad nacional significaba consolidar un mercado nacional unido por medios de comunicación modernos. Finalmente en el plano internacional, significaba la posibilidad de defensa frente a los ataques del exterior, que si bien era menos posible que fueran armados no dejaban de ser un riesgo; aún cuando las agresiones fueran más sutiles, era mejor que encontrar un país unido:

"El peligro exterior hacia necesario al dictador (no se imaginó ni por un momento que sucediera exactamente lo contrario), y si este no quedaba provisto del inmenso poder que requería su tarea, México se disolvería

irremisiblemente como nación y sería fácil presa de los monstruosos intereses que presionaban sobre sus fronteras; sería de nuevo tan sólo tierra de conquista y, al poco tiempo patria perdida definitivamente por los mexicanos. La dictadura haría la paz y el orden anteriores que nos permitieran tratar con el extranjero en pie de igualdad: era una ilusión (...) pero no quedaba otro camino que la ilusión de la libertad si México era una nación débil. Por un lado, se reconoce la realidad, dura y brutal, como es, por otro se alimenta una esperanza casi infantil en que sobre la fuerza llegarán a prevalecer el derecho y la justicia." (275)

4.2.2. RELACIONES ECONOMICAS

Está por demás señalar que en las relaciones exteriores del gobierno de Porfirio Díaz, predominó el elemento económico; aunque la parte oficial de esta política se refiere con mucha más frecuencia a las relaciones diplomáticas.

Al iniciarse el primer período presidencial del general Díaz la situación interna era muy grave; sin embargo, a partir de la entrada de capitales extranjeros las cosas comenzaron a cambiar. La obra de la paz se estaba concretando y esto daba poder y confiabilidad al gobierno. La situación de "orden" que se vivía en el país se promovió en el exterior por medio de la diplomacia, de tal suerte que comenzaron a entrar capitales de las potencias imperialistas. Los inversionistas extranjeros llegaban motivados por la creciente seguridad y estabilidad del gobierno mexicano; los que habían llegado antes del régimen de Díaz y que notaban el cambio, sirvieron también para promover la bonanza porfirista entre

los que antes desconfiaban o que ni siquiera se les había ocurrido invertir en este país.

Las inversiones en medios de transporte ocuparon un lugar especial en el marco de las inversiones extranjeras directas. Concretamente, el gobierno otorgaba concesiones para la construcción de ferrocarriles, para el tendido de cables telegráficos o para la construcción de puertos, a las compañías de otros países que así lo solicitaran. No es que sólo se dieran concesiones en este ramo a los extranjeros, es que, como es de suponerse, aquí no había nadie con la experiencia ni con el capital para hacerlo.

Además, Justo Sierra consideraba que, en parte, gracias a la inversión extranjera, se dio otro fenómeno favorable para México: la unidad nacional. La unidad nacional estaba estrechamente relacionada con la existencia de un mercado nacional y éste se comenzó a formar gracias a las comunicaciones:

"Como por ensalmo, los ánimos comenzaron a serenarse, los capitales a entrar en circulación y la solvencia del erario y el pago casi siempre regular del ejército de empleados, que constituye importantísimo elemento social y mercantil, dieron cohesión creciente al poder. Este estado de cosas se reflejó en el exterior; los intereses extranjeros aquí radicados, ejercieron su fuerza de atracción sobre los que fuera de aquí estaban en conexión con ellos, y el gran problema de las vías de comunicación tuvo un principio de solución al organizarse definitivamente los trabajos que iban a unir con un gran ferrocarril la capital, no sólo política sino mercantil de la República, con el principal de nuestros puertos:"
(276)

Las relaciones económicas con el exterior, no fueron organizadas ni diseñadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores; aún más, se puede decir que no tenían nada que ver, en tanto no se generara algún conflicto de repercusión diplomática. El ministerio que se encargó de las relaciones económicas de México con otros países fue el de Hacienda; incluso en esa época había una fuerte discusión sobre la ingerencia de esta Secretaría en las demás, sobre todo durante el tiempo en que Limantour estuvo a cargo de ella. Esta intervención tenía una explicación muy lógica: el porfirismo era el primer régimen que se relacionaba de forma tan intensa con el exterior en el plano económico; para la mayoría de las personas que participaban en el gobierno ésto era nuevo, porque desde la Independencia no se había dado un periodo tan largo de relaciones económicas "pacíficas" con las potencias; es evidente que cuando este fenómeno se comenzó a dar, muchos no aceptaban que el aspecto administrativo era tal vez el único que podía tener repercusiones sobre todos los demás.

"Fue motivo de alabanzas, pero más frecuentemente de censuras, la participación tomada por la Secretaría de Hacienda en asuntos que eran del resorte de las otras Secretarías de Estado; y si tomó esa participación fue porque pocas, muy pocas, son relativamente las materias de que se ocupa todo Gobierno, que no tengan como consecuencia, un gasto, una responsabilidad del erario, o una conexión más o menos íntima con los problemas económicos cuyo estudio está a cargo de la propia Secretaría. Sobre el modo de entender esa conexión, los pareceres varían, y como es natural, los encargados de un ramo de Administración, sea natural, sea cual fuere éste, tienden a no admitir ingerencias ajenas en el examen y despacho de los negocios de su propio ramo. Así se explica la abundancia de críticas en contra de dichas ingerencias. Por otra parte, el que cuenta entre sus deberes fundamentales el de cuidar de la nivelación de los gastos con recursos, y la conservación del crédito de

la Nación, no puede permanecer indiferente respecto al monto y a la aplicación de ciertas erogaciones;..(277)

El primer problema al que buscó solución el gobierno de Díaz, y que se refiere a las relaciones económicas con el exterior, fue el arreglo de la deuda. Este problema era un obstáculo para la obra del progreso; si no se cumplían las obligaciones contraídas con los bancos extranjeros, estos últimos no tendrían la confianza y por lo tanto tampoco la voluntad de financiar parte del desarrollo material mexicano. Justo Sierra, en un discurso en la Cámara de Diputados en el que se discute el problema de la deuda inglesa (1884) y el arreglo propuesto por el gobierno, explica la necesidad de pagar y conciliar firmando un convenio; porque de no hacerlo, no se podía llevar a cabo las obras materiales que, en este caso, Inglaterra financiaría:

"No señores diputados: la cuestión para nosotros presentada con toda sencillez es ésta: se trata de restablecer el crédito nacional. Generalmente se ha escuchado, cuando en nuestro país se han discutido las cuestiones relativas a su porvenir, esta frase repetida a capitales extranjeros para explotar nuestras riquezas. Y yo, pregunto a la Cámara, ¿conseguiríamos este objeto, reprobando el convenio que se consulta? Indudablemente que no; al contrario, tendríamos que prescindir de él, porque reprobando este convenio, precisamente cerramos las puertas a la venida del capital extranjero. No se crea que este es un simple recurso oratorio, ni un falso argumento para poder impresionar a la asamblea; es una verdad, un hecho evidente, es un hecho positivo y demostrado por lo que pasa en nuestro país actualmente:" (278)

277. José Y. Limantour, Apuntes Sobre Mi Vida Pública, Op.Cit., p.73

278. Justo Sierra, La Deuda Inglesa, en Obras Completas, Tomo V, Op.Cit., p.105

Para Francisco Bulnes la labor del Ministerio de Hacienda respecto al arreglo de la deuda, fue excelente; sobre todo porque, según ellos, no comprometió a la nación, fue honrado y las operaciones fueron ventajosas:

"Las grandes operaciones de crédito del señor Limantour, fueron; la conversión de los títulos de todos los empréstitos, en una sola deuda, 5%, pagadera en oro en Londres. La operación fue muy ventajosa para México y se verificó sin concesiones, sin corretajes, sin gratificaciones, sin robos, de la manera más limpia, adquiriendo el señor Limantour gran prestigio ante la banca extranjera, por la habilidad, incorruptibilidad, tacto y patriotismo, que había mostrado sin pliegue de humana flaqueza." (279)

La situación de la deuda no era fácil, el problema era muy grave y de acuerdo con Bulnes, la solución no pudo ser más ventajosa para México; este "final feliz" no significó que el proceso para llegar a él fuera igualmente feliz. El gobierno de Díaz se comprometió a pagar las deudas contraídas con los frutos que las mismas generaran; en pocas palabras, el pago de los empréstitos que el país necesitaba estaría respaldado por ganancias que aún ni siquiera estaban en posibilidad de producirse. El trabajo, la industria, el comercio, eran una promesa, o un "pasivo" como dice Sierra; y sobre la base de los ferrocarriles ya construidos aunado a la personalidad de Díaz, se contaban con elementos suficientes para que el capital extranjero no desconfiara más e invirtiera en México:

279. Francisco Bulnes. El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., pp.118-119

"En la enorme bancarrota política de ochenta y cuatro, el pasivo era abrumador: había que rehacer nuestro crédito en el exterior, sin el cual no habríamos podido encontrar las sumas necesarias para llevar a cabo las grandes obras del porvenir, haciendo recaer la obligación principal sobre el porvenir así favorecido, y esa obra parecía imposible vista la impopularidad ciega del reconocimiento de la deuda inglesa, clave de ese crédito, había que rehacer la desorganizada Hacienda y era preciso comenzar por una suspensión parcial de pagos; había que prestigiar la justicia, que imponer el respeto a la ley, que deshacer ciertas vagas coaliciones de los gobiernos locales, señal segura de debilidad morbosa en la autoridad del centro; había que dar garantías serias, tangibles, constantes al trabajo en su forma industrial agrícola, mercantil... tal era el pasivo. En su activo contaba la nueva administración con los grandes ferrocarriles hechos y con el nombre del general Díaz." (280)

A Emilio Rabasa cuando habla de esto, parece no importarle el costo que tuvo al haber decidido no suspender los pagos al extranjero e imponer una serie de sacrificios a la población; para él fueron medidas transitorias y los resultados las justificaron:

"La necesidad imponía y la opinión pública aconsejaba la suspensión de pagos en el exterior; pero el nuevo Ministro se abstuvo de recurrir a este medio que destruía el porvenir del crédito y apeló a sacrificios, a medidas transitorias inmediatas de economía; suprimió empleos en gran número, redujo sueldos, activo la vigilancia en las recaudaciones, extremó rigores, y con una eficacia que nunca se había visto, dio a la organización de todos los ramos de hacienda, orden, método y moralidad, que se tradujeron en rendimientos efectivos fiscales." (281)

280. Justo Sierra, La Evolución Política del Pueblo Mexicano, Op.Cit., p.393

281. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p.116

La construcción de la infraestructura económica, se realizó en su totalidad con capital extranjero; en este ámbito se destacan los ferrocarriles, que además de ser el símbolo del progreso porfirista, fueron un punto de conflicto entre los europeos y los norteamericanos ya que ambos se disputaron las concesiones para su construcción. En un primer momento fueron los inversionistas de los Estados Unidos los que iniciaron esta tarea. Justo Sierra explica porqué:

"Nunca la paz ha revestido con mayor claridad, que al día siguiente del triunfo de la revuelta tuxtepecana, el carácter de una primordial necesidad nacional. He aquí porqué el desenvolvimiento industrial de los Estados Unidos, era ya colosal hace veinticinco años, exigía como condición obligatoria el desenvolvimiento concomitante de la industria ferroviaria, a riesgo de paralizarse. El go ahead americano no consentiría esto, y por aquí, entraba necesariamente el cálculo de los empresarios de los grandes sistemas de comunicación que se habían acercado a nuestras fronteras, completarios en México, que, desde el punto de vista de las comunicaciones, era considerado como formando una región sola con el suroeste de los Estados Unidos. El resultado financiero de este englobamiento de nuestro país a la inmensa red férrea americana, se confiaba a la esperanza de dominar industrialmente nuestros mercados." (282)

La expansión de los ferrocarriles más allá de sus fronteras era para los Estados Unidos una necesidad, su desarrollo así lo exigía; además era una forma de penetrar al mercado mexicano. Por lo tanto se puede decir que en este ámbito se conjuntaron los intereses del capital de ambos países. No se puede afirmar, como se ha dicho en repetidas ocasiones, que el gobierno de Díaz haya sido forzado a aceptar las inversiones de los norteamericanos ni tampoco

282. Justo Sierra, La Evolución Política del Pueblo Mexicano, Op. Cit., p.388

las de los europeos en materia de construcción de ferrocarriles; se ha visto que la construcción de infraestructura en transportes era parte del "progreso"; era visto como una necesidad porque el gobierno de Díaz, de acuerdo con el positivismo, tenía la firme convicción de que era indispensable para el país.

Para Sierra, Porfirio Díaz, tenía dos opciones; o se dejaba llevar por las ambiciones norteamericanas, o consentía en que entraran pacíficamente las inversiones, con la posibilidad de controlarlas. Díaz escogió el segundo camino y los norteamericanos aprovecharon la estabilidad mexicana lo mismo que el gobierno mexicano aprovechó su necesidad de extenderse fuera de su territorio en materia de construcción ferrocarrilera, de tal suerte que, para Justo Sierra, se trataba de un dominio por parte de los norteamericanos sobre el futuro del desarrollo económico mexicano:

"Esta ingente necesidad norteamericana [construir vías férreas] podía satisfacerse o declarando ingobernable e impacificable al país y penetrando en él en son de protección para realizar las miras de los ferrocarrilistas o pacífica y normalmente si se llegaba a adquirir la convicción de que existía en México un gobierno con quien tratar y contratar, cuya acción pudiera hacerse sentir en forma de garantía al trabajador y a la empresa en el país entero y cuya viabilidad fuera bastante a empeñar la palabra de varias generaciones. La guerra civil era, pues, desde aquel momento, no sólo un grave, el más grave los males nacionales, sino un peligro, el mayor y más inmediato de los peligros internacionales. El señor Lerdo trató de conjurarlo acudiendo a la concurrencia del capital europeo; era inútil, fue inútil; el capital europeo sólo vendría a México en largos años endosado a la empresa americana. La virtud política del presidente Díaz consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestra historia y nuestras condiciones sociales nos pondrían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora yanquee y partir rumbo al porvenir, en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la política y la acción del gobierno mexicano, para que así

fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y para hacernos respetar y para mantener nuestra nacionalidad íntegra y realizar el progreso."(283)

A los ojos de Justo Sierra la actitud del dictador en este caso no pudo ser más patriótica ni más digna. Tanto el gobierno como sus ideólogos estaban conscientes del peligro que representaba nuestra vecindad con los norteamericanos y por eso este asunto se convertía en cuestión de seguridad nacional. Ante la constante amenaza de la penetración económica de los Estados Unidos, Díaz prefirió aceptarla, pero conservando siempre la capacidad de controlarla. Este científico aplaude la audacia del presidente por permitir la entrada de los ferrocarriles norteamericanos en un momento en el que parecía que iba a acarrear una inevitable servidumbre hacia ese gobierno y justamente cuando México se encontraba en una situación económica muy precaria.

"...la primitiva resolución del caudillo revolucionario [Porfirio Díaz] en el asunto de los ferrocarriles internacionales fuere pronta, fue segura, nos desnaturalizó luego, fue el primer día lo que ahora es; y se necesitaba por cierto sobreponerse a la angustia del porvenir con ánimo inmensamente audaz y sereno y tener inquebrantable fe en el destino de la patria y pedir con singular energía moral una fuente de fuerza y de grandeza a lo que parecía el camino obligado de nuestra servidumbre económica, para haber abierto nuestras fronteras al riel y a la industria americana, ¡ Y en qué momentos! Uno de los invencibles temores del señor Lerdo, y justificado y racional a fe, era el semillero de peligrosísimos conflictos con los Estados Unidos que acaso surgirían del compromiso de pagar subvenciones que el estado de nuestro erario jamás podría cumplir. El señor Díaz, fiando la seguridad de evitar esos conflictos precisamente a la transformación económica, por ende financiera, que el país sufriría a consecuencia de la realización de los ferrocarriles proyectados, se atrevió a contraer obligaciones

nacionales que importaban muchos millones de pesos, en momentos en que nuestro erario estaba exhausto..." (284)

Si para los positivistas la conducta del gobierno en materia ferrocarrilera había sido nacionalista e inteligente, lo era aún más cuando se nacionalizaron los ferrocarriles que estaban en manos de inversionistas norteamericanos y europeos. Pocos años antes de que la Revolución diera fin al régimen porfirista, el Ministro de Hacienda José Yves Limantour, con habilidad extraordinaria compró para México las principales vías férreas que se habían construido en el país. El Ministro de Hacienda afirma que después de analizar la dependencia hacia los capitales extranjeros generada por las vías de comunicación pertenecientes a éstos, no había otro camino más honrado y más patriótico para el gobierno que nacionalizar este importante medio de comunicación. Los inversionistas norteamericanos querían hacer de los ferrocarriles un monopolio y la Secretaría de Hacienda no se los permitió:

"Otra fuente de discusiones en materia de ferrocarriles es la larga serie de grandes operaciones que emprendió la Secretaría de Hacienda con el fin de adquirir para la nación las principales arterias del país y otras líneas antes controladas y dirigidas todas ellas por personas y empresas extranjeras, operaciones que salvaron al propio tiempo una buena parte de dichas empresas de una quiebra segura, que habría desacreditado a México como país propicio para la inversión de capitales..."

Impelida, como ya se sabe, por la necesidad de poner al país a cubierto de una combinación ideada por los magnates americanos ferrocarrileros para fusionar en una sola empresa nuestras principales líneas, la Secretaría de Hacienda formó el proyecto de quitar de las manos extranjeras en que se hallaba, la propiedad y la explotación de dichas líneas, haciendo la concentración en condiciones tales, que, sin que el Gobierno, que en

general es mal administrador, manejara los ferrocarriles, adquiriera sin embargo un predominio sobre todo ese sistema de líneas, asegurándose así para siempre, la independencia económica de la Republica, una mejor distribución de vias férreas en el territorio nacional, grandes beneficios en el servicio de transportes y por fin la verdadera nacionalización de las empresas." (285)

Más adelante, sobre este mismo punto, añade Limantour:

"El primer y mayor escollo que se presentó para la realización de ese atrevido plan fue la falta de recursos suficientes para acometerlo, pues sólo el "control" de las empresas interesadas valía centenares de millones de pesos. El único medio posible era el de utilizar la rivalidad que existían entre las mismas empresas y así fue como después de haber estudiado a fondo la situación de todas ellas y averiguando la situación de las personas que las dirigían, el que estas líneas escribe comprendió que la clave de toda combinación residía en el ferrocarril interoceánico. ¿Porqué? For la sencilla razón de que habiendo conseguido el Ferrocarril Central llevar sus líneas a Tampico, y enseñorearse del puerto para aprovechar el gran tráfico que se hace por el Golfo con todos los puertos americanos y europeos del Atlántico, el ferrocarril nacional, que carecía de conexión con el Golfo, necesitaba urgentemente adquirirla so pena de quedarse en estado de gran inferioridad respecto de su competidor el Ferrocarril Central. Construir una nueva línea entre México y Veracruz no lo hubiera permitido el gobierno, por existir ya dos que ligaban a aquel puerto con la capital de la Republica, y unir por cualquier otro punto importante de sus líneas con la parte litoral del Golfo, hubiera exigido un capital considerable cuya inversión no sería costeable sino después de largos años. No le quedaba, por tanto, al Ferrocarril Nacional otro medio de comunicarse directamente con el Atlántico que el de asegurarse el "control" de cualquiera de los dos ferrocarriles que terminarían en Veracruz, operación que tratándose del Ferrocarril Mexicano, hubiera sido muy complicada y costosa, mientras que no sucedía lo mismo con el Ferrocarril Interoceánico." (286)

285. José Yves Limantour, Apuntes Sobre Mi Vida Pública, Op.Cit., pp.83-84

286. Ibid., pp.84-85

La nacionalización de los ferrocarriles fue motivo más de admiración hacia la labor porfirista. en general. todos los científicos aprueban la estrategia y los resultados de las acciones ejecutadas por la Secretaría de Hacienda para recuperar de manos extranjeras, lo que era un valor estratégico para el país. Bulnes coincide con las ideas anteriores, pero afirma que no fue sólo un sentimiento patriótico lo que impulsó a Limantour a encabezar esta operación, sino su interés personal porque para que el gobierno obtuviera el control de algunas de las vías férreas, intervinieron familiares suyos y también una empresa de su propiedad a los que, como es lógico, la transacción dejó jugosas ganancias. (287)

Emilio Rabasa habla con gran entusiasmo de la mal llamada "nacionalización" de los ferrocarriles (en realidad no fue nacionalización en el sentido de expropiación por parte del gobierno; la llaman así porque éste compra algunas compañías poseedoras de ferrocarriles, dejando de ser propiedad de extranjeros para pasar a ser propiedad del Estado). Señala que gracias a esta acción, México aseguró parte de su independencia:

"Sin embargo, sin esta seguridad, la nación podía ir más lejos en la previsión y en la conquista de las comunicaciones nacionales, arterias de su vitalidad; y fue tan lejos como era posible. Pocos años después, con una combinación tan hábil en la concepción, en su desenvolvimiento, fundió el sistema del Nacional y del Central, en la sola compañía de los Ferrocarriles Nacionales de México, en la cual la nación obtuvo la mayoría de las acciones; es decir, el control firme e indiscutible. La operación no causó desembolso alguno al tesoro público. No es exagerado decir que aseguró la independencia nacional contra los amagos de una opresión

extraña, en el momento preciso, quizá el único, en que la salvación era posible." (288)

Para los científicos, en cuestión ferrocarrilera, México llegaba a su etapa más gloriosa. Si muchos atacaban al gobierno argumentando una dependencia total al extranjero en materia de comunicaciones, después de la nacionalización, ya no tendría motivo para hacerlo; el gobierno del dictador demostraba con esto un sentido nacionalista, el firme deseo de evitar que nuestro país fuera dominado por las potencias imperialistas y, lo que es más importante, su capacidad para controlar la economía nacional, aún a pesar de las ambiciones extranjeras:

"Ya se ve en cuán corto tiempo los ferrocarriles habían pasado tan diversas etapas. Primero, las concesiones sin prudencia, que dieron grandes resultados y crearon situaciones difíciles; después, un período de angustias de la administración pública para sostener los compromisos que las vías en obra traían; en 1899, la ley que impuso una política de orden y prudencia para poder enfrentarse con los problemas de la red ferrocarrilera; en 1904, la influencia del Gobierno sobre un sistema completo, que conjuro las amenazas del dominio extranjero, para llegar luego al dominio del Gobierno nacional sobre toda la red ferrocarrilera del país." (289)

Justo Sierra, al hablar sobre la teoría proteccionista señalaba que esta forma de tratar de proteger a las industrias nacionales era absurda; para él, cualquier teoría, aún la liberal, debía basarse en la realidad; de no ser así no tendría sentido tratar de aplicarla porque la teoría no puede modificar la

288. Emilio Rabasa, La Evolución Histórica de México, Op.Cit., p.131

289. Ibid., p.132

realidad. La realidad mexicana de aquel tiempo mostraba una industria nacional muy escasa, insuficiente para la obra de progreso, por eso, era indispensable buscar la introducción de industrias extranjeras, es decir, no había suficientes industrias nacionales como para que el gobierno se preocupara en protegerlas. Por otra parte, la idea de un desarrollo industrial basado en capitales nacionales era inconcebible porque se necesitaba experiencia, tecnología y voluntad, elementos que no existían en los industriales del país.

Se debía permitir la libre competencia; ésta era una ley del capitalismo, y en un contexto así, no se podía garantizar la preponderancia de las industrias nacionales. Lo que se debía buscar ante todo, decía Sierra, era el interés nacional y si éste en momentos exigía una actitud proteccionista, así debía ser, pero sin exagerar. No se podía cerrar definitivamente la posibilidad de las inversiones extranjeras:

"Y tiene que ser así: no es mostrándose esclavo de una teoría absoluta, practicando la protección o el libre cambio sin tener en cuenta los acontecimientos del pasado y las eventualidades del porvenir, como un gobierno puede garantizar a la industria, al comercio o a la marina nacionales un rango superior u honroso en esta lucha de concurrencia, que en el mar y en la tierra pone a los pueblos frente a frente; en semejante materia las pretensiones del espíritu de sistema son pueriles y condenadas por la historia. Lo que importa es que la legislación se encuentre en armonía constante con los intereses actuales y que, si es necesario, sea proteccionista, teniendo siempre cuidado de abrir la puerta a las transiciones. Entonces llegan las industrias por sí solas al campo de la libre concurrencia." (290)

Sierra va más allá; opina que no debía hacerse ningún tipo de distinción entre los inversionistas extranjeros y los nacionales, mientras estuvieran en suelo mexicano y generaran ganancias aquí; no importaba mucho si venían de afuera o no. El gobierno debería proteger por igual a los industriales del país del exterior, porque si optaba por practicar una política proteccionista, las inversiones de las potencias (que eran tan necesarias), terminarían por "huir":

"Son para nosotros intereses nacionales los que están arraigados en nuestro suelo, los que lo hacen producir, los que ponen este producto en movimiento, haciéndolo entrar en la masa de la riqueza nacional. Estos son para nosotros intereses mexicanos. La razón, el buen sentido nos vedan tener en cuenta la procedencia del capital o la nacionalidad e los que lo aplican a la explotación de nuestros recursos naturales, y nos parecería, no ya un choque violento con las nociones científicas, es decir, de la experiencia, sino un acto de suprema imprevisión, desamparar a la industria que nace y crece aquí aunque la semilla sea traída de tierra extraña, para reemplazarla con elementos artificiales creados por el gobierno con el objeto de lograr la supremacía, no de unos elementos sobre otros, sino de unas personas sobre otras; esto concluiría con toda tentativa de aclimatación del capital extranjero en México, y por ende con todas nuestras esperanzas de vida. Por lo demás, ya sabemos lo que los ensayos de realización de estas teorías pseudopatrióticas traen consigo: algunas convulsiones dolorosas y estériles, y llegada la hora de la práctica, un fiasco gigantesco." (291)

Aunque Sierra habla de que no se debe tener en cuenta la procedencia de los capitales, en otros de sus escritos hace referencia a la necesidad de cuidar que los inversionistas extranjeros no fueran en mayoría de un sólo país. Ante la amenaza

291. Justo Sierra, El Señor Don Carlos Olaguible y Arista, en Obras Completas, Op.Cit., Tomo IV, p.364

norteamericana de absorber bajo su dominio a la economía mexicana, veía la necesidad de buscar la diversificación de la procedencia de los capitales extranjeros. Los miembros del grupo científico pensaban que debería existir un punto medio en esta cuestión, es decir, no podrían predominar los capitales norteamericanos, ni tampoco los europeos; de forma tal, que ninguno amenazara la soberanía mexicana:

"Pero la expresión fundamental de esas preocupaciones [las referentes a la penetración de capital norteamericano] la constituye el juego de equilibrios que los porfiristas tendían a establecer entre la penetración de capitales norteamericanos y la política de puertas abiertas al capital europeo. Sabían que la competencia se resolvería, al fin y a la postre, a favor del más fuerte, y sabían que el más fuerte era el 'coloso del norte', como lo llamaban ellos mismos; pero caminaron sobre la ilusión de que esa competencia se daría en una 'lucha fecunda y noble del comercio y de la industria' (...), que acabaría por engrandecer al país." (292)

Sierra, al hablar de un convenio sobre la deuda inglesa ante la Cámara de Diputados, explica de forma muy clara su forma de pensar respecto a la diversificación, y da razones contundentes para evitar la tutela de los estadounidenses sobre todos nuestros asuntos internos; La única forma de evitarlo era permitiendo la libre entrada de capitales europeos:

"Es verdad que se ha dicho ya en la tribuna; si los mercados europeos se nos cierran, busquemos el mercado de otro país rico de América, iremos a él a pedir los recursos que necesitamos para realizar nuestros trabajos magnos de progreso mercantil e industrial.

Quiera decir que cerrados los mercados europeos, tendremos esta ventaja que pregonaban algunos enemigos del convenio: la de traer el capital americano, más bien el capital extranjero americanizado, e invertido en las empresas que constituirán pronto el gran poder industrial en nuestro país." (293)

Se ha visto cómo el gobierno de Porfirio Díaz manejó las cuestiones económicas relacionadas con el exterior en las que aparentemente al gobierno no le había importado realmente el destino del país, sino que respondiendo a las exigencias de las potencias imperialistas, entregó al extranjero nuestro país. Aunque son muchos los que afirman lo anterior, no es totalmente cierto. Seguramente no fue un incontenible deseo de defender a su país lo que motivó al dictador a ir en contra de los intereses imperialistas, sino que defendiendo a México se defendía él mismo, protegía su inmenso poder al evitar que cayera en manos de otros; no es posible imaginar al hombre que con tanta habilidad logró sostenerse en la presidencia por tantos años, a base de astucia y fuerza, respondiendo servilmente a las potencias extranjeras.

De manera similar, los científicos defendieron la soberanía nacional; con base en la ideología positivista, sabían que la penetración extranjera no se podía eludir, pero buscaban evitar que tal penetración sometiera los intereses nacionales a los intereses extranjeros, por eso apoyaron la política de Díaz en materia ferrocarrilera, sobre todo a raíz de la nacionalización; apoyaron también la política de diversificación, y pugnaron por la defensa de los inversionistas nacionales frente a los que venían de afuera (un ejemplo claro de esto es la defensa de la clase terrateniente),

sín que esto se convirtiera en un obstáculo a la entrada de capitales.

Fue así que, los científicos dieron el sustento ideológico, también en materia de política exterior, al régimen porfirista. En el ámbito de las relaciones económicas con las potencias capitalistas, los positivistas vieron con buenos ojos todas las acciones que se encaminaron al logro del progreso; incluso cuando las llegan a criticar, no son capaces de plantear alternativas, porque saben que, en el marco del positivismo, no las había.

Tanto el gobierno, como sus ideólogos, ven en el exterior la única posibilidad de llevar a cabo el progreso. A su parecer, la política exterior sirvió con éxito para lograrlo; según su ideología, se había cumplido con la nación, pero como se veía años después, este "éxito" no sirvió para mejorar el nivel de vida de la gran mayoría de la población.

4.2.3. RELACIONES DIPLOMATICAS

En el ámbito diplomático, el primer paso que dio la administración de Porfirio Díaz, fue buscar el reconocimiento de los gobiernos de los demás países que integraban la comunidad internacional. Es lógico que los reconocimientos que más interesaba obtener a Díaz eran los de las naciones con poder económico como Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos. Para lograr este objetivo, fueron enviados agentes diplomáticos para obtener el reconocimiento de los gobiernos ya mencionados. Díaz tenía que legitimarse también a nivel internacional. Esta tarea no fue fácil.

Además de que el gobierno de Díaz había surgido de una guerra, existían razones que dificultaban que los Estados Unidos y las naciones europeas, otorgaran el reconocimiento que Díaz buscaba.

El gobierno norteamericano desconfiaba del general tuxtepecano porque había llegado a la presidencia haciendo uso de la violencia, porque no se habían cumplido las obligaciones contraídas con los bancos y con el mismo gobierno y estaban seguros de que Díaz tampoco lo haría. Aunado a lo anterior, en ese momento había serios problemas entre ambos países como consecuencia de la violación del territorio mexicano por parte del ejército del país vecino, que alegaba haber entrado durante la persecución de indios. En Europa había también desconfianza porque no se pagaban las deudas y resentimiento por la forma en que se dio fin a la Intervención Francesa. A los ojos de los científicos la tarea era en extremo difícil, pero, algunas antes, otras después, todas las naciones otorgaron su reconocimiento al régimen de Porfirio Díaz:

"Las grandes facultades administrativas del general Díaz, tan ampliamente demostradas después, no dieron por entonces los frutos que pudieron producir; sin embargo, su actividad espontánea pugnó por ejercitarse en los asuntos de la administración por encima de los estorbos de la política, a pesar de su inexperiencia y no obstante las condiciones económicas del país, poco favorables para una labor alentadora. Su gobierno no fue reconocido en muchos meses por el Gobierno americano, con quienes, antes bien, tuvo en los comienzos peligrosas fricciones con motivo del paso de tropas americanas al territorio nacional, en persecución de indios de la frontera; la labor diplomática no fue fácil para restablecer las relaciones con los países europeos; pero se vencieron los obstáculos y aún se reanudaron las relaciones con Francia, rotas desde la guerra intervencionista." (294)

Una vez obtenido el reconocimiento de los países que a México interesaban, el paso siguiente fue la apertura de embajadas o el envío de agentes diplomáticos a otros países con el fin de representar a México y mantener al presidente al tanto de lo que ahí ocurría. El caso era demostrar al mundo que el gobierno del presidente Díaz no era como los demás, que en él sí se podría confiar. La actividad diplomática realizada en este sentido, fue muy criticada, se llegó a decir que los diplomáticos se encargaron de ir a los gobiernos de las potencias como una especie de agentes de ventas, a hablar de lo bueno que era México, como producto.

El hecho de que se le haya dado mucha importancia a las relaciones diplomáticas, no significa que haya sido porque el gobierno mexicano quería "vender" al país; si éste hubiera sido el objetivo no hubiese tenido caso toda la labor diplomática que se llevó a cabo después de haber obtenido reconocimiento de las potencias extranjeras. Una clara muestra de la importancia que se daba a las relaciones con los demás países, es el rango que ocupaban dentro del presupuesto gubernamental, a esta área de la política porfirista:

"En la Secretaría de Hacienda se sostuvo siempre la idea de que más valía tener pocos empleados y bien remunerados que muchos que disfrutaban de poco sueldo. Más como la reducción del personal ocasionaba dificultades en la mayor parte de los casos, se quedaron sin realizar, o lo fueron en parte solamente, muchas de las reformas proyectadas en el sentido que acaba de indicarse. Esto sucedió especialmente con el Cuerpo Diplomático y Consular, y con el personal de la Administración de Justicia. En opinión de Hacienda podía haberse reducido fácilmente el número de Delegaciones y Consulados, imitando el ejemplo de otros países más importantes que el nuestro. No se hizo así por creer el Ministro de Relaciones, apoyado por el señor Presidente,

que tenia alguna utilidad que justificaban el gasto esas Delegaciones y Consulados cuya supresión se consultaba." (295)

Es notable la forma en que México aumento, durante el porfiriato, la cantidad de países con los que estableció relaciones diplomáticas. A lo largo del primer periodo presidencial de Díaz, la situación cambio radicalmente; después de que el inicio la situación era muy mala, antes de entregar el gobierno a Manuel González, Díaz podia decir que habia logrado entablar relaciones con muchos países. Al hablar sobre politica exterior en el informe de abril de 1877, el Presidente dice:

"Nuestras relaciones con la potencias amigas se hayan transitoriamente en el estado anormal propio de las circunstancias y natural, tratandose de un país que como el nuestro, acaba de experimentar, aunque sin alterar su forma de Gobierno un sacudimiento politico. Lejos, sin embargo, de que ningun suceso haya venido a perturbar la buena armonia que reina entre el Gobierno y los Ministros y Agentes diplomaticos extranjeros, me complace en manifestar que ellos no han cesado de dar testimonio de amistad al Gobierno, manteniendo con él las relaciones que los negocios han hecho necesarias; y aunque ellas han tenido hasta hoy un carácter extraoficial, esto no ha impedido que en esa forma se traten aun asuntos por su naturaleza oficiales. For lo demás, se ha tenido cuidado de comunicar a los representantes de las potencias extranjeras los principales actos de la Administración, para el debido conocimiento de sus Gobiernos; sus nacionales han recibido la sincera y eficaz protección de las autoridades, a la justificada indicación que han hecho de necesitarla, y todo hace esperar, que tributando homenaje a los buenos principios del derecho internacional, las naciones amigas reconocerán, dentro de breve plazo, al Gobierno que se ha dado el pueblo mexicano en ejercicio de su independencia y soberania. Puedo no obstante aseguraros que una impaciencia injustificable que tantas veces ha comprometido la honra

de los intereses de la República, no me hará olvidar las lecciones que nos tiene dadas la experiencia." (296)

La visión oficial de las relaciones exteriores en ese momento, no permite ver la real gravedad de la situación. Sin embargo, lo que sí fue muy real, fue la forma en que evolucionaron estas relaciones. En 1880, durante el último informe que dio el Presidente al finalizar ese periodo, se puede como ya se había restablecido el orden normal que deben tener las relaciones con las "potencias amigas", como las llama Díaz. México recibía con beneplácito a todos los representantes de otros países y enviaba, de igual forma, representantes para que se acreditaran en las demás naciones:

"Nuestras relaciones con las potencias amigas, subsisten en el mismo espíritu de reciproca y benévola cordialidad, cuidadosamente mantenida por los dignos representantes de esas potencias y por los agentes de México en el exterior.

"El gobierno de los Estados Unidos de América nombró un nuevo Ministro Plenipotenciario, quien, recibido en el mes de abril del presente año, se halla ejerciendo las funciones de su alta investidura. (sic)

"Acreditado el representante de Guatemala ante el Gobierno de México como Ministro de las Repúblicas del Salvador y de Honduras, ha sido recibido con este carácter, que contribuirá a estrechar más y más los lazos que nos unen a los estados que forman la América Central.

"La Confederación Argentina nombró un Consul en México, y el Ejecutivo se apresuró a expedirle el exequatur correspondiente, deseoso de manifestar su alto aprecio por un pueblo que para nosotros tiene tantos títulos de confraternidad.

"El gobierno de Su Majestad el Rey de España, por conducto de su Legación en esta capital, ha invitado al de México a tomar parte en una conferencia internacional para la adopción de acuerdos que impidan los conflictos de jurisdicción en los casos de siniestros marítimos por

296. Porfirio Díaz, México a Través de los Informes Presidenciales, La Política Exterior, México, 1976, Secretaría de la Presidencia y SRE, p.96

choques o abordajes. Esta invitación ha sido aceptada, ofreciendo nombrar oportunamente un representante que concurra a la conferencia.

Con un resultado satisfactorio, para ambos países, ha concluido la negociación para el establecimiento de relaciones entre México y Francia. Pronto dará cuenta el Ejecutivo al Senado con los pormenores y detalles de esta negociación." (297)

Se puede ver la enorme importancia que se dio en este régimen a las relaciones diplomáticas. El México de Díaz había sido elevado a la categoría de "nación civilizada", "moderna", "progresista", y como tal "debía" comportarse. México participó en convenciones, en todo tipo de reuniones de países, firmó tratados de amistad y comercio con casi todos los países con los que tenía relaciones y asistió a todas las reuniones sobre paz a las que fue invitado; además de intervenir activamente en todas las reuniones latinoamericanas.

Fueron muchas las acciones diplomáticas del gobierno del general Díaz, que molestaron a los norteamericanos. Ya se ha señalado que en las relaciones económicas con las potencias, el gobierno mexicano no fue incondicional de los intereses imperialistas; esta idea, tan generalizada, no se puede afirmar o negar en forma contundente. En el ámbito de las relaciones diplomáticas, la supuesta subordinación del gobierno de Porfirio Díaz al norteamericano, es muy dudosa; si se estudia con detenimiento este aspecto, se podrá observar una tendencia a mostrar una relativa independencia y, a veces, hasta provocación al gobierno de los Estados Unidos. Este fenómeno se da tal vez porque, si el fundamento de la política económica, en esencia, iba de
297. Ibid., p.104

acuerdo con los intereses norteamericanos, no le parecía necesario a los gobiernos de aquel país presionar a Díaz más de lo indispensable.

De cualquier forma, el porfirismo desafió al gobierno de la potencia vecina en repetidas ocasiones (298), hecho que los científicos resaltan como una de las partes más brillantes de la política exterior del porfiriato, como una muestra más del patriotismo del dictador y de su deseo de elevar a la nación al mayor rango posible, haciéndola respetable para los demás países, aun cuando estos pudieran representar un peligro por su poder militar y económico. Sobre esto, Limantour dice:

"En los Estados Unidos se fue formando desde muchos años la idea de que México debía girar dentro de la órbita de influencia americana la que acabaría por absorber todos los ramos de nuestra actividad transformando al país en una dependencia económica e intelectual de aquella poderosa entidad. No se necesitan exponer aquí con detalles las numerosas razones que dieron lugar a esa creencia, pues son bien conocidas de todo el mundo. Basta tenerlas presentes para comprender la decepción que fue causando ahí la larga serie de incidentes que demostraban, no el propósito de alejarse de sus vecinos, sino la independencia con que venía moviéndose nuestro país en sus esfuerzos para conquistar su bienestar y prosperidad." (299)

Esta serie de incidentes de los que habla Limantour, fueron más que simples desavenencias entre ambos gobiernos; baste como ejemplo mencionar que el último de ellos (el problema sobre la concesión de Bahía Magdalena, que se le había negado a los norteamericanos, quienes creyeron se le daría a los japoneses)

298. Ver: Francisco Bulnes, El Verdadero Díaz y la Revolución, Op.Cit., pp.267-288

299. José Y. Limantour, Op.Cit., pp.196-197

provocó el desplazamiento de tropas de la potencia a lo largo de la frontera que comparte con México:

"El haber recobrado la posesión de la Bahía de la Magdalena tan codiciada por ellos; las laboriosas negociaciones a que dio lugar la presa del Río Colorado; la insistencia con que defendimos los terrenos del Chamizal; la protección concedida a la persona del Presidente Zelaya para que pudiera salir de su país; nuestra oposición a celebrar tratados especiales de comercio que significaban la invasión de nuestros mercados por los productos americanos; la negativa terminante de modificar nuestra legislación comercial y bancaria en el sentido que deseaban nuestros vecinos para favorecer sus operaciones comerciales con México, destruyendo en provecho de ellos nuestro comercio con Europa, y dificultando la inversión de capitales procedente del Antiguo Continente; la resistencia a poner trabas a la inmigración japonesa en México, para evitar que los súbditos del Mikado pudieran pasar a territorio americano; la ejecución de grandes obras públicas como el Ferrocarril de Tehuantepec y sus puertos terminales, con total independencia de los intereses americanos, que desde hace más de medio siglo pretendían echar mano sobre el Istmo; la serie de operaciones que consolidaron en poder de la Compañía de los Ferrocarriles Nacionales más de la mitad de las líneas férreas del país, arrancándolas del dominio de las compañías americanas que las poseían y explotaban; todos estos actos e incidentes y otros muchos de que no es necesario hablar aquí, fueron impresionando al público americano y dando origen a un disgusto latente que aumentaba todos los días y que despertó en las masas el deseo de que se sustituyese el personal directivo de la política mexicana, que había logrado constituir un gobierno fuerte e inspirado exclusivamente en las conveniencias de su país, por otro más dócil a las indicaciones de Washington y mucho mejor dispuesto en favor de los intereses yanquis." (300)

Las relaciones diplomáticas del porfiriato respondieron a las diversas circunstancias que se vivieron en este periodo. En un primer momento, Porfirio Díaz tuvo que resolver el problema del

reconocimiento de las demás naciones; en general esta tarea no fue difícil, salvo en lo que toca a los Estados Unidos.

Era indispensable obtener el reconocimiento de las potencias por dos grandes motivos: por un lado, era necesario demostrar que el gobierno de Díaz, aún cuando surgía de una revuelta armada, era legítimo; y por otra era necesario para poder llevar a cabo el proyecto económico que, como se ha visto, se basó en gran parte en la inversión extranjera.

Las relaciones de México con los Estados Unidos no habían sido del todo satisfactorias por lo que desde la llegada del dictador al poder comenzaron los enfrentamientos. El primero surgió porque el gobierno norteamericano no quería otorgar el reconocimiento al nuevo gobierno mexicano, y como éste último no quería ceder a las presiones del primero, la obtención de tal reconocimiento se hacía cada vez más difícil. El ministro de los Estados Unidos ante el gobierno mexicano que había sido testigo del proceso que llevó a Díaz al poder, hizo notar a su gobierno la conveniencia del reconocimiento, pero éste no fue otorgado usando como pretexto los problemas fronterizos causados, según ellos, por la barbarie de los mexicanos y por la negligencia de las autoridades mexicanas, y exigían a cambio del reconocimiento una solución lógicamente favorable a sus intereses. Incluso se afirma que los norteamericanos querían provocar una guerra con nuestro país, aprovechando la confusa situación que se vivía en aquél entonces,

con el fin de obligar al nuevo presidente a vender algunos de los Estados del Norte de la República. (301)

Ante la amenaza de una guerra (no fue un secreto la ambición del vecino del norte), Porfirio Díaz motivó con su reacción el advenimiento de una solución pacífica porque estuvo dispuesto a llegar a las armas antes que verse obligado a ceder, una vez más, parte de nuestro territorio. Alberto María Carreño explica el desenlace de este conflicto:

"Ante esta patriótica actitud del Gobernante de México, el Congreso de los Estados Unidos abrió una averiguación; John W. Foster fue llamado a declarar ante el Comité especial formado por el Congreso; y, a decir verdad, Foster procedió con tal rectitud al rendir su informe, que el Presidente por un voto, Hayes, y su Secretario de Estado, Evarts, fueron vencidos, y autorizaron a su Ministro para anunciar al gobierno del General Díaz que había sido reconocido; lo cual ocurrió el día 11 de 1878.. 'diez y seis meses después de que el General Díaz entró en la capital y tomó posesión del Gobierno y casi un año después que había sido reconocido por las otras potencias'." (302)

Porfirio Díaz al parecer trató de demostrar a nuestros poderosos vecinos que su gobierno no estaría dispuesto a ceder incondicionalmente a sus pretensiones; se ha afirmado en ocasiones que si no se obtuvo de inmediato el reconocimiento norteamericano fue por la torpeza de los diplomáticos mexicanos, lo cual es a todas luces falso ya que, por patriotismo o no, el Gobierno mexicano, representado por Ignacio L. Vallarta, defendió la soberanía nacional basándose en el sistema jurídico internacional,

301. Alberto María Carreño. La Diplomacia Extraordinaria entre México y Estados Unidos (1789-1947), México 1961, Edit. Jus, pp.214-216

302. Ibid , p.217

y logró el reconocimiento de los Estados Unidos sin tener que transigir frente a sus demandas. El 19 de septiembre de 1877 el Presidente rendía su informe frente al Congreso, y anunciaba el restablecimiento de relaciones con las potencias amigas, al mismo tiempo que se lamenta por la negativa norteamericana a actuar en el mismo sentido y, lo que es más importante, advierte que no tomará ninguna medida en contra de la soberanía nacional:

"Es de presumirse que pronto puedan restablecerse las relaciones oficiales entre ambos gobiernos, y que queden allanadas satisfactoriamente las dificultades pendientes, resuelto como está el Ejecutivo y como sin duda lo estará el Congreso, a obrar con entera justificación, y animado de un espíritu amigable; aunque decidido al mismo tiempo a no admitir nada que lastime la dignidad o los derechos de México." (303)

Intimamente ligado al problema del reconocimiento, se buscó dar solución al de las fricciones generadas por los problemas fronterizos. En esa época, los norteamericanos se quejaban de que grupos de indios mexicanos cruzaban la frontera y cometían toda clase de actos bandalicos en su territorio, amenazando su seguridad; cabe mencionar que esta era la visión de los estadounidenses, tan alejada de la realidad como sus ambiciones. El gobierno mexicano quería resolver este problema porque también amenazaba su estabilidad interna (304), de tal suerte que no parece que el interés mexicano surgiera forzado por las amenazas de

303. La Política Exterior, México a través de los Informes Presidenciales México 1976, SRE y Secretaría de la Presidencia, p. 97

304. Ibid., p. 97

la potencia vecina, o por el deseo servil de no hacer nada que les disgustara.

El gobierno de los Estados Unidos queria contar con el apoyo de Diaz para que sus tropas pudieran cruzar hacia nuestro territorio con el pretexto de perseguir a los bandoleros, y llega a autorizar a su ejército para hacerlo sin contar con la autorización de ninguno de los dos gobiernos.

Ante esto, Diaz responde con indignación, y acusa a los Estados de su incapacidad para resolver el problema aún cuando contaban con mayores recursos que nosotros para hacerlo, además de que trataron de aprovechar la situación para su beneficio:

"No se puede, con ningún viso de fundamento, atribuir las incursiones que hayan sufrido los Estados Unidos a impotencia o poca voluntad para reprimirlas e impedir las de parte del Gobierno de México, cuando se ha visto que el Gobierno de los Estados Unidos, con más elementos que el nuestro, no ha podido impedir las varias invasiones que de un territorio han procedido en contra de la Republica, de un año a esta parte, en violación abierta de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, y esto en circunstancias en que rige los destinos de la nación vecina una Administración que, por haber adoptado respecto de México una política sin precedente, es de suponer que para no contradecir con sus propios actos lo que pedía de México, haya ejercido extraordinaria vigilancia al respecto." (305)

Porfirio Diaz en ningún momento aprobó la medida tomada por los norteamericanos y rectificó la orden por la que el ejército de ese país podía entrar a nuestro territorio sin el consentimiento de nadie, de tal suerte que sólo lo podría hacer si lo autorizaba su

gobierno, y se suponía que éste no lo haría sin consultar con el de Díaz.

Después de estos incidentes entre el gobierno mexicano y el estadounidense en los primeros años del gobierno de Porfirio Díaz, puede afirmarse que se vivió un largo período de relativa cordialidad hasta los últimos años de la dictadura en los que se dieron una serie de conflictos que terminaron por contribuir al deterioro de las relaciones entre ambos países. En lo que respecta a las relaciones con los demás países, se habla siempre de amistad, cooperación y respeto. Los informes del general Díaz al Congreso repiten con insistencia la bondad de las relaciones diplomáticas que se mantenían con los gobiernos extranjeros. Salvo algunos problemas respecto al límite territorial entre Guatemala y México, las relaciones con el resto de Latinoamérica fueron en general buenas, incluso México sirvió como árbitro en las discusiones sobre la paz en Centroamérica y se dice que la intervención de Enrique C. Creel (enviado del gobierno de Díaz) fue fundamental para lograrla finalmente. El gobierno mexicano mandó y recibió representantes de casi todo el mundo, además de las fiestas, recepciones, conciertos y demás actividades relativas a esto, se firmaron tratados de amistad y comercio con las potencias, y nuestro país intervino en reuniones, convenciones etc, sobre diversos temas, que se llevaron a cabo en ese tiempo.

Es imposible saber a ciencia cierta cuáles fueron los principales motivos que impulsaron al dictador a desafiar a los norteamericanos; el hecho es que en la última década de su gobierno se suscitaron algunos acontecimientos que enfrentaron a ambos

gobiernos. En esta época se destaca la labor de Enrique C. Creel, (306) primero como embajador y, después, como ministro de Relaciones Exteriores. La forma en que se desempeñó en ambos cargos estuvo particularmente influenciada por su ascendencia norteamericana, ya que al tratar de demostrar que éste hecho no repercutiría en su labor, fue más severo en los asuntos referentes a los Estados Unidos.

Los dos cargos que tuvo Enrique Creel en el Servicio Exterior Mexicano son de suma importancia por el periodo histórico en el que se encuentran. Los últimos años del porfiriato, fueron un periodo en el cual las buenas relaciones con el exterior, sobre todo con los Estados Unidos eran vitales para el sostenimiento del régimen, característica que da a las relaciones internacionales del gobierno de Díaz un toque muy peculiar, ya que la línea que seguía el gobierno mexicano frente a los norteamericanos iba de la aparente sumisión al desafío.

En 1906, Ricardo Flores Magón fue expatriado a Texas por su actividad periodística en contra del régimen porfirista. Dadas las circunstancias anteriores, le correspondió a Creel, al tomar posesión de la Embajada Mexicana en Washington y en acato a órdenes superiores, mandar una queja al Departamento de Estado norteamericano haciendo notar las actividades subversivas que se llevaban a cabo, sobre todo en la frontera con México, donde constituían una amenaza al orden y tranquilidad de la zona. Se

306. Los datos que a continuación se mencionaran se obtuvieron del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de: Creel Cobian Alejandro, Enrique C. Creel, Apuntes para su Biografía Edición para distribución familiar, México, 1976.

acusaba concretamente a Enrique y Ricardo Flores Magón y a Antonio P. Araujo de haberse declarado en contra del gobierno del General Díaz, de haber incitado actos criminales que violaban las leyes de neutralidad norteamericanas y de hacer un programa altamente perjudicial para ambos países.

El Capitán William Scott fue elegido por el Ministro de Guerra de los Estados Unidos para investigar el caso y rindió su informe el 26 de agosto de 1907. Por su parte el Gobierno mexicano contrató los servicios del Lic. J.G. Griener, como investigador, quien llegó a atestiguar en contra de los conspiradores que fueron aprehendidos en Los Angeles, California. En esta ocasión Enrique Creel se trasladó personalmente a los Angeles para presenciar el juicio, vigilar de cerca la ejecución de la sentencia y evitar posibles errores. Así, Creel solo logró gestionar el traspaso de los reos de Phoenix, Arizona, acusados de violación a las leyes de neutralidad norteamericanas, pero no consiguió su extradición.

Para el año de 1907, la situación entre Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua se volvía cada vez más conflictiva, había problemas verdaderamente serios. En adición a las cuarteladas, invasiones, revoluciones y guerras, venía a complicarse el cuadro con el hecho de que los presidentes de estos países consideraban con frecuencia que las intervenciones armadas de sus enemigos constituían intentos para favorecer a los partidos políticos de oposición, convirtiendo los conflictos nacionales en serios problemas internacionales.

Un atentado y un crimen de ciudadanos centroamericanos cometidos en la Ciudad de México, colocarían a nuestro país en el

centro del conflicto istmeño, generando una tirantez diplomática que estuvo a punto de culminar con la ruptura de las relaciones entre México y Guatemala.

Posteriormente, México fue acusado de esconder en su embajada a un buen número de conspiradores contra el gobierno del presidente Estrada Cabrera de Guatemala, mismos que habían atentado contra su vida. Federico Gamboa, embajador de México en aquel país contestó energicamente ante estas acusaciones, pero el incidente entorpeció las gestiones que el Gobierno mexicano llevaba a cabo con motivo del crimen político cometido dentro de los límites de su territorio.

El Ministro de Relaciones Exteriores de México, Ignacio Mariscal, solicitó por conducto del embajador Gamboa, la extradición de los dos principales instigadores, basándose en un tratado celebrado en 1895 que así lo permitía; esto obligó al Mariscal a tener que recordar al Gobierno guatemalteco los términos exactos de tal tratado y pedirle a Enrique Creel, embajador de México en Estados Unidos, que informara al Secretario de Estado norteamericano del asunto, en caso de que el Gobierno de México se viera obligado a tomar otro tipo de medidas.

La queja de Mariscal, el relato de los hechos que hizo Creel y la opinión del embajador Thomson, sirvieron de muy poca cosa, ya que los norteamericanos se limitaron a sugerir que si Guatemala se negaba a entregar a los rebeldes, se encargaría a una comisión internacional la tarea de determinar si el gobierno de Guatemala y los jefes de su ejército eran o no responsables del crimen.

Todos estos hechos llevaron al Gobierno mexicano a pensar en la ruptura de relaciones y como una forma de sutil "venganza" en confiarle a los Estados Unidos la representación de sus intereses en Guatemala, a lo que accedieron verbalmente llegando a comunicarlo a sus agentes en Guatemala.

A pesar de todo, la reacción de Root, (Secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos) que Mariscal esperaba, no se produjo y por "causas secretas" el Gobierno mexicano decidió continuar sus relaciones con Guatemala para no poner en manos de los representantes norteamericanos sus intereses.

En abril de 1907 Creel invitó a Root a hacer un viaje que abarcaría varios países hispanoamericanos y que concluiría en México en octubre del mismo año. Guatemala instruyó a su agente en México, en el sentido de demostrar a Root la buena voluntad de Guatemala hacia México. Mariscal por su parte, hizo pública la satisfacción que le había causado la declaración del Gobierno de Honduras de que serían neutrales ante cualquier conflicto entre las demás naciones centroamericanas. En respuesta a estos acontecimientos, surgió una iniciativa norteamericana que proponía una reunión de todos los presidentes centroamericanos. Así el protocolo se firmó el 17 de septiembre de 1907 y establecía que los presidentes de México y Estados Unidos extendían la invitación para una conferencia de paz que se reuniría en la ciudad de Washington en la primera quincena de noviembre; entre tanto habría un armisticio completo entre todos los países de Centroamérica.

La conferencia se inició el 14 de noviembre de 1907. Enrique Creel asistió en representación de México; pronunció un discurso, y

durante las discusiones desempeñó un papel trascendental, ya que cuando los ánimos se exaltaban, Creel intervenía para calmarlos; además, propuso varios puntos que fueron aceptados por los demás países, entre los que se encontraron:

- a) Un tratado general de paz y amistad.
- b) Un acuerdo para crear la Corte de Justicia Centroamericana.
- d) Un acuerdo para crear el Instituto Pedagógico Centroamericano.
- e) Un acuerdo sobre comunicaciones.
- f) Un acuerdo sobre futuras convenciones.

El nombre de Enrique Creel figuró en el protocolo centroamericano y los representantes de los cinco países lo nombraron "Presidente Perpetuo de la Fraternidad Centroamericana" en agradecimiento a su fructífera labor, ya que de la conferencia se obtuvieron resultados muy superiores a los previstos.

En 1908 estalló una revolución en Nicaragua encabezada por Juan J. Estrada y por Emiliano Chamorro. Esta sublevación contaba con la simpatía del gobierno norteamericano, que veía con malos ojos al presidente nicaraguense José Santos Zelaya por las siguientes razones:

- Reclamación Emery, que permanecía desatendida por parte de Nicaragua.
- Los monopolios que impedían el libre comercio.
- La amenaza de construir un canal por el territorio nicaraguense que redujera la importancia del Canal de Panamá.

- Los esfuerzos por nulificar los beneficios de la Corte de Cartado, Costa Rica.
- La tirantez en las relaciones con El Salvador, que podrian convertirse en revoluciones en su contra.
- Violación de correspondencia diplomática y, sobre todo, los fusilamientos de dos ciudadanas norteamericanas.

A este respecto, la misión del señor Creel en los Estados Unidos encomendada por el Gobierno mexicano se resumía en los siguientes puntos:

1. Explicar la actitud del Gobierno mexicano en el conflicto de Nicaragua.
2. Evitar el desembarco de la fuerza norteamericana en el territorio nicaragüense.
3. Presentar las gestiones de México relativas a la renuncia del presidente Zelaya como un acto de amistad para los Estados Unidos y como base para la pacificación de Nicaragua
4. Explicar con franqueza los antecedentes del asilo al General Zelaya, ligados a su renuncia y como compromiso de honor para el presidente mexicano. Además demostrar la conveniencia de que el General Zelaya saliera de Nicaragua para facilitar la libre acción al gobierno que le sucediera y evitar en los Estados Unidos la irritación consiguiente a su permanencia en aquel país.
5. Ayudar a pacificar al país.

6. Iniciar una política de unión amistosa entre las Repúblicas de Centroamérica favorable a los intereses de México.
7. Hacer todo lo posible para que la prensa y la opinión pública de los Estados Unidos conocieran los sentimientos de amistad de México para con Centroamérica, siendo ésta la única causa de la intervención del Gobierno mexicano en el conflicto.
8. Procurar informes acerca de los elementos políticos que determinaron la revolución en Nicaragua y sus ligas con otros países de la zona.

Es evidente que el gobierno norteamericano nunca le pareció la forma en que actuó la cancillería mexicana, y esto sirvió para motivar aún más su disgusto sumado este hecho a los conflictos que se darían más adelante.

En 1910 Enrique Creel promovió con gran energía la recuperación del Chamizal. Los límites internacionales entre México y los Estados Unidos se habían fijado en los tratados de Guadalupe Hidalgo (1848) y de la Mesilla (1853), pero a partir de 1864, el aumento en el caudal del río Grande o Bravo hizo que se desplazara bruscamente de su cauce hacia el sur, con lo cual "El Chamizal", que era propiedad indiscutible mexicana, se convirtió en una posesión norteamericana de hecho.

En 1866 Lerdo de Tejada encargó a Matías Romero el asunto. En septiembre del año 1874, el presidente Lerdo de Tejada pidió a su ministro de Relaciones Exteriores José M.ª Lafragua que se discutiera el problema hasta llegar a un acuerdo formal. Ignacio

Mariscal, ministro de México en Washington inició negociaciones con los Estados Unidos, negociaciones que no tuvieron resultados satisfactorios.

Durante todo el Porfiriato siguió el problema del Chamizal. En 1910 muere Ignacio Mariscal y lo sucede en el cargo de Secretario de Relaciones el señor Enrique Creel, quien conocía especialmente el problema por haberlo vivido como gobernador del Estado de Chihuahua y como embajador en Estados Unidos. Bajo la conducción de Creel, el 24 de junio de 1910 se firmó finalmente en Washington, por los ministros plenipotenciarios de ambas partes, una acta que establecía la creación de la Convención de Arbitraje para dirimir inapelablemente el litigio del Chamizal. Sin embargo no fue sino hasta el 18 de julio de 1963 cuando la misma Comisión fundada por Creel, resolvió el problema por medio de un acuerdo intergubernamental entre Diaz Ordaz y Lyndon B. Jhonson.

Otro hecho importante en el que intervino Enrique Creel fue el caso de Bahía Magdalena en 1911. Bahía Magdalena esta situada en Baja California Sur en el litoral del Pacífico, es muy espaciosa y segura; de modo que, dada su situación geográfica y sus ya mencionadas condiciones naturales, tiene un alto valor estratégico.

Estados Unidos obtuvo en 1907 el derecho de establecer en Bahía Magdalena una estación carbonera que se emplearía para aprovisionar al escuadrón del Pacífico. Para estos efectos se construyó un almacén y un muelle. Más tarde se percibió que el lugar era ideal para prácticas de tiro de toda clase de armas. Esto multiplicó el interés de los Estados Unidos por seguir conservando el privilegio otorgado por el Gobierno de México. Pero la prensa

mexicana de oposición no vio con buenos ojos el que se renovara aquél permiso, ya que se pensó que el gobierno de Díaz vendería dichas tierras a los norteamericanos.

En 1910 Creel, como Secretario de Relaciones Exteriores de México, se negó a renovar el contrato de arrendamiento, privando a los Estados Unidos de aquella posible base de operaciones de combate, dando lugar así a un resentimiento hacia México por parte del Gobierno de Washington. Se debataron serias polémicas porque, aunado a todo este conflicto, un buque japonés llegó a costas mexicanas, con motivo de la celebración del centenario de la Independencia y con el fin de promover relaciones amistosas entre ambos gobiernos. Esto generó el temor en los norteamericanos de que México vendiera u otorgara una concesión de la zona al gobierno japonés debido a la fuerte pugna por controlar el comercio en la zona del Pacífico, por lo que la prensa norteamericana atacó duramente a nuestro país por medio de una intensa campaña de desprestigio.

Lo sucedido respecto a Bahía Magdalena y la difícil situación a la que se enfrentaba el gobierno de Díaz, que para el periodo 1910-1911, estaba ya a punto de ser derrocado, originaron que los Estados Unidos tomaran la determinación de movilizar sus tropas a lo largo de su frontera con México. Todo este movimiento fue en gran medida provocado por el embajador Wilson, quien había informado al presidente norteamericano Taft que México "hervía" y que el General Díaz estaba sobre un "volcán".

La determinación de ordenar la movilización de las tropas norteamericanas fue tomada el 7 de marzo de 1911 y el día 12 de

marzo, Enrique Creel, después de una serie de negociaciones encaminadas a lograr que los Estados Unidos respetaran las leyes de neutralidad, presentó una queja porque varias unidades de la marina estadounidense continuaban en aguas mexicanas. Pero, al resultar infructuosas sus negociaciones y ante la inminente caída de Díaz, Enrique Creel presentó su renuncia al Ministerio de Relaciones Exteriores 15 días después de la movilización del ejército norteamericano y 75 días antes de que el General Porfirio Díaz presentara la suya.

Se ha visto que las relaciones diplomáticas del porfiriato respondieron a la necesidad de promover las inversiones de las potencias en nuestro país; pero, particularmente con los Estados Unidos, nunca fueron lo que se ha pretendido; al contrario, Porfirio Díaz desafió a la potencia del norte en repetidas ocasiones, hasta que las fricciones generadas por estos conflictos motivaron al gobierno norteamericano a retirar su apoyo al dictador, siendo esta, entre muchas otras causas, lo que lo impulsó a renunciar al cargo que había ocupado por tantos años y finalmente emigrar hacia un país extraño.

CONCLUSIONES

Como se ha visto en este trabajo, el positivismo representó para el porfiriato el sustento ideológico que le dio razón de ser y de actuar en el ámbito interno y externo. El pensamiento del llamado grupo de "los científicos" se acopló perfectamente al régimen dictatorial de ese tiempo, sus ideas fueron llevadas a la práctica.

Su proyecto se basó en dos premisas fundamentales: orden y progreso, ó en lo que el mismo Díaz llamaría "poca política y mucha administración".

El orden según los científicos solo se alcanzaría si se establecía un gobierno lo suficientemente fuerte, como para hacer respetar el orden. Se necesitaba un ejecutivo con mucho poder que velara por los intereses de los individuos, y un gabinete integrado no por políticos en constante pugna, sino por científicos que buscaran el progreso.

Para los científicos, los débiles no tenían cabida en la política; no estaban capacitados ni siquiera para ejercer su derecho a la libertad; este estaba reservado para los más fuertes, para los inteligentes y era a éstos a los que el Estado debía proteger. El Estado debía garantizar el orden y hacer respetar la

propiedad -que por supuesto estaba en manos de los más "aptos"- para lograr así el progreso de la nación.

La paz era, para los positivistas mexicanos, la tarea esencial de la dictadura; se hacia necesario imponer el orden después del largo periodo de luchas internas y enfrentamientos con el extranjero que habia padecido Mexico. Después de medio siglo de "anarquia" (lo que para los científicos habia sido la etapa metafisica), la prioridad era alcanzar el orden.

El liberalismo como ideología de la Republica Restaurada habia ya cumplido su misión histórica: era necesario pasar de la etapa metafisica a la etapa positiva, es decir a la dictadura, ya que el atraso del país no podria ser superado bajo una ideología cuya bandera era la libertad, principio que resultaba inadecuado para un pueblo atrasado política, económica, social y culturalmente.

La sociedad mexicana, según los ideólogos del Porfiriato, se hallaban profundamente debilitada por tantos conflictos. No habia conciencia política ni un mercado nacional, mucho menos un sentimiento de union que guiara los esfuerzos de las distintas capas de la población. Por el contrario, la dispersion era la tendencia predominante. Habia que introducir un elemento de cohesión, un elemento lo suficientemente fuerte como para acabar con el desorden y sacar al país del atraso y la anarquía.

Así justificaron los científicos la dictadura. El país debía gobernarse por la ideología de los más aptos; los científicos, bajo la tutela de un hombre fuerte que estuviese dispuesto a llevar a los hechos los planteamientos positivistas, capaz de imponer el orden. En pocas palabras, un dictador: Porfirio Díaz.

Al entender de los científicos, esta dictadura debía ser fuerte y al mismo tiempo "honrada" para que sirviera a los agentes del progreso. De esta forma se estableció una relación lógica entre la dictadura y la clase económicamente dominante de la que dependían uno del otro; el dictador contaba con el apoyo de quienes poseían la riqueza y éstos se amparaban bajo la protección de la dictadura.

Una vez alcanzado el orden, se promovería el progreso; con este fin, la dictadura propició un régimen de privilegios que beneficiaba a la clase poderosa integrada por los terratenientes, los grandes industriales, comerciantes y banqueros nacionales y a la que se agregaron los inversionistas extranjeros. A todos ellos la dictadura porfirista les abrió la posibilidad de invertir y extender sus empresas, les garantizó la "estabilidad" para que sus actividades fuesen rentables.

Una vez consolidada la paz porfiriana era necesario, en el ámbito económico, cumplir con tres objetivos básicos: 1. Crear la infraestructura como base del desarrollo económico de la nación: carreteras, puentes, vías férreas, etc. 2. Mejorar el sistema

agrícola y minero del país orientándolos hacia las exportaciones y, 3. Iniciar la industrialización de México. Como se ha demostrado en este trabajo, los científicos planteaban como una necesidad insoslayable, modernizar al país, convertirlo en una nación fuerte, progresista, "civilizada", que propiciara el respeto de las potencias extranjeras, especialmente de los Estados Unidos.

Es indudable que hubo una correspondencia lógica entre la concepción que tenían los científicos sobre el proyecto nacional y la política exterior. Para modernizar al país, se hacía necesario promover la inversión extranjera. Para superar el atraso material era indispensable contar con los recursos que sólo los capitales extranjeros tenían. En este sentido, el pensamiento de los científicos al respecto puede resumirse en las siguientes palabras: si los grandes capitalistas extranjeros necesitaban de nuestras materias primas, si requerían invertir más allá de las fronteras de sus países, y a su vez México necesitaba de esos recursos, lo mejor sería atraer su dinero hacia nuestro país, asimilarlo a la economía nacional y aprovecharlo de la manera más ventajosa posible.

Como puede observarse, esta concepción sobre la inversión extranjera no parece la de los ideólogos de un gobierno "entreguista", "ávido" de servir sumisamente a las potencias. Lo anterior es más evidente cuando, como se ha constatado en este trabajo, consideraban la necesidad de diversificar la fuente de las

inversiones para no caer bajo el dominio de ningún país imperialista.

Pensaron en la posibilidad de crear una especie de equilibrio entre los inversionistas extranjeros que permitiera a la administración de Porfirio Díaz conservar el control de la economía. Asimismo, los científicos pensaban que se debía apoyar a los inversionistas mexicanos para contrarrestar el poder económico de los extranjeros; y, por último, consideraban que poco a poco el gobierno debía recuperar las riendas de aquellas actividades que fueran de vital importancia para la seguridad de la independencia mexicana: tal fue el caso de los ferrocarriles que en los últimos años de la dictadura fueron nacionalizados.

En una considerable proporción de la bibliografía sobre el Porfiriato se da como un hecho que las relaciones de México con los Estados Unidos durante este período fueron muy buenas, en la medida en que se fomentó la penetración económica de este país en el nuestro. Esto no fue así; por el contrario, existieron muchos puntos de conflicto entre los dos gobiernos. Los positivistas del porfiriato hablan de los norteamericanos con recelo, admiran su orden político y su progreso económico, pero consideraban que si el gobierno mexicano se "descuidaba", pronto México sería absorbido por ellos. Al hablar de la doctrina Monroe, perciben su connotación imperialista y reprueban cualquier acto que se diera en este sentido: por eso mismo, alaban las demostraciones de independencia del gobierno mexicano. El gobierno de Porfirio Díaz desafió en

repetidas ocasiones al vecino país del norte, hecho que los científicos resaltan como una de las partes más brillantes de la política exterior del porfiriato, como una muestra del patriotismo del dictador y de su deseo de hacer respetar a la nación mexicana.

En suma, al plantear a la dictadura como la forma de gobierno ideal, parecería ser que la única función del grupo científico y en general de los positivistas mexicanos, fue la de darle una lógica filosófica a la dominación imperialista extranjera sobre nuestro país. Esto no es cierto. Para los positivistas como Barreda, Sierra, Rabasa o Bulnes, el orden y el progreso no eran armas de sometimiento; eran simplemente el camino más adecuado para desarrollar al país y sacarlo de la miseria y el atraso. En este sentido la inversión extranjera no era una forma de vender al país, sino un medio para lograr que México obtuviera los capitales y la tecnología que por sí mismo no sería capaz de desarrollar; paralelamente estaban convencidos de la necesidad de demostrar a los norteamericanos que nuestro país no era incondicional a sus intereses; esto se manifestó en casos como los de Bahía Magdalena y la concesión de asilo al que fuera presidente de Nicaragua, José Santos Zalaya, entre otras acciones, con las que contrariaron la voluntad estadounidense.

Se puede afirmar que la política exterior del gobierno de Díaz, promovida y justificada por los miembros del grupo científico, no es lo que muchos afirman que fue. Como ha quedado demostrado a lo largo de este trabajo, su concepción de las

relaciones exteriores del país se encontraba inmersa en el proyecto de convertir a México en un país fuerte y respetado por las potencias extranjeras: un país pacificado, modernizado y con una estructura de poder consolidada, era para ellos la única posibilidad que tenía México para poder ocupar un lugar importante en la sociedad internacional y de contar también con mayor poder de negociación ante las potencias extranjeras.

BIBLIOGRAFIA

1. BEYHAUT, Gustavo y Hélène
América Latina III. De la Independencia a la Segunda Guerra Mundial
Colección Historia Universal siglo XXI
México, Siglo XXI, 1985.
2. BOSCH, García Carlos
La Base de la Política Exterior Estadounidense
México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979
3. BULNES, Francisco
El Porvenir de las Naciones Hispanoamericanas ante las Conquistas Recientes de Europa y de los Estados Unidos
México, Imprenta de Mariano Hava, 1899
4. ... El Verdadero Día y la Revolución
México, Editorial del Valle de México, S.A., 1979.
5. ... Páginas Escogidas
México, Universidad Nacional Autónoma de México, S.A., 1968
6. CARDOSO, Ciro (coordinador)
México en el Siglo XIX, 1821-1910
México, Nueva Imagen, 1969
7. CARREÑO, Alberto
La Diplomacia Extraordinaria entre México y Estados Unidos, Tomo II, 1789-1947
México, Editorial Tehuantepec JUS, 1958
8. COLE, G.D.E.
Introducción a la Historia Económica (1750-1950)
México, Fondo de Cultura Económica, 1957
9. CORDOVA, Arnaldo
La Ideología de la Revolución Mexicana
México, Serie Popular Era, 1985
10. COSIO Villegas, Daniel
Historia Moderna de México -El Porfirismo, Vida Política Exterior (dos Tomos)
México, Hermes, 1979
11. ... Estados Unidos contra Porfirio Díaz
México, Hermes, 1956
12. CREEL, Cobián Alejandro
Enrique C. Creel Apuntes para su Biografía
México, Edición especial para la familia Creel, 1974.

13. CUEVA, Agustín
El Desarrollo del Capitalismo en América Latina
México, Siglo XXI, 1987.
14. FOSTER, John Watson
Memorias Diplomáticas de Mr. Foster sobre México
México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930.
15. GONZALEZ, Luis
El Liberalismo Triunfante, en Historia General de México, Tomo II.
México, Colegio de México, 1982.
16. KRAUSE, Enrique
Porfirio Díaz, Místico de la Autoridad (Colección Biografía del Poder I)
México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
17. LIMANTOUR, José Yves
Apuntes sobre mi Vida Pública
México, Porrúa, 1965
18. LOPEZ Portillo y Rojas, José
Elevación y Caída de Porfirio Díaz
México, Librería Española, 1921
19. RABASA, Emilio
La Constitución y la Dictadura
México, Porrúa, 1956
20. ...La Evolución Histórica de México
México, Porrúa, 1972.
21. RATT, William D.
El Positivismo durante el Porfiriato
México, Secretaría de Educación Pública, 1975.
22. ROEDER, Ralph
Hacia el México Moderno: Porfirio Díaz (dos tomos)
México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
23. SAEZ, Pueyo Carmen
De la República Liberal a la Dictadura
(colección México y su Historia, Tomo VIII)
México, U.T.H.E.A., 1984.
24. SIERRA, Justo
Discursos, Obras Completas, Tomo V, México, UNAM, 1984
25. ...El Exterior, Obras Completas, Tomo VII, México, UNAM, 1984
26. ...Epistolario y Papeles Privados, Obras Completas, Tomo XIV,
México, UNAM, 1984

- 27... Ensayos y Textos Elementales de Historia, Obras Completas
Tomo IX, Mexico, UNAM, 1984
- 28... Evolución Política del Pueblo Mexicano, Obras Completas, Tomo
XII, Mexico, UNAM, 1984.
- 29... Periodismo Político, Obras Completas, Tomo IV, Mexico, UNAM,
1984
30. SUNKEL, Osvaldo y Paz Pedro
El Subdesarrollo Latinamericano y la Teoría del Desarrollo
Mexico, Siglo XXI, 1985.
31. SWEET, Paul M.
Teoría del Desarrollo Capitalista
Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1984
32. VALADEZ, José C.
El Porfirismo: Historia de un Régimen (tres tomos) Mexico, UNAM,
1987.
33. VERNON, Raymond
El Dilema del Desarrollo Económico de Mexico
Mexico, Diana, 1967
34. ZEA, Leopoldo
El Positivismo en Mexico: Nacimiento, Apogeo y Decadencia
Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1984.

DOCUMENTOS

35. La Política Exterior
Colección México a través de los Informes Presidenciales, Mexico,
Secretaría de Relaciones Exteriores y Secretaría de la Presidencia,
1976.
36. Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de
Relaciones Exteriores
- ... Ignacio Vallarta.
1877-1878 Reconocimiento Norteamericano, 1-1-115
- ... Díaz Porfirio
Decretos 1977-1899 L-E-1422, 1423, 1425, 1427 y 1428
- ... Porfirio Díaz
Relaciones México Estados Unidos L-E-36
- ... Reconocimiento Alemania, 1-1-113
- ... Expediente Personal, L-E- 1204
- ... Ignacio Mariscal
Conferencia Norteamericana 1889-90, C-R-1- 131 y 150

...Reconocimiento Español 1888, C-H-1-11

...Alemania 1890, J-15-3-153

37. Archivo General de la Nación

...Archivo Francisco Bulnes
Gobierno de Porfirio Diaz, Caja 8

...Gobierno del General Diaz, Caja 9

...Los Cientificos, Caja 10

...La Constitución de Mexico Comparada con las otras Naciones
Parlamentarismo, Sistema Federativo, Caja 14

...Naciones Europeas, Americanas y Asiaticas; Politica, Economia y
Sociedad, Caja 18

...Conceptos de Estado, Sociedad, Educacion, etc, (en general y
para Mexico), Caja 19

...Tendencias y Partidos Politicos en General y en Mexico, Caja
20.